

Night
ROSE

NISHA SCAIL

◆◆ *Olive*



OLIVE
NIGHT ROSE

Nisha Scail

COPYRIGHT

OLIVE

NIGHT ROSE

©edición mayo 2024

©Nisha Scail

Portada: <https://stock.adobe.com>

Diseño y Maquetación: Nisha Scail

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

*A mi hermana, **Carmen**
Por aguantarme cuando paso tantas horas delante de un ordenador.*

SINOPSIS

Olive James siempre se ha visto a sí misma como alguien fuerte, lo suficiente como para dedicarse a su profesión, pero debajo de la piel de mujer independiente y abogada implacable se encuentra una rosa delicada y un corazón herido. Ahora que su mejor amiga y hermana del alma ha fallecido, seguir adelante se le hace cada vez más cuesta arriba, sobre todo porque el pasado del que ha estado huyendo parece empeñado en volver a llamar a la puerta.

Damien Knight ha visto demasiada corrupción y maldad en sus años como agente del FBI. Su necesidad de proteger y ayudar a los inocentes lo ha obligado a dejar a un lado su propia vida y renunciar al amor de la única mujer que ha significado algo para él. Ahora, una inesperada noticia lo llevará de nuevo a ella y le hará replantearse su futuro, uno en el que podría recuperar lo perdido, aunque para eso tenga que convencerla para concederle una segunda oportunidad.

*Adéntrate en el **Night Rose** y conoce a las almas libres que buscan quién las ate para siempre.*

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[SINOPSIS](#)

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Un robo. La muerte se había presentado sin previo aviso y se había llevado consigo a la persona más importante en su vida. Kathy ya no estaba, no volvería a escuchar su voz, ni su risa, no podría encontrarla al otro lado del teléfono cuando necesitase desahogarse.

Olive no podía dejar de pensar en ello mientras asistía al funeral de su mejor amiga, su hermana, la mujer que se había convertido en su familia. Apenas escuchaba las palabras del reverendo Otto, ni siquiera sentía la presencia de sus acompañantes, a pesar de notar sus manos sosteniéndola cuando perdía el equilibrio. Era como si estuviese viéndolo todo a través de otros ojos, como si el repiqueteo incesante de la lluvia sobre el paraguas la hubiese aislado en una especie de burbuja. Quería pensar que esto era un sueño, que se despertaría en algún momento y que todo lo ocurrido desde el momento en que Noah apareció en la puerta de su despacho quedaría en una pesadilla.

Pero esto no era un sueño, lo que había visto en los ojos de su espina no era una ilusión, ni un engaño. Lo supo nada más mirarle, antes incluso de que pronunciase su nombre y entrase en la habitación para abrazarla mientras sacudía la cabeza con energía.

«No. Dime que no es verdad».

Había empezado a negar con la cabeza mientras las lágrimas le caían por el rostro, negándose a aceptar que había llegado el momento, que Kathy se había ido sin que ella estuviese a su lado. Que su amiga había partido sin darle la oportunidad de despedirse, sobre todo cuando había hablado con ella la tarde anterior.

«Se ha ido, Olive. La hemos perdido».

Lo que le había dicho Noah no fue más que el principio de aquella pesadilla, una que ahora culminaba delante del féretro cubierto de flores al que el reverendo Otto entregaba sus últimas oraciones.

No podía entenderlo. No era capaz de procesar la manera en la que había sucedido todo. Daba igual las veces que él y luego Matt se lo hubiesen explicado, era demasiado horrible para aceptarlo, demasiado rocambolesco.

—Que su alma descanse en paz.

La frase final del reverendo Otto le produjo un escalofrío.

—Adiós, Rosa —escuchó ahora a Noah de pie a su lado—. Que la otra vida te resulte más leve que esta.

Tuvo que hacer un considerable esfuerzo para encontrar las palabras, para hacer que estas le atravesasen la apretada garganta, pero era necesario que lo hiciera, no se perdonaría a sí misma si no cumplía con la promesa que le había hecho a su hermana.

—Ve en paz, Rosa, cuidaremos de lo que has dejado aquí abajo —musitó con voz temblorosa. No le fallaría, a ella no.

Vio a Matt a su otro lado, tan devastado como ella misma, rozando los pétalos de la flor favorita de su amiga y depositándola a continuación sobre la caja.

—Buen viaje, Rosa —le deseó él y mantuvo unos breves segundos los dedos sobre el

féretro—. Descansa ahora y no te preocupes más por lo que has dejado atrás. Nos ocuparemos de que todo siga su curso. Dante vendrá a verte en cuanto llegue... —le escuchó musitar y no pudo evitar que se le encogiese el corazón al escuchar el nombre de una de las *espinas* del *Night Rose*. Si para ella había sido duro recibir la noticia como lo hizo, para el hermano de Matt tenía que haber sido un verdadero infierno. Había recibido la noticia mientras estaba de viaje y era imposible que llegase a tiempo para despedirla—. Te echaremos de menos, hermanita. Que el viaje te sea leve.

Luchó una vez más con las lágrimas y las mantuvo a raya. Su expresión no dejaba ver lo rota que estaba en realidad y debía seguir así, por el bien de los dos hombres que estaban a su lado en aquellos momentos. No podía venirse abajo, Noah y Matt la necesitaban, del mismo modo en que la necesitaría Dante cuando al fin volviese a casa. Tenía que mantenerse fuerte por ellos.

—Fuerza, hija, ella ahora está en paz.

Levantó la cabeza y se encontró con esa mirada de consuelo en los ojos del reverendo Otto. El hombre se había ofrecido a officiar el funeral en cuanto se enteró de la noticia, lo que había supuesto también un alivio para ellos.

Asintió en silencioso agradecimiento y él se volvió entonces hacia sus compañeros.

—Mis más sentidas condolencias por vuestra pérdida, hijos.

—Gracias por officiar la ceremonia, reverendo. —Noah estrechó la mano del hombre y dejó que la cubriera con la suya en un gesto afectuoso.

—Es lo menos que podía hacer por una de mis hijas —aseguró mirando el féretro que ya empezaban a descender y que pronto quedaría cubierto de tierra—. Su alma ahora podrá descansar en paz.

Se le hizo un nudo en la garganta al ver cómo descendía y tuvo que apartar la mirada para no romperse allí mismo. Sus ojos toparon entonces con la lápida que esperaba ser colocada y en la que destacaba el nombre de Kathy y la fecha de su nacimiento y la de su partida.

—Eso espero... —musitó en respuesta a las palabras del siervo de Dios. No había nada que deseara más en esos momentos que el que su hermana encontrara al fin el descanso.

—Lo estará, Olive, lo estará. —Noah la envolvió con el brazo, atrayéndola contra él y quitándole al mismo tiempo el paraguas para hacerse cargo de él.

—Estaré en la parroquia —añadió Otto mirándolos a todos—. No dudéis en pasaros si necesitáis hablar.

—Gracias —asintió Matt.

Ella asintió en respuesta, no quería que su voz dejara traslucir el dolor que habitaba en esos momentos en su interior. Noah correspondió al hombre de la misma forma que su compañero y después ya solo hubo silencio.

Se quedaron allí, unidos y al mismo tiempo sumidos en sus propios duelos. La lluvia no les dio tregua, siguió cayendo mientras los trabajadores terminaban con su labor y colocaban la lápida en su lugar.

La vida era muy injusta. ¿Cómo podía llevarse la muerte a alguien tan buena y noble como Kathy cuando ahí fuera había verdaderos hijos de puta sin escrúpulos que se la merecían mucho más? Ella lo sabía mejor que nadie, ya que tenía que enfrentarse a ellos en el estrado. El mundo estaba lleno de monstruos y nadie los lloraría si desaparecían de la faz de la tierra, pero personas como su amiga, con tantas cosas todavía por hacer...

—¿Ella lo sabe? —La pregunta salió como un susurro de sus labios, un eco de los pensamientos que se arremolinaban en su mente.

No era necesario que especificase quién era «ella», los tres estaban al tanto de la misión en la que Kathy se había embarcado en los últimos años y que había culminado hacía poco con el encuentro de su hermana Winter Rose.

Su amiga había invertido todas sus energías en recuperar a su hermana pequeña, de la cual fue separada cuando eran niñas y con la que había intentado acercar posiciones en los últimos meses; una tarea nada fácil dada la obstinación de la morena.

—Se lo comunicaron de la peor de las maneras —le dijo Matt, y a juzgar por su expresión y el tono de su voz, no lo decía a modo de disculpa—. Acudieron a su casa para informarle de *su* propia muerte.

—¿Qué? —Abrió los ojos como platos y escuchó a Noah dejar escapar un exabrupto. Tenía que haber entendido mal.

—Es una broma, ¿no? —preguntó al mismo tiempo su amigo.

Matt negó con la cabeza y explicó.

—El bolso que encontraron en el suelo junto a la valla tenía la documentación de Winter Rose, pensaron que *ella* había tenido el accidente.

—Son unos jodidos inútiles —siseó Noah.

No podía estar más de acuerdo con él, pensó Olive mientras intentaba encontrar algo de sentido en aquel relato.

—Ella fue la que se presentó primero en la morgue para reconocer el cuerpo —continuó Matt y sus palabras le provocaron un escalofrío—. Le dijo a la policía que Kathy había estado en su casa la tarde anterior. Parece que pudieron intercambiar los bolsos... Qué sé yo.

Las palabras de Matthew le provocaron una punzada en el corazón.

—Sí. Kathy estuvo con Winter esa tarde... —afirmó en un hilo de voz. Su amiga estaba emocionada mientras se lo contaba por teléfono, ambas ignorantes de lo que estaba a punto de suceder—. Yo... Yo estuve hablando con ella tan solo unos minutos antes... Tan solo unos minutos...

Había sido una conversación como tantas otras. Su hermana Rosa siempre intentaba verle el lado bueno a las cosas y esa tarde creía haber hecho por fin un acercamiento con Winter. Estaba tan emocionada y feliz mientras le hablaba de la tarde compartida, se despidieron prometiendo volver a hablar, pero...

—No habrías podido hacer nada, Olive, ninguno de nosotros podría haber cambiado lo sucedido —aseguró Matt acercándose ahora a ella, acariciándole el pelo con suavidad—. Ninguno.

Sacudió la cabeza. Ahora ya estaban solos, no había nadie más alrededor que sus espinas, nadie que pudiese verla vulnerable, a quién tuviese que esconder sus lágrimas. No quería romperse ahora, no podía permitírselo, pero sus palabras habían traído a su mente los últimos momentos que había pasado con Kathy, su voz...

—Me dijo que iba a dar un paseo —afirmó. Sacudió la cabeza y dejó que las lágrimas cayesen al fin por su rostro—. Estaba tan feliz, Matt, tan feliz... Maldita sea.

El hombre la envolvió entre sus brazos y la pegó a él sabiendo que no había nada que pudiese decir en esos momentos que aliviase su dolor.

—Esa no es manera de decirle a alguien que ha perdido a un familiar —escuchó la irritada voz de Noah—. No es propio de Brown meter la pata de esa manera... Joder.

No, no lo era, pensó Olive, pero no pudo pasar por alto el hecho de que Winter lo sabía, sabía que Kathy había muerto.

—Ella tendría que estar también aquí para despedirse —replicó abandonando los brazos de

Matt. Se apartó lo suficiente para no entorpecer con su propio paraguas y se limpió las lágrimas con las manos. No podía darse el lujo de llorar, ahora no—. Es su hermana. Tendría que estar aquí.

Era consciente de la amargura presente en su voz, pero no podía evitarlo, Kathy no se merecía semejante desprecio de su propia sangre, de aquella a quién no había dejado de buscar, por quién se había desvivido esos últimos años. No era justo, no lo era.

—Para la muchacha era poco más que una desconocida —le recordó Noah—. Kathy era consciente de ello...

—Era su hermana. —Señaló la tierra recién removida—. *Su hermana*, Noah. Kathy habría querido que estuviera aquí hoy.

—Sabemos que para la Rosa siempre ha sido así, pero para la chica... —Su amigo negó con la cabeza—. Para Winter, Kathy no ha sido otra cosa que una desconocida que se presentó en la puerta de su casa presentándose como una hermana de la que no sabía nada...

—Y tampoco tuvieron tiempo para que esa relación se consolidase —corroboró Matt.

Quería discutir con ellos, rechazar su razonamiento, pero sabía que no podía hacerlo, pues ambos tenían razón al respecto.

—Siempre le preocupó lo que le pasase a esa niña —murmuró ella acucillándose ante la tumba—. Quería protegerla, devolverle lo que le robaron, pero me temo que no es algo que se pueda hacer...

Winter estaba al tanto de todo lo que le había ocurrido a la chica, Kathy lo había compartido con ella, lo había hecho porque quería que Olive la ayudase, que viese a la morena como una parte de su familia, algo que no podía hacer... Todavía no.

—Kathy no quería que estuviese sola, esa era su mayor preocupación —mencionó Matt—. Quería que tuviese una familia, que formase parte de la nuestra y eligió a la persona que creía que podía hacerlo.

—Dante —pronunció ella y Matt asintió. Todos eran conscientes de los tejemanejes que se había traído la Rosa entre manos, pero era probable que solo ella supiese lo que la chica había estado haciendo a espaldas de su espiná más querida. Esbozó una pequeña sonrisa al pensar en ello—. No sé si sentir lástima o envidia. O quizá ambas.

—Supongo que acabaremos viéndolo —añadió Noah, le dedicó una última mirada a la lápida recién colocada e inclinó la cabeza con un gesto de reconocimiento—. Cuidaremos de ella, Rosa, te lo prometo.

—No te preocupes por nada más, hermanita —murmuró Olive llevándose los dedos a los labios para depositar un beso que dejó luego sobre el nombre tallado en la lápida—. Te hice una promesa y la cumpliré, pase lo que pase. Duerme tranquila.

Honraría la palabra dada y haría todo lo que estuviese en su mano para que las cosas salieran como ella las había imaginado. O al menos, intentaría poner a todos en el camino correcto para hacerlo.

Dio un paso atrás para dejar que sus compañeros se despidiesen también de la mujer que había sido la culpable de que acabaran convirtiéndose en una familia y se aferró al paraguas como si este pudiese darle la fuerza necesaria para aguantar en pie un poco más.

Noah le rozó la mano al pasar por su lado mientras Matt se acucillaba para acariciar también el nombre de la mujer que había sido su mejor amiga.

—Cuidaremos de ella —le escuchó musitar—. Todos nosotros. Te lo prometo.

No lo pensó, se acercó a él y lo cubrió con el paraguas mientras se volvía hacia ella.

—Vámonos a casa —pidió con voz temblorosa.

Él asintió, le rodeó una vez más la cintura con el brazo y la pegó a su costado. Olive echó un último vistazo a la tumba que dejaban atrás y se reunió con Noah. Su espina le acarició el rostro, la besó en la cabeza y la abrazó también. Esa era su manera de decirle que todo iría bien, que pasase lo que pasase, él estaría siempre a su lado.

CAPÍTULO 1

—Déjame a mí.

Matt le quitó la llave de las manos y la introdujo en la cerradura con mucho más éxito que ella. La puerta se abrió y Olive no pudo dar un solo paso. Se quedó allí quieta, mirando hacia el interior mientras su amigo traspasaba el umbral y encendía las luces.

—Está bien, *Rosa*, lo haremos juntos. —Notó las manos de Noah sobre sus hombros, su voz le acarició el oído y el roce de estos en su sien la hizo cerrar los ojos y respirar hondo—. Un paso detrás de otro.

Sus pies habrían seguido clavados en el suelo si la montaña masculina a su espalda no los obligase a moverse.

No te vengas abajo. No te rompas. Tienes que ser fuerte por ellos.

Ese era el mantra que venía repitiéndose una y otra vez desde que abandonaron el cementerio. Tenía que volver a armarse, vestirse de nuevo con esa piel que la aislaba del mundo y le permitía funcionar en su día a día, pues solo así conseguiría sobrevivir a este trance.

Inspiró hondo y dejó que los tacones de sus zapatos resonasen como tantas otras veces en el suelo del piso propiedad de su amigo.

Había sido incapaz de afrontar la idea de volver a la mansión *Garden Rose*, no podía enfrentarse ahora mismo a aquel lugar y todo lo que significaba. Todavía no. Así que habían terminado como tantas otras veces en el piso de Matt, el cual era también una especie de refugio para todos.

—Prepararé café —informó recuperando la voz y el ánimo—. Id a cambiaros de ropa, estáis empapados.

La lluvia no había dado tregua en ningún momento de la tarde y, incluso cuando se cobijaban bajo los paraguas, hubo instantes en los que era preferible la lluvia al repiqueteo de las gotas sobre la tela. Ella misma tenía la ropa húmeda, pero no tanto como los dos hombres que la medían con los ojos.

—Va a ser una noche larga —añadió y miró a Matt—. ¿Sabes a qué hora está previsto que llegue el vuelo de Dante?

—La llegada está programada para última hora de la tarde, pero con estos vuelos internacionales, quién sabe —respondió dejando las llaves que le había quitado en el cuenco de siempre—. Vendrá a casa cuando esté listo.

No podía ni empezar a imaginarse lo que tendría que haber sido para él recibir una noticia semejante estando al otro lado del mundo. Si conocía un poco a Dante y lo hacía, estaría reprochándose a sí mismo el haberse marchado, el haber cedido a la insistencia de Kathy para que no perdiese la oportunidad de cerrar este negocio. Él no había querido dejar Nueva York, no con su *Rosa* en un estado tan delicado, pero si algo había tenido su hermana era una cabezonería absoluta contra la que ninguno de ellos podía luchar. Además, siendo también accionista de la empresa, su opinión era algo que él siempre había tenido en cuenta.

Necesitaba verle. Necesitaba que estuviese ahora aquí, con todos ellos y sobre todo, con

ella.

Si bien mantenía una relación estrecha con cada una de las *espinas* del *Night Rose*, con Dante tenía algo más profundo. Había una conexión especial entre ambos, una corriente capaz de conectarles sin necesidad de palabras y que había forjado una férrea amistad. Él sabía cuándo estaba mal incluso antes de que ella misma se diese cuenta de ello, era quien mejor la conocía y su ausencia en estos momentos era un dolor añadido al de la pérdida con la que lidiaba.

—Deberíamos darnos *todos* una ducha caliente y cambiarnos de ropa —anotó entonces Noah posando ambas manos sobre sus hombros—. El café puede esperar hasta después de eso.

Matt asintió y señaló el pasillo que llevaba a su dormitorio y a la habitación de invitados donde siempre tenían alguna muda propia.

—Ocúpate de ella —le dijo a Noah al tiempo que se acercaba para acariciarle la mejilla con el dorso de los dedos—. No te pongas la máscara con nosotros, Olive, no hay necesidad.

—Alguien tiene que mantenerse en pie.

—Hoy no, cariño, hoy todos tenemos derecho a dejarnos caer —aseguró Noah cogiéndole la barbilla entre los dedos para girarla hacia él—. Solo hoy.

Apretó los labios cuando estos empezaron a temblarle. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de contención para no dejar escapar un quejido. Notó las lágrimas picándole en los ojos, pero las mantuvo a raya a base de parpadear con rapidez.

—Vamos, te preparo yo el baño —le informó con ese tono tierno que solo le había escuchado utilizar con ella. El pedazo de chocolate que tenía delante solía ser un hombre reservado y algo serio, poseía esa aura de estar siempre alerta de lo que le otorgaba el haber sido policía y que te invitaba a dar un paso atrás si no querías buscarte problemas. Su voz a menudo tenía un borde de exigencia, ese tono que exigía inmediata obediencia y dejaba claro que no estaba dispuesto a discutir tonterías. Pero debajo de todo eso, estaba el hombre protector, el que haría todo lo que estuviese en su mano para evitar que derramases lágrimas innecesarias, el que te sostenía cuando la mierda del mundo se hacía tan densa que no te dejaba ver lo que había de bueno en él. Noah tenía un corazón enorme, era amable y leal, alguien que merecía recibir tanto como daba. De las *espinas* del *Night Rose*, él era el más intenso y exigente, algo que encajaba muy bien con ella, con la *Rosa* que era. Y fuera de su círculo era un buen amigo, con toda probabilidad, uno de los pocos a los que escuchaba.

Así que, si alguien podía mantenerla entera esa noche, era él y Matthew lo sabía.

En la familia que habían formado no había lugar para los celos, ni para los favoritismos. Cada uno de ellos conocía su lugar, lo que podían esperar de sus hermanos o hermanas y aceptaban la manera en que habían decidido vivir sus vidas, sin el encorsetamiento de la sociedad o complejos.

Dejarse mimar por Noah era algo natural para ella. Su presencia en esos momentos le era tan necesaria como respirar, sobre todo porque con cada paso que daba sentía que se hundía un poco más y se ahogaba.

Creía haber estado preparada para este momento, pero lo repentino de lo sucedido, junto con la forma en la que había tenido lugar, la había privado de cualquier tipo de proceso de aceptación ante la inevitable muerte de su hermana *Rosa*.

No. Nadie estaba preparado jamás para perder a un ser querido, para verlo partir y ella acababa de experimentarlo en sus propias carnes.

Olive pasó los próximos minutos sumida en una especie de neblina. Se movió por inercia, desnudándose y metiéndose en el agua caliente de la bañera, pero su cabeza seguía en el cementerio, repasando algunos de los momentos allí vividos. Era como verlo todo a través de los

ojos de otra persona, contemplando imágenes con las que no se sentía conectada y esa desconexión la estremeció.

—¿Estás conmigo, Olive?

El tono grave e intenso de la voz masculina la sacudió como un cable de alta tensión, haciéndola reaccionar al momento. Parpadeó un par de veces, levantó la cabeza y se encontró con su amigo de pie al lado de la bañera. A juzgar por la toalla en torno a su cuello y las gotas de humedad que le perlaban el pelo y la piel acababa de salir de la enorme ducha adyacente. El cuarto de baño era un jodido *spa*, un capricho que Matt se había permitido durante la última reforma.

—Ahora sí —respondió aferrándose a esa mirada marrón y utilizándola como un ancla.

Noah se sentó de lado en el borde de la barrera, una posición no demasiado cómoda para alguien de su altura, pero que le permitía estar cerca de ella sin ocupar el mismo espacio; algo de lo que en cualquier otro momento habría disfrutado.

—¿Quieres hablar?

Negó con la cabeza.

—Sé que debería hacerlo, pero... No puedo —admitió con cierta angustia. —Él se limitó a asentir y deslizó la mano dentro de la bañera. No dudó en cogérsela y enlazar los dedos con los suyos—. La forma en la que se fue... —Un par de solitarias lágrimas escaparon a sus intentos por detenerlas—. Hablé con ella tan solo unos momentos antes, Noah. Tan solo unos instantes antes de que... —Cerró los ojos con fuerza—. No puedo. Ahora no.

—Cuando estés lista, entonces —le aseguró apretándole los dedos con suavidad—. No será fácil, pero lo que haya que superar, lo vamos a superar todos juntos.

Asintió con la cabeza y se inclinó sobre el borde para acercarse a él y poder notar su calor y su aroma.

—¿Matt? —preguntó levantando la cabeza para encontrarse con los ojos marrones.

—Duchándose —le informó—. Ha llamado al teléfono de Dante, pero todavía no hay respuesta, así que debe seguir en el avión.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Cómo te encuentras tú? —Noah no había dicho una sola palabra en todo el trayecto de vuelta a casa e incluso durante el funeral había mantenido una actitud bastante silenciosa. Solo había empezado a exteriorizar sus emociones ante el inesperado relato de Matt con respecto a lo ocurrido con Winter Rose.

—Descolocado, incrédulo y cabreado... —Enumeró e hizo hincapié en la última palabra—. Sobre todo «cabreado». Con ella. Soy consciente de que no tiene la culpa, que no eligió esta forma de... partir, pero siento que ha privado de decirle adiós.

Este era su Noah. Capaz de expresar sus sentimientos, de dejar salir las emociones que llevaba dentro y darles voz. No era fácil mostrarse así de vulnerable ante otra persona, pero él lo hacía con ella. Llevaba haciéndolo desde el día en que ella le habló del cliente al que estaba defendiendo, uno al que todas las pruebas existentes señalaban como el único responsable de un crimen y que, sin embargo, seguía jurando y perjurando que era inocente. Ella lo había creído, no sabía por qué, pero se convenció de que no era la clase de hombre que cometería un acto semejante.

Si tan solo hubiesen podido probarlo a tiempo.

Noah se sentía tan responsable de lo ocurrido como ella misma, aun cuando ninguno de los dos había tenido la culpa. No podían saber que el pobre tipo no soportaría la presión a la que

estaba siendo sometido y que terminaría ahorcándose en su celda dos días antes de la revisión del juicio que lo había condenado a varios años de cárcel.

La noticia la había impactado. Era la primera vez que se enfrentaba a algo así en todos sus años de carrera como abogada penal, pero no fue nada comparado a lo que sintió cuando le entregaron lo que encontraron sobre su cama; una carta dirigida a ella.

«Gracias por todo el esfuerzo que ha puesto en defenderme, por su dedicación y amabilidad durante todos estos meses, pero sobre todo, gracias por haber creído en mi inocencia, señorita James».

Una inocencia que no había descansado hasta demostrar, incluso si era a título póstumo. La memoria de ese hombre y aquellos que todavía le recordaban, merecían poder hacerlo sabiendo que él no era un asesino.

Noah se había mantenido a su lado durante todo aquel proceso, juntos habían podido dar salida a toda la culpabilidad y la rabia que acumulaban en su interior y liberarse al fin de ellas. Lo que forjaron a raíz de aquello se consolidó a través de los años, convirtiéndose en un vínculo inquebrantable de confianza y entendimiento mutuo que duraba aún hoy.

Y las palabras que acababa de pronunciar no eran sino un eco de sus propios pensamientos.

—Me dijo que había pasado la mejor tarde de su vida, que si se moría en ese mismo instante, sería feliz... —Las palabras se le atascaron en la garganta—. Le grité, vaya que le grité por decir aquello, aún si solo era una broma. Me dijo que iba a pasear por el *Riverside Park* y le sugerí acompañarla, pero Kathy me aseguró que era absurdo que cruzase media ciudad solo para hacerle compañía. Daría un paseo y se iría a casa.

Aferó con fuerza la mano entrelazada con la suya y se le quebró la voz al recitar:

—*Te quiero, Rosa. Desde el lugar en el que están mis pies hasta el cielo.* Esas fueron las últimas palabras que escuché de su boca a través del teléfono —confesó con voz queda—. Era lo que siempre nos decíamos la una a la otra. Recuerdo que le dije que *«eso no sería suficiente»* y ella se rio. Quedamos en hablar al día siguiente, pero... Ya no habrá ese *día siguiente*.

—La muerte no llama a la puerta, amor, solo se presenta y te lleva de la mano —respondió al tiempo que resbalaba la mano libre por su pelo—. Y a veces lo hace en los lugares más insospechados, estés o no preparado para recibirla.

—La muerte es una maldita ladrona —se quejó.

—Nadie te refutará eso.

Levantó la cabeza y se encontró una vez más con esa mirada color café.

—¿Te lavo el pelo?

La pregunta habría sido extraña viniendo de cualquier otra persona, pero viniendo de ese hombre era una muestra más de afecto y de su intención de cuidarla; algo que le había prometido a *él* en el pasado.

Contuvo la indisciplinada necesidad de preguntarle por él y asintió con un gesto; era todo lo que podía hacer en esos momentos. Intuía que si abría la boca para hablar, acabaría sollozando como un bebé.

Ninguno habló durante el tiempo que pasaron en el cuarto de baño. Incluso después, al reunirse con Matt en el salón y tener en sus manos una humeante taza de café, permaneció en silencio. Solo cuando el amargo brebaje quedó atrás y el ardiente licor que lo sustituyó le bajó por la garganta, empezó a sentirse mejor.

No había nada como el alcohol para adormecer los sentidos y ahogar, aunque fuese solo durante un rato, el dolor.

CAPÍTULO 2

—Te deshaces de las sumisas más rápido de lo que yo abro las botellas.

Damien sonrió ante el comentario del hombre que esa noche se encontraba detrás de la barra del club nocturno *Blackish*.

—Esta qué es, ¿la segunda en lo que va de mes?

—La tercera que dejo en buenas manos —afirmó ocupando uno de los taburetes vacíos—. Le irá mucho mejor con Ethan que conmigo.

Lucien dejó ante él una consumición que ni siquiera le había dado tiempo a pedir. No era muy complicado dar con la bebida correcta ya que era la única que solía beber cuando podía darse el lujo de pasarse por el club.

—Tienes un jodido problema, ¿lo sabes, verdad? —Le dijo su amigo—. No encontrarás a nadie que encaje contigo mientras tengas el corazón ocupado.

—Quizá el problema sea que no busco a nadie que encaje conmigo —chasqueó cogiendo la botella de cerveza que tenía delante—. No todos tenemos tu suerte.

—¿Mi suerte? —Bufó él—. Serás hijo de puta. Si fuiste tú el que me dejó caer ese regalito en el regazo sin posibilidad de devolución.

—Culpable... —ocultó la sonrisa detrás de la botella.

—Y ya no digamos lo que le hiciste a Horus...

—Sophie estaba más que dispuesta a ponerse ella solita en ese lugar —replicó y le dio un buen sorbo a la fría cerveza.

—¿Quién es ella?

Se tomó su tiempo en responder.

—¿Qué te hace pensar que hay una *ella*?

—Que no te van los tíos —afirmó con divertido—. Y que hoy estás tan melancólico. ¿La conozco?

Esta vez optó por no contestar.

Había cosas y momentos de su vida que prefería guardarse para sí y la noche en la que sus caminos se cruzaron, era uno de ellos.

Recordaba con exactitud cada momento de aquella noche, el instante exacto en el que traspasó las puertas de aquel local y al culpable de aquel primer encuentro.

—*Así que aquí es donde te escondes cuando no estás tocándome las narices.*

A primera vista el club resultaba agradable. No había mucha gente, tenían una zona de baile, una barra bien surtida e incluso un área acotada con algunos sillones y sofás delimitados por mesas de pie y alguna que otra planta. Si eran naturales o artificiales, no podía decirlo bajo la tenue luz que las envolvía.

La canción que sonaba a través del hilo musical era actual, con unos toques étnicos que la habían catapultado a los primeros puestos de los rankings de escuchas en la radio. No era de sus favoritas, pero tampoco resultaba tan estridente como la que solían ambientar otros locales.

—*Es un buen lugar en el que quedarte a tomar unas copas y disfrutar de las vistas o formar parte de la acción* —replicó Noah señalando la barra—. *Mi gente suele venir por aquí alguna que otra noche.*

Damien lo miró con cierta diversión.

—¿A eso me traes? ¿A conocer a los inadaptados de tus hermanos?

Esa era la manera en la que solía referirse al círculo al que pertenecía, uno que prefería dejar a un lado las encorsetadas reglas de la sociedad y vivir bajo las suyas propias. Al igual que él mismo, su amigo disfrutaba de una forma de ver la vida y sobre todo las relaciones personales de una manera distinta a la convencional. Noah Flint era un alma libre, un tipo con un exterior frío y reservado, pero cuyo interior latía un corazón en el que tenían cabida todo tipo de personas, independiente de su raza, orientación sexual o género. Su amigo era la clase de tipo por la que merecía la pena correr riesgos, a quién sabías que podías acudir cuando estabas jodido, alguien que no te juzgaría por tu forma de ser o actuar y que al mismo tiempo te pegaría una patada en el culo si creía que la necesitabas. Damien y él se movían en los mismos círculos tanto dentro como fuera del trabajo, habían estado metidos en las mismas mierdas y eso los había unido. Hoy por hoy lo consideraba un hermano, un alma afín, así que cuando le dijo que esa noche iban a tomarse unas copas y despejarse, todo lo que pudo decir fue «amén».

El poli le había hablado alguna que otra vez de las personas con las que había formado un vínculo inesperado, gente con sus mismas inquietudes y con quien acabó forjando una intensa relación; ellos eran su familia. Una elegida y no impuesta por la sangre.

—Te traigo para que saques la cabeza del culo y dejes de pensar en lo que ya no tiene solución —aseguró y señaló con un gesto la barra a la que se dirigían—. Unas copas y algo de conversación te vendrán bien.

Hizo una mueca.

—Dudo que esas dos cosas puedan ejercerse ahora mismo como terapia, de hecho, te diré que sí a las copas si olvidas la parte de la conversación.

—No tengo la menor intención de hacerte de psicoterapeuta, capullo —aseguró Noah deteniéndose ante la barra—, pero prefiero que bebas aquí, donde puedo echarle un ojo, a que te emborraches solo en ese piso tuyo.

—Gracias, papi, te echaba de menos —replicó con total ironía—. Echaba de menos esa parte morbosa tuya.

El hombre lo ignoró y pidió bebida para ambos.

Entendía lo que buscaba Noah esa noche al traerle allí. La última misión en la que había estado había salido mal y a sabiendas de que no era culpa suya, no podía evitar pensar en las vidas que se habían perdido; incluidas las de las mujeres que se supone iban a liberar.

El mundo se estaba yendo a la mierda a la velocidad de la luz y no había manera de ponerle freno. Por cada cartel u organización que desmantelaban, aparecían dos o tres más. Al final resultaba todo tan frustrante que lo único que podía hacer para no pegarse él mismo un tiro e irse al infierno era aferrar una botella de vino y acallar las jodidas voces en su cabeza.

—Por los gilipollas que se juegan el cuello mientras otros se limitan a chupársela a los de arriba —le dijo Noah levantando su cerveza a modo de brindis.

Damien cogió la botella que le habían puesto delante, chocó el cuello con la de su compañero y asintió.

—Por nosotros —asintió y le dio un largo trago a la bebida fría.

Apenas estaba bajándola para depositarla sobre la barra cuando la vio aproximarse a ellos.

Pelo rubio alborotado, una brevísima falda que dejaba a la vista unas interminables piernas, los pechos comprimidos por el corsé rebosando sobre la línea de este. Era pequeña y voluptuosa y se movía con una marcada seguridad sobre unos altos tacones que la hacían incluso más interesante. Nunca había sido un fetichista de los zapatos, pero había algo en ellos

que aumentaba si cabía el interés general que despertaba en él la desconocida.

La chica venía directa hacia ellos, sus ojos verdes coronados de espesas pestañas brillaban de diversión y también alegría, una que no dudó en mostrar abiertamente cuando se lanzó, sin pensárselo dos veces, a los brazos de Noah.

—Y cuando pensaba que la noche no podía ponerse más interesante, aparece mi tableta de chocolate favorita —declaró ella con voz firme y aterciopelada, del tipo en la que te gustaría escucharla gemir tu nombre—. Pensé que ibas a irte a la ciudad a ver a alguien.

—Y fue lo que hice antes de arrastrarle a tomarse una cerveza —declaró su amigo ciñendo la cintura de la chica y besándola en los labios con suavidad. Entonces señaló en su dirección y la giró de modo que su espalda quedase apoyada en su pecho y esas largas piernas entre las suyas—. Damien Knight, te presento a Olive James. Mi Rosa.

Esos bonitos ojos verdes se encontraron con los suyos y un segundo después volvieron a su amigo.

—¿Ese Damien?

—Ese mismo.

El intercambio entre ellos hizo que enarcase una ceja y preguntase.

—¿Debo preocuparme por que sepas mi nombre? —sugirió él dirigiéndose a ella.

La mujer volvió a posar esa intensa mirada en él y sonrió.

—Depende de si lo que cuenta Noah sobre sí es verdad o una enorme exageración —afirmó ella con un descaro que le gustó. La mirada femenina cayó un instante sobre él, recorriéndole sin pudor, para acto seguido tenderle la mano y sonreír con inesperado afecto—. Es un placer conocerte por fin, Damien. Noah me ha hablado mucho de ti, pero... se quedó corto.

El aludido se rio entre dientes.

—No pudo más que estar de acuerdo con semejante afirmación —admitió cogiéndole la mano y llevándosela a los labios, para su sorpresa. Le acarició los nudillos con los labios y le dedicó un guiño—. Noah también se quedó corto en lo que a ti se refiere.

No así en el obvio afecto que esos dos parecían profesarse. La confianza entre ambos era absoluta, podía apreciarlo en la manera en que ella se recostaba contra su amigo, en la naturalidad con la que hablaba y las miradas fugaces que intercambiaban.

Había oído a Noah referirse a la tal Olive como un vendaval rubio, una muñequita voluptuosa con mirada sincera y sonrisa pícaro, pero desde luego cualquier descripción que pudiese haberle hecho con respecto a ella no le hacía justicia.

—Algunas cosas es mejor verlas con tus propios ojos a que alguien te las describa, Damien —aseguró su amigo con una particular sonrisa—. La primera impresión... ya sabes.

—La primera impresión ha sido... impactante —admitió en voz alta sonriendo a la chica—. Es un placer conocerte a ti también, Olive.

La forma en que ella le sonrió y se le acercó en aquel momento marcaría sin saberlo el resto de su relación. Antes de que pudiese siquiera intuir lo que estaba a punto de hacer, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por cuidar de él ahí fuera —le susurró solo para sus oídos. Sus miradas volvieron a cruzarse y vio una sincera y cálida gratitud en esos ojos verdes.

Damien se limitó a asentir.

—¿Quieres beber algo, cariño? —sugirió su amigo intentando mantener a raya una sonrisa. Noah sabía muy bien por qué le había traído hasta aquí y él acababa de caer de cabeza en la trampa.

—Tengo mi bebida en el reservado. —Señaló hacia el área de los sillones.

—Bien, ¿quieres compañía? —Noah se inclinó sobre ella y le apartó un mechón de pelo de la cara, remetiéndoselo con gesto cariñoso detrás de la oreja.

—Para qué preguntas si ya sabes la respuesta —replicó ella sonriendo coqueta. Entonces le dio la espalda y lo sorprendió una vez más, ahora cogiendo la botella de cerveza que había dejado sobre la barra para darle un pequeño trago—. ¿Te vienes?

Se la quedó mirando y ella le sostuvo la mirada con una abierta invitación.

—Persuádeme.

Noah dejó escapar un resoplido de risa y la sorpresa brilló en los ojos de la mujer. Ella emitió un ligero chasquido de lengua y se aproximó a él. Su dedo índice acabó clavándose en su pecho mientras lo miraba por debajo de las espesas pestañas.

—Todavía no ha nacido el hombre que me diga lo que tengo que hacer, Damien —replicó ella con esa voz sensual y sedosa que parecía enroscársele en la lengua.

—Eso es porque todavía no me habías conocido a mí, pequeña —aseguró con su acostumbrado aplomo y no dudó en ceñir ese testarudo mentón con los dedos—. Es solo por eso.

Se inclinó sobre ella y se detuvo a tan solo una respiración de sus labios, esperando ver su reacción, dándole tiempo para retirarse o al menos intentarlo si así lo deseaba. Pero no lo hizo. Más bien hizo todo lo contrario, en cuanto sus bocas se unieron, fue ella la que lo besó.

Ese beso había sido el primer error, uno que seguía persiguiéndole tanto tiempo después.

Lo que comenzó como un encuentro íntimo y casual acabó convirtiéndose en una arrolladora necesidad, una que le había causado demasiados problemas. Prendarse de una de las Rosas del Night Rose fue de todo menos inteligente, pero permitirse a sí mismo descubrir a la mujer que se ocultaba detrás de la máscara resultó catastrófico.

Con un trabajo y una vida como la suya, no había lugar para el romance y mucho menos para la familia. Había visto demasiadas veces como se rompían los vínculos de sus compañeros de trabajo, como la distancia y las diferentes misiones los empujaban a otros brazos, a traicionar sus votos o las promesas hechas en el pasado. Por no hablar de las ocasiones en las que él mismo había tenido que presentarse en la puerta de la casa de alguna esposa para informarle de la muerte de su marido en cumplimiento de su deber.

No, esa clase de vida no era para él. El mundo ya estaba lo bastante jodido como para necesitar a otro hijo de puta inconstante, alguien que pasaba más tiempo metido en la mierda que encontraba en el trabajo que con una mujer o sus escasos amigos.

Damien no se veía con una esposa e hijos, con una casa y una valla blanca, ni siquiera en el futuro. No era la clase de hombre que enajenara en ese tipo de vida, sus necesidades eran muy distintas, exigían un control férreo sobre las cosas, sobre sus posesiones e incluso en sus relaciones. Era un dominante sexual, necesitaba estar al mando, poner las normas y llevar las riendas, sentirse en pleno control de sus relaciones. No era un estilo de vida apto para cualquier mujer, aun cuando ella había encajado a la perfección en él.

Olive compartía su mundo, más aún, poseía una filosofía de vida muy similar a la suya. La dura y eficiente abogada penalista, que vestía de traje y tacones durante el día, se convertía en una rosa delicada y sensual por la noche. Era una mujer abierta a explorar su sensualidad, a vivir la vida fuera de los convencionalismos sociales y formar parte de una familia que la protegería y cuidaría mientras él no pudiese hacerlo.

«Quién ha sido una vez Espina del Night Rose, lo es para siempre, Damien». Las palabras que había pronunciado Noah la última noche que había pasado con ellos seguían vivas en su mente. «Quizás puedas engañarla a ella, pero no a mí. Haz lo que tengas que hacer, durante el

tiempo que debas hacerlo, pero vuelve a por tu Rosa».

Nunca pensó que llegaría el día en que tuviese que elegir entre su trabajo y el amor por una mujer, pero lo hizo. La misión que tenía entre manos en esa época requería de toda su concentración y dedicación, llevaban demasiado tiempo detrás de aquello como para permitirse fallar. Además, hacerlo pondría en riesgo no solo la vida de las mujeres a las que querían liberar, sino también a los miembros del equipo infiltrados desde hacía casi un año.

No hubo dudas, no había llegado hasta dónde estaba dándole la espalda a aquellos que lo necesitaban, a sus propios compañeros. Si tenía que sacrificar algo, que fuese a sí mismo y su relación con Olive y no cientos de vidas inocentes.

Renunciar a ella fue duro, pero correcto. Mientras siguiese formando parte de las investigaciones encubiertas del FBI, no podría tener la seguridad de que la escoria que había ahí fuera no llegase a ella solo para ponerle a él de rodillas. Prefería que la chica estuviese eternamente cabreada con él, que quisiera sus tripas en una bandeja y lo considerara un cabrón que perderla por una bala o verla metida en algo mucho más turbio.

Aunque la palabra «*cabreo*» se quedaba corta en lo referente a esa mujer, algo de lo que fue testigo y también víctima en las esporádicas ocasiones en los que sus caminos volvían a cruzarse.

Había perdido la cuenta de las veces en las que Noah había intercedido entre ellos, las ocasiones en las que le sugirió que hablase con ella y dejase las cosas claras. Su amigo conocía sus motivos, había formado parte del cuerpo de policía por aquel entonces y sabía lo que había en juego, pero lo primero para él seguía siendo su hermana, su *Rosa*.

Sacudió la cabeza y miró la botella de cerveza sobre la barra.

—Hay cosas que merece la pena que sigan siendo una incógnita, Luc, sobre todo cuando no hay nada que hacer al respecto —murmuró dando respuesta a la pregunta que había quedado en el aire.

El hombre chasqueó la lengua y se inclinó sobre la superficie en tono confidente.

—Si algo he aprendido a lo largo de todos estos años en mi trabajo, es que en esta vida de mierda, lo único que no tiene solución es la muerte —declaró con tono confiado—. Si tu misteriosa chica sigue viva ahí fuera, todavía tienes una oportunidad.

Le miró y se encontró con esos ojos claros clavados en él, una mirada que conocía bien.

—Estoy pensando en dejar el FBI. —Las palabras abandonaron su boca sin que pudiese ponerles freno. Era un pensamiento que llevaba tiempo dándole vueltas en la cabeza, uno que de un tiempo a esta parte parecía estar más y más presente.

Su compañero enarcó una ceja ante la inesperada respuesta, pero lo que le dijo no era tan extraño, no viniendo de él.

—No puedo decir que me sorprenda —aseguró con un gesto comprensivo—. Has visto mierda suficiente para toda una vida.

Lo cierto era que sí, así era. Había salido muy joven de *Quántico* y a sus cuarenta y cuatro recién cumplidos, empezaba a echar de menos el poder estar detrás de un escritorio y no arrastrándose por algún puto suburbio. Con todo, era solo una idea que había ido cobrando peso a lo largo de este último año, pero que todavía no se había convertido en una decisión en firme.

—Si lo que buscas es mi opinión, te diría que hicieses las maletas y les enseñases el dedo corazón a esos trajeados —declaró Lucien con un ligero encogimiento de hombros—. Pero también sé que no eres de los que dejan las cosas a medias, así que...

—No, no lo soy —admitió. Sabía a qué se refería, ya que ambos estaban metidos en este último caso, uno que parecía haberse complicado en los últimos días—. No pienso dejar el caso

en manos de esos imbéciles, no hacen más que joder las cosas.

—Bien. Pues ya tienes tu respuesta —señaló sin más—. Liquidada los pendientes y después podrás pensar en ello con absoluta tranquilidad.

Damien no llegó a responder a su comentario, pues otro de los socios del club se aproximó en ese momento a la barra con un resoplido.

—Luc, te va a tocar seguir en el bar hasta el cierre —le informó Dain al tiempo que le daba a él una palmada en el hombro a modo de saludo. El hermano de Lucien había estado ocupado vigilando los juegos y no se habían cruzado hasta el momento—. ¿Qué hay, tío?

—Lo de siempre, ya sabes —correspondió a su saludo.

—¿Cómo que tengo que seguir en la barra hasta el cierre? ¿Y Horus?

—Sophie ha caído enferma —les informó. Sophie era la sumisa y exmujer de Horus, uno de los propietarios del *Blackish*—. No es nada grave. Han ido a urgencias y parece que se trata de un virus. La han enviado a casa con suero. Se ha pasado el día vomitando como si no hubiese un mañana, o eso es lo que ha dicho el jefe.

—Estupendo. Justo la noche en la que estamos más cortos de personal —resopló el barman.

—Si necesitas un descanso, me meto yo detrás de la barra —sugirió él terminándose su cerveza y dejando ya el taburete—. De hecho, sal de ahí. Hoy estoy con humor para hacer de barman.

—¿Mala noche? —sugirió Dain.

—*Mal de amores* —replicó Lucien quitándose el delantal y sacando al mismo tiempo una camiseta con el logo del club de debajo de la barra—. Toma. Ponte guapo.

—¿Mal de amores? —Dain lo miró con gesto curioso—. ¿Tú?

Damien puso los ojos en blanco.

—Olvidaos de mí —chasqueó la lengua y cogió la camiseta que le había pasado Lucien—. Esta noche estoy aquí solo por las copas.

—Yo ya te he olvidado —replicó su amigo guiñándole un ojo para luego girarse hacia su hermano—. ¿*Fire*?

—En la mazmorra. Con Luna —le comunicó y ambos intercambiaron una pequeña sonrisa cómplice. A saber que habría hecho ahora la traviesa bocazas de pelo azul para terminar allí abajo con su maestro—. Avísale cuando salga. Veré si puedo arrastrar a Wolf de la recepción para que nos eche una mano. Por suerte hoy la cosa está tranquila, así que... —Lucien se volvió de nuevo hacia él—. Si necesitas asistencia...

—Sobreviviré —aseguró quitándose allí mismo la americana y la camisa y colándose a continuación la camiseta negra del club por la cabeza.

—Vendré a echarle una mano dentro de un rato —le informó Dain, lo que equivalía a que volvería a darle coba.

Asintió e intercambió posiciones con su amigo, metiéndose ahora tras la barra.

Esa noche estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que no fuese pensar, así que colaborar como solía hacerlo en el *Blackish* le venía que ni anillo al dedo.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente...

Olive apagó el motor y quitó las llaves del contacto, pero no se movió.

La casa estaba igual que siempre. No había nada en la imagen que veía a través de la luna del coche que indicase que las cosas hubiesen cambiado, que la *Garden Rose* había perdido una de sus Rosas.

Se obligó a arrancar la mirada de la entrada para echar un vistazo a los vehículos aparcados próximos al suyo. Noah y Matt habían llegado ya. Les había dejado a ambos poco antes del amanecer y se había ido directa a su oficina, a recuperar el sobre que guardaba en la caja fuerte, uno que esperaba no tener que sacar tan pronto.

El mismo que ahora descansaba en el asiento del copiloto.

Sus amigos se habían sorprendido al escucharla al teléfono unas horas antes convocándoles a ambos en la mansión. Ninguno se había dado cuenta de su partida, así que no contaban con su llamada y mucho menos con la petición de que se reuniesen en la mansión.

No pudo evitar preguntarse si Dante habría llegado ya. Le había llamado, pero no recibió respuesta por su parte.

Esperaba que darse una ducha y vestirse como lo hacía cada día para ir al trabajo la ayudase a centrarse, a seguir adelante con la tarea que tenía por delante, pero ahora que estaba delante de la mansión no podía evitar pensar de nuevo en ella y en su ausencia.

Dejó el coche y se dirigió a la entrada principal.

La primera vez que subió esas escaleras y cruzó la puerta, sintió que al fin estaba en casa. Era una sensación que se había repetido en el tiempo con cada persona que había conocido allí y que ahora formaba parte de su familia. Hoy, sin embargo, atravesar esa puerta significaría enfrentarse a la realidad y aceptar que Kathy no volvería a cruzar ese umbral nunca más.

Aferró contra sí el sobre que traía con ella, decidida a dar cumplimiento a la última promesa que le hizo a su amiga.

«Juntos, Olive. Prométeme que haréis esto juntos».

Prometerle aquello fue lo más duro que le tocó hacer en vida, porque era aceptar que cuando aquello sucediera, ella ya no estaría allí.

—Ha llegado el momento... —murmuró para sí. Respiró hondo y entró en la mansión.

El silencio fue lo primero que notó, la ausencia de risas, de pasos, de algo que dijese que el lugar era un hogar o que había alguien en casa. Cerró tras de sí y cruzó la amplia mansión intentando no fijarse demasiado en nada; no podía permitirse sucumbir ahora a la pena y la nostalgia. Dejó atrás el área principal de la casa en la que podían dejar caer sus máscaras y ser ellos mismos y penetró en el corazón de la *Garden Rose*.

La decoración principal y moderna dio paso a algo más clásico, más del viejo mundo,

como si con solo cruzar una puerta pudiese trasladarse de los tiempos modernos a la elegancia de siglos pasados. La antesala del Night rose estaba ocupada por una serie de divanes y mesas, de pequeños recovecos que invitaban a la intimidad y daban paso al primer par de puertas francesas tras las que se encontraba el gran salón de baile. Matt había trabajado personalmente en cada moldura, pared y división del lugar, diseñando cada pedacito de este santuario alimentándose de las aportaciones hechas por Kathy y el resto del círculo. Este era el secreto mejor guardado de la mansión, un mundo al que solo se podía acceder mediante una invitación y al que muy pocos tenían acceso.

El aroma de las rosas recién cortadas le acarició la nariz nada más atravesar el umbral. Se detuvo y miró a los tres hombres que ya estaban presentes, los cuales no parecían tener mucho mejor aspecto que ella misma.

—¿Ya estamos todos? —preguntó con voz suave.

No pudo evitar pensar en la cantidad de veces que había entrado en esa estancia esperando encontrarse a uno u otro, en las que los había escuchado discutir, reír y cagarse en todos sus muertos por algún problema en concreto. Ella misma les había esperado allí, charlando con Kathy, planeando sus particulares fiestas, el cumpleaños de alguno de esos tres cazurros... o entreteniéndolos a alguno de ellos mientras el resto le preparaba alguna sorpresa en la planta principal. Este era su círculo íntimo, donde se había constituido esa familia de cinco y en la que ahora ya solo eran cuatro.

Matt se levantó al verla, mientras que Noah se limitó a saludarla con un gesto. Dante, quien le estaba dando unos sorbos al café recién hecho, cuyo aroma se mezclaba con el de las flores, le guiñó el ojo a modo de saludo.

—¿Cuándo fue la última vez que os disteis una ducha? —inquirió.

—Esta mañana —le dijo Noah pasándose al mismo tiempo una mano por el mentón—. Incluso me afeité.

—Acabo de salir de ella —añadió Dante levantando su bebida. En efecto, el hombre todavía tenía el pelo mojado—. Matt me arrastró hasta allí.

—Lleva unas veinticuatro horas sin tocar la cama —le informó su amigo.

—*Jet lag* —se justificó el aludido.

Noah negó con la cabeza de manera sutil, Matt lo secundó, quedaba claro que ninguno de ellos estaba muy contento con Dante en ese instante.

Estaba claro que había pasado algo, aunque todavía no sabía el qué. La alusión a la falta de horas de sueño del recién llegado solo podía indicar que no había pasado por casa esa noche y que no fue solo ella a quien no le había cogido el teléfono.

Entendía el cabreo de los chicos, sobre todo el de Matt, ya que Dante era su hermano, pero también comprendía a este último. Ella, mejor que nadie, sabía lo que significaba Kathy para él y lo que su pérdida debía suponerle.

Y también sabía lo mucho que él había significado para su mejor amiga.

Se conocían desde que eran niñas. Había estado al lado de Kathy mientras lidiaba con los conflictos matrimoniales de sus padres, durante el fallecimiento de su madre y también en la horrible muerte de su padre. El muy cabrón se había suicidado después de soltarle en medio de una borrachera que él era el culpable de la desaparición de su hija pequeña.

Vio a su amiga mover cielo y tierra para dar con esa niña, emplear todo su dinero y cualquier recurso que estuviese a su alcance para descubrir qué había sido de ella, si estaba viva o muerta. Y cuando por fin la encontró, descubrió que la propia Winter Rose estaba empezando a emerger de un infierno propio.

La inesperada muerte de los que creía eran sus padres en un accidente de tráfico había destapado toda clase de mentiras, chanchullos y deudas que llevaron a una chica de veinticinco años a quedarse en la calle con lo puesto.

Cuando el detective privado que su amiga había contratado encontró a la muchacha, les informó que estaba terminando de costearse la carrera universitaria con su trabajo y con algunos ingresos extra que le habían entrado.

Olive había sentido empatía hacia ella en aquellos momentos, entendía su necesidad de salir adelante como fuese, así como la de la propia Kathy de querer ayudarla después de averiguar todo por lo que había pasado su hermana pequeña. Pero la frialdad de Winter, sus formas esquivas y esa falta de interés por su propia sangre también hicieron que empezase a verla como alguien distante, fría e irritante.

«No te quedes en la máscara, Olive, mira más allá».

Aquella era la respuesta que tenía su amiga en la punta de la lengua cada vez que daba rienda suelta a sus pensamientos sobre la muchacha, una que la obligaba a mirarse a sí misma y darle a la mocosa el beneficio de la duda.

Incluso Dante, quien era la persona que mejor la conocía, dado que llevaba casi dos años trabajando con ella, había mencionado sus ganas de retorcerle el cuello por el simple placer de hacerlo. La chica podía llegar a ser un verdadero grano en el culo, según su amigo, pero también había acabado claudicando al mirar detrás de esa coraza y ver quién se escondía detrás.

Winter Rose no era muy distinta de todos ellos. Su verdadera esencia emergía durante la noche, cuando podía permitirse librarse de todos los convencionalismos y ser ella misma. Kathy lo había visto antes que nadie y estaba dispuesta a abrirle las puertas del *Night Rose*, a darle la familia que le habían quitado, a borrar esa soledad como todos ellos habían borrado la suya.

Y hoy parecía ser el día elegido para recordárselo a todos ellos, aun si ella ya no estaba presente.

Olive se llevó las manos a las caderas, chasqueó la lengua de forma censurable y recorrió a los tres hombres con la mirada.

Adoraba a esos tíos. Atesoraba su amistad y la relación especial que los unía. Eran su familia, sus hermanos, del mismo modo en que lo había sido Kathy y estaba dispuesta a luchar por ellos, a defenderlos como lo haría una leona con sus cachorros. Sería feliz siempre que ellos también lo fueran, pero pobre del hombre o mujer que se atreviese a hacerles daño, porque le arrancaría los ojos y se haría un collar.

—Tíos. Si vais a celebrar un concurso de «yo soy el que está más jodido», avisadme para que pueda ahorrármelo —les soltó clavando sus ojos verdes en ellos—. Todos estamos hechos polvo, sé que la añoráis tanto como yo, pero los cuatro éramos conscientes de que este puto momento iba a llegar y lo ha hecho.

Gracias a Dios que no le temblaba la voz, pensó, o su discurso habría sido menos efectivo.

Odiaba verlos así, derrotados. Ya era bastante difícil para ella lidiar consigo misma como para tener que hacerlo también con ellos. Necesitaba que se pusieran las pilas, porque si sus espinas caían, ella iría detrás.

Seis pares de ojos cayeron entonces sobre ella, pero fue Dante el que dejó el café a un lado y abandonó el asiento en el que había estado repantingado.

—Ven aquí, polvorilla —le dijo al tiempo que le abría los brazos.

Le habría gustado hacer algo más que poner los ojos en blanco, quizá decirle algo soez, pero le había necesitado tanto que no lo pensó. Antes de que se diese cuenta ya había acortado el camino entre ambos y se vio engullida en ellos.

Ambos se entendían de esa manera. No eran necesarias las palabras, podían leerse el uno al otro como un libro abierto y en ese instante ambos necesitaban el contacto. Dejó que la rodease con los brazos e hizo otro tanto, compartiendo ese momento de mutuo consuelo.

Olive quería llorar, desahogarse, pero sabía que cuando empezara no podría parar y todavía tenía que enfrentarse a la parte más dura de esa reunión, al motivo por el que los había citado allí; uno del que solo Dante estaba al tanto, pues había estado presente durante su creación.

—Ha llegado el momento —le susurró él al oído, haciéndola saber que los presentes ya estaban al tanto del motivo de su reunión—. Hagámoslo.

Olive asintió, se apartó de él y miró a los otros dos hombres, quienes correspondieron a su gesto con uno propio.

—Hace algunos meses, Kathy nos pidió ayuda para grabar un vídeo. —Levantó el sobre que no había soltado en ningún momento y se dirigió hacia el ordenador portátil que alguien había puesto ya sobre la mesa—. Ya sabéis que ella y la tecnología no se llevaban bien, así que... le pusimos un trípode con el teléfono en el jardín y la dejamos con su proyecto. Ella... quiso hacer un video testamento...

—Joder... —El bajo siseo de Noah le encogió el corazón, pues sabía bien como se sentía, pero se obligó a continuar.

—Me pidió que diese fe de sus últimas voluntades y me encargase de que todo lo que diga en ese vídeo se cumpla según sus deseos —continuó. Las manos le temblaban mientras intentaba introducir el cd en el reproductor—. No he visto todavía la grabación. No... no podía hacerlo sola.

Dante asintió y la atrajo de nuevo hacia él, rodeándola con los brazos y aguardaron en silencio a que la pantalla en negro diese paso al lugar favorito de Kathy; la rosaleda en el patio trasero de la mansión.

Un par de segundos después, una mujer de tez morena, ojos verdes y pelo castaño oscuro recogido de manera informal los miraba a todos con una cálida sonrisa curvándole los labios.

Olive se estremeció y pudo sentir también el momento en que su amigo acusó la imagen al notar cómo se tensaba.

Verla de nuevo fue un shock, era como si acabase de hablar con ella, como si la hubiese dejado ahora mismo en el jardín para grabar ese maldito vídeo y no hubiesen pasado en realidad unas cuantas semanas.

Y entonces su voz emergió de los altavoces del portátil.

—Yo, Katherine Elaine Gilbert, en pleno uso de mis facultades mentales, hago este vídeo para dejar constancia de las que son mis últimas voluntades.

Olive apenas podía respirar mientras esas palabras resonaban en su mente y contemplaba la repentina seriedad de un rostro en el que siempre había encontrado sonrisas.

—Hoy es... veintisiete de septiembre... —continuó e hizo un alto como si se quedase pensando. Entonces chasqueó la lengua y sonrió de esa forma en la que solía hacerlo—. Aunque seguro que eso ya aparece ahí abajo en el vídeo. Bien. Como sea, mejor ir al grano...

Su rostro pareció iluminarse, como si el haber dicho ya aquellas palabras fuese suficiente para dar seriedad al momento y pudiese hablar como solía hacerlo.

—Hola, chicos —sonrió ella y ladeó la cabeza de esa forma que todos conocían bien—. Esto es un poco peliculero, lo sé. Pero como cuando Olive os ponga esto en la tele, el ordenador o dónde sea, sé que yo ya no estaré ahí con vosotros... Y aunque os he dicho ya una y mil veces que no quiero lágrimas, os conozco y sé que necesitaréis que os levante el ánimo, pues... Lo primero es lo primero, así que: No seáis unos capullos y dejad de llorar por mí.

Escucharla pronunciar su nombre la hizo sonreír, aunque las lágrimas ya amenazaban con brotar de sus ojos. Como si lo presintiera, Dante la ciñó aún más, pegándola a él, buscando también a alguien en el cual apoyarse para pasar por este trance.

—*He vivido mi vida como he querido vivirla, chicos. He amado a quien he querido amar, como siempre quise hacerlo. He disfrutado de la vida, de vuestra amistad, de vuestro cariño y compañía y seguiré haciéndolo hasta el final* —continuó ella ajena a todas las emociones que brotaban en aquella habitación—. *Y cuando me vaya, me iré feliz porque habré vivido todo eso con vosotros, las personas a las que más quiero; mi propia familia.* —Hizo una pausa como si necesitase encontrar las palabras—. *Así que, ¿dónde están esas maravillosas sonrisas para mí?* —preguntó la chica, entonces ladeó la cabeza y apuntó hacia la pantalla como si supiese que cada uno estaba allí, escuchándola, atenta a sus palabras—. *Y Dante, nada de poner los ojos en blanco.*

—Bruja. —La respuesta del aludido fue automática, pero en su tono había un profundo dolor que a duras penas logró disimular.

Kathy se rio en el vídeo, casi como si hubiese intuido lo que podría salir de la boca del hombre.

—*Me quieres y lo sabes* —continuó ella con una sonrisa—, *y porque te quiero del mismo modo, te pido que cumplas con la promesa que me hiciste.*

Su amigo tragó y notó como asentía casi de manera imperceptible con la cabeza.

Kathy ladeó entonces un poco la cabeza, se metió un mechón de pelo detrás de la oreja y su mirada se hizo un poco más intensa.

—*Matthew, apóyale, ¿vale?* —pidió con ese tono que no dejaba lugar a réplicas—. Ambos sabemos lo terco que es nuestro Dan, pero sabes que quiero lo mejor para nuestro hermano mayor.

—Siempre le ha gustado joderte de esa manera —mencionó Dante mirando a Matt con una perezosa sonrisa curvándole los labios.

—Si no lo hiciera, no sería ella —afirmó este.

—*Soy consciente de lo que te estoy pidiendo, Dan, pero ambos sabemos que esa noche las cartas quedaron boca arriba* —continuó ella volviendo a dirigirse a su espina. Incluso le guiñó un ojo al terminar esa frase y, como si supiera que no iba a tomárselo bien, levantó las manos y añadió—. *Vale, vale, no te atormentaré más* —prometió y le sopló un beso—. *Os quiero, chicos, muchísimo* —continuó y por primera vez desde que empezó aquel monólogo escucharon como se le quebraba la voz—. *Y precisamente por eso, porque os quiero y sé que vosotros también me queréis a mí, porque sois en quienes más confío, me atrevo a pedirlos que estéis ahí para Winter. Ella os necesita, a todos vosotros, así que protegedla, cuidadla y quererla por mí también.*

Una nueva pausa y continuó.

—*Olive, enséñale lo mismo que me enseñaste a mí, ocupa mi lugar en su vida del mismo modo en que tú la has ocupado en la mía* —le pidió y tuvo que llevarse las manos a la boca para evitar que se escuchase su gemido—. *Dale una oportunidad para que te conozca e intenta conocerla. Te aseguro que te sorprenderá. Ella es mucho más de lo que ves a simple vista. Lo sabes, hermanita, tú mejor que nadie lo sabe.*

Se le encogió el corazón al escucharla.

—*Noah, Matt, Dante... Abrazad a Olive y besarla por mí, ¿vale? Ella se hace la fuerte, es mi abogada empoderada, pero debajo de la armadura va en pelotas y necesita que le recuerden que no tiene que ser siempre fuerte.*

Dante, quien ya la tenía en brazos, la inclinó para darle un beso.

—Nos tienes siempre a tu disposición, para pelearte, llorar o apoyarte en nosotros —le dijo y notó su voz algo más ronca por la emoción.

—*Capullo* —susurró intentando no romperse ella también.

—*Te quiero, hermanita* —continuó la mujer ajena a las muestras de cariño entre ellos—. *Eres mi mejor amiga, una parte de mí misma, mi medio limón y la mujer más inteligente y buena que he tenido la fortuna de conocer. Has sido un verdadero regalo en mi vida, Olive, uno que atesoraré hasta que me vaya.*

—Kathy... —Las lágrimas que intentaba mantener a raya volvieron a sus ojos.

—Nada de lágrimas, ¿recuerdas? —Matt le cogió el rostro y la besó en los labios—. Ella no quiere nuestra tristeza...

—Solo vernos felices —afirmó e hizo todo lo posible por sonreír aun cuando por dentro estaba hecha pedazos.

—Eres nuestra debilidad. Si tú caes, nosotros iremos detrás y sabes que odio las lágrimas. —Noah la cogió de los brazos de Dante y la engulló en un abrazo de oso—. Te necesito firme, Olive.

Y lo estaría. Se mantendría en pie por él, por todos ellos. No podía darse el lujo de venirse abajo, no ahora.

—Noah... —Continuó el vídeo—. *Nunca dejes que esos tres se alejen demasiado de ti, mantenlos unidos.*

—¿Por qué será que siempre me dejas la tarea más sencilla, Kat? —resopló el aludido y la mujer en la pantalla sonrió como si supiese lo que iba a decirle.

—*Sé que te estoy poniendo una pesada carga sobre los hombros, hermano, pero ambos sabemos quién de todos nosotros tiene el cerebro en el lugar correcto.*

Él se rio mientras los dos hombres bufaban indignados.

—*Sois mi familia, chicos* —continuó la chica—. *Sin vosotros estaría todavía dando vueltas por la vida sin encontrar mi lugar. Vosotros me disteis el Night Rose, me disteis paz, felicidad, confianza y amor. Y sé que los llevaré para siempre en mi corazón.*

Las lágrimas asomaron ahora a los ojos de la narradora, pero se dio prisa en borrarlas.

—*Uff. Y ahora voy yo y lloro* —chasqueó ella—. *No, no, no. Nada de lágrimas. Ya hemos llorado demasiado. Ahora toca vivir. Os toca vivir a vosotros. A Winter también.* —Respiró hondo y añadió—. *Sé que lo que voy a decir ahora levantará algunas ampollas, que incluso os opondréis, pero ya lo hablé con Olive y...*

Todos se volvieron hacia ella en busca de respuesta, pero antes de que pudiese abrir la boca, su hermana continuó.

—*Le dejo a Winter mi parte de la Garden Rose* —les informó—. *Ella será desde el momento de mi muerte la propietaria de esa mitad. También le lego mi Rosa del Night Rose. Si decide usarla o no, que sea su elección.*

—¿Su parte de la Garden Rose? ¿En serio? —preguntó Matt enarcando una ceja ante tal inesperada decisión.

—Joder... —murmuró Noah igual de sorprendido.

—*Olive, quiero que tú te quedes con mi joyero, el de madre perla, ya sabes lo que contiene* —continuó la chica y le guiñó el ojo en respuesta—. *Hermanas para siempre.*

—*Hermanas para siempre* —susurró ya sin poder evitar que las lágrimas cayesen por su cara.

—*Dante, mi participación en la casa de subastas, como sé que dirás que me la meta por*

algún lado, se la traspasaré a Olive. Sé lo mucho que ese lugar significa para ti y ella será una gran socia.

—No... —gimió ella—. No puedes. Eso es...

—No podía legársela a nadie mejor —admitió él posando la mano sobre su hombro con total confianza.

—*Noah, a ti te dejo mi casa.* —Levantó la mano como si supiera que iba a protestar, lo que en efecto hizo. Ella los conocía a todos muy bien—. *No es la Garden Rose, pero ahora es toda tuya. No tendrás que seguir lidiando con los problemas estructurales del edificio y podrás mandar a tu casero a la mierda de una buena vez. Lo sé, soy divina.*

—Estás como una puta cabra.

—*Yo también te quiero* —continuó ella con su monólogo—. *Matt... La rosa que nos regaló está seca en el interior de mi libro favorito. Ya sabes cuál es. Quiero que te los quedes y que cuando la encuentres, vuelvas a darle las gracias en mi nombre por la preciosa actuación de esa noche. No dejes de buscarla, no pares hasta dar con ella, hermanito.*

Olive vio como aquellas palabras significaban algo para Matt, el cual se llevó una mano al pecho y se limitó a asentir.

—¿De quién está hablando? —le preguntó.

—¿A quién tienes que buscar? —inquirió también Dante en voz baja.

Él negó con la cabeza, no era el momento ni el lugar para hablar de lo que quisiera que significase aquello.

—*Sé que os estoy pidiendo mucho con Winter. A unos más que a otros. Por ello quiero dejaros la opción de negaros, de decidir por vosotros mismos si merece o no ser parte de nuestro círculo* —continuó la mujer en la pantalla—. *Solo os pediré una última cosa. Y te la pediré a ti, Dante. Le he dejado a Winter una invitación formal al Night Rose, la encontrarás en el cajón superior de mi escritorio. En la biblioteca. Deja que sea ella la que decida del mismo modo en el que tú y todos lo hicimos una vez.*

Dante no respondió, pero tampoco hacía falta.

Kathy respiró hondo una vez más y esbozó una radiante y alegre sonrisa.

—*Soy realmente afortunada de teneros en mi vida, os llevaré siempre en mi corazón* —declaró acercándose a la pantalla como si quisiera que la viesen una última vez—. *Hasta que volvamos a encontrarnos, chicos. Os quiero.*

Entonces se levantó, rodeó la mesa y dio un beso a la pantalla antes de que esta se volviese negra.

—Joder.

—Hija de puta hasta el final.

—Es Kathy —mencionó Matt—. Siempre será Kathy.

—Déjalo salir... —le susurró Noah al oído.

Olive sacudió la cabeza y señaló con un gesto el ordenador.

—Ella no quería verme llorar...

—No le importará, de hecho, lo entenderá.

—¿Sí? —Una pregunta, un susurro, una necesidad acuciante de recibir una respuesta, una confirmación para dejar salir de una vez por todas el rabioso dolor que había en su interior. Solo allí, solo una vez, solo con ellos.

Matt asintió, se acercó a ella y la besó en la frente.

—Sí, Olive, lo entenderá.

Y entonces ocurrió. El llanto que había estado reteniendo, el dolor de perder a una amiga,

una hermana, una parte de sí misma se desbordó y rompió a llorar en brazos de Noah.

Kathy se merecía descansar después de todo lo que había luchado y ella haría todo lo que estuviese en su mano para que lo hiciera, para que allí donde estuviera, no tuviese que preocuparse por nadie.

CAPÍTULO 4

—Odio llorar.

—Lo sé.

—Y todavía odio aún más que me des la razón.

—Eso también lo sé.

Olive hizo una mueca y abandonó los cálidos y afectuosos brazos que la habían sostenido durante su descarga emocional. Se sentía igual que si le hubiese pasado un camión por encima y era una sensación que no le gustaba, pues la dejaba en una posición vulnerable.

—Esto es una mierda... —murmuró limpiándose el rostro con las manos—. Una auténtica mierda.

—Lo es —admitió Noah dándole la razón una vez más, pero el tono que escondían esas dos palabras fue suficiente para que se volviese hacia él—. Tan grande como una jodida montaña. Y verla en esa grabación, hablando como si todavía estuviese con nosotros... —Sacudió la cabeza y pudo apreciar cómo se le tensaba la mandíbula—. Pensé que tendría más tiempo, que todos tendríamos más tiempo, pero se nos ha escurrido entre los dedos sin darnos apenas cuenta.

Un pensamiento que ella misma compartía.

—Kathy poseía una fortaleza fuera de lo común —continuó y lo vio hacer una mueca al añadir—. Fue capaz de aceptar algo que muy poca gente acepta, el final de su propia vida. Ninguno quisimos aceptarlo, nos resistimos a presenciar un desenlace que estaba ahí, que se produciría antes o después, y ella no solo lo aceptó sino que hizo algo al respecto.

—Sí, joder a más de uno —admitió con cierta ironía, sobre todo porque era justo eso lo que había hecho con cada palabra que les había dedicado en el vídeo. Su hermana Rosa no había dado puntada sin hilo, ni siquiera con ella—. Preparó el cambio de la titularidad de su vivienda hace meses, siempre tuvo en mente que fuese para ti.

—No quiero una jodida casa, Olive —replicó y cuando sus ojos se encontraron vio en ellos rabia y dolor, las mismas emociones que habitaban en su interior—. No es lo que quiero.

Y lo que quería no podía tenerlo, ninguno de ellos podía darle al tiempo marcha atrás, por más que desearan con todas sus fuerzas poder hacerlo.

Consciente de la manera en la que había hablado y sabiendo que se había dejado llevar por los sentimientos, su amigo se recompuso con rapidez.

—Preferiría que dejásemos el tema de la propiedad de Kathy para más adelante —le informó ahora con voz calmada y esa misma practicidad de siempre—. Hay cosas mucho más importantes con las que tendrás que lidiar a partir de ahora. No puedo decir que me sorprenda que le haya dejado su parte de la *Garden Rose* a su hermana, fue un movimiento arriesgado, pero de lo más inteligente.

—Opinaría lo mismo si esa mocosa se la mereciese —chasqueó pensando en la morena que no se había ganado el título de *Miss Simpatía*.

—Kathy nunca hacía las cosas sin un motivo, *Rosa*, si dio ese paso es porque sabía algo que nosotros no sabemos.

—Ella esperaba darle un hogar a Winter, quería corregir los errores cometidos por sus padres, recuperar a la hermana que le habían quitado de niña, pero... se quedó sin tiempo.

—En ese caso, tendrás que terminar tú lo que ella empezó —le dijo con total naturalidad y le rozó la mejilla con los nudillos al añadir—. No me cabe la menor duda de que eso es lo que querría nuestra *Rosa*.

—¿No quieres que te consiga la luna, ya que estamos?

Los labios masculinos se curvaron en una pequeña sonrisa mientras se inclinaba sobre ella para darle un fugaz beso.

—Me conformaré con que contengas tus instintos homicidas con ella y no haya más lágrimas corriendo por esta preciosa cara —afirmó rozándole la mejilla con el pulgar antes de dar un paso atrás—. Eres nuestra *Rosa*, no lo olvides nunca. No estarás sola, a menos que eso sea lo que desees de verdad.

—Hoy no quiero estarlo —admitió con sinceridad. No se sentía con fuerzas para afrontar el día por sí misma y tampoco quería pasarse la mañana en la oficina, lidiando con cosas para las que necesitaba estar centrada. Si quería cumplir tanto con sus obligaciones como con la promesa que le había hecho a Kathy, necesitaba tener la cabeza despejada y sentirse de nuevo entera.

—En ese caso deberías ir con la *Espina* que más necesidad tiene de su *Rosa* en estos momentos —Señaló con un gesto la puerta principal por la que habían entrado—. Hoy te necesita tanto como tú a él.

Asintió, pues no podía refutar aquello, pero tampoco podía ignorar lo que estaba viendo en el hombre ante ella.

—No vas a quedarte, ¿verdad? —Era más una aseveración que una pregunta, pero necesitaba hacerla de todos modos. Conocía bien a Noah y sabía que él tenía su propia forma de lidiar con las cosas, que necesitaría tiempo a solas para tratar su propio duelo. Si la necesitara, no la estaría enviando arriba con su mejor amigo.

—Diles a los chicos que pasaré el día fuera. —Fue toda la respuesta que le dio.

Volvió a asentir con la cabeza en muda comprensión y acto seguido le dio un último abrazo.

—Te quiero, Noah —le aseguró, recordándole con esas tres simples palabras que era parte de ella, de su familia, una a la que no abandonaría jamás.

—Y yo a ti, dulzura, y yo a ti —Le devolvió el abrazo y sin otra palabra más abandonó la antesala del *Night Rose*.

Olive se envolvió con sus propios brazos y permaneció en aquella pequeña sala unos minutos más. El video testamento los había removido a todos por dentro. Aun cuando Dante y ella habían estado al tanto de aquella grabación, desconocían por completo su contenido y ver a Kathy dándole voz apenas un día después de haber asistido a su sepelio no había hecho las cosas más fáciles.

Respiró hondo y se obligó a sí misma a poner un pie detrás de otro para dejar atrás aquel lugar.

De algún modo fue como emerger del interior de la tierra y volver al mundo real, a la luz que entraba a través de las ventanas de la casa y al sonido de sus tacones repiqueteando sobre el suelo. Subió al piso de arriba al no encontrar a nadie en el salón y escuchó el murmullo de voces procedentes de una de las habitaciones al final del corredor.

—¿Estabas al tanto de que iba a dejarle su parte de la mansión?

Era la voz de Dante y sabía de quién estaba hablando.

—Me lo consultó. Intenté disuadirla, le sugerí que hiciese las cosas de otra manera, pero ya sabes cómo era... —Matt hablaba con ligereza, como si quisiera quitarle hierro al asunto—. Estaba decidida a traerla a nuestro círculo de una manera u otra. Se ha pasado estos últimos meses haciendo preguntas, preparando documentación... Se asesoró a fin de poder dejar todo bien atado para este momento. —Se dio cuenta de que se le había quebrado la voz y pasaron unos segundos antes de que continuase—. Era consciente de que la *Garden Rose* nos pertenece a todos, del acuerdo al que todos llegamos en su momento y obró en consecuencia. Le ha dejado su parte a alguien que espera que entre a formar parte de nuestro círculo, a quien aceptemos como uno más de nosotros.

—Y para asegurarse de ello, le ha dejado una invitación manuscrita para el *Night Rose* —chasqueó ahora Dante—. Se ha saltado las normas a la torera, las que acordamos entre todos.

Sí. Las invitaciones al *Night Rose* debían ser consensuadas entre todos, tenía que haber una unanimidad a la hora de aprobar un nombre, pues se trataba de abrirle las puertas a su corazón, al lugar en el que todos se quitaban la máscara y se mostraban tal cual eran.

—Nuestro círculo, nuestras reglas —mencionó Matt—. Lo sabía muy bien, Dan, no ha hecho esto al azar. Creo que intuía que no llegaría a la próxima votación, adelantó el nombre que hubiese dado y lo dejó en las manos de quién sabe que no se lo negaría. Nos lo ha pedido a todos, ninguno se opondrá. Su nombre cuenta con mi voto, con el de Noah y también con el tuyo...

—Debe haber unanimidad y Olive quizá no esté tan dispuesta a darle el suyo...

Las palabras de Dante la llevaron al umbral de la puerta abierta y a los dos hombres que estaban en la habitación.

—No seré yo la que le niegue a mi hermana su último deseo —replicó y vio como las cabezas de ambos se volvían en su dirección.

Durante un instante se sintió una intrusa, algo que no le había ocurrido nunca con ellos, ni en esa casa. Se quedó allí, dudando de si debía entrar o dar media vuelta y marcharse.

—¿Puedo pasar?

Dante, el cual estaba repantingado sobre la cama, enarcó una ceja e indicó el colchón con un gesto de la mano.

—La cama es lo bastante grande para tres, ya lo sabes —le dijo palmeando el espacio libre a su lado—. Ven, cariño. Sé que estás deseando quitarme la mierda a gritos.

En otro momento sin duda habría hecho justo eso, pero ahora solo quería su cercanía, sentir que no estaba sola. Cruzó la habitación, rozó la mano de Matt reconociendo su presencia y trepó a la cama dejándose rodear por el brazo de Dante, quien no dudó en apretarla contra él.

—Kathy quería que la trajeses a casa, Dan, estaba convencida de que si alguien podía hacerlo, ese eras tú —le dijo con total sinceridad y añadió con un resoplido—. De lo que no estoy tan segura es de si yo seré capaz de cumplir mi parte. Esa mocosa es... un bloque de hielo impenetrable.

—A ti se te da bien escalar —le recordó Matt al tiempo que le cogía la mano y le apretaba los dedos en gesto cariñoso—, y ya no digamos dinamitar cosas.

Hizo una mueca ante sus palabras, pero acabó sonriendo, algo que no pensó que podría hacer en esos momentos.

—Noah me ha dicho algo parecido. Eso y que contuviese mis instintos homicidas con ella —admitió, entonces añadió—. Por cierto, me ha pedido que os transmita que va a pasar el resto del día fuera.

Ambos entenderían que su amigo necesitaba tomarse su tiempo para lidiar con el duelo.

—No pensé que fuese a resultar tan duro verla en ese vídeo —admitió dando voz a sus propios pensamientos—. Escuchar de nuevo su voz cuando sé que no... que ya no está.

Matt le ciñó la mano que todavía le sostenía.

—Estamos aquí, ¿vale? —le aseguró con ternura—. Siempre vamos a estar aquí para ti.

Olive asintió y le devolvió el apretón.

—Y yo lo estaré para vosotros. Siempre. Lo prometo. —Dante respondió revolviéndole el pelo, lo que la llevó a levantar la cabeza y encontrarse con esa mirada azul—. No voy a decirte que la aceptaré nada más ponga un pie en esta casa, pero, soy una mujer adulta, soy una *Rosa* y por mi hermana, por todos vosotros, le daré una oportunidad a la *mocosa*.

—Deberíamos dejar de referirnos a ella así —mencionó Matt con gesto risueño—, o se le quedará como nombre.

—Si acepta la invitación al *Night Rose* y decide quedarse, entonces la consideraré una *Rosa* —replicó con un ligero encogimiento—. Hasta ese momento, por lo que a mí respecta, es la *mocosa* de Winter.

—*Winrose* —pronunció Dante—. Ese es el nombre que me dio anoche, así es como se ve a sí misma.

—¿Anoche? —preguntó sorprendida. Lo último que habría esperado era que se hubiesen encontrado—. ¿Estuviste con ella?

—La busqué después de despedirme de Kathy —admitió Dante sin reservas y le explicó cómo había ido al cementerio nada más aterrizar y su intención de pasarse la noche bebiendo en el club de siempre. Sin embargo, lo que acabó haciendo fue hablar con una encantadora y enmascarada morena y, a juzgar por su tono de voz, tenía una impresión muy distinta de la mujer que durante el día trabajaba para él—. Ella no es lo que parece, Olive, debajo de esa fachada fría, irritante y seria hay alguien muy distinta, agradable, en realidad.

—Matt, ¿se me ha frito el cerebro o estoy escuchando a Dante hablar como si le gustase esa *mocosa*?

—Asombroso, ¿verdad? —Se burló él al tiempo que le daba una palmadita en la pierna y se ponía en pie—. Hacía algún tiempo que no le escuchábamos hablar así de una mujer.

—¿Algún tiempo? Yo jamás he escuchado ese tono entre irritado y curioso en él. Y ya no digamos ese mal disimulado interés... —aseguró ella con gesto burlón volviéndose ahora hacia él—. Incluso me cuesta creer que solo os hayáis dedicado a hablar toda la noche. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi Dante?

Cualquiera habría esperado que sintiese celos, que se sintiese desplazada ante la inesperada atracción que su mejor amigo parecía sentir por otra mujer, pero su relación no era así, no existía exclusividad entre ellos. Para Olive lo más importante era que él estuviese bien y si esa *mocosa* había conseguido aliviar su pena de algún modo, no podía hacer otra cosa que dar gracias.

Dante puso los ojos en blanco ante su pregunta y resopló.

—Admitiré que tuve mis momentos de fantasía con ella —resopló cosa que hizo reír a ambos—. Me imaginé mil maneras de quitarle el pedazo de tela que llevaba puesto y follármela de otras tantas.

—Sí, eso me encaja más... —dijo Matt dedicándole a ella un guiño.

Ahora fue ella la que resopló y puso los ojos en blanco.

—Sí, eso ya me deja más tranquila —aseguró y no dudó en darle unas palmaditas en el pecho—. Cristo, Dan. No me des estos sustos.

—Bruja.

Olive se rio entre dientes, entonces sacudió la cabeza y dejó escapar un pequeño suspiro de puro alivio.

—Lo necesitaba —admitió con voz suave—. No quiero seguir llorando.

—No pasa nada por llorar —le aseguró Matt.

—Tienes derecho a llorarla, Olive, nadie puede quitarte eso —corroboró Dante acariciándole la cara con los dedos—. Es tu momento, de nadie más.

Asintió y ocultó el rostro durante unos segundos contra su pecho mientras luchaba por calmarse y mantener las lágrimas a raya. Respiró hondo y levantó la cabeza, intentó sonreír para decirles que estaba bien, pero ellos la conocían mejor que nadie.

—Todos estamos hechos una mierda, ¿no? —admitió alternando la mirada entre ambos.

—Algunos más que otros —declaró Matt señalando al hombre tumbado sobre la cama—. Han sido un par de días complicados para todos y tú llevas más de veinticuatro horas sin dormir. Si aspiras a cumplir con tu promesa, será mejor que empieces por cuidarte tú primero.

—Lo sé, lo haré —aceptó su hermano. Entonces entrecerró los ojos y los clavó en el chico—. ¿Pero vas a decirme de *quién* estaba hablando Kathy?

Olive recordó las palabras de su amiga en el vídeo y creyó saber de quién hablaba.

—Se refería a ella, ¿no? —mencionó con suavidad. No quería inmiscuirse en la vida de su amigo, pero Kathy le había hablado de aquella noche de copas y cómo Matt se había quedado extasiado con cierta chica—. A la bailarina.

—¿Una bailarina? —Dante enarcó una ceja.

—Nuestra *Rosa* quería salir de copas, Noah le recomendó un local y yo la acompañé —asintió el aludido con un ligero encogimiento de hombros—. Fue hace un par de semanas.

—La noche en la que salisteis y ella volvió hecha una mierda. —Todos recordaban con exactitud ese momento.

—Kathy me dijo que había vivido un momento mágico viéndola bailar —mencionó Olive dirigiéndose a Dante, entonces se volvió hacia Matt buscando confirmación—. Interpretó su vals navideño favorito, según creo. Y os regaló un par de rosas. Ella guardó la suya, secándola entre las páginas del libro al que hizo mención en el vídeo. Está en la estantería, en su dormitorio.

—¿Quién es ella?

—Alguien a quien tengo que encontrar... —admitió Matt con un suspiro, entonces se volvió hacia ella—. Quédate con él, ¿vale? —Le guiñó el ojo a Dante y se retiró—. Os veré mañana.

—Matt...

Se limitó a dar media vuelta y levantó la mano a modo de despedida, salió por la puerta y cerró detrás de él.

—Vamos, dilo. —Dante se inclinó sobre ella nada más quedarse a solas—. Sé que te mueres por hacerlo.

Olive resopló, se estiró a su lado e introdujo una pierna entre las suyas, medio trepando sobre él para verle la cara.

—¿Serviría de algo? —chasqueó—. Ambos sabemos que cualquier cosa que te diga te entrará por un oído y te saldrá por el otro, ¿verdad?

—Por lo general, lo que me dices suele surtir efecto en mí.

Enarcó una ceja y bufó.

—Solo cuando follamos —resopló al tiempo que ponía los ojos en blanco y chasqueaba la lengua—. Matt estaba preocupado. Y yo también. Sé que no eres de los que cometen estupideces, pero... estos no están siendo unos días normales.

Ni siquiera él podría discutirle algo así.

—Cuando me fui, Kathy se despidió de mí como si supiera que no íbamos a volver a vernos —murmuró como si le costase dejar salir esas palabras—. Es algo que suele hacer cada vez que dejo el país o hago un viaje largo, pero... Cuando Matt me llamó para decirme lo que había pasado, no pude evitar sentir que la había fallado, que no estaba aquí para acompañarla.

Dios, no se hacía una idea de cómo se identificaba ahora mismo con él.

—Yo hablé con ella esa misma tarde, Dan. Sabía que había ido a ver a Winter. Me llamó justo después. Estaba emocionada porque creía que se había acercado un poco más a su hermana. Estaba feliz y yo me sentí feliz por ella. —Y era verdad. Nunca la había escuchado tan feliz y esperanzada como en aquellos momentos, lo que la llenó así mismo de felicidad—. Pero también la noté cansada. Le sugerí encontrarme con ella, pero me dijo que estaba bien, que iba a dar un paseo y luego se iría a casa, que me llamaría al día siguiente. —Hizo una pausa, pues la voz empezaba a temblarle—. Nunca lo hizo. Nunca llegó a casa. En algún momento después de colgarme el teléfono, ese maldito tumor... se la llevó. Y yo no estaba allí, ¿entiendes? No lo estaba.

Y no podía dejar de sentir que le había fallado, que no había estado a su lado en sus últimos momentos.

—Olive. —Él la abrazó con fuerza—. Ni tú, ni Matt, ni Noah, ni siquiera yo... Ninguno habríamos podido evitar lo inevitable. Todos lo sabíamos. La enfermedad estaba en su fase final. Éramos conscientes de que antes o después ella se iría.

—Podía haber estado a su lado, habría podido estar ahí para que no muriera sola. —Las lágrimas que pensó había terminado de derramar volvieron a hacer acto de presencia y con ellas el dolor que la carcomía por dentro—. Le fallé, Dan, le fallé.

—No, Olive —le cogió el rostro y la obligó a mirarle—. No le fallaste. Estuviste allí. Tus palabras fueron las últimas que escuchó. Te tenía con ella, aun si no estabas presente, estabas en su mente y en su corazón. Y ella ha estado en todo momento en el nuestro, en nuestros pensamientos. No estuvo sola, cariño, nunca la hemos dejado sola.

Podía ver que necesitaba creer aquello, tanto para consolarla a ella como a sí mismo.

—*Espinas y Rosas*. Siempre juntos, ¿recuerdas?

Asintió al reconocer la frase que los identificaba, que vivía en sus corazones y los convertía en esta peculiar familia.

—*Espinas y Rosas en la noche* —admitió con los ojos empañados por las lágrimas y la voz quebrada mientras se inclinaba sobre su boca.

—En la noche —confirmó él aceptando su beso, enlazando la lengua con la suya y compartiendo ese momento de debilidad entre ambos mientras buscaba consuelo o quizá el olvido—. Quédate conmigo, por favor.

Su ruego le acarició el corazón y le estrujó el alma. No había forma en que se apartase de él y menos en ese momento, no cuando la necesitaba del mismo modo en que ella le necesitaba.

—Estoy aquí, Dan. No me iré a ningún lado.

Y se lo demostró como tantas otras veces lo había hecho, queriéndolo, entregándose al placer y dejando de lado cualquier otro pensamiento que no fuese ese hombre y el fuerte y caliente cuerpo pegado al de ella.

No eran necesarias las palabras, todo lo que necesitaban era la cercanía, estar el uno con el otro y sobre todo olvidar, aunque fuese durante un rato, el dolor y la pena.

CAPÍTULO 5

Olive cerró la puerta del dormitorio tras de ella con sumo cuidado.

Dante dormía. Su cuerpo intentaba recuperar las horas de sueño perdidas a causa del *jet lag* y de la noche que había pasado fuera tras su llegada. Solo esperaba que su cabeza le diese también una tregua; el cielo sabía que la necesitaba.

No estaba preparada para ver a un hombre tan entero y fuerte como él derrumbarse como lo había hecho entre sus brazos. Él era una de sus espinas, su pilar, pero la pérdida que había experimentado y la imposibilidad de estar aquí para acompañarla en ese final lo había roto por completo.

Más que nunca, Olive sabía cómo se sentía su amigo, entendía la necesidad de aislarse del dolor de la manera en la que fuese. El no querer pensar en nada, el dejar la mente en blanco, el buscar refugio en los brazos de quién pudiese proporcionarle un instante de alivio, aun a sabiendas de que después tendría que volver a enfrentarse a ello.

Habían pasado todo el día juntos, encerrados en aquel dormitorio. Solo abandonaron la cama para ir al baño o recoger la bandeja que Matt o Noah les habían dejado en la puerta del dormitorio. Perdieron la noción del tiempo y de las horas y la comida permaneció intacta hasta bien entrada la noche, cuando se obligaron el uno al otro a comer un bocado.

Seguía sin tener hambre, se le había cerrado el estómago, pero no así las ganas de llorar.

Y había llorado, una y otra vez, hasta quedarse sin lágrimas. Los brazos de Dante la habían sostenido mientras daba rienda suelta a la rabia y al dolor, hasta que ya no podía respirar y se aferraba a él con desesperación, preguntándole por qué el destino era tan hijo de puta.

No había tenido respuesta para eso.

Ella tampoco.

Durante todo ese tiempo fueron dos personas que se necesitaban la una a la otra, que se entendían sin necesidad de palabras y que compartían un mismo dolor. Esta era su manera de enfrentarse al duelo, de aceptar lo inevitable e intentar, en la medida de lo posible, buscar ese «seguir adelante» que le habían prometido a Kathy.

Respiró hondo y se obligó a caminar.

No se había molestado en calzarse, llevaba los zapatos en una mano y la americana del traje en otra. Tendría que pasar por su casa para cambiarse e ir a la oficina, pero ahora mismo el solo hecho de poner un pie delante del otro ya le costaba un mundo. Avanzó por el pasillo sin darse cuenta de que iba en sentido contrario a las escaleras que llevaban al primer piso, hasta que acabó delante de la puerta de su dormitorio; el de la Rosa.

No se permitió vacilar. Abrió la puerta y entró.

El sutil aroma a rosas que tanto le gustaba a Kathy le acarició la nariz y le trajo nuevas lágrimas a los ojos. Parpadeó con rapidez para hacerlas a un lado y casi esperó verla salir del baño envuelta en su albornoz o con alguno de los vestidos con los que le gustaba seducir a los chicos.

—¿Kathy?

Sabía que no estaba, que no iba a recibir contestación, pero sintió la necesidad de pronunciar su nombre para que el silencio le constara una vez más que se había ido para siempre.

Cerró tras de sí y recorrió la habitación con la mirada.

¿Cuántas veces había pasado la tarde aquí con ella? Una tirada sobre la cama, la otra sobre la alfombra, riendo y charlando, preparando alguna sorpresa para los chicos o leyendo.

Sus ojos cayeron sobre la estantería donde por enésima vez había cambiado el orden de los libros. Era como si nunca estuviese satisfecha con la forma en la que estaban colocados, como si necesitase cambiar el aspecto que tenía de vez en cuando, ya fuese para acomodar los nuevos o añadir algún adorno.

El joyero de madre perla a la que había hecho mención en el video estaba allí, en una parte de la balda, como si la esperase. Sabía que era lo que iba a encontrarse dentro, cuál era el mensaje que su hermana le estaba transmitiendo al legarle esa pieza en particular.

Le temblaban las manos cuando las estiró hacia el objeto y lo cogió. Era cuadrado, de metal y madreperla, con unas delicadas rosas en relieve sobre la tapa y una especie de enredadera de espinas labradas en cada una de las caras. Todavía recordaba el día en que lo compró en una tienda de antigüedades, la forma en la que se le había iluminado el rostro, la ilusión en sus ojos había sido como si encontrase un tesoro en medio de un montón de chatarra.

Ninguna tenía idea por aquel entonces de lo profético que sería ese hallazgo, de lo que aparecería en su camino, de la familia que encontrarían y que acabaría siendo como las rosas y las enredaderas de espinas que lo adornaban.

Se lo llevó con ella a la cama y lo dejó a un lado, mirándolo como si no quisiera abrirlo.

«*Hermanas para siempre*».

Las palabras resonaron en su mente como lo hicieron mucho tiempo atrás, el mismo día en que Kathy abrió la caja del joyero y depositó en su interior el objeto más importante de todos.

—*Hermanas para siempre* —murmuró al tiempo que levantaba la tapa y encontraba en su interior la llave de las puertas del *Night Rose*. Sabía lo que esto significaba, lo que Kathy le había querido decir al dejarle el joyero, lo que le pedía—. Abriré las puertas en tu nombre, hermanita, lo prometo.

«*Somos Rosas, Olive, Rosas Nocturnas en busca de la más brillante, sensual y excitante felicidad*».

Si cerraba los ojos todavía podía verla recitando aquellas palabras, sentir sus manos resbalando por su espalda desnuda, notar su aroma floral y la suavidad de esos labios jugando contra los suyos mientras bailaban al compás de la música en el salón de baile del *Night Rose*.

Allí dentro las normas de la sociedad desaparecían y podían ser lo que desearan ser: amigas, hermanas o amantes. Disfrutar la una de la otra o disfrutar de los placeres que encontraban en los brazos de aquellos que compartían su filosofía de vida sin sentirse culpables de sus actos. Amar sin reservas, de la manera que fuese, sabiendo que ese tipo de amor los unía a todos ellos como la había unido a Kathy desde la primera vez que se atrevieron a dar el paso y ser francas la una con la otra.

La conoció cuando era tan solo una adolescente. Su padre se había trasladado por trabajo y arrastró a su familia con él sin importarle si era lo que querían o no. Por aquel entonces su familia ya hacía aguas, los gritos entre su madre y su progenitor eran continuos, así que no fue una sorpresa que ella se largase apenas un año después con un tío más joven. Habría sido un detalle si al menos le preguntase si quería quedarse con su padre, pero Leslie James tenía más interés en disfrutar de su juventud que hacerse cargo de una hija adolescente.

Su madre se había quedado embarazada siendo muy joven y sus padres, sus abuelos maternos, los cuales eran férreos cristianos, la obligaron a casarse con el que por aquel entonces era su novio del instituto. Dos críos jugando a ser padres. Eso es lo que eran, lo que fueron durante mucho tiempo, pero si algo nunca le podría reprochar a ninguno es que habían unido fuerzas y hecho todo lo posible para sacarla a ella adelante y darle una buena vida.

Recordaba haber salido a la calle el mismo día de la mudanza. Ellos habían empezado a pelearse por alguna tontería y prefería no estar presente. Apenas había llegado al final de la calle cuando se encontró con una delgada y guapa morena intentando volver a colocar la cadena de su bicicleta en la acera.

«Si te vas a quedar ahí mirándome, al menos podrías presentarte, ¿no?».

Kathy le había dicho aquello con una pequeña sonrisa, mirándola desde debajo de la visera de la gorra que llevaba puesta. Aún hoy no sabía cómo había terminado de rodillas a su lado y llenándose las manos y la camiseta de grasa mientras intentaban arreglar la dichosa cadena. Fue como fuese, ese fue el inicio de su amistad, una que las llevó a convertirse en mejores amigas y hermanas.

Ella fue quien estuvo a su lado cuando su madre se largó y Olive estuvo al suyo cada vez que sus padres discutían y ella terminaba cenando en casa. Se convirtieron en el soporte de la otra y siguieron siéndolo mientras crecían y se hacían adultas.

Desde ir a la misma universidad hasta independizarse y empezar a vivir por su cuenta las dos juntas, no podía pensar en algún momento importante en su vida en el que Kathy no estuviera, en el que no contase con ella al otro lado del teléfono cuando necesitaba desahogarse. Ella había sido la que la había soportado cuando rompió con su primer novio, la que la animó a buscarse a alguien mejor, la que se rio a morir cuando le dijo que estaba tan pasada de copas en cierta fiesta que terminó liándose en el baño con una tía.

A su hermana no la escandalizaba nada. A menudo le decía que si eso era lo que deseaba, lo que la hacía feliz, que siguiese adelante y lo disfrutase. Esa era su filosofía, buscar la felicidad allí donde se encontrase y disfrutar de ella en la forma en que llegase, una que practicaba siempre que podía.

«No quiero vivir mi vida amargada, ni sentir que he perdido el tiempo haciendo lo que se espera de mí». Le había dicho una vez en la que ambas habían tenido un día de mierda y estaban intentando ver el lado bueno de las cosas bebiéndose una botella de vino. *«La vida es demasiado corta para eso, Olive. Prefiero ser yo misma, aun si eso va en contra de los cánones establecidos por esta mierda de sociedad, ser yo y ser feliz con lo que veo cada vez que me miro al espejo, que lamentarme por no haberme atrevido a hacer algo. Te quiero, hermanita, y que se joda el mundo».*

Esa fue la primera vez que se enrollaron, en la que se mostraron tal cual eran y disfrutaron la una de la otra. Aquella noche no cambió lo que eran, pero para ella fue como si le hubiesen quitado una venda de los ojos y todo cobrase sentido. Se querían como amigas y hermanas, no existía un trasfondo romántico en su relación, pero sí la absoluta confianza de que podían contar la una con la otra en cualquier momento.

Y esa libertad sería lo que le permitiría después conocer a Dante, a Matt y a Noah y formar esta particular familia a la que adoraba y por la que daría la vida. Esa era su manera de entender el cariño, uno que iba más allá de ser hombre o mujer, de tener una u otra preferencia sexual. Una en la que no hacían daño a nadie y les permitía mostrarse tal cual eran.

Devolvió la llave al interior de la caja y la atrapó contra su pecho mientras se hacía un ovillo sobre la cama y se dejaba arrastrar por los recuerdos, por esa noche en la que las risas y la

música lo inundaban todo y el aroma a rosas perfumaba no solo el ambiente sino también la piel de su mejor amiga.

Evocó cada pequeño detalle de entonces, desde los provocadores vestidos y las máscaras con las que ambas se cubrían el rostro mientras estaban en el salón, a la sensual música a cuyo compás se mecían la una contra la otra. Recordó cómo se reían, cómo disfrutaban de esa libertad y de la morbosa excitación del momento.

—¿Te he dicho ya lo escandalosamente sexy que estás con ese vestido? —le había susurrado ella a Kathy al oído—. Más de uno va a desear darte un mordisquito esta noche, Rosa.

—¿Solo a mí? —Se rio Kathy por pura diversión. Su aliento le acarició el oído mientras añadía—. Noah no te saca los ojos de encima.

Olive se rio y un segundo después se encontró con la lengua de la mujer atravesando sus labios y envolviéndose en la de ella en un suave y sensual beso, algo de lo que ambas disfrutaron.

—Um. Fresas.

—Ya sabes lo que le gustan a Noah —mencionó ella en pícaro respuesta.

—Y a Dante —afirmó Kathy entre risitas—. Um... Quiero mirar.

—Y yo que me follen.

Ambas se echaron a reír mientras se pegaban más la una a la otra, uniendo sus caderas y sus pechos mientras se abrazaban.

—Amén a eso, hermanita —se rio Kathy.

Habían seguido bailando y besándose, calentando el ambiente, disfrutando la una de la otra y después de las atenciones de sus espinas. Siempre había sido así entre ellas, podían enrollarse en un momento, follar con alguno de los chicos a continuación o sentarse en un sillón mientras bebían una copa y charlaban de lo que habían hecho durante el día o se ponían una peli y se hartaban de llorar.

Iba a echar de menos todo eso, pensó apretando los ojos con fuerza para evitar derramar nuevas lágrimas.

—Lo siento... te prometí que no iba a llorar, pero... solo por esta vez, solo hasta mañana —murmuró enterrando el rostro contra las almohadas—. Solo... hasta que salga de nuevo el sol...

Había creído que ya no le quedaban lágrimas después de todo lo que había llorado en las últimas veinticuatro horas, pero no fue así, algo que pudo comprobar desde ese momento hasta que los primeros rayos de sol entraron a través de una de las ventanas.

CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente...

La luz de un nuevo día entraba ya por cada ventanal del primer piso cuando al fin bajó. Esperaba poder marcharse sin más, pero Matt parecía haber tenido tan mala noche como ella, ya que se encontraba en la cocina preparando el desayuno. El aroma del café recién hecho atrajo a Olive hacia el lugar, los ojos verdes del contratista cayeron sobre ella y una pequeña sonrisa le tiró de los labios.

—Buenos días, ¿café?

—Te has levantado temprano —mencionó al tiempo que asentía con la cabeza y se apoyaba en la isla. Dejó el bolso y la americana en uno de los taburetes que cubrían uno de sus lados y se sentó en otro.

—Tú también —replicó y señaló con un gesto hacia las escaleras—. ¿Qué tal está?

—Dormido —admitió. Se había acercado al dormitorio y había abierto la puerta para comprobar que su amigo seguía durmiendo. El agotamiento del viaje y los acontecimientos al fin lo habían noqueado—. No va a ser fácil, para ninguno, pero saldremos adelante.

Matt estiró la mano por encima de la superficie de granito y le cogió la mano en un cariñoso gesto de apoyo.

—Lo haremos —le aseguró y no pudo hacer otra cosa que creerle. De todos ellos, Matthew era con toda probabilidad el más optimista.

Le dio un beso en los nudillos y la dejó para servirle una taza de café humeante que dejó poco después delante de ella junto con un plato con bizcocho casero.

—Come algo. No es una petición. Es una orden.

Enarcó una ceja ante su tono y curvó los labios.

—Te has levantado mandón.

—Alguien tiene que hacerlo, así que, como soy el que se está encargando del desayuno y tú has sido la primera en bajar, te ha tocado ser la primera. —Señaló lo que había puesto ante ella e insistió—. Come.

Dejó escapar un resoplido y pellizcó el dulce para llevarse un trozo a la boca.

—Entonces, ¿vas a buscarla? ¿A la bailarina? —preguntó recordando las palabras que les había dedicado anoche Kathy a todos ellos.

—Esta mañana voy a pasarme por el centro comunitario para ver cómo van las obras, después haré la ronda de siempre y terminaré en la oficina —le dijo sirviéndose también una taza de café.

—No es eso lo que he preguntado, Matt —replicó con suavidad.

—No, no lo es, pero es todo lo que vas a escuchar de mi boca en estos momentos, cariño.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—De acuerdo. No haré más preguntas, *su señoría* —declaró y se concentró en darle un sorbo al café recién hecho. El sabor amargo mezclado con ese punto dulce de la exagerada cantidad de azúcar que requería de él lo hacía perfecto para ella. Su amigo ya le tenía cogido el punto y sabía cómo le gustaba—. Me voy a ir al bufete. He dejado algunos casos a medias y tengo que preparar toda la documentación con el cambio de titularidad de la parte de la *Garden Rose* que Kathy le ha legado a Winter y hacérsela llegar.

—¿Cuándo lo decidió?

—Hace meses —admitió y se encogió de hombros—. Intenté disuadirla, pero... Ya sabes cómo era en lo referente a su hermana de sangre.

—Winter no tiene la culpa de lo ocurrido, Olive.

No, sabía que no la tenía, pero no podía evitar sentir rabia ante la falta de interés por parte de la muchacha con respecto a su hermana. Kathy había removido cielo y tierra para dar con ella, había puesto todo de su parte para acercársele, para demostrarle que estaba a su lado, que tenía una hermana que se preocupaba por lo que le ocurriese, pero esa chica... ni siquiera parecía haberle importado lo más mínimo.

—Hay cosas... que no sabes de ella, que Kathy prefirió guardarse para sí —mencionó él y señaló—. Quizá deberías echarle un vistazo a los documentos que guardaba sobre la investigación que hizo ese detective para dar con Winter antes de... juzgarla con tanta dureza.

Sabía a qué investigación se refería. Su amiga había acabado contratando a un detective privado a fin de encontrar a su hermana, aunque lo cierto era que solo sabía lo que ella le había contado; nunca le había interesado ir más allá.

—No ha tenido que ser nada fácil para Winter Rose enterarse del fallecimiento de su propia hermana de la forma en que se lo comunicaron —continuó Matt y sus palabras le recordaron lo comentado tan solo el día anterior.

—¿De verdad se presentaron en la puerta de su casa para decirle que *ella* misma era la que había aparecido muerta? —No podía ni empezar a imaginarse la clase de shock que debía sentir una persona cuando te decían algo así.

—La policía no entró en muchos detalles, pero parece que las chicas intercambiaron los bolsos y Kathy llevaba el de Winter, con su documentación, cuando la encontraron —mencionó con tono neutral, como si necesitase separarse del significado de esas palabras. No era lo mismo hablar de alguien a quien no conocías, que saber que estabas haciéndolo de tu propia hermana—. Fueron a su casa para darle la noticia y se encontraron con que... Winter Rose Davies seguía vivita y coleando. Entonces le pidieron que les acompañase al anatómico forense para reconocer... para confirmar la identidad de la mujer que habían encontrado.

Se le revolvió el estómago.

Ella había estado en alguna que otra ocasión en el anatómico forense y ninguna de esas visitas había sido agradable, pero tener que reconocer a un familiar...

—Fue ella quien pidió a los agentes que nos contactaran —añadió Matt con voz cada vez más impersonal—. Y así fue como terminaron delante del portal de mi casa, avisándome... de lo ocurrido.

Noah y él se habían hecho entonces cargo de todo, incluso antes de avisarla de lo ocurrido. Ambos le habían ahorrado el trago de tener que personarse en el anatómico forense y repetir la escena que vivieron primero Winter y luego ellos dos.

Olive deslizó la mirada más allá de él, a las escaleras que ascendían al piso de arriba.

—¿Noah se ha quedado aquí?

Matt asintió y señaló hacia el otro lado de la estancia.

—Se marchó momentos antes de que tú bajases —le informó—. Ya sabes cómo es. Lo que tenga que hacer, lo hará solo.

—No debería, no ahora —chasqueó la lengua y dejó escapar un resoplido.

—¿Se lo has dicho a él?

No tenía que preguntar a quién se estaba refiriendo, solo había un «él» del que sus amigos podían hablar cuando se referían a ella.

—No.

Fue tajante. Y no es que no se le hubiese pasado por la cabeza hacerlo, después de todo, quién había sido una vez *Espina* del *Night Rose*, lo era para siempre, pero... Dar ese paso sería contactar de nuevo con él y era algo que llevaba años intentando evitar.

—¿Quieres que lo haga yo? Es posible que él tenga más éxito que nosotros en llegar a Noah...

Sí, si alguien podía llegar a su *Espina*, cuando ninguno de ellos era capaz de hacerlo, ese era él. Damien Knight y su amigo tenían una relación de amistad tan profunda como la de ellos, una que se había extendido al resto del círculo o al menos había sido así en el pasado, antes de que todo se fuese a la mierda.

Sacudió la cabeza, se tomó el resto del café y engulló el bizcocho que le quedaba a toda velocidad; una forma de dar por zanjado aquel asunto.

—Lo haré yo —sentenció abandonando el taburete para coger a continuación la chaqueta y el bolso—. Le pediré que le eche un ojo a nuestro hermano.

Era todo lo que estaba dispuesta a pedirle a ese hombre.

—Olive...

No le permitió ni empezar. Rodeó con rapidez la isla, le dio un beso en los labios y negó una vez más con la cabeza.

—Solo dile a Dante que me ocuparé del papeleo de lo de Winter —pidió dando ya media vuelta y dirigirse decidida hacia la entrada principal.

Nada más atravesar la puerta, el aire de la mañana le acarició el rostro. La lluvia había quedado atrás, pero el aire seguía portando esa pesada humedad que suponía acabaría desapareciendo a lo largo del día.

Bajó las escaleras y se dirigió hacia su coche mientras buscaba las llaves en el bolso.

El teléfono acabó en sus manos, la pantalla encendida mostraba una foto en la que salían Kathy y ella riendo. La acarició con los dedos y acto seguido abrió la aplicación de mensajería y escribió un par de escuetas líneas con rapidez. Buscó el contacto, el cual seguía en su agenda, y le dio a enviar.

—Solo lo hago por Noah —murmuró para sí, como si necesitase justificarse ante sí misma.

Dejó escapar un profundo suspiro, cogió las llaves del coche y se dispuso a dar comienzo a su mañana. Cuanto antes se sumergiese en la rutina, antes dejaría de pensar en todo lo que había quedado atrás.

CAPÍTULO 7

—... relájese, señorita Jerson. Le prometo que algunos todavía sabemos hacer nuestro trabajo.

Damien cerró la puerta con suficiente rapidez como para que la amenaza golpease contra esta y no contra él.

—La clave en esas palabras es «algunos», Dam —aseguró Lucien Ratcliffe, el cual permanecía apoyado de espaldas a la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho—. La «loba» tiene razones más que suficientes para cabrearse. ¿Cómo es posible que tu gente la haya cagado tanto?

Echó un vistazo a la habitación que acababa de abandonar y resopló.

—Si lo supiera, ahora mismo alguien estaría comiéndose el puto suelo —afirmó de mal humor—. No podía creer que hubiesen intentado atentar contra Amari aquí, en el hospital. Era imposible que supiesen que estaba todavía con vida, sobre todo cuando no se había filtrado la existencia de supervivientes. No, alguien tenía que haberse ido de la lengua, lo que significaba que contaban con un jodido topo y que la mujer ya no estaba segura allí dentro—. Hay que sacarla de aquí y mantenerla oculta hasta que pueda declarar.

—Y supongo que te refieres a hacerlo sin que los trajeados se enteren —chasqueó su amigo abandonando su posición de puro aburrimiento fingido para detenerse delante de él. No fue necesario que respondiese a eso. Lucien le conocía bien y sabía que, al igual que él, haría hasta lo imposible para proteger a una inocente—. Bueno, ¿a quién tienes en mente para hacer de *babysister*?

Puso los ojos en blanco.

—Necesitará algo más que una jodida niñera —aseguró. Esa mujer requeriría de vigilancia las veinticuatro horas, así como de una mano suave, pero firme, que la ayudase a dejar atrás la mierda por la que había pasado. Y por encima de todo, tenía que ser alguien que no tuviese vínculos con el FBI y trabajase de manera independiente, ya que tampoco quería buscarle problemas a nadie.

—Sí, unas buenas esposas y una mordaza —replicó su compañero con un chasquido—. Tiene la boca más sucia que he oído nunca a este lado del atlántico. Y ya no hablemos de su lengua viperina.

—Es un mecanismo de autodefensa —afirmó. Había podido vislumbrar a la verdadera Amari debajo de todos los insultos y palabrería. La chica tenía miedo, vivía aterrada, lo cual no era para menos dadas las circunstancias y su manera de hacerle frente a las cosas era mostrándose intratable, como si de ese modo fuese menos apetecible o deseable para cualquiera—. Y no puedo culparla por ello. Si está viva es de puro milagro.

—Amén a eso, hermano —admitió Lucien echando un fugaz vistazo a la puerta cerrada de la habitación de hospital que se turnaban para custodiar desde el asalto—. Entonces, ¿en quién has pensado?

—Noah Flint —pronunció su nombre con total seguridad. Lucien le conocía, ambos habían

coincido en el pasado, así que no era necesario que le hablase de él—. Con lo que ha pasado, es el único en quien confío para hacerse cargo de ella y hacerla desaparecer, si llega a ser necesario.

Su compañero asintió y señaló con un gesto hacia el pasillo.

—¿Y cómo la sacamos de aquí? —inquirió en voz baja—. Los chacales no se han movido de la puerta.

Los chacales. Era el apodo que les había puesto a los dos agentes de la ICE^[1] con los que ya había tenido un par de encontronazos en la última semana. Los de inmigración tenían intereses propios en el caso y habían apostado a dos de sus agentes en el hospital a la espera de poder tener su oportunidad con la chica. Como tantas otras veces, ambas agencias se estaban viendo obligadas a colaborar y no era fácil ponerse de acuerdo, sobre todo cuando te mandaban a un par de recién llegados a la espera de obtener algún ascenso que los sacase de los trabajillos de mierda. Habría preferido tener que lidiar con Cassidy Ortiz, pero su amigo se encontraba en aquellos momentos metido en una operación propia al otro lado del país, así que no le quedaba más remedio que lidiar con los nuevos.

—Les daremos lo que quieren y después la sacaremos por la puerta de atrás —respondió también en voz baja.

—¿Te refieres a dejarles visitar a la *señorita Malas Pulgas*? —Señaló con el pulgar hacia la puerta cerrada e hizo una mueca.

—Bajo supervisión, por supuesto —asintió dejando claro que él mismo estaría presente durante ese interrogatorio, lo quisieran o no—. Hablaré primero con Noah, pero lo importante es que la saquemos de aquí antes de que intenten matarla una tercera vez.

—Está claro que si lo han intentado dos veces, no les importará hacerlo una tercera —bufó su amigo y acto seguido cabeceó de acuerdo con su plan—. De acuerdo. Consigue a tu guardaespaldas. Llamaré a Logan. Esos imbéciles ya lo han visto por aquí y no les llamará la atención su presencia.

Damien sacó el teléfono del interior de su chaqueta y frunció el ceño al ver que tenía una nueva notificación. Iba a descartarlo y dejarlo para más tarde cuando vio el remitente.

De todas las personas de las que podía esperar un mensaje en esos días, ella no estaba la primera en la lista, así que el hecho de que se lo hubiese enviado era tan extraño como alarmante.

Abrió la aplicación de inmediato y leyó el escueto contenido.

—Mierda.

El siseo salió de forma inmediata de sus labios y debió decirlo en voz alta, pues Lucien le prestó de nuevo atención.

—¿Va todo bien?

Negó con la cabeza.

—No. —Fue muy sincero mientras leía una vez más el mensaje en un intento por digerir la noticia—. Ha muerto... una vieja amiga.

Más que eso. El *Night Rose* acababa de perder una de sus rosas y sus miembros a una hermana, pensó para sí.

—Vaya. Lo siento, tío.

Damien se metió el teléfono de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta y miró la puerta cerrada de la habitación del hospital.

—Iré a ver a Noah —declaró encontrándose con la mirada de su amigo—. No quiero correr riesgos. —Y necesitaba verlo en persona, sobre todo después del mensaje que acababa de recibir—. Volveré lo antes posible. Si los cachorros están demasiado ansiosos por hablar con ella, déjales que lo intenten, pero no te separes de su culo.

—Me sentirán respirar en su cogote —aseguró su amigo con evidente sorna, pero conociéndole, no le cabía la menor duda de que así sería.

Con un gesto de aquiescencia por su parte, dio media vuelta y se dispuso a abandonar el hospital y hacerle una visita a su hermano del *Night Rose*.

CAPÍTULO 8

Olive comprobó por enésima vez que llevaba consigo todos los documentos y la copia del testamento en el que se detallaba, de forma escrita, lo que Kathy le había dejado en herencia a su hermana. Los objetos que estaban en su caja fuerte esperaban ahora en el interior del portafolios a ser entregados a su nueva propietaria.

Las puertas del ascensor se abrieron y escuchó el sonido de voces procedentes de algún punto de la planta. A juzgar por la procedencia, parecían venir de la oficina de Dante, una masculina y otra femenina, que no le cabía duda de a quién correspondían. Siguió el murmullo hasta que este se fue haciendo más evidente y pudo escuchar con claridad cada frase que salía de sus bocas.

—No puede estar hablando en serio. —Esa era Winter y no parecía muy feliz con lo que quiera que le hubiese pedido su jefe.

—¿Le parece que bromeo? —escuchó la irritada réplica de Dante. Desde luego, aquel no era el humor con el que esperaba encontrarse a su amigo esa mañana—. Cualquiera diría que la que está con *jet lag* es usted, Davies, no yo.

Bueno. La cosa se estaba poniendo interesante.

—Lo suyo difícilmente tiene cura, jefe, pero estoy dispuesta a achacarlo al *jet lag*, así que... vuelva a la cama y échese una siesta —zanjó la chica con la misma irritación presente en su voz—. Habrá más de uno en la casa de subastas que se lo agradezca. Yo la primera.

—Está a un centímetro de cruzar la línea entre la irritabilidad y el insulto, Winter.

Olive se detuvo en el umbral de la puerta a tiempo de ver como la mujer se enderezaba, levantaba un poco la cabeza y remataba con frialdad.

—Qué puedo decirle, señor, es usted toda una inspiración.

La vio girar sobre sus tacones con intención de hacer una salida triunfal, pero su presencia en el umbral de la puerta echó por tierra sus planes. No obstante, se recuperó enseguida y la saludó con su habitual educación, como si no hubiese pasado nada en esa oficina.

—Buenos días, señorita James.

—¿Llego en mal momento? —preguntó alternando la mirada entre ella y Dante, quien le echó un vistazo soslayado a la chica.

—Por el contrario, apareces en el momento justo.

—Ya veo... —murmuró pasando la mirada de uno al otro sin saber si echarse a reír o preguntar qué coño estaba pasando aquí. De todos modos, no había venido hasta la casa de subastas para ver discutir a esos dos, sino para cumplir con lo que le había prometido a Kathy—. Bueno, en ese caso...

Como si diese por hecho que su presencia tenía que ver con su jefe, la eficiente asistente dio un paso atrás con intención de emprender la retirada.

—Si me disculpan...

—No se vaya, señorita Davies —la detuvo y se volvió hacia Dante—. Espero que no te

importe si te la robo unos minutos.

—¿Debo preocuparme? —preguntó él enarcando una ceja.

Olive sonrió de esa manera que solía poner nerviosos a los abogados con los que solía enfrentarse en los juicios y le dio la espalda sin pensárselo dos veces.

—No tiene nada que ver con la empresa —le dijo volviéndose hacia Winter para dirigirse ahora a ella—. He venido a verla como representante legal de la señorita Katherine Gilbert.

El nombre que salió de su boca pareció sobresaltar a la chica.

—¿Como representante legal?

Sonrió con afectación y levantó el maletín a modo de apunte.

—Si me concede unos minutos, la pondré al tanto de todo —le dijo y la invitó a salir de la oficina. Solo entonces se volvió hacia su amigo—. Dante, querido, hablaré contigo después.

Él asintió entendiendo el motivo de su presencia y se volvió hacia la chica para decirle:

—No se preocupe, Davies. Tómese el tiempo que necesite para arreglar sus asuntos.

El desconcierto de Winter era obvio, pero mantuvo esa máscara de inexpresiva profesionalidad mientras abandonaban la oficina de su jefe y la conducía a su propio lugar de trabajo. La invitó a entrar y acto seguido cerró la puerta, proporcionándoles privacidad.

—Bien. Usted dirá, abogada.

El tono de su voz y la manera en que pronunció esas palabras dejó claro que no tenía demasiado interés en su presencia, ni en el motivo por el que la había citado. Olive no pudo más que sonreír sin ganas ante ello y señalarle su propio asiento tras el escritorio.

—Estoy aquí como representante legal de la señorita Gilbert... —insistió haciendo hincapié en el apellido de Kathy.

—Eso ya lo ha dicho —la interrumpió.

—... para ponerla en conocimiento de sus últimas voluntades. —Ignoró su interrupción y siguió adelante—. La señorita Gilbert dejó testamento y entre los beneficiarios de este se encuentra usted. —El desconcierto se instaló en los ojos de la chica—. Mi cliente le ha legado una serie de artículos, así como su parte de la propiedad «Garden Rose». Tengo aquí los papeles para...

—¿Cómo? —Casi se atraganta con sus propias palabras, se dio cuenta—. Tiene que tratarse de un error...

Abrió el maletín y extrajo una serie de documentos que fue dejando sobre la mesa frente a ella.

—¿Es usted Winter Rose Davies, con número de la seguridad social... —leyó el número que ponía en el documento y continuó—, y domicilio en Hawthorne Street, Brooklyn?

—Sí, pero...

—Entonces no hay ningún error —zanjó deslizando los documentos hacia ella—. Esta es una copia del testamento de la señorita Gilbert. Aquí puede leer cómo mi cliente le lega su parte como copropietaria de la mansión *Garden Rose*, ubicada en *Silver Lake*, así como varios artículos de su propiedad.

Winter cogió el documento y clavó la mirada en el fragmento que le había marcado, como si no pudiese creer ni una sola palabra de lo que le estaba diciendo, como si tuviese que tratarse de una equivocación.

La vio leer para sí el párrafo que había subrayado y que contenía las últimas voluntades de Kathy con respecto a su hermana.

«A mi hermana, Winter Rose Davies, le transfiero mi parte de la propiedad conocida como Garden Rose, ubicada en el vecindario de Silver Lake, en el distrito de Staten Island. Se le debe

hacer entrega de una copia de la escritura, así como de un duplicado de las llaves de dicha propiedad. Asimismo, a ella le lego también las siguientes posesiones: La Rose, un broche en forma de rosa que forma parte de mi colección privada y que dejaré en manos de mi abogada, Olive James, para que le sea entregado sin dilación. Una segunda edición del libro «La vengeance des Peaux-de-bique», que sé que llevaba tiempo intentando conseguir, y mi maleta rosa, la cual encontrará en mi habitación en la mansión, cuyo contenido también es para ella».

La chica sacudió la cabeza, se la veía sorprendida, impactada en realidad.

—¿Por qué lo ha hecho? Yo no... Nosotras no... —Se lamió los labios como si se le hubiese secado la boca—. Ella apenas me conocía...

¿En serio pensaba eso? Kathy se había desvivido por esa mujer, había hecho todo lo que estaba en su mano para ayudarla, aunque era obvio que Winter no tenía la menor idea sobre ello.

—Debía conocerla lo suficiente si le ha confiado parte de su vida —mencionó extrayendo los objetos que había sacado de la caja fuerte y que ahora le pertenecían a la muchacha—. Este es el broche. —Puso ante ella una pequeña caja roja de terciopelo—. La segunda edición de «*La vengeance des Peaux-de-bique*». —Sacó un libro ajado, viejo y protegido en una caja transparente—. Y esta es la copia de las llaves de la Garden Rose. —Depositó el llavero con tres llaves sobre la mesa—. La maleta a la que se hace mención la encontrará en la habitación de Kathy, en la primera planta de la casa. —Había comprobado que estaba dónde le había dicho su hermana antes de venir a la oficina—. Ahora, necesito que firme aquí para que quede constancia de que le he hecho entrega de los objetos enumerados en el testamento.

Le puso un papel delante y dejó sobre este un bolígrafo.

—Tiene también una copia de las escrituras de la propiedad con *la parte* que le corresponde a su nombre —añadió haciendo hincapié en el porcentaje correspondiente—. En caso de que quiera vender o ceder su parte de la mansión, tiene que saber que solo podrá hacerlo a uno de los otros dueños, ya que fue lo que estipularon los compradores originales en el documento de propiedad.

Había sido un consenso al que habían llegado todos para evitar que la mansión y sus secretos acabasen en otras manos que no fueran las de la familia del Night Rose.

Ella levantó la cabeza y la miró.

—Si las partes de la propiedad solo pueden cederse o venderse a los otros propietarios, ¿cómo ha llegado hasta mí la que le corresponde a Katherine?

La pregunta de Winter dejaba claro que la chica no era nada tonta.

—Contó con la aprobación de los cuatro copropietarios —respondió con su habitual frialdad.

—Y usted es uno de ellos, ¿no es así, señorita James?

—Sí, lo soy. —Tenía que admitir que le sorprendía que hubiese llegado a tal conclusión, pero asintió ante su pregunta—. Kathy y yo nos conocíamos desde niñas, en muchos aspectos era como mi hermana mayor.

—Entiendo —musitó ella, miró de nuevo el papel que tenía que firmar y sacudió la cabeza—. No quiero nada de esto. No soy la persona indicada para tener estos recuerdos. Apenas nos conocíamos, no tuvimos tiempo para...

—Si no quisiera que tuviese sus cosas, no se las habría dejado y, sobre todo, no me habría hecho prometerle que se las entregaría cuando ella ya no estuviese —sentenció con firmeza—. Kathy la quería, estaba emocionada de tenerla en su vida, a alguien de su propia sangre. Sé que le habría gustado disponer de más tiempo para conocerla, para compartir su vida, pero... la enfermedad se lo impidió.

Tuvo que hacer un alto y respirar hondo, recordarse a sí misma que estaba aquí en calidad de abogada y no como hermana de Kathy, no obstante...

—¿Puedo hablarle con franqueza? —Fue directa.

Winter enarcó una ceja ante su pregunta y respondió con palpable ironía.

—¿No lo ha estado haciendo hasta ahora?

—Me he limitado a ser educada y cumplir con la promesa que le hice a *mi hermana*, porque si te dijera lo que de verdad quiero decirte en estos momentos, lo que he querido decirte desde la primera vez que escuché a Kathy hablando sobre ti, no creo que esta reunión terminase de manera civilizada. —Fue muy sincera y directa en su manera de dirigirse a ella—. Tienes razón al decir que no la conoces, que no tuviste tiempo para ello, pero la única culpable de eso eres tú. —La señaló con el dedo, acusándola abiertamente—. Me consta que ella siempre estuvo dispuesta a tenderte la mano, esperando que la cogieras, que le dieras la oportunidad de conocerla... —Negó con la cabeza y la miró de arriba abajo, recordando todo lo que sabía de ella, todo lo que Kathy había compartido sobre la mujer que tenía ahora mismo ante ella—. Supongo que nadie puede culparte por desconfiar...

—Tú lo estás haciendo en estos momentos —respondió tuteándola del mismo modo que había empezado a hacerlo ella.

—No me gustas, Winter, esa es la verdad, pero prometí darte una oportunidad y por eso estoy aquí —admitió y señaló de nuevo el documento bajo el bolígrafo—. Si Kathy quería que te quedases con una parte de ella, es porque sabía que no eres la arpía fría e irritante que parece ser, así que te concederé el beneficio de la duda.

—¿Arpía fría e irritante?

—Es lo más amable que se me ocurre en estos momentos.

—Caray, gracias.

—Admitámoslo, mocosa, nunca has sido precisamente un encanto —replicó llevándose las manos a las caderas—. Quizá cuando te quites el palo que tienes metido por el culo y que te hace caminar tan tiesa, puedas hacerme cambiar de opinión a mí o a cualquiera que esté cerca de ti.

Adiós a las sutilezas, a hacer las cosas con calma, a pensar antes de hablar... Olive no tenía tiempo para nada de eso, no con ella, aunque a Winter no pareció importarle demasiado su crudeza, ya que se limitó a sonreír en respuesta.

—El día en que eso suceda, en que me importe tu opinión o la que cualquier otro pueda tener sobre mí, se helará el infierno, querida —aseguró con ese tonito de eficiente secretaria que solía irritar tanto a Dante—. Así que creo que me quedaré con mi palo todo el tiempo que me dé la gana, sobre todo si eso molesta a las *zorras de altura* como tú.

Bueno, al menos la chica tenía uñas y sabía usarlas, pensó dejando que sus labios se estiraran en una amplia sonrisa.

—Sí, estoy convencida de que harás justo eso para seguir manteniendo tu estatus de hija de puta —chasqueó y, como si no acabase de insultarla, señaló el papel sobre la mesa—. Sea como sea, Kathy debió haber visto algo más allá de lo que le muestras al mundo, porque te ha dejado lo más importante para ella. —Cogió la caja roja y la abrió, girándola hacia ella para que pudiese ver el broche con forma de capullo de rosa en su interior—. Esta rosa lo significaba todo. Solía decir que al mirarla podía verse cómo era en realidad, que encarnarla era dejar atrás el mundo que otros le imponían para adentrarse en el que ella deseaba. —Le había escuchado pronunciar esas palabras tantas veces mientras miraba el broche, mientras se lo ponía y lo lucía con orgullo—. Después de acercarse a ti por primera vez, de conocerte, me dijo que le habías recordado a este broche y su significado, que esperaba que algún día tú también la llevaras puesta.

Sin otra palabra más, sacó el broche de su cama de terciopelo y lo clavó con suavidad en la solapa de la chaqueta del traje de la chica.

—Una rosa de invierno —le dijo dando sentido a su nombre—. Fría, insensible, hermosa y llena de espinas. Una rosa al alcance de muy pocos, ¿no te parece? —La miró y ladeó la cabeza—. Te queda bien y todo. Un pedazo de hielo para otro pedazo de hielo.

—Mi vivo retrato, sin duda —replicó Winter con goteante ironía, aunque sin la fuerza necesaria para que tuviese ese efecto.

Olive la ignoró y señaló ahora la caja que contenía el libro.

—Kathy removió cielo y tierra para encontrar ese ejemplar —le informó. Sacudió la cabeza y la miró—. Ni te imaginas la clase de librerías de segunda mano que visitó para dar con esto. Esa es la clase de mujer a la que no tuviste tiempo para conocer, Winter.

La chica no respondió, pero pudo ver en sus ojos que algo se removía en ella, una emoción que Olive conocía demasiado bien y que hizo que rebajase el tono con la chica.

—Avísame cuando quieras ver la propiedad. —Señaló por último el juego de llaves—. No es usual que los demás copropietarios estemos en la mansión, pero si quieres recorrer el lugar sola por primera vez, puedo arreglarlo.

La vio echarle un vistazo a las llaves y luego a ella antes de volver a mirar la copia del testamento y reparar en las franjas negras que tachaban ciertos párrafos, allí donde deberían estar los nombres de sus compañeros.

—Los demás beneficiarios del testamento han preferido mantener sus nombres en el anonimato, por cuestiones de privacidad —le indicó.

Winter la miró de reojo y dejó escapar un pequeño resoplido.

—No tengo el menor interés en sus identidades, como tampoco lo tengo en esa propiedad —declaró con firmeza, se llevó la mano a la solapa y se quitó el broche para depositarlo de nuevo con cuidado en la cama de terciopelo.

—El porcentaje de la propiedad que le correspondía a Kathy ya está a tu nombre —le informó ignorando sus palabras—. Si no la quieres, tienes la opción de venderla a los copropietarios. De todos modos, deberías visitar la mansión, aunque solo sea para verla y recoger la maleta rosa que te dejó tu hermana.

—No necesito una maleta, no he pensado salir de viaje.

Olive optó por ignorarla, cogió el bolígrafo, lo giró para que saliese la punta y se lo tendió.

—Si firmas aquí, terminaremos con esto —le dijo de manera tajante y señaló el lugar en el que debía garabatear su firma—. Está claro que esta reunión no le apetece a ninguna de las dos.

Miró el papel, el bolígrafo y resopló. Entonces se lo arrebató de un tirón, garabateó con rapidez su nombre y se lo devolvió.

—No me interesa la propiedad —le informó de todos modos—. Habla con quién debas hablar al respecto, pero voy a renunciar a ella.

Respira, Olive, respira, no puedes estrangularla todavía, se dijo a sí misma mientras entrecerraba los ojos y se obligaba a respirar hondo y soltar luego el aire con lentitud.

—Visítala primero —se obligó a responder con tranquilidad mientras recogía el portafolios de la mesa—. Cuando lo hayas hecho, si todavía quieres renunciar a ella, hablaré con mis socios y te presentaremos una oferta.

Sin más, le dedicó un último vistazo, giró sobre los tacones y se despidió con un gesto de la mano.

—Esperaré tu llamada, Winter —le dijo sin molestarse en mirar atrás—. Nos vemos.

Dejó a la chica en su oficina y volvió sobre sus pasos para encontrarse a Dante detrás del

escritorio.

—¿Sigue viva?

Puso los ojos en blanco y cerró la puerta tras de sí para procurarles a ambos algo de privacidad.

—No negaré que me han entrado unas ganas tremendas de estrangularla —admitió dejando el maletín sobre una de las sillas ante el escritorio para ocupar la otra—, pero me he contenido. A duras penas, eso sí.

Dejó escapar un resoplido y fue honesta.

—No se esperaba nada de esto —afirmó. Era algo que había visto en sus ojos—. Que Kathy la incluyese en su testamento, que la hiciese también una de sus herederas. Y no está interesada en su parte del Garden Rose. Le he dicho que al menos la visite antes de tomar una decisión... Ya veremos qué decide al final. Por ahora creo que le he dejado bastante en lo que pensar.

Él se la quedó mirando durante unos instantes, como si la calibrase, para ir por fin directo al grano.

—¿Estás bien?

—¿Lo estás tú? —Fue su respuesta.

—Lo estaré —admitió con una seguridad que no había tenido anoche y de la que se alegraba.

Olive asintió con la cabeza y sonrió en respuesta, una sonrisa sincera, aun si era triste.

—Bien.

Sin otra palabra más, estiró la mano para recoger el portafolios y se puso de nuevo en pie.

—Bueno, yo ya he terminado aquí, cualquier cosa, ella tiene mi número —mencionó volviéndose hacia la puerta—. Te avisaré... con lo que sea que decida.

Dante se puso en pie y rodeó el escritorio para acompañarla hasta la puerta.

—Gracias, *polvorilla* —Le dijo deteniéndola—, por todo.

Sacudió la cabeza, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, sabes que siempre estaré aquí para ti —le aseguró y dio un paso atrás—. Suerte con el *puercoespín*.

Su amigo puso los ojos en blanco y le abrió la puerta para dejarla salir.

—No cambies nunca, señorita James.

—No tengo la más mínima intención de hacerlo.

Con un último guiño, Olive salió por la puerta.

CAPÍTULO 9

—El infierno debe haberse congelado si has tenido que venir hasta aquí —Noah soltó un resoplido al verle en el umbral de la puerta de su oficina—. ¿Ya te has aburrido de Washington?

Damien chasqueó la lengua, sacó las manos del abrigo y entró en la habitación como si fuese algo que hiciera todos los días y no se estuviesen viendo después de varios meses.

Conocía bien a Noah para saber que intuiría que su visita no era personal, sobre todo porque no le había avisado de que estaba por la ciudad. Con todo, tras leer el mensaje que le había enviado Olive esa misma mañana, supo que no podía retrasar más lo inevitable.

—Hace años que me he aburrido de Washington —replicó—. ¿Por qué crees que me he trasladado a North Bergen? Estoy más cerca de Nueva York y puedo daros por culo siempre que quiera.

Ahora fue su amigo quien chasqueó la lengua, se recostó contra el asiento y cruzó las manos sobre el abdomen.

—Y lo dice el hijo de puta que no ha dado señales de vida en varios meses.

—Culpable —admitió con una petulante sonrisa—. Ya sabes cómo va esto. Unos días estás aquí y al siguiente están jodiéndote con todo tipo de gilipollices.

Noah sacudió la cabeza, dejó la pose aburrida y se levantó para darle la bienvenida como a un viejo amigo y un hermano.

—Debiste decirme que ibas a dejarte caer por aquí, cabronazo —le advirtió al tiempo que le estrechaba la mano y le aferraba el brazo con confianza.

Correspondió al saludo con el mismo afecto y asintió. Daba igual el tiempo que pasaran cada uno en su mundo, el que llevasen sin verse, seguían siendo los mismos que cuando se conocieron en aquella redada a un club de Queens. Noah a menudo bromeaba con la manera en que se habían cruzado sus caminos y cómo habían evolucionado a partir de ahí. Tenía que admitir que a veces echaba de menos aquellos días, últimamente más que nunca, otro de los motivos que lo hacía replantearse su continuidad en el FBI.

—Estaba a punto de hacerlo cuando recibí un inesperado mensaje de Olive —contestó dejando caer que se había enterado de lo ocurrido y, en lo personal, sintiendo en el alma no haberlo sabido antes a fin de poder acompañar a su amigo y a los demás en un trance semejante.

Noah asintió con la cabeza e hizo una mueca al pronunciar lo que ya sabía en voz alta.

—Kathy... se ha ido.

Cualquiera que no conociera a ese tío pensaría que estaba hablando de una conocida y no de alguien cercano a su corazón, pero Damien sabía leer entre líneas, interpretar la postura corporal y la de él hablaba de un profundo sentimiento de pérdida.

—Lo sé. Lo siento, tío. Sé lo mucho que significaba ella para todos vosotros —afirmó cubriendo sus manos unidas con la que tenía libre—. Katherine era una mujer increíble.

Lo era. Una mujer capaz de ver más allá de los convencionalismos, de aceptar a las personas tal y como eran, de abrazarlas sin temor a ser etiquetada de una forma u otra. Ella creía

en el amor libre, en la familia que se escogía, la que se encontraba en el camino y que en ocasiones eran mucho más de fiar que aquella con la que nacías. Era una chica encantadora, vivaracha y siempre tenía una sonrisa en los labios y una frase adecuada colgando de la punta de la lengua.

—Me sorprende que te haya escrito...

Se encogió de hombros. Sabía muy bien por qué lo decía, así que se limitó a señalar lo obvio.

—Es una buena amiga —afirmó dándole una palmada amistosa en la espalda para quitarle importancia a todo lo demás—. Tú habrías hecho lo mismo en su lugar. Igual que yo.

Olive no solo le había informado del fallecimiento de Kathy, sino que le había pedido también que le echase un vistazo a Noah.

«Kathy ha muerto.

Noah te necesita».

Dos líneas. Eso era todo lo que había en ese mensaje. Seis palabras que decían mucho más que si hubiese escrito toda una página.

Sabía lo reservado que podía ser su amigo, incluso con aquellos a los que llamaba familia. Su necesidad de protegerles pasaba por guardarse para sí todo lo que pudiese hacerles daño, incluyendo el verlo a él mal. Así que cuando algo lo perturbaba, se alejaba de los demás y se tomaba unos días para lidiar con sus cosas, o bien le llamaba con la excusa de andar por la ciudad e invitarle a tomar unos tragos.

Quizá fuese porque ambos venían del mismo lugar, que sabían mejor que nadie la mierda que había ahí fuera y cómo eso podía llegar a carcomerte por dentro, que habían encontrado en el otro alguien con quien hablar de lo que no conversarían con nadie más.

Muchas veces se había burlado de él diciéndole que parecían dos imbéciles asistiendo a alguna de esas reuniones de «*jodidos anónimos*» u otra chorrada por el estilo. No necesitaban más que un pack de cervezas y un par de sillones para dejar que el alcohol les soltase la lengua y dejarasen salir todo lo que llevaban dentro.

Y lo cierto es que funcionaba, pues después de hablar solían sentirse mucho mejor o al menos lo suficiente como para volver al ruedo.

—Sabíamos que el desenlace estaba cerca, pero ninguno estaba preparado para que sucediera de la manera en que lo hizo —añadió su amigo con cierto deje de rabia—. Se fue de la misma manera en que llegó; rápido y sin avisar.

Y con esa escueta explicación dejó claro que no era el momento para preguntarle cómo había pasado todo aquello. Noah le dio una palmada en la espalda a modo de agradecimiento.

—Te agradezco la visita, aunque me imagino que no has venido solo para darme el pésame —le echó un elocuente vistazo. Sabía el aspecto que tenía a esas horas de la mañana, que no ocultaba el hecho de ser quién era en esos momentos; un agente del FBI, así que no le sorprendió escucharle decir—. ¿En qué mierda andas metido ahora?

—North Bergen —mencionó una zona de New Jersey, el lugar en el que había ocurrido todo—. Secuestro y prostitución. Diez chicas muertas y una única superviviente. La dieron por muerta después de meterle un tiro en la cabeza.

La sorpresa en los ojos del ex policía era evidente.

—¿Un tiro en la cabeza y está viva?

—Un puto milagro como pocos que haya visto —asintió con un profundo suspiro—. Tres meses en el hospital y sin apenas secuelas. Camina e insulta como si no le hubiesen extraído una

puta bala del cerebro. Tiene alguna dificultad al hablar, prende las palabras, sobre todo cuando se pone nerviosa o se altera, pero, por lo demás, resulta de lo más coherente.

—Joder.

—Amari Jerson es un puto milagro con patas y necesita protección —Fue directo al grano. Aquel había sido el motivo inicial de que hubiese venido sin avisarle siquiera de su presencia en la ciudad—. Ha sufrido dos atentados en el propio hospital —le informó—. La puta prensa filtró que se encontró una superviviente en el almacén y está claro que han querido asegurarse de que lo que pueda saber no salga nunca a la luz.

Solo que la prensa, a su vez, tendría que haber obtenido el chivatazo de alguien y solo podía ser alguien de dentro.

Noah frunció el ceño con gesto pensativo y entonces mencionó.

—Los cadáveres de ese almacén en Keasbey.

—Diez mujeres. Asesinadas de forma violenta. Algunas todavía con pruebas de recientes palizas. Prostitutas en su mayoría —confirmó haciéndole un rápido resumen de lo que sabía.

—¿Y ella?

Ella era una jodida incógnita en muchos aspectos.

—Empleada de una inmobiliaria. Sin antecedentes, sin multas de tráfico, limpia como una patena —chasqueó la lengua y se llevó las manos a los bolsillos, un gesto que solía hacer para dar una apariencia de tranquilidad y de tener todo bajo control—. El tipo con el que compartía piso denunció su desaparición. Solo sabe que se fue al trabajo y nunca volvió. Y estaba convencido de que no era del tipo de mujer que se ausenta así sin más. Sobre todo porque dejó todas sus cosas, incluido el pasaporte, en casa.

—¿Cuándo...?

—Hace unos seis meses y la chica no tiene ni puta idea de lo que le pasó en ese lapso de tiempo. —Lo cual era lo que hacía todo aquello mucho más complicado, sobre todo a la hora de dar con los jodidos responsables, pues a pesar de que tenían sospechas de quién podía estar detrás de todo aquello, sin una testigo que pudiese identificarles, no había mucho que pudiesen hacer. Cosa que, según parecía, no era algo que supieran sus asesinos—. No recuerda absolutamente nada. Para ella es como si se hubiese levantado de la cama, se hubiese ido a trabajar y, de repente, se despertase en una cama de hospital, con una disparo en la cabeza.

—Joder. Si esto no es el guion de una jodida película, no sé qué es.

—En lo que a mí respecta, una puta pesadilla —aseguró con un gruñido, entonces añadió bajando un poco la voz—. Tenemos un puñado de mujeres muertas identificadas como prostitutas de la calle, las cuales o se subieron al coche de alguien o desaparecieron de la noche a la mañana para aparecer luego en ese puto almacén. Y a una mujer, la única testigo viva a la que le metieron una bala en la cabeza para silenciarla. La misma a la que han intentado rematar ya dos veces y que no recuerda nada de los últimos seis meses. Para ella es como si ni siquiera hubiesen pasado.

—Cuando pienso que no puedes meterte más hondo en la mierda, te encuentro buceando en ella —afirmó con profunda ironía.

—A veces tengo ganas de colgar la placa y mudarme a Alaska, pero entonces recuerdo el frío que hace allí, que aquí fuera todavía hay hijos de puta capaces de meterle una bala en la cabeza a una chica y se me pasan —replicó con su mismo tono irónico, aunque lo cierto es que la idea de colgar la placa se le hacía cada vez más y más atrayente—. Y sí, lo sé. No soy el único agente del FBI disponible para estas mierdas, pero no sé cómo coño me las apaño, siempre terminan sobre mi mesa.

Hizo una pausa y cuando volvió a hablar lo hizo con total seriedad.

—La bala que le extrajeron de la cabeza corresponde al calibre de mi gente —le informó y vio cómo acusaba sus palabras.

—¿Un poli?

Asintió con gesto sombrío.

—Por eso necesito hacerla desaparecer durante un tiempo —le informó. No iba a andarse por las ramas, no con su amigo.

—¿Tienes alguna idea del motivo o de quién podría estar detrás de esto?

—Nada que pueda probar, no todavía —afirmó—. Por eso necesito las manos libres y total libertad de movimiento, algo de lo que no dispongo si me hago cargo de ella.

Noah dejó escapar un resoplido, pero cuando clavó su mirada color café en él, supo que estaba dentro.

—¿Qué es lo que necesitas exactamente?

—Está previsto que le den el alta en dos días, así que quiero sacarla de allí antes. Hoy mismo, de hecho —confirmó sin andarse por las ramas—. Luc Ratcliffe estará presente. Logan y él se están turnando en la vigilancia.

Sabía que el ex policía reconocería los nombres de sus amigos, pues se había cruzado con ambos en el pasado.

—Vamos a sacarla por la zona de ambulancias. Necesito que estés allí para recogerla y llevártela.

—De acuerdo —confirmó y añadió—. ¿Alguna cosa más que deba saber sobre el encargo?

—Aparte de las secuelas físicas que mencioné, debes saber que tiene la mano larga, la lengua afilada y ningún respeto por la ley —afirmó con total intención, sabiendo que eso sin duda despertaría además el interés del hombre—. Te va a encantar. Sin duda es tu tipo.

Enarcó una ceja ante su indirecta.

—Sabes que nunca mezclo el trabajo con el placer.

—Sé de más de uno que ha dicho eso y luego ha caído como un imbécil.

Él sonrió de soslayo.

—¿Hablas por experiencia?

Damien hizo una mueca ante el comentario.

—Ya conoces la respuesta a eso.

—Lo que sé es que *ella* sigue sin tener ni idea —lo acusó una vez más.

—Y me gusta de esa manera —replicó con sequedad.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un resoplido.

—Cuando se dé cuenta, te cortará los huevos —le aseguró. Una manera de advertirle que se estaba quedando sin tiempo para arreglar las cosas.

—¿Por qué crees que me mantengo a distancia? —Negó con la cabeza y señaló—. Tengo que volver al hospital. Están tan acostumbrados a verme por allí que me echarán de menos si tardo más de la cuenta. Te contactaré para confirmar la hora de la recogida.

—Si necesitas gente de confianza, mis chicos están disponibles.

Lo que significaba que él también contaba con gente en la empresa de seguridad que gestionaba en los que podría confiar.

—Lo tendré en cuenta —asintió al tiempo que le daba una palmada en el hombro—. Gracias, tío. Te debo una.

Noah negó con la cabeza.

—Estamos a mano, *hermano*, estamos a mano.

Damien se despidió de él con un fraternal abrazo y abandonó la oficina de la misma manera en la que había entrado, silencioso y con rapidez. No podía permitirse bajar la guardia, no si quería terminar con esto lo antes posible a fin de poder pensar en su propio porvenir.

CAPÍTULO 10

Mandar a la mierda al fiscal del distrito no era la mejor manera de llegar a un acuerdo y Olive lo sabía. El que el tipo fuese un hijo de puta misógino solo era una parte del problema, la otra era ella y su evidente alterado estado emocional. Si no fuese por la buena voluntad de la juez a cargo de la instrucción y de su propia trayectoria personal, ahora mismo podría estar de mierda hasta el cuello. El que la vista se hubiese suspendido era lo mejor que le pudo haber pasado, lo último que quería era joder las posibilidades de su cliente de llegar a un buen trato y había estado a punto de hacer eso mismo.

Era hora de echar el freno y delegar en sus colegas. Tendría que pedir que la sustituyesen en algunas de las vistas o aplazarlas si no eran demasiado importantes, después del episodio que había protagonizado no podía arriesgarse a joder su propia carrera. Le había costado demasiado llegar hasta donde estaba para tirarlo ahora todo por la borda.

Quizá había llegado el momento de tomarse esas vacaciones que siempre aplazaba y concederse a sí misma el tiempo necesario para enfrentarse a un duelo que había comenzado mucho antes de la muerte de su amiga; en el mismo día en el que se enteró de que el tumor que le encontraron era inoperable y su vida empezaba una regresiva cuenta atrás.

Se acurrucó en el sofá del salón del *Garden Rose* y aferró con fuerza uno de los cojines ya empapados con sus lágrimas. Ese último medio año había sido bastante duro. Ver como Kathy iba perdiendo las fuerzas, su acostumbrada vitalidad y tener que actuar como si no importase, como si todo fuese normal delante de ella fue lo más duro de todo. Ella siempre insistía en que no quería lágrimas, en que deseaba disfrutar de cada día como si fuese el último y por Dios que lo había hecho hasta el final.

Escapadas de fin de semana, noches de copas o de teatro, creía haber visto toda la cartelera de musicales en esos meses y había disfrutado de cada uno de ellos por el simple hecho de compartir ese rato con ella. Una vez a la semana dejaban a los hombres a su aire, para que diesen rienda suelta a toda esa testosterona sin ellas presentes y disfrutaban de una noche de chicas. Palomitas, una película y la comodidad de un viejo pijama con el que no tenían que seducir a nadie; era algo que iba a extrañar.

Había habido épocas en las que parecía estar tan bien que se permitía olvidar su enfermedad, en las que esperaba que se produjese un puto milagro y Kathy apareciese por la puerta diciéndole que estaba bien, que el maldito tumor había desaparecido por completo y envejecerían juntas. Pero entonces venían esas semanas de ingresos hospitalarios, de días enteros de vómitos y fiebre en los que la pesadilla volvía a asomar la cabeza y la realidad la impactaba con fuerza.

Y ahora que se había ido, todo el cansancio acumulado, la impotencia que había sentido y no se permitió expresar en su momento y la rabia que se había visto obligada a contener caían sobre ella, ahogándola con todo su peso.

Era hora de enfrentarse a la realidad, la que había estado posponiendo día tras día, y

aceptar lo que siempre estuvo destinado a suceder.

Volvió a enterrar la cara en el cojín y dejó que este se empapase una vez más con sus lágrimas. Había dejado de intentar contenerlas, pues no merecía la pena siquiera el esfuerzo.

—*Vamos, pasa.*

—*Gracias.*

¿Eso eran voces? Levantó la cabeza y agudizó el oído.

—*Es por aquí.*

Olive cogió uno de los pañuelos de papel que tenía al alcance de la mano y se secó los ojos y luego la nariz. El sonido de dos pares de pisadas precedió la llegada de Matt y una menuda pelirroja de ojos turquesas.

—Dame un momento, Sienna —pidió Matt, cuya mirada cambió en el mismo instante en que se encontró con la suya.

—Por supuesto... —La chica tenía una voz suave y parecía un poco cohibida al verla allí.

—Si me hubieses dicho esta mañana que ibas a pasar del bufete y volver aquí, habría venido a hacerte compañía —chasqueó él deteniéndose delante de ella.

—No estaba en mi agenda. Cambie de planes sobre la marcha —murmuró en respuesta, entonces se volvió hacia la recién llegada—. ¿Quién es ella?

Si ya era bastante sorprendente ver a Matt en compañía de una mujer extraña, el hecho de que la hubiese traído a la *Garden Rose* lo era aún más.

—Sienna es una excelente muralista y he pensado que podría hacer algo bonito en la pared de la rosaleda, ¿qué opinas?

Le llevó todo un segundo relacionar la palabra «*rosaleda*» con su verdadero significado, uno que estaba atado a ese lugar en concreto. Una imagen del jardín trasero de la mansión le cruzó por la cabeza y con ello llegó la inmediata necesidad de proteger lo único que le quedaba de Kathy, aquello que habían construido entre las dos. Soltó el cojín y se puso de pie con tanta rapidez que fue un verdadero milagro que no acabase cayendo de bruces.

—¿La rosaleda? ¿*Nuestro* jardín? —Hizo hincapié en el título de propiedad y dejó al mismo tiempo traslucir su desconfianza—. ¿Qué es lo que quieres hacer allí? —¿De qué iba todo esto? ¿Quién demonios era esa mujer y por qué narices estaba hablando Matt de su jardín?—. era su lugar favorito en el mundo. Y el mío. —Sacudió la cabeza y lo miró con gesto amenazante—. Ni se te ocurra tocar mis rosales, Matt, te lo advierto.

Su amigo levantó de inmediato las manos y pudo ver en sus ojos que no tenía intención alguna de hacer nada que pusiera en peligro esa parte de la casa.

—No tocaré los rosales —le aseguró, entonces se volvió hacia la chica que lo acompañaba—. Sienna Miller, permíteme que te presente a Olive James. Es una de las propietarias de la mansión y una buena amiga mía; mi familia, de hecho.

Vale, esto era raro de narices. Matt no solía presentar a sus ligues y no de esa forma, todo fuese dicho.

—Es un placer —respondió la chica en voz baja.

Olive volvió a recorrerla con la mirada de la cabeza a los pies, como si de esa manera pudiese encontrar la solución a este rompecabezas y entonces lo vio. No fue necesario ni que mirase a Matt, lo entendió en el mismo instante en que se dio cuenta de que solo había una mujer a la que su hermano traería a la mansión.

¿Era posible que fuese ella? ¿La bailarina de la que le había hablado Kathy?

—El placer es mío, Sienna —correspondió al fin a su saludo y sonrió, algo que le costó más de lo esperado—. Dime, ¿dónde te encontró Matt?

—Te sorprendería saberlo —replicó él en un murmullo y su tono de voz no hizo más que acicatear su curiosidad al respecto.

—En un contenedor de basura. Literalmente.

La sinceridad en la voz de la chica la llevó a abrir los ojos y volverse hacia su compañero.

—¿Perdona? ¿Es una broma?

Él negó con la cabeza y pareció algo incómodo por ello.

—Sienna es parte del voluntariado de la parroquia del reverendo Otto y... digamos que algunos de sus compañeros se la jugaron y le gastaron una broma pesada.

Si eran la clase de «*compañeros*» que ella creía, lo de «*broma pesada*» se habría quedado corto, más aún si como resultado, hubiese terminado como pensaba en dicho contenedor. Se volvió hacia Sienna y dio un par de pasos en su dirección.

—Espero que sepas los nombres de todos y cada uno de esos cabrones, porque vamos a ponerles una denuncia que...

—Olive... —Las manos de Matt se cerraron sobre sus hombros impidiéndole dar rienda suelta a su ímpetu—. Me gustaría que Sienna tuviese la oportunidad de ver el jardín y la pared de trabajo antes de que decida salir corriendo porque una loca psicótica vestida de *Prada* le ha saltado encima.

La manera en que la miró mientras decía aquello era una clara advertencia de que o se estaba quietecita o la encerraría en algún lugar dónde no pudiese molestarle durante el tiempo en que su chica estuviese en la mansión.

—No es *Prada*, pero casi aciertas —le dijo esbozando una nueva sonrisa que tampoco llegó a desplegarse por completo. Entonces se volvió hacia Sienna con renovada curiosidad—. Así que, eres muralista.

—Se me da bien pintar, eso es todo —mencionó restándole importancia

—Creo que es un poquito más que eso —aseguró Matt mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo y tras buscar algo en la pantalla, se lo plantó delante de la cara—. Esto es lo que ha hecho en una de las paredes del salón de la casa de Brushwick.

El mural de unas montañas azules ocupaban toda la pantalla. Era una fotografía que había quitado a una de las paredes de la casa que estaban reformando y el detalle del diseño era impresionante.

—Un poquito más, sin duda —musitó ampliando la imagen para ver cada detalle—. Joder. Es precioso. ¿De verdad lo has hecho tú?

Giró la pantalla de modo que ella viese también la foto.

—Sí —afirmó—. La cantidad de pintura que tenía encima en esos momentos podía constatarlo.

—Doy fe de ello. —La sonrisa que curvaba ahora los labios de Matt era la de alguien que sabía cosas que otros ocultaban, aún si estos no tenían la menor idea de ello. Cuando se volvió de nuevo hacia ella, vio ahora también cierta cautela y supo enseguida que tenía que ver con sus palabras—. Había pensado en que quizás podría hacer algo parecido en la pared maestra del jardín, la que está frente a la rosaleda dónde solíais sentaros Kathy y tú. Una especie de mural, para que siempre forme parte de la mansión.

Algo que mantuviese vivo el recuerdo de Kathy, leyó en sus ojos y no pudo evitar emocionarse ante la sola idea. Asintió y se tomó unos instantes para encontrar la voz.

—De vez en cuando tienes alguna idea de lo más acertada, Matt —susurró con la voz tocada por la emoción, compartiendo en silencio su aprecio y aceptación con tan solo una mirada.

—Le enseñaré el jardín —señaló al tiempo que le apretaba el hombro con suavidad—. ¿Por qué no te reúnes después con nosotros?

Su *espin*a le estaba dando tiempo para recomponerse a fin de no acabar protagonizando una nueva escena emocional allí mismo.

—De acuerdo —aceptó. Le dedicó lo que esperaba fuese una cálida sonrisa a Sienna y los dejó a solas. Se escabulló por las escaleras y subió al piso de arriba sintiendo una inesperada mezcla de emociones.

Por un lado no había pasado desapercibida la manera en la que su amigo miraba a la muchacha. Era como si la estudiase, como si estuviese buscando en sus gestos, en sus miradas y en su forma de hablar algo que la delatase. Por otro lado, también mantenía una cierta distancia, sin duda en favor de ella, la cual parecía bastante nerviosa en presencia de Matt.

Recordaba que Kathy le había descrito a la bailarina que la había extasiado con su baile en uno de los clubes de copas al que fue con Matthew. Lo más probable era que hubiese usado alguna peluca o se hubiese teñido el pelo, quizá incluso llevase lentes de contacto de otro color, pero si alguien podía saber a ciencia cierta quién era ella era su hermano del *Night Rose*.

Olive se dirigió casi sin pensar a la habitación en la que se había quedado la última noche. El aroma a rosas volvió a golpearla nada más abrió la puerta, pero esta vez dejó atrás la nostalgia y se dirigió hacia uno de los ventanales. Desde allí podía verse toda la rosaleda, el terreno ajardinado que había cultivado con sus propias manos junto a Kathy.

Había sido un proyecto personal de ambas. A las dos le gustaban las rosas y se hicieron el propósito de cultivar allí su propia rosaleda, una que estuviese llena de distintas variedades de rosales. No había sido fácil, ninguna de las dos tenía la menor idea de jardinería, pero para algo estaban los tutoriales de *YouTube*. Sonrió al recordar las tardes que habían pasado entre tierra y abono, con el ordenador portátil abierto sobre la mesa para poder seguir cada paso. Menos mal que Matt había salido en su rescate alguna que otra vez o aquello hoy se parecería más a una selva de Borneo que a una fragante rosaleda.

Acarició el cristal con los dedos y sonrió al ver a la pareja que apareció desde el lateral de la casa. Sienna tenía algo que le gustaba. No sabría decir el qué, pero había algo en ella que le provocaba cierta ternura. No había hablado mucho, pero las pocas respuestas que había dado eran lo bastante directas y francas como para que pudiese hacerse una idea de cómo era la mujer.

Los observó durante un rato, viendo cómo se movían de un lado a otro, como ella hacía algún gesto y sobre todo como Matt parecía estar cada vez más cerca de ella.

Sonrió para sí, le dio la espalda a la ventana y se tomó un momento para mirar en torno a la habitación.

—Esto es lo que querías, ¿verdad? —murmuró—. Darle algo que sea solo suyo.

Kathy siempre había expresado su deseo de que cada uno de ellos encontrasen a su otra mitad, a esa persona que los hiciese sentirse completos. Alguien que no se avergonzase de su forma de vida, que comprendiese quienes eran y lo aceptasen. No quería que el amor los lastimase, sino todo lo contrario. Había sido una romántica incorregible y al parecer estaba dispuesta a salirse con la suya incluso cuando ya no estaba entre ellos.

Sacudió la cabeza, se metió en el baño y se lavó rápidamente la cara.

Tenía los ojos rojos de haber estado llorando y la tristeza asomaba en ellos, pero no era algo que pudiese arreglar de un momento a otro. Se obligó a respirar hondo y le sonrió a su reflejo.

—Tú puedes, Olive —se dijo, le dio la espalda al espejo y volvió a la planta principal. Prepararía un refrigerio, eso le daría tiempo a serenarse por completo y dejaría espacio a Matt

para hacer lo que tuviese que hacer.

Se entretuvo durante unos buenos quince minutos en preparar una limonada, cogió una botella de cerveza sin alcohol de la nevera, la que solía consumir su amigo y se lo llevó todo consigo al jardín trasero.

—Insisto en que no sé de qué estás...

—Espero que tengáis sed, chicos, porque traigo limonada y cerveza sin alcohol —anunció su presencia con voz alta y fingió que no se había dado cuenta del acercamiento o el sonrojo que cubría las mejillas de la chica.

—Mentirosilla... —escuchó murmurar a Matt, entonces se volvió hacia ella y extendió el brazo hacia la bandeja—. La cerveza para mí. Gracias, dulzura.

Enarcó una ceja, pero él se limitó a guiñarle el ojo.

—Sienna, no te he preguntado si te gusta la limonada —optó por ignorarle y volverse hacia su invitada.

—Prefiere el vino... —añadió Matt por lo bajito y tomó un sorbo de su botella.

La aludida lo fulminó con la mirada antes de volverse hacia ella, quién fingió no haberse dado cuenta de nada. Le tendió un vaso con la limonada que ella aceptó.

—Sí, claro —sonrió y no dudó en darle un primer sorbo—. Gracias, está deliciosa.

—¿Sí? —Sí, le gustaba esta chica, decidió—. Me alegro. —Cogió su propio vaso de la bandeja que había depositado sobre la pequeña mesa de forja y paseó la mirada entre uno y otro—. Bueno, ¿hay ya alguna idea sobre la mesa para el mural?

—Algunas —mencionó Matthew—. Sienna quiere hacer un par de bocetos y empezar a trabajar a partir de ahí.

—Me parece bien —asintió y se dirigió a ella al preguntarle—. ¿Quieres un bloc de dibujo y lápices?

Matt se rio entre dientes mientras ella la miraba entre sorprendida y confundida.

Los miembros de su familia tenían gustos de lo más eclécticos, tanto le daban a la carpintería como a las manualidades y no conocían medida a la hora de hacerse con el material que necesitaban.

—Te alucinaría la cantidad de cosas inútiles que se llegan a acumular en esta mansión, ¿verdad? —le soltó a Matt.

Él levantó ambas manos a modo de rendición.

—A mí no me mires, yo solo me encargo de las reformas y el mantenimiento.

—Claro que sí, *Matthie*, claro que sí —repuso poniendo los ojos en blanco y compartiendo con la mujer una mirada de «*no creas una sola palabra*».

—Quizá Sienna prefiera hacer las cosas a su ritmo... —repuso él mirándola una vez más con disimulada intensidad—, y pensar si desea aceptar o no el encargo ahora que... nos conoce un poco más...

—¿Lo vas a rechazar?

—No —replicó ella de forma súbita—. Y si tienes ese bloc y los lápices a mano... podríamos empezar ya.

—Los traeré. —Matthew cruzó por última vez la mirada con la chica y se inclinó sobre ella para besarla en la mejilla—. Pórtate bien con ella.

Olive contuvo las ganas de poner los ojos en blanco y esperó a que desapareciera tras doblar la esquina de la casa para volverse ahora hacia la chica.

—Bien, Sienna, ahora que él se ha ido y no puede coaccionarte con su sola presencia, ¿me cuentas *con pelos y señales* cómo habéis terminado coincidiendo Matt y tú? —preguntó curiosa.

La verdad es que era una historia que no le importaría nada escuchar.

—¿Con pelos y señales?

Sonrió y señaló la mesa y las sillas vacías ante ellas.

—Con pelos y señales.

CAPÍTULO 11

—Tienes un interesante y bonito problema delante de tus narices, lo sabes, ¿no?

Y a juzgar por lo que había podido ver entre ellos a lo largo de la mañana, era uno del que Matthew era muy consciente.

Su amigo levantó la mirada de los rápidos bocetos que Sienna había creado en las últimas horas.

La mañana había pasado volando. Olive se había sorprendido al mirar el reloj y comprobar que había pasado varias horas charlando con la chica. No esperaba encontrar una conexión semejante con ella, pero su conversación no solo le resultó agradable sino también inteligente; no era la típica cabeza hueca ni tampoco una de esas raras artistas que parecían pasarse media vida en las nubes. Sienna era alguien práctica y se atrevería a decir que incluso una superviviente.

Escuchándola hablar de su trabajo de voluntariado, de cómo terminó en el contenedor y la sorpresiva aparición de Matt se hizo una idea de quién era ella, pero fueron sus sonrojos y miradas esquivas al hablar de su amigo lo que la delató.

A la chica le gustaba su nuevo jefe, aun cuando estaba claro que intentaba mantener las distancias, como si temiese que él descubriese algún secreto sobre ella; uno que la espina del *Night Rose* ya conocía.

Había sido bastante divertido ver el baile que se traían entre ellos. Las indirectas, los comentarios de doble sentido... No le cabía duda de que la chica había aprovechado la excusa de ir al baño para evitar exponerse a sí misma.

—Empiezo a ser cada vez más consciente de ello y no es algo que me haga demasiada ilusión —refunfuñó él.

—¿Perdona? —Deslizó una elocuente mirada hacia su entrepierna y esbozó una divertida sonrisa al ver la marcada erección—. Diría que tu polla no opina lo mismo, *cariño*.

Oh, sí. Matt deseaba a la chica y era algo novedoso para ella.

Su amigo solía ser bastante cauto con sus relaciones y también selectivo. De hecho, la artista no era el tipo de mujer que solía llamarle la atención, no en el terreno sexual, al menos. Sienna era transparente, tierna y se sonrojaba con facilidad, poseía un encanto natural, sin artificios, aunque suponía que esos los guardaba para la noche, cuando se escondía detrás del disfraz de la bailarina.

—La verdad es que me sorprende tu interés ya que no es el tipo de chica en el que sueles fijarte —admitió dando voz a sus propios pensamientos—, pero algo me dice que hay mucho más de lo que se ve a simple vista.

Esos atractivos y sagaces ojos verdes se encontraron con los suyos.

—Es ella, ¿verdad? —preguntó con suavidad—. La chica a la que se refirió Kathy aquella vez, la bailarina que le regaló la rosa en aquel local.

Asintió en silenciosa respuesta, lo que solo confirmó lo que había supuesto desde el comienzo.

—No me lo esperaba. Quiero decir, es encantadora, pero tan tímida... No se corresponde con la descripción de la chica del tango.

—Porque no lo es, no ahora —replicó él con un ligero encogimiento de hombros y acto seguido señaló los bocetos hechos por ella—. Sienna es la pintora, la artista dulce y tierna, mientras que la bailarina es sensualidad con un toque de descaro y erotismo.

—Estás describiendo a alguien que podría encajar a las mil maravillas en el *Night Rose*... —mencionó y se dio cuenta nada más dar voz a esas palabras que era verdad. Ella misma poseía esa dualidad, se vestía y hablaba como una eficiente y despiadada abogada durante el día, pero en la intimidad, en su círculo, dejaba salir a esa otra Olive, la que disfrutaba de la noche, de la sensualidad y de no tener que llevar una máscara—. Sienna me cae bien. Quiero decir... Sí, es tímida, pero tiene un punto de sinceridad que me gusta. No es aduladora, es reservada y mide sus palabras, pero sabe lo que debe decir y el momento en que debe hacerlo. No es una mosquita muerta y eso es más de lo que se puede decir de algunas de las mujeres que he visto zanganeando a tu alrededor los últimos años.

—¿No te estás confundiendo de hermano, Olive?

Ella se rio y negó con la cabeza.

—No. Dante no tiene problemas en espantarlas y dejarlas con un palmo de narices —afirmó, pues sin duda era lo que solía hacer su mejor amigo—. Tú tiendes a preocuparte por sus sentimientos, por no herirlas a pesar de rechazarlas.

Matt se preocupaba por las personas, por cómo afectarían sus palabras o sus actos, anteponía el bienestar de los demás al suyo propio; *San Matthew*, así era como solía llamarle Kathy y con toda la razón.

—Por supuesto, tú eres el que sabe lo que te conviene, pero está claro que esa noche en el club ocurrió algo entre vosotros —añadió con un ligero encogimiento de hombros—. Kathy lo vio o no te habría insistido como lo hizo en el vídeo. De todas formas, como ya he dicho, tú eres el que tiene la última palabra... al igual que ella.

Volvió a mirar los diseños que había sobre la mesa del jardín y los acarició con los dedos. Era increíble lo que había sido capaz de hacer con tan solo un par de movimientos y colores, lo bien que había plasmado todo aquello sobre lo que habían hablado.

Sienna le había hecho preguntas con respecto al lugar y a la persona a la que estaba dedicado, fue una investigación sutil, delicada y hecha con tacto, consciente en cada momento del dolor que los recuerdos podían provocar y también del alivio que suponía al mismo tiempo darles salida.

Olive se dio cuenta de que podía hablar de Kathy con ella. No sentía que estuviese compartiendo anécdotas con una desconocida, lo que hizo que la joven artista le cayese aún mejor.

—La verdad es que tiene un talento increíble —afirmó ojeando el cuaderno—. De esos que no se consiguen de un día para otro, sino con mucho esfuerzo. —Desde luego aquí había años de aprendizaje y trabajo, cada dibujo parecía hablar por sí mismo y todos tenían algo especial, sobre todo los que ahora miraba—. No sé por cuál decantarme, me gustan los dos. ¿Qué opinas?

Él deslizó los dedos sobre el boceto y señaló uno de ellos.

—Este. —No vaciló. Las tonalidades cálidas, la profundidad de un cielo que se confundía

con el horizonte, la minuciosidad de las rosas y los pétalos al viento... Y esa sombra etérea, una figura de pelo negro casi imperceptible entre los trazos que les daba la espalda, con el rostro ladeado en un gesto que podía interpretarse de muchas maneras. Era un adiós y al mismo tiempo algo más—. Ella siempre estará con nosotros, incluso aunque ya se haya ido.

Sus palabras resumieron sus pensamientos y trajeron consigo ese dolor que se había adormecido las últimas horas, pero que no había desaparecido. Asintió con la cabeza y acto seguido notó el brazo de Matt rodeándola para atraerla a su costado.

—Poco a poco, Olive —le susurró y la besó en la sien—. Poco a poco.

—Que sea este —aceptó acariciando el borde de la hoja con el dedo índice. Respiró hondo y se obligó a sobreponerse una vez más. No quería estropear una mañana tan agradable echándose a llorar otra vez, así que optó por aferrarse a la determinación y a los hechos—. Y más os vale proteger mis rosales u os convertiré a ambos en abono para mis plantas.

Matthew se rio entre dientes y se volvió hacia ella en el mismo instante en que la chica regresaba desde una de las galerías.

—Te veo montando guardia para que no les pase nada —aseguró divertido.

—Oh, que no te quede la menor duda, Matt —afirmó y se desprecio de él con una sonrisa para volverse ahora a la recién llegada y mostrarle el boceto que deseaban ver en la pared—. Hemos elegido este Sienna. No cambies ni añadas nada. Es este. Así como está.

La chica se reunió con ellos y lo cogió entre sus manos, estudiándolo y mirando también la pared en la que debería ir.

—¿Cuándo puedes empezar? —preguntó. No quería sonar impaciente, pero ya que había decidido cogerse unos días de vacaciones, podría muy bien echar una mano—. Tienes que hacer una lista de las cosas que necesitas. Mejor aún, hazla y dásela a Matt. Él es el que se ensucia las manos.

Esos curiosos ojos turquesas se encontraron unos momentos con los de su amigo antes de apartarse y deslizarse sobre la pared a sus espaldas.

—Lo principal será conseguir el andamiaje. Pintura para exteriores, impermeable a poder ser, pinceles, rodillos y un aerógrafo... —mencionó ella haciendo un barrido con la mirada sobre el lugar—. Y plástico o cualquier tela que sirva para cubrir las plantas y de modo que no se dañen. No deberían verse afectadas, pero no quiero arriesgarme a que les pase algo a esos rosales...

—¿Ves lo que te decía? —Olive le dedicó a Matt una mirada elocuente—. Esta chica me gusta.

Se limitó a poner los ojos en blanco, pero ambos sabían que a él también le gustaba.

—Podría tener el andamiaje para mañana —respondió en voz alta—. Haremos una especie de invernadero con plásticos para cubrir la rosaleda y proteger las plantas más cercanas y evitar así que Olive nos use a los dos como abono.

Sienna hizo una mueca ante el comentario, como si pensase que ella pudiese tener motivos justificados para ello.

—En cuanto a las pinturas... —Matt hizo una pausa y miró una vez más el boceto que tenía ella entre las manos—. Tengo varios muestrarios de mi proveedor de confianza en la camioneta. Puedes echarles un vistazo y ver si son adecuadas para la obra.

—Sí. Las pinturas de exterior servirán —afirmó la artista—. La pared está resguardada y no veo signos de humedad.

—La mansión está bien impermeabilizada y esta zona no suele verse tan afectada por las inclemencias del tiempo como otras —admitió él mirando a su alrededor.

Las palabras reflexivas de su amigo trajeron a su mente un proyecto con el que Kathy y ella llevaban dándole la lata desde hacía tiempo y que todavía no se había materializado, así que aprovechó la coyuntura para dejarlo caer.

—Y eso me recuerda que sigo esperando por el invernadero, Matt.

—Y yo a que me toque la lotería —bufó en respuesta.

—Ya te dije que yo me haría cargo de los gastos de la reforma —chasqueó. Entendía a la perfección que hasta ahora su prioridad hubiese sido acondicionar la mansión, después de todo, si la casa era lo que hoy se veía, se debía a la buena mano de su contratista. Pero si iba a meterse ahora con los jardines, bien podía hacer una excepción—. Quiero mi invernadero, Matt.

La mirada que le dedicó dejaba claro que era un tema que tendrían que tratar más adelante, cosa que confirmó con sus siguientes palabras.

—Cuando se resuelva el asunto que tenemos pendiente con la casa, volveremos a hablar de ello, ¿de acuerdo?

—Te lo recordaré cuando llegue el momento —afirmó al tiempo que su estómago protestaba por lo bajo. Echó un vistazo al reloj e hizo una mueca—. No sé vosotros, pero yo tengo hambre. ¿Nos vamos a comer?

No le importaría seguir disfrutando de la compañía de la pareja ya que hasta ahora la había disfrutado.

—Yo tengo cosas que hacer... —mencionó Sienna. Ambos se volvieron a mirarla y vieron el obvio cambio en su lenguaje corporal mientras se volvía hacia Matt—. Si me das los muestrarios de pintura, te diré cuáles son los que necesito y...

—También puedo pedir comida para llevar —añadió dándoles otra opción—. Ese sitio de pollo tan rico. Dios. Se me hace la boca agua con solo pensarlo. —Se volvió hacia la chica con suavidad—. ¿Te gusta el pollo, Sienna?

Si bien le sonrió en respuesta, esa sonrisa parecía algo forzada, nada que ver con las que había visto antes en su rostro.

—Quizá en otra ocasión, Olive. —Se disculpó con educación y un poco de nerviosismo—. No me había dado ni cuenta de lo tarde que es. Tendría que estar ya de camino al comedor social. Suele tocarme el turno de noche, pero se lo he cambiado a una compañera y...

—Te llevaré para que no llegues tarde —la interrumpió Matt. Su amigo la miró y ella asintió en silencioso acuerdo. Estaba claro que algo había pasado, pero no sabía el qué—. Haz el pedido para los dos y procura no comerte los aros de cebolla hasta que vuelva.

San Matthew al rescate, pensó y le echó la lengua.

—Haré lo que pueda —rezongó, pero había agradecimiento en sus palabras. No quería quedarse sola, no todavía. Sin pensárselo dos veces, se volvió hacia la artista e hizo lo que le nació de dentro; la abrazó—. Me ha encantado conocerte, Sienna. Espero que volvamos a coincidir mientras estés en la mansión con el mural. Nos vemos pronto.

La chica estaba un poco rígida cuando al fin la soltó, pero asintió de igual modo.

—Claro —asintió y esta vez, cuando le sonrió, parecía más tranquila y sincera que hacía un momento.

—Y tú conduce con cuidado —le pidió a Matt. Una costumbre adquirida con los años que seguía viva con cada uno de los miembros de su familia. Sin nada más que añadir, los dejó solos y regresó a la casa a través de la galería para que su amigo pudiese hacerse cargo de su nueva adquisición.

A veces echaba de menos sentirse así de arropada, tener a alguien que la mirase como Matt miraba a Sienna. De hecho, lo había tenido, se recordó, pero él optó por elegir su precioso

trabajo antes que a ella.

—De todos los hombres existentes en el mundo tuviste que encoñarte de un agente del FBI —se dijo a sí misma y sacudió la cabeza.

Tenía que haberlo visto venir. Ella, mejor que nadie, debería haber sabido que algo así podía ocurrir. Al igual que Noah, Damien no daría jamás la espalda a alguien que lo necesitase, aun si eso significase meterse en un nido de serpientes y arriesgarse a que lo matasen. Lo llevaba en la sangre, era parte de quién y lo que era, algo que la había atraído y seducido tanto o más que el resto de él.

Había demostrado ser un hombre íntegro y sincero. En todo el tiempo que estuvieron juntos, nunca le mintió acerca de sus deberes, tan solo se guardaba para sí aquello que por cuestiones de seguridad no podía poner en palabras. No era libre, no de la forma en que a ella le hubiese gustado que lo fuera, y esas ataduras al final acabaron interponiéndose entre ambos de la manera más dura y definitiva.

—Ellos son así, el honor y la justicia siempre estarán antes que el amor —musitó e hizo una mueca al escucharse a sí misma—. Por Dios, Olive, ni tú eres tan cursi.

Sacudió la cabeza y se metió en la cocina, sacó el teléfono móvil del bolsillo y llamó al número que tenían anotado en el tablón al lado de la nevera. A Matt casi le dio un ataque cuando empezó a poner imágenes en su preciosa nevera de acero inoxidable, así que le había conseguido una pizarra magnética en la que poder ponerlos y pegar ahí sus notitas.

Pidió comida para los dos y dejó el móvil sobre la encimera.

Entonces fue cuando lo vio. El icono que alertaba de mensajes pendientes de leer. Abrió el wasap y se encontró con la respuesta al mensaje que había enviado.

«Lamento lo de Kathy.

Hablaré con él.

Gracias por avisarme».

Cerró la aplicación y dejó el teléfono de nuevo sobre el mueble.

Al menos ya no tendría que preocuparse por Noah. Si alguien era capaz de llegar a su amigo ese era Damien. Siempre había sido así, donde ella o los chicos no conseguían entrar, él lo hacía y eso era lo importante.

Dejó escapar un resoplido, le dio la espalda a la cocina de concepto abierto y dejó vagar la mirada por la silenciosa estancia que se abría ante ella. No había voces, ni risas, era como si la propia casa se hubiese quedado sin vida, sin la energía y el acogedor ambiente que siempre encontraba en su interior.

—Podrías poner un poquito de tu parte, ¿sabes? —musitó e hizo una mueca al darse cuenta de que estaba hablando con la casa—. Eso es, Olive, tú habla con la *Garden Rose*.

Recuperó el teléfono y reprodujo su *playlist* favorita en el sistema de audio de la mansión. La música inundó cada recoveco de la primera planta, alejando el silencio y permitiéndole respirar de nuevo con cierta facilidad.

En circunstancias normales estaría bailando, contoneándose al compás de la música nada más escucharla, pero no tenía ni ganas ni ánimos para eso. Se sentó en uno de los taburetes de la isla y se dedicó a deslizar el dedo por el muro de alguna red social. Así fue como la encontró Matt cuando regresó veinte minutos después.

—Acabo de encontrarme con el repartidor en la puerta —le informó dejando el paquete sobre la isla e inclinándose al mismo tiempo para besarla en la cara—. Creí que habías dicho que te morías de hambre —añadió sin apartarse de su rostro—. ¿Estás bien?

—Estoy hecha una mierda, pero eso ya lo sabes —admitió dejando el teléfono a un lado y volviéndose hacia él para echarle los brazos al cuello y poder notar su calor, así como respirar ese conocido aroma masculino que la reconfortaba—. Ella me gusta. De verdad. Es una chica muy agradable y la idea del mural es preciosa. Gracias, Matt.

—Ven aquí. —La arrancó del taburete y la envolvió en sus brazos.

—No quiero llorar. Estoy harta de llorar —repuso enterrando el rostro en su pecho—. Y además huele a pollo.

Él se rio ante el absurdo comentario y no pudo evitar esbozar también una sonrisa.

—Y eso es lo importante, que huele a pollo, ¿no? —replicó él buscándole el rostro y enmarcándoselo con las manos—. Ah, esta es mi Olive. Cuando tienes hambre, todo lo demás deja de parecer importante.

—Dicho así no quedo en muy buen lugar, ¿sabes? —Le dio un golpecito con la mano.

—Prefiero verte con hambre que con los ojos rojos de llorar —admitió con sinceridad al tiempo que la dejaba ir y le señalaba la bolsa que acababa de dejar sobre la encimera de la isla—. Vamos a comer. Preveo un interrogatorio de órdago y necesito tener el estómago lleno para soportar tus preguntas impertinentes.

—Mis preguntas no son impertinentes —chasqueó la lengua y se desembarazó por completo de sus brazos para empezar a sacar la comida mientras Matt se ocupaba de poner platos y cubiertos—. De hecho, creo que he sido realmente buena y adorable durante toda la mañana.

—Buena y adorable solo lo eres cuando duermes, cariño, solo entonces —se carcajeó él—. Pero lo admito, ha sido agradable ver que no te comías a Sienna.

—Lo he dicho en serio, Matt, ella me gusta —afirmó al tiempo que buscaba su mirada—. Creo que es perfecta para ti y si ella es además la bailarina que conocisteis Kathy y tú en ese local...

—Lo es —asintió y no dejó lugar a dudas sobre ello.

—Entonces tienes muchas más posibilidades todavía —aseguró convencida de ello—. No me importaría nada llamarla hermana. Solo... tenlo presente.

Él se la quedó mirando unos instantes y chasqueó la lengua.

—¿Sabías que Kathy había dejado una invitación a su nombre para el *Night Rose*?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—Pero ella no sabía que... —Tan pronto como las palabras empezaron a salir de su boca, se detuvo—. Oh. Te refieres a... la bailarina.

Asintió.

—Ella se hace llamar «*Sinny*» cuando baila —mencionó—. *Sinny*... Sienna... Es inteligente y camaleónica.

—Si decides entregarle la invitación, le daré la bienvenida y sé que los demás también lo harán —admitió con total convicción—. Solo quiero tu felicidad. Si es ella, la querré tanto como te quiero a ti.

Matt sonrió en respuesta y se inclinó sobre ella para acariciarle los labios con el aliento.

—Eres mi hermana, mi amiga y mi Rosa y lo serás siempre —prometió y le dio un suave y lento beso que le encogió los dedos de los pies—. Y ahora comamos antes de que esto se enfríe.

No necesitó más incentivos. Una vez que tuvo el famoso pollo delante, la boca se le hizo agua y se pasó la próxima hora alternando bocados de la sabrosa ave con respuestas y comentarios a las preguntas de Matt. Mientras ella le ponía al tanto de su intención de tomarse unos días libres, él le habló de Sienna y lo que aquella pequeña y voluptuosa artista estaba despertando en él.

CAPÍTULO 12

—Ahora entiendo que hayan podido atentar contra ella dos veces —rezongó Lucien mirando a su alrededor—. La seguridad del hospital brilla por su ausencia. He podido pasearme desde urgencias hasta aquí con una jodida bata médica sin más que un vistazo de un par de enfermeras. El guarda incluso respondió a mis buenas noches. Hay que joderse.

Damien recorrió al hombretón que acababa de pararse a su lado con esa bata blanca a la que había hecho mención. Desde luego, era difícil no fijarse en alguien como él, aunque llevase una jodida bata de médico y estuviese en un hospital. Empezaba a sospechar que el centro estaba acostumbrado a mirar hacia otro lado, de otra manera no podía entender que no le hubiesen interceptado siquiera. Y si eso era así, la corrupción llegaba mucho más lejos de lo esperado.

—¿Esos dos siguen en sus puestos? —preguntó echando un vistazo al pasillo por el que esperaba ver llegar a Logan de un momento a otro.

—Si te refieres a si siguen apoyados en la máquina del café, sí —corroboró poniendo los ojos en blanco—. Puntuales como un reloj. Tal y como lo han sido toda la semana. El poli tiene tres minutos exactos para sacar el paquete de la habitación y traerlo hasta aquí.

Enarcó una ceja ante la manera en que se refirió a la mujer que estaban a punto de sacar a hurtadillas del hospital. Tanto Lucien como él se habían pasado gran parte del día allí, turnándose para hacer visible su presencia y disuadir cualquier posible acercamiento hostil. Su amigo había jodido en varias ocasiones a los agentes del FBI que no dejaban el edificio ni para comer, una manera de hacer que estuviesen pendientes de él y no de la puerta de la habitación de la mujer a la que estaban custodiando.

Cuando volvió, tras hablar con Noah, él mismo tuvo un encontronazo con ellos. Lo buscó a posta, necesitaba calibrar a esos dos y ver si alguno le daría problemas llegado el momento de sacar a Amari de allí. La experiencia era un grado, se dijo, y su nombre todavía sonaba en Quántico, de donde acababan de salir estos dos, como para que no tuviesen los huevos de rebatirle. Con todo, las reacciones de ambos fueron muy distintas, lo que le dio una pista de quién podía ser el topo en esta operación.

—Y tengo que decirte que ahora te consideran un «*chulo prepotente*» —mencionó Lucien esbozando una particular sonrisa—. Estabas en sus bocas cuando lo escuché junto a la máquina.

—Ese soy yo, sin duda —replicó controlando la hora y volviendo a asomarse una vez más—. Ahí está.

Logan empujaba una silla de ruedas en la que iba una pálida Amari. La chica no estaba en condiciones de caminar todavía largas distancias, si querían que esto saliese bien y hacerla salir rápido de allí, tenía que reservar todas sus fuerzas para moverse una vez que estuviesen cerca de la puerta de urgencias.

Lucien y él salieron al paso del policía, quien asintió con un gesto de la cabeza y cambió al momento de lugar con Luc.

—La seguridad de este hospital es una mierda.

—De eso estábamos hablando —replicó su amigo en voz baja y se inclinó sobre la chica que los miraba a todos de hito en hito—. ¿Lista para un paseo nocturno, señorita Jerson?

—¿Tengo opción? —preguntó ella con obvio sarcasmo.

—No, no la tiene. —Damien fue tajante en su respuesta. Entonces se dirigió a Logan—. Flint ya está fuera —le informó y acto seguido se dirigió a ella. Se agachó de modo que quedó a su altura—. Le prometí que estaría a salvo, señorita Jerson y soy un hombre de palabra. No hay nadie mejor que Noah Flint para mantenerla a salvo y lejos de los problemas. La veré de nuevo en el juicio. No se preocupe, todos y cada uno de los responsables de su cautiverio y del atentado que ha sufrido en el hospital acabarán ante la justicia.

—Agente Knight... —murmuró ella en respuesta—. Si tiene que pegarle un tiro a alguno de ellos en la cabeza, por favor, hágalo de mi parte.

Lucien reprimió una risa, Logan la miró con otros ojos y a él no le quedó otro remedio que asentir con la cabeza. Si pudiese hacerlo, no le cabía la menor duda de que lo haría en su nombre.

—Largaos —los echó con un gesto.

—Te veo en un rato —mencionó Lucien, quien tendría que regresar al hospital para hacer su relevo, tal y como había hecho a lo largo de la semana. Tenían que mantener la pantomima al menos hasta por la mañana, en la que vendrían las enfermeras a hacer su ronda. Luc se encargaría además de mantener a cualquiera de ellas lejos de la habitación durante la noche.

Asintió a la respuesta de su compañero y esperó a que ambos hubiesen desaparecido con la chica para volver sobre sus pasos y dirigirse a la planta en la que se encontraba la habitación que debían custodiar.

Dejó que la máscara que había perfeccionado a lo largo de los años cubriese de nuevo su rostro, se alisó el traje y comprobó que tenía el típico aspecto de un agente del FBI antes de interpretar su papel.

—Jenkins, Osborne... —Alzó la voz sin importarle el lugar en el que estaba ni las horas. Debía dejar claro su disgusto ante esos dos buenos para nada—. ¿Por qué coño no hay nadie sentado al lado de esta puerta?

Los tipos dieron un respingo, sisearon y se apresuraron a terminarse el café mientras él abría la puerta de la habitación y fingía comprobar que su ocupante seguía dentro. La cama había sido dejada de tal modo que parecía que hubiese un ocupante bajo las sábanas.

Chasqueó la lengua y cerró con cuidado para volverse con gesto irritado hacia ellos.

—No hemos dejado de vigilar el pasillo, señor —murmuró uno de ellos. Se notaba que le molestaba la reprimenda, pero se guardó para sí cualquier réplica insultante, no así su compañero.

—Joder, Knight, solo hemos ido a por un café al final del puto pasillo —replicó el tal Jenkins señalando con el pulgar por encima del hombro—. Este puto pasillo. Ahí está la puerta. Nadie ha entrado ni ha salido.

La sutil mirada que dedicó a la cámara de vigilancia que había en la entrada del pasillo era tan solo un sutil recordatorio para sí mismo de que tendría pruebas para probar sus palabras. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no sonreír ante su absurda confianza, sobre todo cuando dichas cámaras habían sido inhibidas para su operación.

Se habían llevado a la ocupante delante de sus narices y ni siquiera se habían enterado. Si no hubiese sido él quién había orquestado esta charada y la arrogancia de estos dos no jugase a su favor, ahora mismo estarían de vuelta en la central y con una carta de despedida.

—Quiero a uno de vosotros sentado siempre en esa puta silla —señaló con fiereza—. Si vuelven a atentar contra el único testigo que tenemos, serán vuestras cabezas las que rueden, no

la mía.

Osborne le dedicó una mirada menos que agradable y ocupó el lugar que había señalado.

—No ha aparecido una puta mosca por aquí en toda la tarde, salvo ese hijo de puta de Ratcliffe —resopló Jenkins.

—Un hijo de puta hace mejor su trabajo que vosotros, según veo —replicó entrecerrando los ojos sobre él—. Debería mandaros a ambos de vuelta y pedir que me manden a alguien más competente, si es que lo hay.

—No volverá a pasar, señor —declaró el hombre sentado ahora en la silla.

—Más le vale, Osborne, más le vale —siseó. Entonces llamó al otro con un gesto y se apartó como si quisiera hablar con él a solas—. Si alguien que no sea una enfermera entra en esa habitación, estás muerto.

Su advertencia era una amenaza en toda regla, una que reforzaba lo que se hablaba en *petit comité* sobre él y sus métodos. Exageraciones, en su mayoría, aderezadas con un toque de realidad. Rumores que de vez en cuando le venía bien mantener con vida.

Sin otra palabra, ahora fue él quien se dirigió hacia la máquina expendedora del café y pidió uno para hacer tiempo hasta que Lucien regresase para continuar con el plan de cobertura que los exoneraría de cualquier posible implicación.

Ya solo quedaba recibir el mensaje de Noah que le confirmase que la chica estaba en sus manos.

Y este llegó veinte minutos después, coincidiendo con el regreso de Lucien, dando por finalizada la operación de esa noche.

CAPÍTULO 13

Olive atravesó la puerta de su piso maniobrando con el teléfono pegado a la oreja, sus llaves en una mano y la bolsa con el par de cosas que acababa de comprar en la tienda de la esquina en la otra.

—Mañana por la tarde. ¿Digamos a las siete? —concretó mientras se deslizaba en la vivienda y lanzaba las llaves sobre el mueble de la entrada para tener de nuevo la mano libre para coger el teléfono—. Sí. Tienes la dirección en la documentación, no tiene pérdida. Si después de ver la propiedad sigues queriendo vender tu parte, yo misma me encargaré de todo. De acuerdo. Te veo mañana entonces. Adiós.

Bajó el teléfono y se quedó mirando la pantalla. Sacudió la cabeza, se quitó los zapatos de un puntapié, colgó el bolso en el lugar de siempre, se deshizo de la americana y se dirigió con el queso y el vino que había comprado a la pequeña cocina.

—Bien. Considéralo una pequeña victoria, Olive. Al menos ha llamado ella y no has tenido que arrastrarla tú misma hasta la mansión —se dijo con evidente sarcasmo mientras sacaba la botella de la bolsa—. Sí, una jodida y pequeña victoria.

Había días en los que merecía la pena no levantarse de la cama y el de hoy había sido uno de ellos. No había por dónde cogerlo, pensó abriendo la botella y sirviéndose una copa. Si pudiese dar marcha atrás y resetearlo, habría hecho las cosas de otra manera, empezando con la forma en la que había tratado a Winter.

La chica no era culpable de los recientes acontecimientos, sino más bien una víctima de ellos. En muchos aspectos era otra pieza de las muchas que había en el enorme tablero de ajedrez en el que la vida los había dispuesto a todos. Ella se había visto afectada por las decisiones que tomaron terceras personas, por los engaños y la corrupción en la que se vio inmersa sin ser siquiera consciente de ello.

Y ahora también por la última voluntad de una mujer que solo había querido darle la familia de la que la habían privado, algo que no le había dado tiempo a hacer y cuya tarea había dejado ahora en manos de Dante.

Dejó escapar un bufido y le dio un largo trago al vino.

—Si lo elegiste a él es porque sabías algo que a mí se me escapa... —Y que sin duda tenía que ver con lo que había presenciado esa misma mañana.

La asistente de la casa de subastas no tenía pelos en la lengua, ni tampoco demasiado respeto por su jefe. Verles pelear de aquella manera había sido tan instructivo como cómico. Parecían el perro y el gato. Pero debajo de esa animosidad había algo más, una especie de tensión sexual que parecía atraerlos y repelerlos al mismo tiempo.

Olive no podía evitar preguntarse si esos dos llegarían a entenderse y, sobre todo, cuál sería la respuesta de la mujer cuando se enterase de que su jefe era también uno de los propietarios de la casa que había heredado; una que había vuelto a dejar claro que no le interesaba y que estaba más que dispuesta a cederle a cualquiera de ellos.

Dante no se lo permitiría y lo sabía. Lo había visto en sus ojos. Ese hombre estaba dispuesto a darle una oportunidad y descubrir a la mujer que se escondía detrás de semejante disfraz.

Por el bien de su amigo, esperaba que las cosas acabasen bien para él y no se convirtiese todo en un potencial desastre.

Dejó escapar un suspiro y miró a su alrededor.

Todos estaban haciendo un esfuerzo por sobreponerse a la reciente pérdida que los había sacudido y pasar página. Intentaban cumplir con la última petición que les había hecho *ella*...

—Si tan solo yo tuviese la misma fuerza para dejarte ir... —musitó mirando su copa. Sacudió la cabeza y sonrió derrotada levantando la mirada hacia el techo—. Me vendría bien un poquito de ayuda, ¿sabes? —Le dijo a nadie en particular o a ella, si es que la podía escuchar allí donde estuviese—. Solo un poco. Lo justo para poder dar el primer paso, del mismo modo en que lo han dado todos ellos.

Empezó a parpadear con rapidez al sentir de nuevo las lágrimas amenazando con brotar una vez más.

—Ya está bien de lágrimas, Olive, te vas a deshidratar —se recordó e intentó sonreír a través del dolor y la tristeza.

Se bebió el contenido de la copa de un trago y la dejó sobre la encimera.

El volver a pensar en todo lo que había dejado atrás, en lo que ya no tenía, no la llevaría a ningún sitio. Solo la haría sentirse más miserable.

Dejó escapar un buen resoplido, miró la botella de vino y chasqueó la lengua.

—Qué coño. Hoy es una buena noche para emborracharse.

Mejor olvidar que darle vueltas y más vueltas a algo que ya no tenía solución.

Cogió la botella de vino con decisión y empezó a servirse otra copa solo para verse interrumpida por el timbre de la puerta.

—¿En serio? ¿Una no puede ni empezar a emborracharse a gusto en su casa, que tiene que venir alguien a tocar el timbre?

Miró el reloj y frunció el ceño. Aquellas no eran horas para las visitas. Rescató el teléfono móvil de la encimera y comprobó que no lo hubiese silenciado.

Nada. Ni llamadas ni mensajes de texto que pudiesen decirle si había pasado algo.

El timbre sonó una segunda vez. Giró sobre sus pies y atravesó la planta baja de la vivienda hasta la puerta principal.

Se asomó a la mirilla y dio un inmediato paso atrás. Sacudió la cabeza diciéndose a sí misma que todavía no estaba tan borracha como para tener alucinaciones. No había tenido tiempo para beber más que una miserable copa de vino.

Volvió a mirar.

—No me jodas —musitó.

La mano le temblaba cuando la posó sobre el cierre de seguridad, lo retiró y abrió la puerta con más ímpetu del que le habría gustado. Se encontró con unos ojos castaños y una breve sonrisa tirando de unos labios que había besado y mordisqueado más veces de las que podía contar.

—Hola, Olive.

Allí, al otro lado de la puerta, se encontraba la última persona a la que esperaba ver.

Damien Knight.

CAPÍTULO 14

—*Hola, Olive.*

Damien supo nada más verla al otro lado de la puerta que había tomado la decisión correcta.

Había estado batallando con la necesidad de verla desde el momento en que habló con Noah y vio en sus ojos la desolación ante la pérdida de la mujer a la que consideraba una hermana. Si a alguien fuerte y férreo como su amigo lo afectaba de esa manera, solo podía suponer cuanto más duro debía ser para la mujer que había convivido con ella desde niñas.

Y ahora, viendo los ojos verdes que lo contemplaban con una mezcla de sorpresa y mal enmascarado dolor desde el vano de la puerta, agradecía haber sucumbido a la necesidad y presentarse ante la puerta de su casa.

—¿Puedo pasar?

No le sorprendería lo más mínimo si le cerraba la puerta en las narices en ese mismo instante. Casi podía ver ese cerebro maquinando, tomando rápidas decisiones, sopesando los pros y los contras... Así era ella, al menos cuando las emociones no tomaban el mando y se dejaba llevar.

Levantó un poco la barbilla y juraría que incluso se tensó un poco antes de dar un paso atrás y abrir del todo la puerta, invitándole con un gesto de la mano.

—Hola, Damien. —Su voz fue como una caricia, aun cuando notaba cierta irritación, como si le fastidiase el solo hecho de verle allí o ceder a sus buenos modales para dejarle entrar—. Adelante. Nunca le cerraría la puerta en las narices a... un amigo.

Esbozó una pequeña sonrisa de comprensión leyendo sus palabras con la misma transparencia que solía leerla a ella.

Amigos. Hacía algún tiempo que habían sido algo más que eso, mucha más, en realidad. Pero suponía que si ella le consideraba todavía su amigo, era un avance que debía aprovechar.

—Me alegra ver que todavía me consideras eso —admitió mirándola a los ojos.

No dijo una sola palabra, se limitó a sostenerle la mirada y, en honor a la verdad, no supo si lo hacía por no saber qué decir o para no insultarlo.

—Gracias por avisarme —añadió dando un motivo, aunque no fuese del todo exacto, de su presencia allí—. He visto a Noah esta mañana.

La tensión que parecía haber en el ambiente y sobre todo en ella empezó a relajarse tras esas palabras.

—Bien —mencionó apretándose contra la pared para dejarle entrar en su casa—. Solo por eso acabas de ganarte una copa de vino.

La vio. Simplemente vio a través de ella en ese momento cómo lo había hecho tantas otras veces. Su voz la delató, la manera en que esquivó su mirada y el suave encogimiento de sus hombros fue suficiente para que acortase la distancia entre ambos. Damien negó con la cabeza y acabó con la mano sobre la suave mejilla.

—Está bien, cariño —asintió con suavidad, recordándole con sus palabras que estaba allí,

que no tenía que fingir delante de él—. Sé que duele. —Olive estaba rota, esa expresión cautelosa, la irritación, todo era una fachada, una forma de mantener a raya sus propias emociones—. Solo déjalo salir.

Y ahí estaban las lágrimas, resbalando por sus mejillas mientras daba un paso atrás, sacudiendo la cabeza, y toda ella se estremecía.

—No sabes... nada, Damien —murmuró con voz rota y la acusación en su voz le laceró el pecho—. Nada.

Le levantó el rostro y la miró a los ojos, sabiendo que sus próximas palabras podían tanto convencerla como procurarle su pasaporte de salida.

—Sé que me necesitas y por eso voy a quedarme —aseguró rotundo, sin darle opción a rechazarle—. Solo por esta noche.

—Debería darte con la puerta en las narices —replicó con palpable irritación, dispuesta a hacerlo, pero sin dar ese paso necesario que pusiera punto final a esta inesperada visita.

—Has tenido la oportunidad de hacerlo, cariño, justo antes de invitarme a entrar —le aseguró acariciándole la mejilla con el pulgar—. Vamos —dejó caer la mano solo para posarla sobre su brazo—. Aceptaré esa copa de vino y te abrazaré mientras lloras por ella.

—No voy a hacer tal cosa —repuso, pero la voz ya se le había roto en sollozos—. Ni en un millón de años.

—Lo harás. —No se molestó en luchar contra ella, sabía que no estaba en posición de oponer resistencia, así que la envolvió con sus brazos y se dobló sobre ella, apoyando la frente contra la suya como habían hecho tantas otras veces—. No podemos luchar contra lo inevitable.

Él mismo era el testigo vivo de ello, pues aquí estaba, de nuevo a su lado, a sabiendas de que no podría quedarse, que todavía tenía cosas que resolver. Pero por esta noche, por ella, haría una excepción.

—Se ha ido... —la escuchó musitar.

—Lo sé, cariño, lo sé.

—Se ha ido, Dam, se ha ido.

No lo pensó, la apretó contra sí y se las ingenió para cerrar la puerta a sus espaldas sin soltarla.

La guio de vuelta al interior de su propio hogar y se sentó con ella en el sofá, acunándola entre sus brazos, sosteniéndola mientras las lágrimas seguían cayendo por su rostro. Se estaba conteniendo, podía notarlo en la tensión de su cuerpo, en la manera en que seguía manteniendo las distancias a pesar de estar tan cerca como para tocarse.

—No hay nadie más, Olive, solo estamos tú y yo —le susurró al tiempo que le acariciaba el pelo—. No tienes que ocultarlo más, no de mí.

Ella siempre había sido un pilar, la persona a la que todos podían recurrir cuando estaban mal, la primera a la que acudían cuando necesitaban hablar o celebrar algo. Se veía a sí misma de esa manera y era lo que a menudo proyectaba cuando estaba con los chicos, pero debajo de esa fortaleza había una fragilidad de porcelana, una necesidad absoluta de aceptación y cariño, de encajar.

«Olive es la más delicada Rosa del Night Rose, Damien». Las palabras que Kathy le había dirigido hace tiempo volvieron a su cabeza en ese momento. «Se envuelve en escarcha para que no la afecte el frío, para poder seguir dando esa apariencia de fuerza, pero en su interior sigue siendo igual de tierna y suave como un algodón. Se esfuerza mucho en estar ahí para todos nosotros, pero ¿y para ella? ¿Quién estará para ella cuando realmente lo necesite?».

—No me marcharé —le dijo cogiéndole el rostro entre las manos y encontrándose una vez

más con sus ojos—. Esta noche, cada hora, cada minuto y cada segundo que la separe de la mañana, estaré justo aquí. No puedo prometerte más, no ahora, mi vida, pero esta noche no me marcharé a ningún lado.

Y como si esas palabras fueran la llave de lo que aguardaba detrás de las puertas, el dolor, la pena y la soledad que guardaba tras ellas emergió al fin en lastimeros sollozos. Lloró y gritó, se encaró con él, haciéndole preguntas que no podía responder, de las que nadie o quizá solo Dios tendría la respuesta. Se derrumbó como un castillo de naipes y dejó salir toda la rabia acumulada. La vio luchar con la negación, con la culpabilidad, le habló de lo que Noah le había dicho, de la manera en que sucedió todo, omitiendo algunos aspectos de los que sin duda los chicos la habían privado.

Se desahogó con él, como lo había hecho en el pasado, compartiendo sus emociones y rabia por una muerte prematura, por la falta de oportunidades, por un milagro que nunca se había producido.

Olive se despojó de todo lo que la había estado consumiendo desde que se enteró de la enfermedad de Kathy, puso en palabras cosas que intuía, no había compartido ni siquiera con aquellos a los que consideraba su familia. Era difícil compartir ciertas cosas cuando creías que estas podrían afectarles también a ellos, cuando tú tenías que estar fuerte para poder ejercer de soporte para todos los que estaban a tu alrededor.

Nadie le había dado ese puesto a la rubita, ella lo había hecho suyo y con el tiempo se había convertido en una carga demasiado pesada. Pero Olive no renunciaría, no estaba en su ADN hacerlo, ni tampoco rendirse, algo que a veces era necesario hacer.

—...cada vez que entro en la mansión siento que ella aparecerá de un momento a otro, que la veré saliendo de la cocina, bajando por las escaleras o llamándome desde la galería —musitó tiempo después, cuando las lágrimas se habían secado y el agotamiento se había llevado ya toda su rabia—. Y cuando no lo hace... me hago pedazos.

—Pasaré, cariño, pasará... —murmuró resbalando la mano por su pelo—. Quizá no mañana, ni pasado, ni siquiera la próxima semana, pero llegará el día en que puedas pensar en ella sin sentir este dolor.

Llevaría tiempo, no sería fácil, tendría que pasar el duelo, pero una vez estuviese en ese camino, podría empezar a recuperarse y continuar su vida.

—Ojalá hubiese estado a su lado cuando pasó... —insistió apenada—. Se fue sola, Dam, no tenía a nadie de nuestra familia con ella y le prometimos que estaríamos allí cuandouviésemos que decir adiós.

—Todos morimos solos, Olive. —Era duro decir aquello, pero al final era una realidad—. Hablaste con ella, escuchó tu voz y tú sabes que era feliz cuando colgó. ¿Qué mejor regalo puede haber que ese? Irse sabiendo que alguien te quiere... Todos deberíamos tener ese regalo.

Ella levantó la cabeza y vio como algo había cambiado en su mirada. Sus palabras parecían haberle aportado una nueva perspectiva y quizá incluso hubiesen contribuido a proporcionarle una pizca de paz.

—Sí, todos... deberíamos tenerlo —murmuró, entonces bajó la mirada y asintió—. Y ella lo tuvo, no me cabe la menor duda.

No se le escapó el reproche en su voz, pero optó por dejarlo pasar. No era el momento para hablar sobre ellos, así que se limitó a comentarle.

—Fui a verla esta tarde —mencionó captando de nuevo su atención—. Quería despedirme de ella.

Si había una mujer a la que merecía la pena rendir todos los honores, esa era Katherine

Gilbert. Inteligente, liberal, franca como ella sola, no tenía pelos en la lengua y te decía las cosas tal y como las sentía; te gustasen o no. Era de esas personas a las que veías venir, que no tenían una doble cara, que se guiaba por unos principios inamovibles y defendía sus ideales hasta el final. Casi sin pretenderlo se convirtió en una buena amiga, de esas que no esperas encontrar y que, sin embargo, ahí están, dispuestas a tenderte la mano; aun cuando a veces preferirían darte un bofetón.

Kathy lo había calado desde el minuto uno, vio más allá de él y fuese lo que fuese lo que encontró, pareció convencerla de que su lugar estaba en su círculo y sobre todo junto a Olive.

«Incluso un tonto puede ver que la quieres, Damien, quizá cuando no tengas tanto miedo a cagarla, puedas intentar arreglar las cosas con ella».

Esas fueron las primeras palabras que le dedicó tras haber puesto término a su relación con Olive. No se trataba de la típica amiga defensora, la que le retorcería los huevos en nombre de la camaradería femenina. No, ella había hablado de manera imparcial, lamentándolo tanto por su hermana como por él.

«Cuando decidas dar ese paso, asegúrate de que has dejado atrás todo lo que te impide reclamarla».

Miró a Olive entre sus brazos, un lugar que se había sentido vacío sin ella durante todo este tiempo y en el que siempre había encajado a la perfección. Había extrañado esto, el disfrutar de algo tan anodino como abrazar a una mujer, de poder relajarse en su presencia sabiendo que se quedaría en el lugar en el que la había dejado. Su necesidad de control y seguridad quedaba cubierta en su presencia. La rubita no era una mujer que se plegase a los deseos de alguien a menos que ella misma así lo quisiera. El que te otorgase su confianza era un regalo que había atesorado desde el primer instante en el que estuvieron juntos; uno que estaba comprobando no lo había perdido por completo.

—Tenía que habértelo comunicado antes, pero las cosas... pasaron de una manera... que nadie esperábamos —musitó Olive—. Lo siento.

Le pellizcó la barbilla con los dedos y le volvió la cara para que lo mirase.

—Me avisaste cuando tenías que hacerlo —le aseguró dejándole claro que no había cometido ningún error. Lo último que quería era que se culpabilizase por algo más—. Noah estará bien. Tiene su propia forma de lidiar con la pérdida. Sabe que estaré ahí si me necesita y me aseguraré de mantener un ojo sobre él de todas formas.

—Siempre lo has estado... —mencionó y sus palabras quedaron en el aire como si el silencio las completase con un *«al contrario que conmigo»*. Entonces, sin esperárselo, ella se apartó y se alejó de él, abandonando sus brazos—. No le des la espalda, Damien, a él no —replicó mirándole de forma directa—. Si lo haces, jamás te lo perdonaré.

Se inclinó hacia delante y cerró los dedos en torno a su muñeca antes de que pudiese dar un paso más.

—Cada vez parece que hay más cosas que no piensas perdonarme —aseguró mirándola a los ojos—. Y no digo que no me las merezca, pero... ¿Y si necesito que lo hagas, Olive? ¿Qué tengo que hacer entonces?

—Algo que nunca harás —declaró ella manteniendo la tensión entre ellos.

—¿Estás segura, cariño?

—Estoy segura de que si te pido ahora que te quedes, que no te vayas, encontrarás la manera de desaparecer por la mañana —replicó sosteniéndole la mirada—. Al menos has sido lo bastante sincero para dejármelo claro hace un rato.

—¿Y si llega el momento en que sí pueda quedarme? ¿Entonces qué, Olive? —le preguntó

con total sinceridad—. ¿Qué pasará entonces?

Ella lo miró y pudo ver un dolor muy distinto en sus ojos, uno que él había puesto allí.

—Que habrás llegado demasiado tarde.

Si confiase solo en lo que decían sus palabras, creería en lo que acababa de decirle, pero la obstinada elevación de su barbilla le decían una cosa muy distinta.

—Entonces procuraré llegar a tiempo —respondió tirando de ella de vuelta a sus brazos, reteniéndola cuando intentó zafarse una vez más.

—Si piensas que puedes venir aquí y...

No la dejó terminar, enredó los dedos en el pelo rubio y la acercó aún más, lo suficiente cerca como para poder reclamar para sí esos bonitos labios.

Besarla era una buena forma tanto de callarla como de disfrutar de esa pecaminosa boca que había saboreado en el pasado. Entró en ella con decisión, reclamando su lengua y exigiendo una respuesta que sabía obtendría antes o después. Se tomó su tiempo, la dejó forcejear todo lo que quiso hasta sentir como perdía la batalla y se amoldaba contra él, devolviéndole por fin el beso.

Damien disfrutó del momento como si fuese el último, se permitió saborearlo y atesorarlo, revivir de alguna forma una época distinta, una en la que no había tenido cabida otra cosa que el trabajo y acabar con la mierda que encontraba día tras día ahí fuera.

Olive, con su terquedad, su lengua afilada y sus ganas de vivir, le había mostrado un lado propio que ni siquiera sabía que tenía. Nunca se había tenido por un hombre romántico, por el contrario, sus relaciones hasta ella siempre estuvieron basadas en la atracción, el deseo y a veces incluso en la lujuria. Se había movido por el deseo sexual, por esa necesidad de tener el control sobre su pareja en la cama, su campo de juegos favorito eran los clubes de BDSM dónde podía dar rienda suelta a ese lado dominante... hasta que ella se cruzó en su camino.

Lo que empezó como un interesante encuentro erótico en el Queens la noche en la que Noah se la presentó, terminó convirtiéndose, aún no sabía cómo, en algo más íntimo y personal. Y todo gracias a un encuentro del todo fortuito en los pasillos de un tribunal de justicia.

No olvidaría jamás la impresión que se llevó al encontrarse con ella vestida con un elegante traje de chaqueta y pantalón, con una blusa de seda verde que hacía juego con sus ojos y el pelo recogido en un sobrio moño. Caminaba con gesto decidido sobre unos impresionantes tacones, llevaba un portafolios en una mano y miraba el reloj de pulsera con un mohín. Cuando levantó la cabeza y sus ojos se encontraron, acusó en ellos la sorpresa, seguidos de una pizca de diversión que acompañó a la amplia sonrisa que le curvó los labios.

Su acompañante en aquellos días, el fiscal a cargo del juicio del caso en el que había estado trabajando los últimos meses, hizo un aspavientos y mencionó algo sobre ella.

«Si tienes que cruzarte algún día con ella en los tribunales, procura que nunca la tengas enfrente. La señorita James es tan hermosa como peligrosa y te despellejará hasta dejarte en cueros».

El comentario flotó en el aire mientras esos labios pintados de rojo se curvaban en una petulante sonrisa en el mismo instante en que posó los ojos sobre su compañero.

Fue tan solo un breve intercambio entre ellos, un saludo aderezado de alguna pullita a la que la chica replicó con una carcajada, pero cuando ya se marchaba... Esos ojos verdes se suavizaron al posarse sobre él y pudo leer las tres silenciosas palabras que modularon sus labios antes de que siguiese su camino.

«Hola, otra vez».

La siguió con la mirada hasta verla desaparecer dentro de una de las salas de las audiencias

y no dejó de pensar en ella hasta que la vio bajar horas después la escalinata del edificio.

Esa fue la primera vez que la invitó a un café, el primero de los numerosos encuentros que tendrían lugar a lo largo de casi todo un año; el que había estado con ella.

No. Esa noche no había venido a verla para esto, sino para estar con ella, para acompañarla en su duelo, pero ¿cómo evitar algo que nacía de manera espontánea? ¿Cómo ignorar lo que siempre los había unido para empezar?

—Dime que me vaya ahora y lo haré —mencionó acariciándole los labios—. No vine aquí para esto...

—Pero viniste —musitó ella en respuesta, sus ojos encontrándose con los suyos. Estaba tan cerca que casi podía verse reflejado en su pupila—, a pesar de todo... viniste.

—Sé que no puedo borrar tu dolor, nadie más que el tiempo podrá hacerlo, pero lo alejaré de su mente durante unas horas si eso es lo que deseas —admitió sincero.

—Ahora mismo, incluso un puñado de horas es más de lo que nadie ha podido darme, Damien —le aseguró mientras esas traicioneras lágrimas volvían a sus ojos y caían de nuevo por las ahora sonrojadas mejillas—. Ahora mismo, cualquier clase de olvido será mejor que sentir que me estoy haciendo pedazos.

—Mi Olive... —le limpió las lágrimas con los dedos.

—Quédate o vete, me da igual, pero que sea mañana —pidió levantando esa obstinada barbilla y mostrándose orgullosa en un intento por enmascarar su vulnerabilidad—. Elige.

Solo había una elección posible, pensó, una que ya había hecho años atrás.

—Me quedo —afirmó y volvió a besarla dejando claro que a partir de aquel momento le impediría pensar en nada que no fuese en él y el placer que podía darle.

CAPÍTULO 15

Debería haberle dado con la puerta en las narices, dejarlo fuera en vez de invitarle a entrar, pero le necesitaba. Darse cuenta de ello no la hacía demasiado feliz, pero tampoco tenía intención de engañarse diciéndose otra cosa. Lo que existió una vez entre ellos la marcó de por vida. Era algo imborrable, que permanecía ahí, a la espera de que él volviese a prender la yesca, a insuflarle de nuevo vida, pues los rescoldos nunca se habían apagado.

Esa noche no quería pensar y si había alguien capaz de volarle el cerebro y hacerla olvidarse hasta de su propio nombre, ese era Damien. Y lo necesitaba, necesitaba justo eso, dejar atrás el dolor, aunque fuese durante unas cuantas horas, y evitar la compasión que sin duda vería en los ojos de cualquiera de sus hermanos.

Borró de su mente cualquier cosa que no fuese el hombre que la besaba, la excitación que la hacía vibrar y el creciente placer que corría por sus venas. Su cercanía, el aroma masculino que lo envolvía y ese toque de colonia por el que lo reconocería incluso en plena oscuridad eran la trampa perfecta para cautivar a una mujer. Su forma de mirarla, esa voz que podía pasar de la más absoluta seriedad al más puro deseo, se confabularon para arrasar con sus defensas. Su lengua no hacía prisioneros. Su boca era exigente y sabía bien cómo persuadir, cómo exigir una respuesta. Olive no dudó en corresponder a sus demandas y en hacer también evidentes las suyas propias.

—Esto sobra... —Resbaló las manos sobre el cuerpo masculino, las introdujo por dentro de la chaqueta de piel que llevaba y la empujó de sus hombros. Damien no se opuso, colaboró gustoso no solo a deshacerse de la chaqueta, sino también de la camisa, las cuales acabaron tiradas en el suelo con su propia blusa y el pantalón que ya resbalaba por sus piernas—. Mucho mejor.

La mirada que resbaló sobre ella obró como una sensual caricia. Su piel reaccionó como si fuesen los dedos masculinos los que la acariciaban y sintió un ligero cosquilleo extendiéndose por todo su cuerpo.

—Cuando el *deseo* tiene nombre de mujer... —murmuró encontrándose con sus ojos una vez más. Olive sonrió con afectación y acortó de la breve distancia que había tomado para quitarse la ropa. Le sostuvo la mirada mientras introducía los dedos en torno al cinturón de los vaqueros y tiraba de la hebilla—, y su apellido es «*lujuria*».

—¿Algo que objetar, *señor*?

Vio la respuesta en sus ojos, la manera en que cobraron intensidad y los labios se curvaron en esa manera que conocía bien.

—Por esta noche no, *polvorilla*. —Se estremeció ante la manera en que pronunció el apodo que solían utilizar los chicos con ella, uno que en boca de Damien adquiría un significado mucho más íntimo—. Veamos hasta dónde tienes ganas de llegar.

Hizo una mueca ante su comentario y chasqueó la lengua.

—Hasta el final, *mi señor*, siempre hasta el final —respondió abriendo la hebilla y

arrancándole acto seguido el cinturón de las trabillas para lanzarlo donde no molestase. El botón del pantalón cedió, al igual que lo hizo después la cremallera, y no pudo evitar morderse el labio inferior ante la dura erección que contorneaba la ropa interior.

Se lamió los labios mientras se dejaba caer sobre las rodillas. Tiró del pantalón y del slip al mismo tiempo, dejando libre el grueso miembro. Se le hizo la boca agua por saborearlo, por probar de nuevo ese sabor salado y especiado que tan bien recordaba.

Tenía que admitir que la excitaba sobremanera el que Damien le estuviese dejando hacer lo que deseaba sin ponerle vetos, sin obligarla a pedir lo que deseaba o seguir cada una de sus directrices al pie de la letra. Disfrutaba del poder de ese hombre sobre ella, conseguía que el sexo fuese intenso e interesante, pero el que ahora le diese carta blanca sobre él y su propio apetito era... un regalo inesperado.

El pantalón y la ropa interior masculina se reunieron con el cinturón en algún lugar del salón. No se molestó ni en mirar dónde habían caído, la polla que se erguía ante ella mantenía toda su atención.

Deslizó los dedos sobre esa cálida dureza, la envolvió y disfrutó del tacto en su mano, así como de la inesperada tensión que recorrió el cuerpo de su amante. Sonrió para sí, abrió la boca y se concedió el placer de degustar la salobre piel con la lengua antes de chuparle el glande como si fuese un rico caramelo.

Lo escuchó contener el aliento, un ligero jadeo emergió entonces de sus labios, acompañado por un posterior suspiro de placer.

—Despacio, cariño, despacio... —Había cierta risa en su voz—. Tenemos toda la noche por delante.

Despacio no era lo que tenía en mente, no ahora al menos. Su sexo palpitaba de necesidad, sentía los pezones duros y los pechos hinchados y la creciente humedad entre sus piernas le había empapado ya las bragas. Le deseaba, lisa y llanamente. Quería disfrutar del momento de tenerlo en su boca, de su sabor y dureza, deseaba verlo perder la cabeza o al menos deshacerse de ese férreo autocontrol que siempre exhibía. No le importaría escucharle jadear, verle mostrar su placer, uno que ella le proporcionaba. Sería una pequeña victoria verle perder la compostura y saber que ella era la única responsable.

Lo lamió desde la punta a los testículos, jugó con su lengua allí donde sabía que lo hacía temblar y lo succionó antes de tragárselo. Cada pequeño estremecimiento que le arrancaba era una divertida y caliente victoria que la empujaba a seguir jugando, a torturarlo como tantas otras veces la había torturado él, alargando el placer hasta hacerle jadear su nombre.

Damien tenía una voz ronca y sexy cuando se dejaba llevar por el placer, cada sonido que emergía de su boca era puro erotismo y la encendían como ninguna otra cosa.

—Ya está bien de jugar, polvorilla... —masculó él con voz ronca. De repente tenía sus dedos enredados en el pelo tirando de ella hacia atrás, permitiendo que sus miradas se encontraran durante un instante—. Joder, Olive... —Lo que veía en esas profundidades marrones era pura lujuria. La manera en que se lamió los labios era muy una declaración de intenciones en toda regla, una que captó con total claridad. Sonrió en torno a su polla y lo succionó viendo la reacción en sus ojos, en la forma en que jadeó. Se rio y la vibración lo hizo temblar—. Esto me lo voy a cobrar, lo sabes, ¿no?

Sí, lo sabía muy bien. Y no veía el momento en que lo hiciera, admitió para sí.

Le dedicó un coqueto guiño y rompió el contacto visual para volver a su tarea, una de la que estaba disfrutando inmensamente. Lo chupó y lamió a placer, lo introdujo en su boca una y otra vez y le permitió entrar en ella hasta donde le resultó cómodo, lo folló y amó cada instante

de ello. Lo sintió temblar, escuchó su nombre en esa ronca voz en el mismo instante en que se tensaba y un chorro de esperma entraba directo en su garganta. Se lo tragó, apretándolo con cada acción, bebiéndoselo hasta que terminó y su miembro abandonaba sus labios.

Se lamió los labios y levantó la cabeza para encontrarse con ese rostro fuerte, reflejando el intenso placer que le había provocado ella.

—Gracias por el aperitivo, *señor*.

Damien entrecerró los ojos, pero sus labios se estaban curvando en una perezosa sonrisa que prometía todo tipo de represalias. Levantó un dedo y la llamó. Como si la hubiese atado con una cuerda, Olive se levantó sin apartar la mirada de la suya y un segundo después la lengua de su amante traspasaba sus labios para devorarla en un intenso y carnal beso.

Gimió en su boca y se pegó a él, a su cuerpo duro, caliente y desnudo. Resbaló las manos por esa sedosa piel y encontró bajo sus dedos las líneas de antiguas cicatrices. Las conocía todas, la historia detrás de cada una era una de las cosas que había compartido con ella en el pasado.

—Esta es nueva... —musitó contra sus labios al notar una rugosidad en la piel que no había estado antes. Ladeó el rostro, dándole ahora acceso a su oreja, mientras miraba la marca aún rosada que tenía bajo los dedos—. Mierda, Dam, ¿qué ha sido esta vez?

—Nada que necesites saber en estos momentos —replicó con esa voz autoritaria que exigía inmediata obediencia. Dio un respingo al sentir el pinchazo de sus dientes en el arco de la oreja y acto seguido perdió el calor del cuerpo al que se apretaba. Los ojos marrones de su amante la recorrieron de la cabeza a los pies, se lamió los labios con obvio apetito y señaló las prendas que todavía seguían sobre ella—. Mi polvorilla lujuriosa... Enséñame qué más tienes para mí.

Olive alzó la barbilla de modo arrogante y sonrió dispuesta a seguirle el juego. Nada de preguntas, nada de confesiones, nada de pensamientos... Esto era lo que ella le había pedido, lo que deseaba y él se lo estaba dando.

No lo dudó. Se llevó las manos a la espalda y soltó el cierre del sujetador, las copas se aflojaron y la prenda cayó al suelo dejando sus pechos a la vista. Un momento después, introdujo los pulgares en los elásticos de las bragas y empezó a tirar de ellas hacia abajo con premeditada lentitud, sacando primero una pierna y luego la otra. Le lanzó la prenda que él atrapó al vuelo y posó con total naturalidad, moviéndose de un lado a otro, agitando el pelo con las manos y dejando que cayese sobre sus hombros. Se recorrió el cuerpo acariciándose con premeditada lentitud, disfrutando no solo de su propio placer, sino de la mirada y la expresión del hombre que no le sacaba los ojos de encima.

Se sentía poderosa. Ella, cuya coronilla apenas le llegaba al mentón, con un cuerpo voluptuoso que se escapaba de los típicos cánones de belleza, se sentía como una reina cada vez que él la miraba de esa manera, como si no hubiese una mujer más hermosa a sus ojos.

No necesitaba más para sentirse segura, para disfrutar de su propio cuerpo y sexualidad ante otra persona que esa mirada.

Se acarició los pechos, jugó con sus pezones, oprimiéndolos, pellizcándolos, tironeó de ellos y gimió mientras lo hacía. Bailó sobre sus pies, frotándose los muslos y sintiendo como el deseo aumentaba en su interior, como su sexo palpitaba de pura necesidad y la humedad inundaba su centro. Acariciarse mientras él la miraba era un acto de lo más íntimo y también excitante, uno del que había disfrutado en más de una ocasión. No es que se considerase a sí misma una exhibicionista, pero le daba cierto morbo el saber que había alguien observando su placer, la excitaba.

Se llevó un par de dedos a la boca y se los chupó para luego bajarlos sobre sus pezones y lubricarlos, jugó con sus pechos y dejó que los gemidos de su propio placer emergieran de sus

labios mientras él la observaba con visible lujuria.

Damien volvía a estar de nuevo erecto, su polla se elevaba orgullosa contra su bajo vientre y ahora eran sus dedos los que la recorrían con una lentitud pasmosa. Verlo acariciarse a sí mismo le provocó una punzada de deseo y notó como se humedecía aún más.

Olive gimió de puro deseo y necesidad, echó la cabeza hacia atrás y sonrió para sí mientras bajaba una mano entre sus pechos, acariciándose el vientre antes de introducirse entre sus piernas y rozar con los dedos los empapados pliegues de su coño.

Gimió en voz alta mientras separaba un poco las piernas para hacerse espacio, se pellizcó el pezón con los dedos que seguían sobre su seno y jadeó ante el ramalazo de placer que le provocó.

—Joder... —Escuchó mascullar a Damien y no pudo más que sonreír ante el obvio esfuerzo que estaba haciendo él por controlarse a sí misma y limitarse a disfrutar viendo el espectáculo—. Eres una diosa, pequeña mía.

Una diosa lujuriosa, pensó divertida y para hacer honor a semejante título retrocedió hasta el sofá en el que la había mantenido en sus brazos tan solo unos momentos antes y subió un pie sobre el asiento, abriéndose de esa manera a sus dedos y a la mirada del hombre.

Lo vio tragar, sus ojos cayendo directos sobre su sexo y esa pecaminosa lengua acariciándose los labios como si ya pudiese saborearla. Eso la puso, si era posible, aún más caliente y también la volvió más osada. Empujó las caderas hacia delante y le permitió ver como introducía un dedo en su interior. La sensación la hizo jadear, echó la cabeza hacia atrás y se deleitó en su propio placer mientras se masturbaba delante de él.

Olive no se había sentido tan caliente con nadie como lo hacía en su presencia, era como si él tuviese la llave del jodido infierno erótico en el que se sumergía y la hiciese arder. Gimió al bombear el dedo en su sexo, movió las caderas como si deseara montarse a sí misma y todo ello sin quitarle los ojos de encima al hombre de pie ante ella.

Su mirada era de pura lujuria, la contención de Damien estaba al límite, podía verlo en sus ojos, en la forma en que tensaba la mandíbula, en cómo se escapaba su mirada hacia su sexo mientras se acariciaba a sí mismo. Todo aquello la excitaba, la estaba poniendo más y más cachonda y no pudo evitar dejar escapar una risita cuando lo escuchó sisear alguna cosa y dejar su inmovilidad para acercarse a ella.

—No pares —gruñó él cerniéndose sobre ella, tomando sus labios en un rápido y abrasador beso antes de llevar su boca sobre sus pechos. Le succionó uno de los pezones y se amamantó de su seno como un niño hambriento. Sus manos resbalaron sobre su cuerpo, una se cerró en torno al pezón libre y la otra bajó entre sus piernas. Un momento después, un segundo dedo más grueso y largo se unía al suyo alternando la penetración—. No pares —gruñó y no era una petición, sino una orden que reverberó en su cuerpo, haciéndola obedecer como lo hacía con cada cosa que ella le pedía.

—Damien... —gimió su nombre.

—Dámelo, polvorilla, dámelo... —le dijo contra su pecho, succionándola como si quisiera tragársela.

Su orgasmo. Su cuerpo. Todo lo que ella era. Eso es lo que él quería, lo que siempre deseaba de ella, lo que le pertenecía. El solo pensamiento, unido al placer de ese otro dedo incursionando en su interior, fue suficiente para hacerle perder la cabeza, imprimir un mayor ritmo a sus penetraciones y acabar gritando su liberación.

El orgasmo fue explosivo, la recorrió como un relámpago de la cabeza a los pies y la dejó temblorosa. Ni siquiera supo cuándo se apoyó en él, pero en cuanto consiguió recuperar el

aliento se encontró aferrada a sus hombros, con esas fuertes manos ciñéndole la cadera y la dura polla acariciándole el estómago.

—Exquisita, como siempre... —le escuchó murmurar en su oído y notó su lengua lamiéndole justo detrás de la oreja, en ese punto exacto que la hacía derretirse—. Eres un bocadito del que nunca voy a cansarme, amor, te lo aseguro.

Se rio y levantó la cabeza para encontrarse con su mirada.

—¿Necesitas otra mamada para relajarte, señor? —Su pregunta llegó acompañada de la caricia de sus dedos sobre la otra vez dura erección.

—Tanto como me gusta tu boca, ahora mismo deseo enterrarme en otro lugar —aseguró dando un paso atrás. Levantó la mano e hizo girar su dedo índice en el aire—. Apóyate en el respaldo del sofá y separa las piernas.

Olive se estremeció de anticipación, su sexo pulsó como si no acabase de correrse ahora mismo y ella no vaciló en cumplir con las demandas de su amante, pues sin duda eran una de las más deliciosas órdenes que podía recibir en ese momento.

Meneó el culo y ladeó la cabeza para mirar hacia atrás mientras le decía.

—¿Está bien así, señor?

La respuesta de Damien fue darle una ligera azotaina en las nalgas e introducir su mano desde atrás para acariciarle el sexo.

—No seas impertinente —chasqueó acariciándola—. Compórtate.

Esta vez Olive no tuvo oportunidad de replicar, pues el lugar que acababan de acariciar los dedos masculinos quedó ocupado por la punta de su miembro.

—¡Dam! —jadeó cuando él la penetró sin más.

—Cuando me llamas así, no sé si estás maldiciendo o diciendo mi nombre.

—*Capullo*.

—Sí, ahora ya sé que te diriges a mí —se carcajeó él y se retiró tan solo para volver a penetrarla de un empuellón.

Jadeó ante su intrusión y se aferró al borde del respaldo para evitar acabar siendo empujada hacia delante. En aquella posición la llenaba por completo, la hacía más consciente si cabía de su grosor y sobre todo de la lujuria de ese hombre.

—Um... No recuerdo ese espejo —el aleatorio comentario la desconcentró un poco—. Interesante lugar para ponerlo.

—¿Qué...? —No pudo ni terminar la pregunta porque él le aferró entonces los pechos y sus dedos le pellizcaron los pezones.

—El espejo en la pared —le susurró al oído, su voz gruesa por el deseo—. Desde este ángulo ofrece una visión de lo más interesante, cariño.

Olive levantó la cabeza y se encontró con el reflejo de ambos al otro lado de la habitación. Había olvidado por completo el puñetero espejo y desde luego, no había pensado en esta utilidad cuando lo colocó.

Verse en aquella posición, con Damien detrás de ella, fue tan sorprendente como erótico.

—No se te ocurra cambiarlo de sitio —añadió él retirándose una vez más—. Me gusta las vistas que ofrece.

Verle follándola en el espejo y sentirlo al mismo tiempo en su interior era una dualidad pecaminosa y la excitó mucho más de lo que habría pensado siquiera.

—No apartes la mirada del espejo, Olive —gruñó él aferrándole ahora las caderas—, quiero que veas como te follo, que sepas quién lo hace, a quién perteneces.

No tenía ni que pedírselo, la imagen era tan hipnotizante que no podía quitarle los ojos de

encima, ni siquiera cuando empezó a verse a sí misma jadeando y gimiendo por él. Los contempló mientras se entregaban al desenfreno, disfrutó de cada expresión, de la pasión compartida y se entregó a ella con absoluta libertad.

Esto era lo que deseaba, lo que anhelaba de él y pensaba aprovechar cada minuto que tuviese en sus brazos y disfrutarlos como si fuesen el último.

Su cuerpo transpiraba de sudor, las piernas le temblaban y solo las manos que la aferraban impidieron que se desplomase sobre el sofá cuando el segundo orgasmo de la noche la barrió. Gritó a pleno pulmón sin importarle si la escuchaban o no los vecinos, gimió mientras Damien seguía montándola tras el orgasmo, buscando su propia liberación hasta que esta llegó unas acometidas después.

Y entonces sí, ambos acabaron cediendo al acotamiento y derrumbándose de cualquier manera en el sofá, lo que le provocó una inesperada carcajada.

—Si los vecinos protestan, será culpa tuya —le dijo a su amante.

Damien bufó, pero cuando la miró vio la sonrisa en sus ojos.

—Recuérdame que te amordace la próxima vez para evitarnos problemas —declaró él.

Olive volvió a estallar en carcajadas, después de todo, él sería muy capaz de eso y de muchas cosas más.

CAPÍTULO 16

Damien llevaba un buen rato sentado en aquella butaca viéndola dormir.

Dejó la cama y se vistió dispuesto a marcharse, pero no llegó a ponerse siquiera los zapatos. Lo intentó, pero un involuntario vistazo en aquella dirección rompió el ritual que venía practicando desde hacía mucho tiempo.

El sexo era sexo. Ya fuese en el club o en otro lugar. Tenía la costumbre adquirida de no involucrarse más de lo necesario, lo que implicaba marcharse cuando las horas de juego o la noche llegaban a su fin. Algunas mujeres lo entendían, las sumisas sabían lo que podían obtener y lo que no de él. Podía ejercer como maestro durante algún tiempo, mirar por sus necesidades, procurarles cierta estabilidad emocional, pero no estaba en el mercado de algo duradero. Ese era el principal motivo de que la mayoría de las sumisas a las que educaba acabasen en manos de hombres que les darían algo que él no podía darles.

Olive se había apropiado de él de una manera que ninguna otra mujer había conseguido jamás, le había marcado con un hierro candente y no existía forma alguna de liberarse de esa marca. Y en honor a la verdad tampoco quería. Ella le había mostrado un lado de sí mismo que ni siquiera sabía que tenía, uno que lo hacía sentirse un poco más humano y menos el frío cabrón insensible que se obligaba a ser para sacar adelante su trabajo.

Y por encima de todo, la pequeña rubia formaba parte del mundo en el que se movía, aquel en el que encajaba y se sentía bien consigo mismo. Ambos disfrutaban de una libertad que muy poca gente entendía, tenían un concepto de pertenencia, de familia diferente al habitual y con el que, sin embargo, se sentían plenos. Quererse no tenía por qué ser algo exclusivo, sobre todo cuando había tantos tipos distintos de amor y tantas maneras de demostrar el afecto a las personas de tu entorno.

Ella poseía un corazón lo bastante grande para dar cabida a toda su familia del *Night Rose* y a él mismo. Sus afectos por unos y por otros nunca habían interferido en lo que había entre ellos dos, en lo que simplemente surgió. Y él había aprendido a querer a sus hermanos de la misma manera, sabiendo que su felicidad también era la propia, encontrando en esos tíos la comprensión que no había encontrado en su propia familia de sangre.

Al final era su vida y la manera en que quisiera vivirla era cosa suya y de nadie más, algo que había dejado claro a cualquiera que quisiera inmiscuirse.

Sabía muy bien que la velada que acababa de pasar con ella era algo esperado y consensuado por ambos, un momento de escape de la realidad. Sin embargo, lo que había pasado durante el tiempo que compartieron la ducha... algo había pasado y no estaba seguro de cómo interpretarlo. La lujuria de las últimas horas dio paso a una tranquila sensualidad, a caricias íntimas y relajantes que trajeron consigo una inesperada paz. De pronto, el hecho de tenerla allí con él era mucho más importante que cualquier otra cosa, un momento que quería alargar en el tiempo a sabiendas de que duraría lo que durase el agua caliente.

La observó mientras entraba en la cabina de ducha y dejaba que el chorro de agua le

acariciase la piel, cayendo sobre ella como una suave película. Esos ojos verdes se encontraron con los suyos y vio de nuevo esa antigua fragilidad, la que se esforzaba tanto en ocultar detrás de una máscara. No dijo una palabra, le volvió la espalda ofreciéndole una vista de su pelo rubio, pegado ahora a la espalda, y ese bonito culo que tantas veces lo había puesto de rodillas. Cogió la esponja del hueco en el que estaba el champú, vertió un generoso chorro de gel con aroma a miel y empezó a enjabonarse con movimientos metódicos aunque demasiado rápidos.

No vaciló. La siguió al cubículo, lo bastante grande para los dos, y le cogió la mano, quitándole a continuación la esponja.

—Déjame a mí —pidió tras encontrarse una vez más con su mirada.

Olive dio un paso atrás y se metió una vez más bajo el chorro de la ducha antes de emerger de nuevo y colocarse delante de él. No dijo una sola palabra, pero tampoco hacía falta, en esos momentos no eran necesarias las palabras.

Deslizó la esponja con suavidad sobre los suaves hombros y bajó sobre la clavícula hasta sus pechos. Se los acarició dejando tras de sí un rastro de jabón, frotándolos con cuidado, despertando los endurecidos y sensibles pezones para luego continuar sobre su vientre. La enjabonó poco a poco, recreándose en cada parada del camino, la acarició con ternura y suavidad, cuidándola como le habría gustado poder cuidarla cada día que habían estado separados. La notó temblar cada vez que tocaba algún punto sensible, escuchó sus pequeños jadeos y sonrió sabiendo que el deseo no solo seguía presente, sino que iba *in crescendo*. Le frotó las caderas, bajó sobre su pelvis e introdujo la esponja entre sus muslos obteniendo un jadeo de respuesta. Continuó y recorrió esas bonitas y largas piernas mientras el agua iba limpiando el rastro de jabón que dejaba a su paso, acariciándole el cuerpo de la misma manera en que lo había hecho él.

Cuando volvió a ascender por su cuerpo y sus ojos se encontraron, vio de nuevo esa vulnerabilidad y no lo pensó, le acunó el rostro con la mano y reclamó esos labios en un suave beso que alargó hasta que ambos estuvieron pegados el uno al otro.

—Date la vuelta... —le dijo entonces. Veía el deseo ahora en esa mirada verde, la pura necesidad, pero también algo más a lo que no podía responder, no en esos momentos.

No hubo vacilación alguna por su parte, le dedicó una última mirada por encima del hombro.

Volvió a poner un poco de gel en la esponja y la deslizó por sus hombros hacia el centro de su espalda. Bajó y le acarició las nalgas, delineó esos dos globos al tiempo que jugaba con la espuma que dejaba tras cada caricia, siguió su descenso hasta los tobillos y le acarició los pies haciendo que soltase un pequeño suspiro. Damien inició el recorrido a la inversa y cuando llegó a su cintura, la envolvió con sus brazos desde atrás, acariciándole el oído con los labios.

—No me importaría nada usarte ahora a ti de esponja, ¿sabes? —susurró, su voz amortiguada por el efecto del agua—. Enjabonarte entera me ha dado algunas ideas.

Un pequeño resoplido y una risita fueron suficientes para aligerarle el corazón. Se giró en sus brazos y se encontró con su mirada serena, el deseo todavía presente en sus pupilas.

—Todavía no me has lavado el pelo, ¿sabes?

Su comentario era travieso, pero también tierno. Y cuando la vio coger el bote de champú y tendérselo no pudo evitar sonreír con cierta ironía.

—Un olvido imperdonable, sin duda.

—Sin duda —asintió ella con un firme gesto de la barbilla.

—Tendrás que decirme qué va primero, qué va después y después y después...

Olive puso los ojos en blanco y bufó.

—Tranquilo, genio, no espero que tengas un máster en peluquería y estética —chasqueó ella y señaló una vez más la botella—. Empieza con esto y ya veremos qué tal se te da.

Sacudió la cabeza con gesto divertido. Dejó caer una pequeña dosis de champú en la palma de la mano, devolvió el bote a su lugar y empezó a extenderlo por el pelo, teniendo mucho cuidado a la hora de masajearle el cuero cabelludo. Olive dejó escapar tal suspiro de placer que su polla respondió al momento, pero no se movió, se limitó a echar la cabeza hacia atrás y darse así mayor acceso.

Ella se aclaró el pelo y le pidió que volviese a darle un segundo masaje con el champú. Si seguía gimiendo de esa manera, no estaba muy seguro de que llegase siquiera al segundo aclarado, pensó Damien. Pero lo hizo, así como a aplicarle un producto más, no sin alguna que otra risa de por medio y llevar a cabo el último aclarado.

Lo cierto es que su pelo se veía brillante y más rubio aún si cabía después de toda esa parafernalia. Bajo el chorro del agua parecía oro líquido y debía admitir que le gustaba y mucho.

—¿Tengo el aprobado en maestro lavador de cabezas? —ronroneó en su oído al tiempo que le daba un mordisquito en la oreja.

Una pequeña risa escapó de la garganta femenina y cuando se volvió a mirarle, los ojos verdes brillaban ahora con un hambre que conocía bien.

—No solo tienes el aprobado, sino que te has ganado un enjabonado especial —aseguró ella. Y sin dejar de mirarle, cogió el bote y gel y se vertió unos hilos sobre el cuerpo, haciendo hincapié en sus pechos—. Veamos, ¿por dónde puedo empezar?

El cuerpo pequeño y curvilíneo de su polvorilla se pegó a él de tal manera que empezó a frotarse y restregar el jabón contra él. Usó sus pechos para acariciarle el torso y crear espuma con la fricción que acabó extendiendo sobre todo él de una forma muy erótica. Le lavó los brazos, el pecho, el estómago y cuando bajó hacia su pelvis y acunó su dura erección entre las tetas y la hizo resbalar entre ellas, casi se corre de gusto.

—Joder, nena... —jadeó mirando hacia abajo y vio como su polla desaparecía una vez más entre sus pechos, entonces volvió a subir arrastrando su cuerpo sobre el suyo.

—¿Te das la vuelta? —ronroneó, sus labios invitadores.

—Faltaría más... —asintió e hizo lo que le pidió. No tardó ni dos segundos en notar ahora esos pechos sobre su espalda. Se tomó su tiempo en restregarse contra él, incluso añadió un poco más de gel mientras bajaba hacia su trasero y sus manos bajaban entre sus nalgas para acariciarle los testículos desde atrás—. Creo que acabas de convertir el acto de enjabonarse en uno de mis favoritos.

La escuchó reír mientras ascendía de nuevo sobre su cuerpo y acto seguido lo empujaba bajo el chorro del agua, al cual lo siguió.

—Y ahora el aclarado —musitó resbalando las manos sobre él y con la ayuda del agua eliminó todo rastro de espuma de su cuerpo y del propio—. Y ya estaría el servicio completo.

—No, todavía no lo estaría —afirmó empujándola contra la pared de azulejo, lejos del chorro del agua—. Todavía falta una cosa... —Le ciñó el muslo y le levantó la pierna por debajo de la rodilla para hacerse sitio—. No puedes restregarme la polla con las tetas sin darme el servicio completo.

—Vaya por Dios. Qué falta de consideración por mi parte —chasqueó ella, pero en sus ojos burbujeaba la picardía y el hambriento deseo.

—Una muy grande —declaró al tiempo que se introducía en ella con suavidad.

Olive jadeó y echó la cabeza hacia atrás, apoyando la coronilla en la pared mientras clavaba sus ojos en él.

—Muy grande, sin duda.

Damien se rio entre dientes ante el obvio sentido de sus palabras y empujó hasta alojarse por completo en ese apretado y caliente coño. Buscó su boca y le acarició los labios con su aliento.

—Eres la horma de mi zapato, Olive James —admitió y resbaló hasta su oído para añadir —, y la única *Rosa* en mi jardín.

No dejó que contestara, capturó sus labios y la besó mientras se retiraba y volvía a penetrarla con premeditada lentitud, disfrutando de la mujer que tenía en sus brazos y de todo lo que lo hacía sentir.

Cuando abandonaron el baño, Olive seguía igual de callada que cuando entró, pero tras secarse el pelo y tomar un pequeño tentempié, volvieron a la cama de la que acababa de levantarse.

Damien dejó escapar un suspiro y se puso los zapatos. Ya iba siendo hora de que tomase la decisión definitiva, aquella que le aportase la felicidad que deseaba y la estabilidad que empezaba a querer encontrar a sus cuarenta y cuatro años.

—Ha llegado el momento, Damien —murmuró para sí, dando voz a sus propios pensamientos.

El tiempo pasaba, las experiencias marcaban y con estas llegaba también ese periodo de reflexión en el que empezabas a ver las cosas de manera distinta a cómo las veías unos años atrás. Era hora de tomar una decisión, de mirar hacia el futuro y ser sincero consigo mismo y con sus propios deseos.

Dejó escapar un suspiro y se acercó de nuevo a la cama en la que dormía su mujer.

—Volveré a por ti, mi pequeña Rosa —murmuró al tiempo que se inclinaba sobre ella, le apartaba el pelo de la cara y la besaba en la mejilla—. Y cuando lo haga, no me marcharé, te lo prometo.

Ella se revolvió bajo su contacto, enroscándose en sí misma sin llegar a despertar.

—¿Dam? —musitó su nombre.

—Sigue durmiendo —le acarició el pelo—. Tengo que irme.

—Que te jodan —refunfuñó, cogió la sábana y se cubrió la cabeza con ella para seguir durmiendo.

Damien se rio entre dientes.

—Yo también te quiero, *polvorilla* —replicó divertido, sacó del bolsillo un pedazo de papel con un par de letras que había escrito y lo dejó en la mesilla de noche a su lado.

«Nunca me ha costado tanto dejar atrás a alguien como a ti. Quizás sea por eso por lo que todavía vives en mi corazón.

Dame algo de tiempo y elegiré.

Cuídate,

Damien».

Sin otra palabra, dio media vuelta y ahora sí abandonó la habitación y finalmente la casa.

CAPÍTULO 17

Cinco días después...

No podía más. Iba a estallar de un momento a otro y la explosión no iba a ser bonita.

Daba igual lo que hiciera, el *planning* que se organizara cada mañana, todo lo que hacía estaba abocado al fracaso o a generarle una mala hostia de las que hacían historia.

Le gustaría decir que *él* era el único culpable, pero la realidad era que había sido *ella* la que le abrió la puerta y lo dejó entrar esa noche. *Ella*, la que solo buscaba borrar de su cabeza y olvidar, aunque solo fuese durante un rato, toda la mierda que tenía encima. Estaba conforme con ello y habría seguido estándolo a la mañana siguiente, cuando se despertó sola en su cama, si ese hijo de puta de Damien Knight no le hubiese dejado aquella estúpida nota.

¿Qué pretendía? ¿Volverla loca? ¿Burlarse de ella?

Había intentado quitárselo de la cabeza por todos los medios posibles y si había tenido éxito solo era porque le habían llovido otras mierdas más importantes que él.

Olive dejó caer la cabeza hacia atrás y se obligó a respirar hondo. Estaba repantingada en la silla de su oficina, su pelo había dejado de ser un elegante y sobrio moño para caer de cualquier manera por todos lados. Se había deshecho de la americana y desabotonado la blusa hasta casi dejar a la vista parte del sujetador en un intento por enfriarse.

Se había encerrado allí nada más llegar de los juzgados y no pensaba salir en un buen rato.

Tenía que haber sabido que ese cabrón se la jugaría, que haría uno de sus movimientos con tal de quedar él bien delante de los medios, aun si eso significaba joderle el caso.

Estaba harta de todos los tejemanejes que se daban en las cortes. Aquello apestaba a trato de favor, nadie podría quitárselo de la cabeza ni en un millón de años. Todo se reducía a quién tenía los mejores contactos, quién podía pagar más y quién recibía los sobornos; porque los había.

Se mesó una vez más el pelo y resopló.

Quizá había llegado el momento de plantearse si quería seguir lidiando con todo aquello, de tomarse un descanso en serio para sopesar sus opciones de futuro. Esa última semana había sido una jodida montaña rusa y ni siquiera había podido desconectar, no de verdad. La prueba era que había ido al juzgado y había salido cabreada como una mona, que estaba hoy aquí, ocupando el sillón tras su escritorio mientras despotricaba contra el mundo.

Necesitaba parar y poner las cosas en perspectiva, permitirse a sí misma disponer de tiempo para pasar su propio duelo. Su situación anímica y mental era una mierda, no tenía caso negarlo, pues lo veía cada mañana cuando se miraba al espejo. Quizá hubiese llegado el momento de buscar ayuda profesional para que la ayudase a lidiar con sus emociones y la depresión que empezaba a saludarla con la mano.

Si bien era buena leyendo a los demás, estaba claro que con ella misma esa cualidad no surtía efecto. Era jodido no darte cuenta de que no estabas bien hasta que alguien más te lo hacía

notar, pero sería mucho peor no aceptar que tenían razón y no hacer algo al respecto.

Dejó escapar un resoplido y pensó en la conversación que había tenido esa misma mañana con Dante, en la reunión para comer que había acordado con Winter y en cómo se estaban dando las cosas entre ellas. No es que fuesen a convertirse en mejores amigas, pero después del último par de encuentros que había tenido con la chica, habían logrado acercar posturas y su primera impresión dio paso a una más realista.

Tenía que admitir que todo ello había sido posible gracias a los documentos mencionados por Matt días atrás; el *dossier* con la información reunida por el detective privado contratado por Kathy, para dar con el paradero de Winter. Si bien tenía conocimiento de algunas de las cosas que allí se mencionaban, pues su amiga las había compartido con ella, otras las desconocía por completo y eran estas las que daban cierto sentido a todo.

Podía seguir sin gustarle la actitud de la morena con respecto a su mejor amiga, pero ahora entendía mucho mejor su desconfianza y actitud.

No. Winter Rose no había tenido una vida fácil, le habían mentido sobre sus orígenes y sobre quién era. Había descubierto que era una niña *«robada»*, casi al mismo tiempo se encontraba con las maletas en la calle, no había tenido oportunidad de pedir explicaciones, pues sus presuntos progenitores acababan de fallecer en un accidente. De la noche a la mañana se había encontrado sin familia, con una vida llena de mentiras y teniendo que hacer frente a los chanchullos del que decía ser su padre.

Olive la llamó entonces para pedirle que se reuniesen con la excusa de hablar sobre su parte de la propiedad. Se vieron aquí, en su oficina, donde ambas optaron por un tono más relajado, correcto y profesional. Incluso se dio el momento en que pudo pedirle que la llamase por su nombre, que se tuteasen, pues era más que probable que se viesen a partir de entonces más de una vez para tratar todo el tema de la herencia.

Si ese primer encuentro fue premeditado y cordial, el siguiente llegó de manera fortuita. Ni siquiera tenía en mente verla o hablar con ella, de hecho estaba por entrar a la casa de subastas al final de la tarde cuando se encontró con Winter cruzando la puerta principal del edificio.

No lo pensó, lo cual sin duda fue el motivo por el que aquellas palabras salieron de su boca.

«Winter, ¿tienes tiempo ahora para hablar sobre los temas de la mansión? Hay una cafetería aquí cerca. No nos molestarán».

Recordaba la expresión de sorpresa y también desconfianza en la cara de la chica. Olive había sonreído de forma soslayada al tiempo que cambiaba el maletín que llevaba de una mano a la otra y admitía en voz alta.

«Sí, soy una zorra de altura, cariño, pero también sé cuándo debo guardar las uñas y comportarme como toda una dama».

Ella podría haberla ignorado o mandado a la mierda, pero había optado por concederle de nuevo su tiempo.

Contra todo pronóstico, aquel primer café también había servido para que ambas limasen las primeras asperezas y pusiesen las cartas boca arriba sobre la mesa.

«No te caigo bien». Winter había sido muy directa, estaba claro que andarse con rodeos y sutilezas no era lo suyo. *«Lo has dejado claro desde el primer momento, así que cuanto antes terminemos con este asunto, antes podremos dejar de vernos».*

Olive había sonreído ante eso y su respuesta no pudo ser más sincera.

«La realidad es que somos dos desconocidas con un nexo en común y es ese nexo el motivo de que esté aquí, tomándome un café contigo». Admitió sin ambages. *«El tiempo dirá si será el*

primero de mucho o el primero y el último, ¿no te parece?».

Sí, habían hablado una vez más de la *Garden Rose* y le había sugerido que pensase bien si quería vender o quedarse con su parte de la propiedad. No tenía por qué visitarla si no se sentía preparada para ello, le aseguró así mismo que conservarla no le acarrearía más gastos. Winter se había mantenido en sus trece y la manera en que se había expresado, así como su necesidad de deshacerse de la propiedad, le dijo mucho acerca de cómo se sentía la chica.

«*Puede que fuese su hogar, pero no es el mío. Yo no soy ella*». La forma en la que había pronunciado aquellas palabras, el dolor y el temor que notó en ellas hizo que la viese sin la máscara tras la que parecía querer ocultarse; la misma que ella misma usaba a veces.

«*No tienes que vivir la vida de un fantasma, niña, tienes que vivir la tuya*».

Al final no le quedó más remedio que explicarle que si seguía empeñada en vender, Dante sería el que acabaría comprando su parte, lo que significaba que tendría que negociarlo con él, algo que no parecía haberle hecho demasiada gracia.

El café se alargó lo suficiente como para que pudiesen disfrutar a pesar de todo de la reunión y la conversación acabase derivando hacia otros derroteros. Sin pretenderlo, Olive había disfrutado de su compañía, algo del todo inesperado.

El teléfono eligió ese momento para sonar sacándola de sus pensamientos. Se inclinó hacia delante e hizo una mueca al ver que se trataba de una videollamada y quién era el contacto.

No le sorprendió lo más mínimo, no después de la conversación que habían tenido a primera hora. Matt acababa de llamarla para recordarle el rastrillo en la parroquia del reverendo Otto y le dejó la pelota de comentárselo a Dante.

Respiró hondo, colocó el teléfono en el soporte en el que solía dejarlo sobre la mesa y respondió a la llamada. La pantalla se abrió dejando a la vista al guapísimo, sexy y elegante ejecutivo que seguía en su oficina de la casa de subastas.

—Hola Dan. —Lo saludó con la mano.

El hombre la miró con esos sagaces ojos azules y chasqueó la lengua.

—Bueno, ¿vas a decirme qué te ha ocurrido? —Suponía que su aspecto era suficiente para lanzarle esa pregunta sin más preámbulos.

—Me he peleado con la *Rana Gustavo* y ha ganado ella —replicó irónica.

—¿De verdad? —No podía haber más sarcasmo en esa voz sexy, pensó.

—No, era *Spiderman* sin calzoncillos —chasqueó ella.

—Olive... —Una advertencia de que fuese directa al grano y se dejase de jueguecitos.

—He tenido que vérmelas con el puto Yoda, el jodido abogado de la tele —resopló y empezó a mecerse en la silla de su despacho—. Es un hijo de puta, le metería un enema por el culo y...

—Nena...

Puso los ojos en blanco y respondió con la pura verdad.

—Solo puedo decir que ese cabrón se ha salido con la suya y ha jodido uno de mis casos.

—Lo siento, nena —le dijo entendiendo su estado de ánimo. Si alguien la conocía muy, pero que muy bien, ese era el hombre al otro lado del teléfono.

Olive dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó un profundo suspiro.

—Unas veces se gana y otras se pierde. Lo sé y lo asumo. Pero ese cabrón tenía preparada una jugada que no vi venir, Dan. —Dejó escapar un resoplido de frustración—. Me jodió el caso incluso antes de que pudiese llegar a plantearlo. Ha presentado una prueba contundente para desarmar toda mi defensa. ¡Dios, cómo lo odio!

Desde luego, iba a ir derecho a su lista negra.

—Estaba hablando con ese inútil en los juzgados cuando Matt me llamó para recordarme lo del sábado. —Hizo una mueca y volvió a pasarse las manos por el pelo, retirándoselo de la cara—. Con todo lo ocurrido estos días había olvidado por completo el rastrillo de la parroquia del reverendo Otto. Le dije que te avisaría, que también lo habrías olvidado, así que date por avisado.

—Lo había sacado por completo de mi cabeza —admitió él—. De todas formas, en esta ocasión tanto Winter como yo no podremos asistir. Tenemos la subasta.

Abrió los ojos al recordarlo.

—¡Mierda! Lo había olvidado por completo.

—No te preocupes, tengo una asistente de lo más eficiente que tiene todo bajo control —aseguró e hizo una mueca al añadir—. Incluyéndome a mí.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—No es cómo pensaba que era, ¿sabes?

—Winter no es Kathy, Olive.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Jamás lo ha sido ni lo será. Son como el día y la noche, como el agua y el aceite —chasqueó e hizo una mueca mientras añadía—. Winter Rose es reservada, desconfiada y precavida. Es como un muro de hormigón armado sin fisuras.

—Las tiene, Olive, las tiene —le aseguró él con firme convicción—. Si miras con atención, puedes mirar a través de ellas y ver lo que hay detrás.

Si alguien podía saberlo era él, no en vano llevaba casi dos años viéndola cada día en la casa de subastas y tratando con la chica.

—No es... lo que yo pensaba —admitió en voz alta para alguien más que no fuese ella misma—. Creo que solo he querido verla como la «*hermana de Kathy*», como la mocosa irritante y desagradecida que le importaba una mierda la familia. Incluso después de la lectura del testamento, a pesar de que se lo prometí a Kathy, solo quería que siguiese esa bruja irritante para arrancarle los pelos...

—¿Qué te ha hecho verla de otra manera? —Inquirió él.

—Mentiría si no te dijese que ese *dossier* que tenía Kathy sobre ella no influyó al principio en mi percepción, pero más allá de eso es su actitud. Su terquedad, la seguridad con la que afronta las cosas y en especial la sinceridad que veo en ella cada vez que me dice que no está interesada en la propiedad. —Hizo una pausa y admitió—. Al principio te juro que pensé que era un capricho, que lo hacía solo para fastidiar, pero la realidad es que no se cree merecedora de tener una parte de la Garden Rose. —Resopló una vez más y le comentó algo que le había dicho Winter en su última reunión—. ¿Sabías que quiere donar el importe íntegro que saque por la venta a investigación? Me ha preguntado por asociaciones u organismos que se encarguen de estudiar la enfermedad que se ha llevado a la Rosa.

A juzgar por la expresión que apareció en el rostro de su amigo, no era algo que hubiese esperado escuchar esa mañana.

—¿Es una broma?

Negó con la cabeza. Ella misma se había quedado sin palabras, sin saber qué decir ante algo semejante, sobre todo cuando estaba convencida de que su hermana no le importaba una mierda.

—Ese fue el momento en el que me di cuenta de que no era la hija de puta que quería ver en ella —admitió e hizo una mueca—. Incluso empezó a caerme mejor. Pero no se lo digas.

Asintió más por inercia que en respuesta a sus palabras, parecía estar dándole vueltas a lo

que acababa de decirle.

—Sí. Yo me quedé justo así durante un buen rato —señaló ella con una perezosa sonrisa curvándole los labios. Dejó escapar un suspiro y continuó—. Cuando piensas que algo no puede sorprenderte, aparece esa chica y lo pone todo patas arriba, ¿no crees?

Su mirada le dijo que, más que creerlo, ya lo había probado en carne propia.

—En cierto modo, Winter me recuerda a ti —mencionó él y ella no pudo hacer otra cosa que enarcar una ceja y bufar.

—Sí, claro. Solo le faltaría evitar que cruce un semáforo en rojo y que un imbécil intente pasarme por encima —replicó burlona haciendo alusión a la manera en la que ambos se habían conocido—. Fue un momento inolvidable.

—¿El momento en que me metiste mano? —replicó él con voz sensual.

Olive soltó una carcajada ante el recordatorio.

—Fue sin querer, lo juro —aseguró—. Solo intentaba quitarme de encima el muro humano que me arrancó del paso de peatones.

—Ese muro humano evitó que cierta señorita con el teléfono pegado a la oreja y un discurso que dejaba el género masculino a la altura de los gusanos acabase debajo de las ruedas de un coche, por cruzar por donde no debía y con el semáforo para peatones en rojo.

Chasqueó la lengua y sonrió.

—Me lo vas a recordar toda la vida, ¿verdad?

—Todos y cada uno de nuestros días —declaró convencido—. Sobre todo la parte en la que, todavía no sé cómo, terminaste con la mano sobre mi polla.

—Ya te dije que fue un accidente —resopló, pero sus mejillas se habían coloreado un poco. Lo cierto es que había sido una situación totalmente fortuita—. Yo soy bajita. Tú una montaña. No puedes culparme por poner las manos... donde las puse.

—Sí, claro... —canturreó como si no le creyese una sola palabra.

Su primer encuentro había sido del todo fortuito, la típica historia en la que estás en el lugar y momento adecuado para protagonizar un accidente y estar a punto de sufrir un trágico desenlace.

Ni siquiera se había dado cuenta de que el semáforo no había cambiado a verde. Estaba tan cabreada con la persona que había al otro lado del teléfono que no prestó atención a su alrededor. No se paró a mirar, algo imperdonable, solo bajó de la acera y continuó caminando como si nada... hasta que alguien le envolvió el brazo con la cintura y tiró de ella hacia atrás con brusquedad, impidiendo que acabase bajo las ruedas de un coche.

El tirón había desequilibrado a Dante y ambos terminaron en el suelo. Olive estaba demasiado aturdida y se revolvió en un intento por apartarse solo para darse cuenta de que había posado la mano sobre el miembro masculino.

Oh, le había gritado de todo en aquellos momentos. Lo había increpado e insultado hasta quedarse afónica, como si en vez de salvarla de un atropello, la hubiese tirado al suelo solo para divertirse... hasta que se dio cuenta de la gente que se acercaba a ellos preguntándoles si estaban bien y veía el maldito semáforo de peatones en rojo. La realidad la golpeó y se quedó sin palabras, momento que aprovechó Dante para decirle:

«Ahora que ya te has calmado, ¿podrías sacar la mano de mi polla?».

Nunca había pasado tanta vergüenza como en ese momento. Se había disculpado con él, recogido su bolso y ambos habían seguido sus respectivos caminos tan solo para volver a encontrarse alrededor de una semana después en una fiesta privada. Kathy le conocía y se lo había presentado.

«Y luego dicen que el mundo no es un jodido pañuelo».

Unas palabras de lo más acertadas, las primeras de muchas más que compartirían esa noche y que darían como resultado la íntima amistad que tenían.

—Creo que a lo que se refería Kathy es que ella es como nosotros —añadió Dante con un ligero encogimiento de hombros—, de hecho, diría que ambas os parecéis bastante.

—¿En qué? —replicó con goteante ironía—. ¿En el blanco de los ojos?

Su amigo dejó escapar un resoplido de risa y apuntó.

—Ambas sois irritantes cuando os lo proponéis y no cedéis hasta saliros con la vuestra.

—Estás describiendo a la mitad de la población femenina, Dante.

—La mitad de la población femenina no vive detrás de una máscara, nosotros sí.

Una afirmación que no podía rebatir ninguno de los dos y que sin duda era el rasgo común que los unía a los tres.

—Tú y yo dejamos de lado esa máscara cuando estamos juntos —aseguró ella. Una verdad absoluta en su vida—. Quizá ha llegado el momento de que alguien le diga a esa chica que también puede hacerlo.

Él captó la indirecta y asintió.

—Es lo primero en mi agenda, Olive. Te lo aseguro.

Asintió conforme y añadió:

—Bien, la pondré también en la mía —le dijo y sonrió al añadir—. Gracias, Dan.

Enarcó una ceja como si no entendiese.

—¿Por qué?

—Sabes muy bien por qué o no me habrías llamado para escucharme despotricar —admitió. Él era capaz de leer sus estados de ánimo incluso mejor que ella misma.

—Tú también me escuchas a mí cuando me vengo arriba —replicó guiñándole el ojo y no pudo hacer más que asentir en mutua comprensión. Entonces ladeó la cabeza para ver el reloj que tenía en la pared.

—Voy a enviarle ese mensaje a Winter —le informó al tiempo que se volvía de nuevo hacia la pantalla—. Te avisaré si la sangre llega al río. —Le guiñó el ojo y se llevó los dedos a los labios, los besó y los posó contra la pantalla en un gesto típico en sus videollamadas con la familia—. Gracias por la llamada, me hacía falta.

Y era verdad. No sabía cómo demonios lo hacía, pero Dante era capaz de calmarla con tan solo un puñado de palabras, aun cuando se limitase a mantener una conversación intrascendental. Ese hombre tenía un don, sin duda.

—Estoy aquí, Olive, siempre lo estaré —aseguró y le lanzó un beso en respuesta—. Pórtate bien, *rubita*.

Ahora fue ella la que sonrió y se inclinó hacia la pantalla para decirle:

—No te prometo nada.

Un segundo después cortó la comunicación y se recostó de nuevo en el respaldo del sillón, cruzando las manos sobre el estómago mucho más relajada que cuando había empezado a hablar.

Sí. Todavía le duraba el cabreo de esta mañana, pero al menos ya no tenía ganas de empezar a lanzar cosas por la ventana, lo cual sin duda era una buena señal.

Recuperó el teléfono del soporte y se dispuso a teclear para citar a Winter en el restaurante en el que siempre solía comer cuando necesitaba levantarse el ánimo. Hoy necesitaba uno de sus deliciosos postres, era lo único que podría arreglarle de verdad el día.

CAPÍTULO 18

—Cinco días, Knight, han pasado cinco días —siseó el hombre al otro lado de la mesa—. ¿Te das cuenta de que su testimonio es lo único que tenemos ahora mismo para refundir a ese hijo de puta?

Damien se cruzó de brazos y mantuvo la misma expresión aburrida con la que había entrado en la oficina del imbécil que tenía delante.

—La última vez que lo miré, se necesitaba una testigo viva para poder testificar, algo que a estas alturas resultaría un poco difícil si la señorita Jerson siguiese en el hospital —replicó de manera desapasionada—. No solo se filtró a la prensa que se encontró una superviviente, sino que en la misma semana que la noticia saltaba a los tabloides intentaron asesinarla no una, sino dos veces en el hospital.

—Eso no es...

—A plena luz del día —insistió sin dar tregua.

—Ambos sabemos que...

—Con dos de tus agentes montando guardia.

—¿Me estás acusando de algo?

Dejó escapar un resoplido afectado.

—Dios me libre —chasqueó él cambiando de posición—. No te considero tan estúpido como para poner la vida de tu familia en peligro haciendo negocios con quién es conocido por sembrar cadáveres a su paso.

—Que te jodan, Knight —escupió el hombre cabreado por su insinuación—. Si se filtra que tenemos un posible topo en esta operación, los de arriba me joderán vivo. Por no hablar de los de la ICE. Esos tienen tanto que perder como nosotros.

Puso los ojos en blanco y bufó.

—Me importan una mierda los de arriba, Joe. En lo que a mí respecta, pueden ser ellos los que están moviendo los hilos.

—¿Te has vuelto loco?

No. Pero todavía no tenía todos los cabos de este caso atados y, mientras existiese alguno suelto, tendría que andarse con pies de plomo. De todos modos, ya no podía seguir ignorando lo evidente, lo que había pasado esa misma semana dejaba claro que alguien con buenos contactos y capaz de ejercer presión estaba muy interesado en descubrir el paradero de Amari.

Miró al hombre que estaba ante él y le daba ahora la espalda mientras se pasaba la mano por la cabeza casi rapada. Joe Armadale era la clase de hombre que uno querría tener como superior, uno de los pocos tipos decentes que había conocido a lo largo de su estancia en el FBI y que había estado metido en mierdas más gordas incluso que las suyas. Sabía que acusarle de esa manera iba a cabrearle, pero dadas las circunstancias prefería verlo cabreado que convertido en un gilipollas. Conocía demasiado bien el sistema para saber que los primeros en caer eran los buenos agentes. La corrupción, si servía para los intereses de arriba, bien podían ser pasados por

alto incluso por los de *Asuntos Internos*.

—No tienes ni puta idea de lo que está en juego aquí, Damien. —El que hubiese utilizado su nombre de pila y no su apellido era una advertencia en sí misma, la mirada que le dedicó iba cargada de intención—. Keller tan solo es la punta del iceberg.

—Austin Kisner, senador por Arizona —pronunció el nombre en voz baja, pero supo el momento exacto en que sus palabras le llegaron a Joe, pues abrió un poco más los ojos y le palpitó la mandíbula. Fue algo sutil, pero estaba allí—. No hay nada como que suenen ciertos nombres en ciertas esferas para que la gente se ponga nerviosa e intente taparlo todo...

—¿Qué mierda es lo que sabes?

Sonrió petulante y chasqueó la lengua.

—Solo cosas que escuché aquí y allí, pero ya me conoces, no doy pábulo a los rumores... no hasta tener una confirmación de que son ciertos —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Y hasta el momento... bueno, solo tengo a una chica a la que le metieron una bala en la cabeza para evitar que dijese ciertas cosas de las que es muy posible que ni se acuerde.

—Pero si las recordase podría joder a mucha gente, alguna que preferiría seguir en el anonimato.

—¿Por ser lo bastante gilipollas como para meterse en negocios turbios, por proxenetismo, tráfico de drogas o... qué sé yo... prostitución de lujo? —Empezó a soltar una tras otra solo para ver la cara que se le quedaba a su jefe. Este, sin embargo, mantuvo una expresión estoica aun cuando ese tic en la mandíbula lo delataba—. Amari Jerson no era la chica a la que querían secuestrar para empezar, aunque entiendo la confusión. El mismo color de pelo, la misma constitución, asistían a los mismos eventos... solo que una como asistente y la otra como invitada. Si eso se supiera... a alguien se le caería el pelo y tendría que decirle adiós al senado.

—Joder, Damien... —Se volvió hacia él como un toro y devoró la distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos—. No digas una puta palabra más, no si quieres mantener tu puto puesto y la jodida cabeza sobre los hombros.

Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Quién es, Joe? No puede ser todo tan sencillo —aseguró mirando a los ojos a uno de los pocos hombres dentro del sistema al que todavía respetaba—. ¿Quién coño está detrás de esto? Lo del senador Kisner no es más que un montón de mierda que antes o después saldría a la luz y Maison Keller no es tan tonto como para jugársela por una mercancía defectuosa. —Se inclinó hacia él hasta que estuvieron casi nariz con nariz—. La bala que le extrajeron a la señorita Jerson en el hospital... esa que se perdió y cuyos registros desaparecieron misteriosamente, salió de una de las armas registradas aquí, en la sede central de Washington. ¿Qué podría saber la chica para que un agente del FBI le disparase un tiro en la cabeza con su propia arma? Y no un agente cualquiera...

El hombre le sostuvo la mirada y vio lo que estaba esperando ver, aquello que le quitó un enorme peso de encima.

—Hijo de la gran puta... —siseó y dio un paso atrás. Su mente juntaba ya todas y cada una de las piezas del puzzle que llevaba meses intentando armar y que solo ahora parecían encajar en su lugar.

Al final era siempre la misma mierda. Poder y corrupción unidos, independiente del lugar en el que emergieran. Mientras existiese gente codiciosa, siempre habría quién tuviese algo para ofrecerles.

La pieza que le faltaba acababa de caerle sobre la mesa, una complicada, sin duda, pero que encajaba a la perfección en la imagen mental que tenía de todo el asunto.

La clave de todo ahora mismo era Amari, ella era la llave tanto para la destrucción como para la salvación, todo dependía de quién la tuviese en sus manos. Y eso era precisamente lo que no podía permitir, que cayese en ninguna de ellas.

No. Había tomado la decisión correcta al sacarla del hospital y depositarla en las manos de Noah. Él la mantendría a salvo y oculta de todos los cabrones que había ahí fuera dispuestos a sacarla de en medio. Habían estado mirando en la dirección equivocada, al menos en lo referente al intento de asesinato de la chica. No era un tema de drogas, ni siquiera de trata de blancas, no el que hacía a Amari Jerson un testigo tan valioso para la investigación y el fiscal, la bala había sido la clave desde el principio y esta apuntaba a una única posible persona; alguien de arriba.

—Pruebas, Knight, son necesarias pruebas sólidas, de lo contrario solo será una mierda más que barrer debajo de la alfombra —mencionó Joe con voz fría y acerada—. No te juegues el puto cuello si no tienes los grilletes para apresar al culpable.

—¿Y cuándo los tenga? Los grilletes, digo —preguntó con su habitual parsimonia—. Ya sabes que me gusta pulirlos y eso, pero a veces es absurdo perder el tiempo de esa manera si...

—Si tus grilletes son lo bastante fuertes, tendrás un equipo de pulido listo cuando digas.

Damien dejó que sus labios se estiraran en una particular sonrisa.

—Sabes, me caías mejor cuando dabas clase en la academia.

—Tú sigues siendo el mismo grano en el culo que entonces —replicó el hombre y soltó un resoplido al darle la espalda.

—Es posible que no siga siéndolo mucho tiempo más... —El casual comentario que salió de su boca hizo que el hombre se detuviese en seco y lo mirase por encima del hombro.

—Bien —respondió con rotundidad y acto seguido añadió—. No me gustaría ver a mi mejor alumno tirado en una zanja con un tiro en la cabeza, no me cabe duda de que sería el lugar en el que acabaría encontrándote en pocos años.

Clavó la mirada en esa espalda durante unos instantes, pero llegó a decir nada porque el hombre se volvió hacia él y señaló la puerta.

—Si ya has terminado de hacerme perder el tiempo con tus gilipolleces, sal de mi vista —declaró echándolo sin miramientos—. Y cierra la puta puerta al salir.

Ocultó la sonrisa que le curvaba ahora los labios, cruzó la sala y abrió la puerta dispuesto a salir de allí.

—¡Y encuentra a esa jodida mujer, Knight! —Añadió a voz en grito para cualquiera que estuviese con la oreja pegada—. ¡No vuelvas por aquí a menos que sea para comunicar su paradero!

Cerró la puerta tras de sí, se alisó la chaqueta e ignoró las miradas de los hombres y mujeres que había en el departamento. Dejaría que fuesen ellos los que se imaginasen la película y le hiciesen un favor transmitiéndola a quién quisiera escuchar, se dijo mientras recuperaba el móvil del bolsillo interno y escribía con rapidez un par de líneas antes de enviarlas a su destinatario.

Necesitaba encontrar esa bala, solo así tendría lo que necesitaba para cerrar ese maldito caso de una vez y pensar en el futuro, uno que cada vez veía más claro estaba fuera de esas cuatro paredes.

CAPÍTULO 19

Si alguien le hubiese dicho hace tan solo una semana que estaría comiendo en un restaurante con la hermana de Kathy y disfrutando de su compañía, se habría reído en su cara. Y no obstante, aquí estaba, sentada a la mesa con ella y compartiendo una conversación nada forzada y bastante agradable.

Debajo de esa fachada distante y un poquito arrogante, la morena era una mujer interesante, mucho más inteligente de lo que dejaba traslucir y sociable. Winter Rose también era cauta, como si necesitase de tiempo y espacio para ganar confianza, pero eso era algo que Olive entendía a la perfección, ya que ella misma mantenía esa clase de distancia.

Tenía que admitir que cuanto más tiempo pasaba en la compañía de la chica, más se daba cuenta de que su primera impresión había sido precipitada y que los motivos que la empujaban a esa manera de ser eran más que justificados.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Nueva York?

Dejó caer la pregunta en medio del postre, atrayendo al momento la mirada de la mujer sentada frente a ella.

—No mucho —respondió sin más.

Esbozó una sonrisa ante la breve respuesta y pinchó un trozo de fresa en la tarta.

—¿Y cuánto es para ti no mucho? Deduzco que más de dos, puesto que llevas tiempo trabajando en la casa de subastas Kiros.

—El trabajo es la razón por la que terminé aquí —admitió Winter sin darle demasiada importancia—. Me dejaba medio sueldo en los viajes, algo que no podía permitirme, así que hice la maleta y me mudé.

—Chica lista —apuntó con un gesto y añadió con genuina curiosidad—. ¿Y te gusta la ciudad? Hay quienes la encuentran muy agobiante.

Winter se encogió de hombros, como si le diese igual el lugar en el que vivir.

—He vivido en lugares con menos gente y mucho más agobiantes que Manhattan —mencionó al tiempo que cogía su copa de vino y le daba un buen sorbo—. Esto está bien para mí.

Se la quedó mirando y antes de que pudiese pensar en lo que decir se encontró hablando como solía hacerlo cuando estaba en familia.

—Yo nací en Brooklyn, pero nos mudamos por el trabajo de mis padres —explicó echando la vista atrás, a su infancia y adolescencia—. He pasado toda mi vida en Illinois. Volví aquí con Kathy, nos conocimos de niñas y fuimos juntas a la universidad. Como nos gustó tanto la ciudad, decidimos quedarnos y empezar nuestras vidas adultas en Nueva York.

Nada más salieron esas palabras de su boca, se dio cuenta de lo que acababa de hacer, dejó escapar un pequeño suspiro y sacudió la cabeza.

—Pero lo último que quieres es que te hable de tu hermana y nuestra vida universitaria, así que, ¿por qué no me cuentas cómo es que todavía no le has arrancado la cabeza a tu jefe? —Estaba claro que no se esperaba que fuese tan directa, porque se quedó sin saber qué decir, así

que continuó como si nada—. Dios sabe que yo ya lo habría hecho si tuviese que trabajar con él todos los días durante dos años. Y conste que lo adoro, es mi mejor amigo. Pero, de verdad, a él hay que tomarlo en pequeñas dosis. Es intenso, en todos los sentidos.

Y estaba segura de que Winter, si no lo sabía ya, estaría haciéndose a la idea con bastante rapidez.

—Es el que me paga la nómina —respondió con un ligero encogimiento de hombros, entonces añadió—. Procuro recordarlo cada vez que me entran ganas de estrangularlo.

—Un gran sistema, sin duda.

—Aunque no siempre da el resultado deseado —murmuró ella recordando sin duda algún episodio bastante particular, a juzgar por la manera en que hizo una mueca—. Requiere un enorme ejercicio de contención.

Olive se echó a reír y, por primera vez en esos últimos días, sintió que lo hacía de verdad, que podía relajarse y ser solo ella.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —preguntó risueña—. A veces yo misma tengo ganas de estrangularlo. Y no solo a él. No sabrás lo que es que te vuelvan loca de verdad hasta que hayas asistido a una barbacoa en la mansión *Garden Rose*. Si crees que Dante es irritante... espera a verle en compañía de Matt y Noah. Esos tres ya son peligrosos por separado, ¿pero juntos? Serían capaces de dominar el mundo con una cerveza en la mano y un par de hamburguesas sobre la parrilla.

Su comentario la hizo sonreír.

—¿Tan peligrosos son? —Inquirió y había curiosidad en su mirada.

Olive fingió pensárselo durante unos segundos.

—Son del tipo de tíos que pueden volarte la cabeza con tan solo su presencia, pero que también te donarían un riñón si se lo pidieses y no preguntarían para qué lo quieres —afirmó con absoluta convicción—. Y yo haría lo mismo por ellos. Por los tres. —Cogió su propia copa de vino y le dio un sorbo—. A Matt ya lo conoces, ¿verdad?

Seguramente tendría que haberle visto en más de una ocasión por la casa de subastas.

—Sí. Ha estado alguna que otra vez en Kiros.

—¿Y a Noah?

—No, que yo recuerde.

—Noah es expolicía. Después de dejar el cuerpo, decidió abrir su propia empresa de seguridad privada —señaló y añadió—. Es uno de los hombres más confiables que puedes llegar a encontrar en este mundo de mierda. Y es como una montaña. Una de testosterona y chocolate. Una combinación mortal para cualquier mujer, pero también es uno de los tíos más fieles que conocerás en tu vida. Si te da su palabra, la mantendrá hasta el fin de los días. Y, por supuesto, es el más sensato del grupo.

Hablar de los chicos era algo natural para ella. Eran su familia, después de todo, los quería y sabía que haría trizas a cualquiera que les hiciese daño. No hablaría así delante de una extraña, pero empezaba a aceptar el hecho de que esta morenita no lo era, no solo porque era la hermana de sangre de Kathy, o porque viese algún tipo de interés de Dante en ella, sino porque Winter se parecía mucho a ellos.

—Dante te dio las llaves de la mansión, ¿por qué no vienes y...?

—Solo tengo las llaves porque él no las quiere de vuelta —La interrumpió—. No estoy interesada en la mansión, Olive, ese lugar... Yo no encajo allí.

Y de todas las respuestas que podía esperar salir de la boca de la chica, esa no era una de ellas.

—¿Por qué demonios crees eso?

—Porque yo no formo parte de ese círculo, solo sería una intrusa...

—¿Eso crees? —replicó buscando sus ojos.

—Yo no soy Kathy. —Su respuesta fue directa, no rehuyó su mirada, se la sostuvo.

—No, no lo eres —admitió con suavidad y dijo lo que quería decir—. Tienes una personalidad propia. Puedes ser bastante arrogante y fría, pero una cosa es la Winter que presentas ante el mundo y otra la que llevas bajo la piel. Y empiezo a darme cuenta de que esa otra Winter Rose, asoma de vez en cuando. Muy de vez en cuando, sí, pero me gusta más que la arpía fría e irritante que finges ser. —Afirmó contundente y no se lo pensó, deslizó la mano por encima de la mesa y ciñó la suya—. La vida es demasiado corta para desperdiciarla en cosas que no te dejan huella, para aferrarse a algo que ya no tiene solución. —Ella lo sabía mejor que nadie—. Y, sí. Puede que ahora mismo seas una intrusa, que no formes parte de nuestro círculo, pero eso se debe a tus propias decisiones, no las nuestras. Ya tienes las llaves de casa, Winter, solo tienes que atreverte a usarlas y traspasar la puerta. Una vez estés dentro, te darás cuenta de que ya no eres una intrusa y que encajas entre nosotros mucho mejor de lo que piensas.

Winter se quedó mirando sus manos, piel blanca sobre piel canela, pero no retiró la suya.

—Me encantan tus uñas —mencionó la chica como si fuese un pensamiento que cobraba vida en sus labios.

Sonrió y agitó los dedos. Se había hecho la manicura para levantarse el ánimo.

—Gracias. Son muy yo. *Una zorra de altura.*

Levantó la cabeza para encontrarse con su mirada y le guiñó el ojo.

—Te diré dónde las hago si tú me dices cómo demonios consigues tener una piel así de bonita —prometió. La verdad es que la chica tenía un cutis precioso y como mujer y coqueta que era, no le importaría descubrir sus secretos—. No veas la lista de productos y remedios caseros que he probado y no consigo encontrar algo que me guste.

—¿Agua y jabón? —sugirió inocente.

—¿Me tomas el pelo?

Ella esbozó una pequeña sonrisa soslayada y respondió con cierta... ¿Diversión?

—¿Un poco?

Antes de darse cuenta estaba sonriendo y dejó escapar una breve risa al darle una palmada en la mano y retirar la suya.

—Empiezas a caerme bien, Winter, pero que no se te suba a la cabeza. —La apuntó con el dedo—. Todavía nos queda por delante un largo trecho para ser hermanas.

Sus palabras sin duda la descolocaron y no fue la única. Pero de pronto la idea no le parecía tan mala.

—No necesito una hermana —murmuró ella.

—No, ahora no, ahora necesitas una buena amiga y yo también —aceptó sabiendo que esas palabras podían muy bien estar dirigidas también a sí misma—. Una a la que no le pierda la boca y se vuelva gilipollas, como me pasa de vez en cuando.

Enarcó una ceja ante su comentario.

—¿Debo suponer que eso es una especie de disculpa por... *todo*? —sugirió la morena.

—Deberías. Es más, te animo a que lo hagas. Si no tendré que buscar otra manera de disculparme. Y joder, no se me da nada bien —admitió con una mueca—. Tenías razón, puedo ser muy zorra.

Winter rompió a reír. Fue una reacción inesperada, repentina y muy sincera.

—Vaya, si sabes reírte —mencionó y no lo dijo como una crítica, estaba encantada de

verlo—. Esto mejora por momentos.

—Habría sido suficiente si, en vez de lanzar órdenes como un sargento, pidieses las cosas —afirmó con la risa todavía presente en la voz—. Odio con pasión que me digan lo que tengo que hacer.

Olive se la quedó mirando unos segundos, chasqueó la lengua y se reclinó contra el respaldo de la silla.

—Joder. Al final tendré que darle la razón a Dante —aseguró y la señaló al mismo tiempo—. Te oigo hablar y es como si me estuviese escuchando a mí misma. Aunque tú eres mucho más... correcta, todo hay que decirlo.

—No sé cómo debo tomarme eso.

—Puedes tomártelo como quieras —asintió e hizo un gesto de desentendimiento con la mano—. Todo depende de lo bien o mal que yo te caiga.

—Para mi sorpresa, mejor de lo que pensé que me caías hace una semana —declaró la chica con sinceridad.

—Apúntame en esa lista, *hermana* —admitió levantando ambas manos en un exagerado gesto—. Bueno, volviendo a lo de la piel, ¿me cuentas tu secreto? Y sí, es una pregunta. Una con interrogaciones llenas de purpurina para que las veas bien.

—Qué horterada —se rio Winter.

—¡Ey! La purpurina mola un montón, sobre todo si sabes dónde aplicarla —canturreó intercambiando una mirada pícara con ella.

El doble sentido de su comentario no le pasó desapercibido, ya que respondió.

—Sí, lo es. Pero también es muy difícil quitarla después.

—No creas, hay maneras de aplicarla para que después se vaya tan solo con un poco de agua y sin necesidad de arrancarte la piel a tiras —le confesó bajando un poco el tono de voz y haciendo aquella conversación de repente mucho más íntima—. Créeme, estaba harta de frotar hasta que descubrí el truco. Por no mencionar que se pegaba a mis mimados *Stiletto*s. Y no veas el cabreo y el drama absoluto que montaba cada vez que tenía que quitármelos y los veía llenos de brillitos. Recuérdame que te lo cuente... fuera.

Sin duda sería un lugar mucho más adecuado para hablar de sus gustos sexuales que el restaurante en el que solían comer algunos empleados de la casa de subastas y de otros negocios de los alrededores. El local era agradable, la comida buena y abundante y el precio asequible, lo cual era lo que buscaba cualquier trabajador hoy en día.

Continuaron charlando un rato más, hablando sobre todo, y Olive aprovechó para contarle algunas anécdotas curiosas sobre Dante y los chicos, haciéndola partícipe de las locuras de su familia y mostrándole que era un lugar en el que podía encajar a la perfección, pues de verdad así lo creía.

Mientras charlaban fue más consciente que nunca que el resquemor que sentía hacia la morena no tenía que ver con ella, sino con su familia, con la necesidad de protegerles, de protegerse a sí misma y lo que habían tenido entre los cinco.

Olive no quería perder esa camaradería, la confianza existente entre cada uno de ellos. No deseaba que las cosas cambiaran si alguien más se unía a su círculo, ese era el mayor temor que había albergado hasta el momento y que tanto Sienna como Winter, a su modo, estaban consiguiendo disiparlos.

Lo supieran o no, ambas chicas ya eran parte de su círculo, lo habían sido desde el mismo instante en que sus hermanos habían decidido elegirlas.

—Es hora de que vuelva al trabajo —mencionó Winter mirando el reloj de pulsera con una

mueca—. Mi carcelero me ha concedido media hora más, pero estoy segura de que empezará a escupir fuego si no aparezco pronto.

Olive bufó de risa ante su comentario.

—Te daría ánimos para aguantar al desquiciado de tu jefe el resto de la jornada, pero siempre puedes lanzarle un zapato a la cabeza si te exaspera —le dijo recordando el episodio que Dante había compartido con ellos.

—No tendría suficiente calzado para cubrir la jornada, créeme —admitió ella divertida.

La rotunda respuesta de Winter la hizo estallar en carcajadas.

—Amén a eso, *hermana* —afirmó entre risas—. Si necesitas ayuda, puedo acompañarte e inventarme cualquier excusa...

Winter sacudió la cabeza al tiempo que recogía sus cosas.

—No te preocupes. A estas alturas, creo que conozco al dragón de la cueva bastante bien —aseguró poniéndose en pie—. Gracias por la invitación.

Olive siguió su ejemplo y abandonó también la mesa. Juntas se dirigieron a la zona de cobro.

—Ha sido una comida de lo más agradable y también interesante —aseguró y lo decía de verdad—. Tenemos que repetirlo alguna otra vez.

—Sí, estaría bien —asintió la chica y añadió mirándola—. En serio.

Olive asintió en respuesta y le dijo.

—En ese caso, te llamaré para repetirlo —prometió sacando su monedero para realizar su pago.

Winter asintió. Liquidó su cuenta y se despidió antes de volver a la oficina para seguir con su jornada laboral.

Olive echó un nuevo vistazo al reloj y supo que no quería volver a la oficina, tampoco a casa, había llegado el momento de hacer la visita que había estado postergando todo este tiempo.

CAPÍTULO 20

Hoy no había lluvia, el paraguas no cubría buena parte de sus alrededores ni el sonido de las gotas repiqueteaban creando una banda sonora única que la aislara del mundo. No. Esa tarde el cielo estaba azul con tan solo un par de nubes blancas adornándolo y le estaba costando la misma vida dar los pocos pasos que separaban el camino principal del lugar de descanso de su amiga.

Olive respiró hondo, aferró el ramo de rosas blancas que llevaba en los brazos y se obligó a avanzar hacia la lápida que marcaba su ubicación exacta. Estar aquí ahora era tan extraño como irreal, pero también necesario. Negar lo evidente no iba a traerla de vuelta y ya era hora de que se enfrentase a ello, a esa tumba y a su significado.

Se plantó delante de la lápida y recorrió cada letra grabada en la piedra con la mirada. Se le encogió el corazón al leer su nombre y las lágrimas que había logrado controlar durante todo el camino le picaron ahora en los ojos. Se negó a dejarlas caer, respiró hondo y se obligó a dar un último paso a fin de poder dejar las flores en el lugar habilitado para ello.

—Rosales... —murmuró mirando el emplazamiento de la lápida y la tierra en torno a ella—. Tengo que traerte unos rosales de casa para que los tengas cerca y puedas oler su fragancia desde dondequiera que estés.

Volvió a mirar su nombre escrito y esta vez se permitió acariciarlo con los dedos.

—Hola, hermanita —la saludó—. Perdona que no haya venido antes a verte, pero... esta última semana ha sido una mierda con mayúsculas. —Hizo una mueca y añadió—. Aunque no toda, o más bien, no todo el tiempo.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un resoplido.

—Ni siquiera sé qué estoy diciendo... —murmuró bajando la mirada sobre el jarrón en el que había depositado las rosas—. Te he traído tus rosas favoritas, no son las de nuestro jardín porque Matt ha cubierto los rosales para que Sienna pueda trabajar en el mural.

En cuanto el nombre de la pelirroja salió de su boca se dio cuenta de que Kathy no podía saber quién era ella, así que empezó a hablarle de ella.

—Matt la ha encontrado, ¿sabes? A la bailarina del club, aquella de la que me hablaste —mencionó y se dio cuenta de que las palabras salían solas—. Según tengo entendido, la rescató de un contenedor de basura y la puso a trabajar en uno de los proyectos de la promotora. Ya sabes cómo es, no puede darle la espalda a alguien que lo necesita. Pues Sienna, que así se llama, resultó ser no solo la bailarina del club al que os fuisteis de copas, sino además una talentosa artista. Va a hacer un mural en la pared de la rosaleda. Sé que te encantaría.

Hizo una pausa y asintió para sí.

—He tenido la oportunidad de hablar un poco con ella y es encantadora, por no hablar que cada vez que esos dos están juntos saltan chispas —sonrió al recordar lo que había visto entre ellos—. Matt ha encontrado la invitación que has dejado para Sinny, espero que ella la acepte, no me importaría darle la bienvenida a una nueva Rosa a nuestra familia.

Esos dos eran el uno para el otro, no le cabía la menor duda.

—Te alegrará saber que tú tenías razón y yo estaba equivocada —admitió con una pequeña mueca—. Le he dado una oportunidad a Winter Rose y me he dado cuenta de que no es como yo pensaba. Dante dice que nos parecemos, al principio quise pegarle con algo por semejante estupidez, pero... he podido pasar algo de tiempo con ella estos días y... no va tan desencaminado. Veo algunas cosas de mí en ella y de la morenita en mí. Empiezo a entender sus motivos, su manera de actuar, aunque eso no significa que no me cabree la manera en la que siempre te ha tratado... aun si ahora la entiendo. Y también entiendo tu insistencia y lo mucho que luchaste por acercarte a ella. —Hizo una pausa y suspiró—. Sé que querías que viniese a casa, que formase parte de nuestra familia y te prometo que haré lo posible para que así sea, pero al final la decisión será suya.

Aunque era posible que Dante tuviese algo que decir al respecto, si tenía que juzgar la manera en la que esos dos se miraban e interactuaban.

—Dante sin duda ha visto ya lo que Winter esconde debajo de esa eficiente y fría apariencia —continuó en voz alta—. Creo que nuestro hermano al fin se ha fijado en lo que tenía al lado y lo que está descubriendo sobre ella le gusta más de lo que quiere hacernos creer. No es solo el hecho de que le pidieses que cuidase de ella, que también, pero... si los hubieses visto tirándose los trastos a la cabeza... Oh, ahí había una tensión sexual que se cortaba con un cuchillo.

Y también una atracción más que obvia entre los dos.

—Te has ido, pero me has dejado dos hermanas... —mencionó y al pronunciar esas palabras, las lágrimas que intentaba mantener a raya empezaron a picarle en los ojos—. Ojalá hubieses podido estar aquí para ver como nuestra familia aumenta...

Se obligó a parpadear, levantó la cabeza y respiró hondo a fin de mantener a raya sus emociones y con ellas el picor en los ojos.

—Le envié un mensaje a Damien. —Soltó de golpe, como si el hecho de tener que admitir eso en voz alta la molestase—. Tuve que decirle que ya no estabas, por Noah. Sabes cómo es nuestro hombre de chocolate, se guarda todo para sí mismo y si alguien es capaz de entenderle, de ver a través de él, es el capullo de Dam. —Hizo una pausa y se obligó a hacer de nuevo a un lado los pensamientos que a duras penas lograba mantener a raya desde su último encuentro—. Estuvo en casa hace unos días. En mi piso. Debí haberle cerrado la puerta en las narices, pero... Mierda, Kathy. ¿Cómo se atreve a volver y decirme todo eso? ¿Cómo se atreve a hacerlo siquiera después de lo que pasó?

«Nunca me ha costado tanto dejar atrás a alguien como a ti. Quizás sea por eso por lo que todavía vives en mi corazón. Dame algo de tiempo y elegiré».

¿Cómo se atrevía a hacerle eso? ¿A darle esperanzas después de todo lo sucedido?

No quería pensar siquiera en la posibilidad, no cuando hacerlo supondría quizá tener que afrontar una nueva decepción.

—Me dejó una nota. ¡Una puta nota! —siseó y sacudió la cabeza cuando los ojos empezaron a empañarsele sin remedio—. Me lo preguntó, Kathy, me preguntó si era demasiado tarde... Y no sé si lo es. Me hizo daño, eligió su preciosa misión antes que lo nuestro. No se merece ni que le dirija la palabra, pero... Joder, hermanita, ¿por qué tuve que ir a enamorarme precisamente de un agente del FBI con sentido del honor? Un carpintero, un albañil, hasta un jodido músico sería mucho menos complicado...

Pero no la haría vibrar como él lo hacía, no la comprendería como Damien la comprendía, no sería suficiente, nada parecía suficiente después de haberle conocido a él.

—¿Cómo se desenamora una, Kathy? —murmuró sin poder evitar ya que las lágrimas le

cayesen por el rostro—. ¿Cómo se arranca una el corazón del pecho para que no duela tanto querer a alguien?

Porque le quería, seguía queriéndole a pesar de todo, algo que le quedó claro esa pasada noche en la que volvió a estar entre sus brazos, en la que volvió a sentirse suya y en casa.

—Esto es una mierda... —rezongó y se limpió la cara con las manos—. Cuando el pasado vuelve a llamar a tu puerta pidiendo una segunda oportunidad, es una puta mierda.

Y él no solo había llamado a su puerta, sino que había emitido una sentencia y era un veredicto del que no estaba segura de poder escapar.

—Ojalá estuvieses aquí, Kathy, ojalá estuvieses aquí.

Olive dio rienda suelta a las lágrimas y se permitió enfrentarse a la realidad, aquella de la que llevaba tanto tiempo escapando y a la que antes o después debería hacer frente. No solo había perdido a su hermana, sino que el hombre al que no había dejado de amar parecía dispuesto a volver a irrumpir en su presente y adueñarse de él.

CAPÍTULO 21

Esa misma noche...

Beber. Para eso había venido al club Queens, ¿por qué coño no le dejaban hacerlo?

Olive miró ese rostro masculino, atractivo sin duda, pero demasiado pagado de sí mismo, que poseía una sonrisa de lo más irritante. El muy imbécil se le había acercado por atrás y le había sobado el culo, agarrándole una nalga y susurrándole alguna cosa soez al oído.

Desde luego los había que no tenían modales, pero ella estaba de humor para enseñárselos o al menos para hacer que no se olvidase de ellos la próxima vez.

Se echó la melena que llevaba suelta por encima del hombro, se acercó a él sobre los altos tacones de sus botas favoritas y, con tan solo una sonrisa curvándole los labios, le aferró los huevos, clavándole las uñas sin piedad.

—Vuelve a tocarme sin permiso, cabrón, y te los hago tortilla.

El gritito estrangulado que emergió de la garganta del grandullón fue casi cómico. El tipo no se movió un centímetro, no fuese que se los arrancase de cuajo.

—Modales, chico, todo es cuestión de buenos modales —insistió apretando un poco más—. No se te ocurra volver a hacerlo...

—Putas... zorra...

Se los apretó un poco más hasta que chilló como un cerdo.

—Perdona, ¿qué decías?

—¡Perdón! ¡Te pedía perdón!

Aflojó su agarre y el tipo se apartó como si fuese el mismísimo diablo, poniendo tanta distancia entre ellos que en cuestión de segundos ya había atravesado la sala y desaparecía entre la gente.

—Adiós —levantó la mano y meneó los dedos en un gesto de despedida. Acto seguido recuperó la copa que había dejado sobre una de las mesas y se acomodó en uno de los sofás vacíos dispuesta a seguir bebiendo.

Le dio un pequeño trago a su tercera bebida de la noche y la saboreó. Era una pena que todavía estuviese lo bastante sobria para notar el sabor a fresa, aunque ya había alcanzado ese puntito achispado en el que le daba igual todo.

Dejó escapar un resoplido y cruzó las piernas, la brevísima falda se le subía hasta casi el nacimiento de los muslos, aunque no tanto como para que se le viese el tanga que había elegido esa noche.

Había cambiado el traje sobrio de la oficina por un ajustado corsé, minifalda y sus adoradas botas *Stiletto* de caña hasta el muslo. Esta noche solo quería ser Olive, no tener que pensar en nada ni en nadie, aunque esto último se había convertido en un jodido reto desde el momento en que puso un pie en el *Queens*.

Era uno de sus locales favoritos. Aquí se sentía a gusto y segura. Por regla general nadie la molestaba a menos que quisiera ser molestada, aunque de vez en cuando se producían excepciones como las de ese neandertal.

Este era el local al que solían venir ella y Kathy cuando tenían ganas de pasar una noche diferente, donde había conocido a Dante y luego a Matt. Había pasado muchas noches sentada en estos sofás charlando y riendo con su amiga, con todos ellos, disfrutando de las bebidas y también de la sensualidad de sus compañeros. Aquí había nacido la idea del *Night Rose* a la que Matt acabó dando forma tras comprar la mansión y seguía siendo el sitio al que recurrían cuando querían estar solos o disfrutar de la vida que habían elegido.

Y aquí también le había conocido a él, al hijo de puta al que no podía quitarse de la cabeza por mucho que deseara hacerlo. Había entrado acompañando a Noah, vistiendo tan solo unos vaqueros y una camiseta bajo una chaqueta de cuero que le sentaba como un guante. Se movía como un cazador evaluando el terreno de caza a su disposición y poseía una presencia abrumadora, de esas que hace que no puedas apartar la mirada de una persona, aun a sabiendas de que podría resultar demasiado peligrosa.

Noah se lo había presentado, pero ella había sabido quién era incluso antes de que su amigo pronunciase su nombre. Les había hablado de él, alguien a quien también consideraba un hermano y que compartía su estilo de vida y la camaradería era palpable entre ambos.

Olive había coqueteado abiertamente e incluso le había invitado, junto con Noah, al reservado que había estado ocupando y su respuesta había sido poco menos que una orden.

«Persuádeme».

La había mirado con intensidad, desafiándola con la mirada, como si supiese que ella no podía resistirse a un desafío semejante.

—Todavía no ha nacido el hombre que me diga lo que tengo que hacer, Damien —le había dicho sin dejar de mirarle a los ojos.

—Eso es porque todavía no me habías conocido a mí, pequeña.—Su respuesta había sido tan rotunda y sincera, el inesperado agarre sobre su barbilla tan duro, que la había dejado sin palabras—. Es solo por eso.

Un segundo después se había acercado a sus labios, como si deseara besarla, solo para detenerse en el último instante.

Olive no lo pensó, lo besó ella.

Y por Dios, su sabor era delicioso, a la cerveza que había estado bebiendo y a hombre, uno que intuía no era de los que cedían las riendas así como así.

—Se te olvidó mencionar que tu amigo era también un capullo integral, Noah —le dijo a su compañero, que no dudó en soltar una sonora carcajada—, aunque lo admito. Besas bien.

Ahora fue Damien el que se echó a reír. Se lamió los labios y la recorrió con una mirada sexual.

—Lo mismo digo, rubita, lo mismo digo.

Esa noche sin duda marcó un antes y un después en su vida. No todos los días se conocía a alguien capaz de encajar su sarcasmo y devolvérselo con la misma facilidad, ni de aceptar que tu corazón está abierto a más de una persona, que les perteneces del mismo modo que ellos te pertenecen a ti.

Pero Damien no solo lo aceptaba, sino que lo entendía.

Desde esa primera noche que le dejó entrar, supo que él era la horma de su jodido zapato.

—Tienes suerte, Dam, Olive nunca se muestra tan... persuasiva —se reía Noah sentándose en el sofá, a su izquierda—. Un poco más y le metes la lengua hasta la campanilla, amor.

Ella bufó y se volvió hacia su amigo.

—Empezó él.

Ahora fue Damien el que se rio. Si Noah era una montaña de hombre, el tipo no se quedaba atrás. En cuanto ocupó el lugar vacío a su derecha, se quedó encajada en el medio del sillón.

—¿Siempre eres tan deslenguada?

—Ni siquiera ha comenzado, Dam, ni siquiera ha comenzado —afirmó Noah resbalando un brazo sobre el respaldo del sofá y cogiéndole la barbilla con suavidad con la mano libre para volverle la cara hacia él—. Olive pude ser realmente... impetuosa con esa lengua.

—Solo cuando te lo mereces —replicó mirando esos ojos color café que conocía tan bien y que ya estaban oscureciéndose por el deseo. Miró su boca y se lamió los labios en gesto invitante—. Como ahora...

Noah sonrió y capturó sus labios en un beso suave y lento que hizo que se le encogieran los dedos de los pies de puro placer.

—Pequeña tunante —replicó con una sonrisa y se apartó. Olive notó al instante unos dedos callosos reclamando su rostro y lo volvió para recibir un segundo beso ahora de Damien.

Al igual que el de su amigo, su beso fue suave, lento y despertó cada una de sus terminaciones nerviosas como si les hubiesen dado una descarga.

—Sabes muy bien, rubita.

—Tú también... —admitió respirando su aliento, dispuesta a obtener más de esa boca.

Pero de nuevo no fue su boca la que capturó la suya, sino la de Noah y esta vez no hubo suavidad, solo hambre voraz, una que conocía bien y la ponía a cien. Salió al paso de su lengua y la enlazó con la de él, lo saboreó y dejó que la saboreara, que tomase de ella lo que deseaba hasta dejarla jadeando.

—Cristo... —Apenas pudo dejar escapar una exhalación antes de que su compañero ocupase otra vez su lugar y volviese a por un segundo beso igual de intenso y exigente que el de su espina.

Gimió en su boca, no pudo evitarlo y lo más seguro es que hubiese acabado trepándole encima si no se hubiese encontrado restringida entre ellos. Sus palmas ahora se apoyaban abiertas sobre el asiento a ambos lados de sus muslos y la fuerza de dos manos callosas manos las mantenían en el lugar.

—No las separes de ahí —escuchó que le susurraba Noah al oído, mordisqueándole a continuación el lóbulo mientras Damien seguía incursionando en su boca—. Pase lo que pase, no las muevas, ¿de acuerdo, amor?

El beso se rompió y la boca que había atormentado sus labios se deslizó ahora sobre su cuello, mordisqueándola.

—Tienes que estar... de puta... broma —jadeó echando la cabeza hacia atrás para darle acceso.

—Ya sabes que no —aseguró Noah, cosa que hizo reír a Damien—. Sabes lo mucho que me excita que me obedezcas.

Sí, lo sabía. Y eso la excitaba a ella también, sobre todo porque la ponía muy caliente concederle sus demandas.

—Y no soy el único que disfrutará de tu obediencia... —añadió Noah acariciándole la oreja con la lengua—. Dam es un dominante sexual. —Un ligero escalofrío le bajó por la columna—. Dale lo que te pida y será como si me lo dices a mí.

Olive se derritió ante el tono sensual en las palabras de su amigo.

—Un sí, cariño, solo dame un sí —insistió jugando con su lengua.

—Sí —suspiró de puro placer.

—Me encanta cuando eres tan obediente —aseguró su tableta de chocolate particular.

Un instante después, la tela de su corsé cedió y sus pechos saltaron libres de restricciones. No le dieron tiempo ni a respirar, pues un segundo después dos bocas se cerraron en torno a sus pezones y se amantaron de ella como si estuviesen hambrientos.

Olive gimió, se retorció y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantener las manos sobre el asiento. Si bien sabía lo mucho que disfrutaba Noah con sus pechos, le quedó claro que había alguien que también disfrutaba de ellos. Damien la chupaba con sumo placer, su lengua azotaba el pezón para luego lavarlo y sus dientes no dudaban en provocarle ese pellizco de doloroso placer que conectaba con su sexo humedecido.

Esos dos parecían decididos a que se corriera con tan solo manipular sus pechos, algo que había creído del todo improbable de no ser por el inesperado y demencial placer que le estaban provocando sus caricias. Empezó a contonearse, deseando frotarse aunque fuese contra el asiento, pero en el instante en que hizo un primer movimiento recibió una bofetada en uno de sus pechos.

—Quieta. —Esa era la voz de Damien y sonaba lo bastante ronca como para provocarle un nuevo escalofrío—. Quiero recrearme con estas preciosidades, dulzura. —Hizo hincapié en sus palabras, cogiéndole el pecho y sobándoselo—. Si te mueves, me desconcentras.

—¿Qué yo te...? —Otro bofetón, esta vez sobre el pezón que torturaba Noah la hizo respingar.

—Obedece, amor... —Noah le susurró ahora al oído y a continuación cubrió su boca con la de él en un largo y húmedo beso—. Hazlo y follaré ese bonito coño...

Dios. Noah era capaz de hacer sonar a música celestial palabras tan crudas.

—Ya estás tardando... —gimió.

Damien se rio contra su pecho, sus labios volvieron a succionar el pezón y la tortura comenzó una vez más.

Esos dos se aliaron para volverla loca, pero no le importó, a pesar de todo lo estaba disfrutando.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó que cayese por el borde del respaldo mientras sus dos amantes jugaban con sus pechos. Estaba tan desesperada que acabó hundiendo los dedos en el sillón sin poder contenerse.

—Quizá necesite otro tipo de sujeción a la que agarrarse, Noah —ronroneó Damien sobre su pecho—. Una más dura y caliente.

—Joder. Me gusta como piensas —se carcajeó él—. Solo espero que sepas a lo que te enfrentas, hermano.

—No apretará, será de lo más cuidadosa, ¿verdad, dulzura?

Tenía el cerebro fosfatina, así que no fue consciente de lo que le estaban hablando hasta que cada uno cogió una de sus manos, la arrancó del asiento y la posó sobre sus duras y erectas pollas.

—Oh, por todos los dioses... —Olive jadeó al notar la dura y caliente carne de dos erecciones, una debajo de cada mano—. Hijos de...

—Esa boca, dulzura, esa boca —Damien volvió a abofetearle el pecho y sus dedos se cerraron en torno a ambas pollas en acto reflejo—. Suave, Olive, suave. Quiero correrme en tu coño, en tu culo o en tu boca... pero no en tus manos.

Cada palabra enviaba un ramalazo de placer a través de ella. Su sexo palpitaba de

necesidad a estas alturas y sabía que un solo roce la hacía estallar y saber que estaba en ese estado tan solo porque le habían masturbado los pechos, la enloquecía.

Si esos dos eran capaces de hacer eso solo con sus bocas, jugando con sus senos, ¿qué no harían con las pollas que intentaba envolver con sus dedos?

Cristo. Sabía que Noah estaba bien dotado, pero Damien no se quedaba atrás. Teniéndoles a cada uno en la mano, pudo notar las distintas diferencias e imaginarse ser follada por ellos y le secó la boca.

—¿Le quieres en tu coño o en tu culo? —Noah se inclinó para susurrarle de nuevo al oído, como si estuviese compartiendo un secreto con ella—. Yo sé que quiero tu boca. Me encanta cuando me tragas.

Por el amor de Dios, ¿por qué no se callaban de una vez y la follaban?

—Lo haremos, amor, lo haremos —se rio él.

—Lo he dicho en voz alta.

—Alto y claro, dulzura, alto y claro —Las palabras de Damien llegaron acompañadas de sus dedos ciñéndole un pezón y tirando de él al mismo tiempo que Noah hacía otro tanto. Los dos parecían saber qué iba a hacer el otro y cuándo, porque si no, no se explicaba tal grado de sincronización—. Y te prometo que lo haremos tan pronto como te corras.

Y como si tuviesen un empeño especial en hacer que se corriese jugando con sus pechos, ambos se pusieron a chuparle y jugar con sus pezones al mismo tiempo.

—Joder... Esos dedos, Olive —jadeó Noah.

Ella gimió desesperada e intentó no apretar, pero apenas podía pensar con coherencia, no cuando el placer se estaba volviendo insoportable y su necesidad de culminar se acercaba más y más al borde.

—Dios... —Damien también jadeó, pero no abandonó su pecho. Cerró los dientes en torno a su pezón y mordió con suavidad. Después de que Noah hubiese hecho lo mismo con el otro, el orgasmo la azotó.

Fue rápido e intenso, pero más que darle alivio la dejó jadeando y necesitada de más.

—Hostia puta... —Unas manos se cernieron en torno a las de ella, aflojando sus dedos cuando y riéndose al mismo tiempo—. Recuérdame que no le pida que aferre mi polla cuando tenga la tuya en la boca.

—Lo mismo digo —se rio Damien y reconoció su lengua, así como su sabor, incursionando en su boca—. Buena chica. Eres todo un caramelito, cariño.

—Un caramelito... que necesita... que se la metáis... ya.

Ambos volvieron a reírse a carcajadas, se turnaron una vez más para besarla en la boca y se dedicaron a volverla loca durante el resto de la noche.

Olive respiró hondo y se obligó a hacer a un lado aquellos pecaminosos recuerdos. Se tomó unos instantes para recuperar el ritmo normal de su respiración e ignorar el creciente palpitante entre sus piernas. El solo hecho de recordar aquello la había puesto caliente.

Damien había sido capaz de leerla como un libro abierto. Tenía la maldita habilidad para meterse en su mente y sacar a la luz cosas que ni siquiera ella sabía que poseía. Y con ese tipo de poder, ¿cómo demonios iba a resistirse a él?

*Cuanto más tiempo pasaba con él, más le gustaba lo que encontraba y no solo en el terreno sexual. El tipo era carismático, atento, sabía escuchar y la aceptaba tal y como era. En muchos sentidos era uno de ellos, lo fue incluso antes de que recibiese la invitación al *Night Rose* por primera vez y se convirtiera en una de sus *Espinas*.*

Si tan solo no hubiese sido tan tonta como para enamorarse de él.

¿No se lo había advertido él acaso? ¿Qué no era de los que se enamoraban? ¿Qué no se veía con una esposa e hijos? ¿Qué esta era la única vida que deseaba llevar, una en la que no hubiese más atadura que la de cada noche?

Hubo un tiempo en el que deseó lo mismo, en el que no quería ataduras, en el que no se veía cambiando pañales y con un niño en brazos, pero... de unos años para aquí la idea de cambiar los juzgados por una casa e hijos ya no le parecía tan... irreal.

Era una tonta romántica y con pájaros en la cabeza, una que se volvía demasiado parlanchina cuando bebía.

—Que el diablo te lleve... —siseó y se acercó la copa a los labios dispuesta a darle un nuevo trago a su bebida.

—De todas las cosas estúpidas que puedes hacer esta noche, ahogarte en el alcohol es una de ellas. —Una voz femenina interrumpió sus pensamientos. Un segundo después se encontró con una botella de agua delante de las narices—. Toma.

Olive dejó escapar un resoplido y se bebió el resto de su consumición dispuesta. Estaba claro que esa noche tenía el cartel de *«joder aquí, por favor»*.

—Puedes ahorrarte la aproximación, guapa, no estoy de humor para...

En cuanto sus ojos se encontraron con los marrones enmarcados por el maquillaje y la máscara que le cubría el rostro a la recién llegada, se quedó sin palabras. Frunció el ceño, dejó la copa a un lado y entrecerró los ojos prestándole atención. Entonces los abrió de golpe al darse cuenta de quién era la persona que estaba detrás de esa máscara.

—Joder. Eres, eres tú, ¿verdad? —Mientras hacía aquella pregunta, volvió a mirarla de la cabeza a los pies, deteniéndose de nuevo en su máscara y viendo por fin más allá de su apariencia; era Winter Rose.

—¿Puedo sentarme? —Señaló el espacio libre a su lado en el sillón.

—¿Quieres hacerlo? —No podía negar que le sorprendía la sola pregunta—. Te advierto que no voy a ser correcta, ni educada, ni agradable... Ahora mismo no soy la Olive razonable, soy una zorra con mayúsculas.

No estaba de humor para andarse de puntillas alrededor de ella. Esta noche no.

—Estupendo, eso me pone las cosas más fáciles —afirmó Winter sentándose a su lado sin más ceremonias. Le quitó el tapón al agua y se la entregó con una decisión que no admitía una negativa—. Dale un sorbo, vamos.

Miró la botella, luego a ella y otra vez a la botella.

—¿En serio?

—Sería todo un detalle, ya que te la he traído —replicó con un firme asentimiento.

Olive arrugó la nariz ante su tono mandón y espetó.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

—Esa es una pregunta que muy bien podría hacerte yo a ti —aseguró la chica y empujó la botella una vez más hacia ella.

Sin percatarse siquiera, se encontró cogiendo la botella y bebiendo un largo trago. En cuanto el agua tocó su lengua, se dio cuenta de que estaba sedienta. No podía quitarle los ojos de encima, era como si estuviese ante una persona muy distinta a la asistente de la casa de subastas, como si la mujer sexy y decidida a la que miraba fuese una hermana gemela y no *ella*.

—¿De todos los clubes que hay en Nueva York y voy a caer en el mismo que frecuentas tú? —mencionó devolviéndole la botella—. Gracias.

La chica asintió con la cabeza y aprovechó para beber también.

—Supongo que es uno de los más conocidos... —respondió Winter con un ligero

encogimiento de hombros—. Dante suele dejarse caer también por aquí...

—Sí, yo también. Sobre todo antes. Pero... hacía tiempo que no venía por aquí, mucho tiempo —admitió contemplando su rostro—. Es preciosa. La máscara. El maquillaje. Tú.

—¿Gracias?

—Joder. Me podía esperar muchas cosas, chica, pero esto... —La señaló entera—. Estás preciosa. Increíblemente sexy.

Y lo decía en serio. No parecía ella misma, era como si se hubiese quitado un disfraz y hubiese florecido por completo.

—Gracias —asintió luchando sin duda con la diversión—. No soy la única. Tú también estás impresionante. Y muy sexy. Ahora entiendo lo que decías sobre los *Stilletos*.

Bajó la mirada sobre sus propias botas y sacudió la cabeza. Entonces dejó escapar una carcajada.

—En serio, ¿Dante ha estado aquí, te ha visto así y no te ha follado? —chasqueó la lengua y sacudió la cabeza—. Ese hombre es tonto de remate.

Bufó y se cruzó de brazos.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido? —inquirió Winter.

Olive enarcó una ceja, ladeó la cabeza y entonces sonrió.

—Dante es mi mejor amigo, mi hermano. Follamos de vez en cuando, sí, pero no somos exclusivos el uno del otro —admitió esbozando una pequeña sonrisa. Estaba claro que alguien tenía un interés más que profesional en el dueño de Kiros—. Es mi *espina* en el *Night Rose*, mi familia, pero yo no soy su única *Rosa*.

Winter ladeó la cabeza y fue directa como pocas veces la había visto ser.

—Entonces, ¿quién es el gilipollas por el que has terminado aquí dispuesta a emborracharte?

—¿Quién dice que hay un gilipollas? —resopló y puso los ojos en blanco.

La abarcó de la cabeza a los pies con un movimiento de la mano.

—Porque solo un auténtico gilipollas o un cabrón podría dejar o rechazar a alguien como tú. —Sus palabras sonaron de lo más sinceras—. No creo que seas de la clase de mujeres que llora por un hombre, sobre todo después de ver como cogiste de los huevos a ese tipo.

Olive dejó escapar un pequeño resoplido.

Así que había visto eso. Qué bien. Tendrían tema de conversación para rato.

—El idiota no sabe aceptar un no. —Señaló su consumición ahora vacía—. Todo mi interés estaba en esa copa, no en él.

—En este lugar hay cosas mucho más interesantes de las que puedes encontrar en ese vaso —señaló la chica con un resoplido propio—. Si piensas que eso te va a ofrecer algo más que un olvido momentáneo y una maravillosa resaca mañana, la llevas clara. Tendrás un dolor de cabeza de órdago, el estómago revuelto y lo que sea que te ha llevado a beber, seguirá estando ahí para dar por culo.

Olive entrecerró los ojos ante su tono y le aseguró.

—Eres irritante, ¿sabes?

La chica puso los ojos en blanco.

—Estas dos últimas semanas lo he escuchado mucho viniendo de Dante y de ti.

No pudo evitar sonreír ante su comentario.

—Mira, puede que me haya metido dónde nadie me llama. Es más, ese maldito barman me ha empujado a ello, pero no habría venido si no hubiese querido —afirmó Winter mirándola a los ojos—. No se me da bien entablar amistad con la gente, Olive. Ya no sé cómo hacer amigos. Y ni

siquiera sé por qué me importa, para empezar, alguien como tú. Pero, no sé. Supongo que me caes lo bastante bien como para intentarlo.

De todas las cosas que podía esperar saliendo de la boca de la chica, esa no era una de ellas. Con todo, su manera de expresarse y el contenido de sus palabras se asemejaban bastante a lo que ella misma podría haber dicho con respecto a la chica.

—Esta eres tú de verdad, ¿no? —preguntó sin apartar los ojos de los suyos.

Esta era la Winter de la que le hablaba Kathy, la que ocultaba debajo de todo lo demás, alguien muy parecida a ellas.

La chica asintió, abrió los brazos y se señaló con un gesto.

—Esta soy yo, sí —admitió sin reservas. Entonces resopló y miró el sofá—. Y este sofá parece tener una jodida maldición, porque cada vez que me acerco o me siento en él, la gente empieza a hablarme de sus cosas en vez de follar.

Olive dejó escapar una carcajada, los ojos se le humedecieron sin saber muy bien por qué, de hecho, notó como resbalaba alguna lágrima por su mejilla. No sabía por qué, pero de pronto se sentía aliviada.

—Eso es terrible, *Win* —admitió divertida ante las palabras de la chica.

—Un horror —aseguró esta con rotundidad.

No pudo evitarlo, rompió a reír, a reír de verdad. Necesitaba esto, lo echaba de menos. Y si bien era consciente de que ella no era Kathy, empezaba a gustarle bastante esta Winter, la mujer que se escondía debajo de la máscara. No lo pensó, alternó la mirada entre el sofá y ella y sonrió entre divertida y pícara.

—Se me ocurre una idea para exorcizarlo —aseguró al tiempo que se volvía en su dirección e invadía su espacio personal—. Follarte en él.

Vio lo que las palabras que salieron de su boca provocaron en la mujer que tenía ante ella.

Para Olive todo esto era un juego, parte de quién era ella, de cómo se comportaba en la noche. Necesitaba olvidarse de todo, en especial de él y la bonita y pecaminosa morena que se sentaba a su lado parecía dispuesta a jugar. Le sostuvo la mirada y esperó a que fuese Winter la que eligiese, la que decidiese si quería seguir adelante con el juego que habían iniciado o retirarse.

—Me gusta tu idea —aceptó inclinándose hacia delante, acortando la distancia entre ambas y permitiéndole aspirar su aroma a flores cuando estuvieron tan solo a unos centímetros la una de la otra.

Olive asintió y respondió con el mismo tono travieso de la chica.

—Te va a gustar mucho más cuando te folle —afirmó acariciándole los labios con la punta de la lengua—, te lo aseguro.

Y ella también lo disfrutaría, se dio cuenta.

CAPÍTULO 22

Dante exhaló un aliviado suspiro.

La imagen de dos hermosas mujeres charlando animadas, riendo y entrechocando sus copas era un alivio considerable. Sobre todo después del críptico mensaje que había recibido hacía unas horas por teléfono.

«Vigila a nuestra rubita, por favor. Prometo ocuparme personalmente de ella en cuanto termine con lo que tengo entre manos».

Ese mensaje explicaba muchas cosas y rellenaba los silencios que Olive había mantenido durante ese día. Intuía que el actual comportamiento de su hermana no tenía que ver solo con la pérdida de Kathy, sino con algo más.

Damien Knight había vuelto a aparecer en la vida de la chica y, a juzgar por el mensaje que le había enviado a él y no a Noah, quería decir que ambos tenían que estar metidos en alguna de sus misiones. Si el agente del FBI estaba dispuesto a *«ocuparse personalmente de ella»* tal y como decía, significaba que al fin había tomado una decisión y solo esperaba que esa fuese suficiente para cerrar la brecha abierta entre ellos.

Sabía que no debía meterse, el propio Noah se lo había pedido en su día y Kathy no había hecho más que confirmar su petición. Lo que existía entre la pareja iba más allá de un simple encoñamiento.

«Nunca te has enamorado de verdad, ¿no?». Las palabras de Kathy acudieron a su mente. *«El amor no es un camino de rosas. Duele y hace daño, pero lo mejor de todo es que también sana. Lo que ahora no comprende es que él prefiere hacerle daño ahora y mantenerla a salvo, que amarla y perderla. Es su vida Dante, todo lo que podemos hacer es estar a su lado y sostenerla cuando el dolor sea demasiado o animarla a luchar por lo que quiere cuando llegue el momento de hacerlo».*

Y lo había hecho. Había estado a su lado, la había apoyado y sostenido cuando se hizo pedazos, por lo que no deseaba que la chica volviese a enfrentarse a algo semejante. Si Damien estaba dispuesto a recuperarla, más le valía que fuese de una vez y para siempre, porque no le permitiría que volviese a herirla de esa manera; ni siquiera si era para mantenerla a salvo.

Olive era una mujer fuerte e inteligente, capaz de enfrentarse a sus propios demonios y darles una paliza, sí, pero también poseía una parte vulnerable. Debajo de ese traje de chaqueta e implacable decisión, se escondía una mujer que necesitaba que la abrazasen, que la sostuviesen cuando lloraba, que le recordasen cada día que era importante para alguien.

Podía ser egoísta por su parte, pero no la dejaría ir sin asegurarse de que el hombre que quisiera ocupar un lugar en su vida y su corazón la trataba como a una jodida reina y la anteponeía a todo, incluyéndose a sí mismo.

Se fijó en la mujer que estaba con su amiga y se lamió los labios ante la deliciosa visión que le ofrecía.

Winter estaba para comérsela con ese modelito.

La máscara seguía velando su identidad, pero su lenguaje corporal era relajado, su sonrisa

real... Y Dios, qué bonita era cuando sonreía.

Le encantaba esta versión de su asistente, su relajación, la manera que tenía de moverse, de ladear la cabeza o sonreír. Su mirada se volvía sagaz, sensual y para ser sincero consigo mismo, estaba deseando ver esos ojos marrones velados de deseo... por él.

Nunca había sido del tipo obsesivo. Si deseaba algo, lo conseguía y punto. Si quería follarse a una mujer, la seducía y se la follaba, pero con Winter... Ella despertaba en él cosas que no había experimentado antes y eso lo mantenía en una invisible cuerda floja.

Las chicas continuaron perdidas en su conversación, parecían estar sumergidas en alguna especie de competición con sus pies. Olive incluso acabó quitándose las botas que le encantaba usar y se las pasó a Winter.

Los zapatos nunca habían sido su fetiche, pero después de ver a la morenita deslizar las piernas en el interior del cuero y subir la cremallera hasta arriba, podría muy bien convertirse en uno. La chica se echó hacia atrás en el sofá y levantó ambas piernas, doblando las rodillas, dándole una encantadora visión de su trasero desnudo y...

—Hija de puta...

No llevaba ropa interior.

Todavía no se había recuperado del inesperado y delicioso vislumbre de su sexo cuando la vio ponerse de pie. Se movió de aquí para allí, imprimiendo un paso de lo más seductor a ese movimiento de caderas y entonces empezó a bailar.

Winter estaba bailando, riendo, girando sobre sí misma y esa imagen fue una de las más bonitas que contempló en toda su vida. Era sensual, un claro juego entre dos mujeres que disfrutaban de sí mismas, del momento que vivían, libres, sin que sus actos perjudicasen a nadie, sin que las juzgasen por comportarse con total libertad.

Sonrió para sí, se dirigió a la barra y ocupó un lugar discreto desde el que poder vigilarlas a ambas. Según podía apreciar, el acercamiento del que había hecho mención Olive parecía haberse consolidado esa noche. No había nada como mostrarse sin máscaras, libre de complejos ante otra persona, como para que esta supiese quién era uno en realidad. Y Winter parecía haberle concedido ese regalo a Olive, del mismo modo en que esta se lo había concedido a la chica.

—¿Tomas algo?

Dante ladeó la cabeza para encontrarse con la mirada divertida del barman. Zeus Atkins era el dueño del local y también uno de los mejores mecánicos de la ciudad. Se conocían del taller, pues solía llevar su coche allí.

Zeus era del tipo de hombres que no se metía en la vida de los demás, que oía, veía y callaba. Un tipo discreto en un mundo en el que los secretos aparecían a menudo en las redes sociales.

—Una sin alcohol —pidió y señaló con un gesto a las chicas que seguían bailando—. Me tocará conducir, por lo que veo.

Le puso un posavasos con su consumición y miró en la misma dirección.

—La rubita es quien ha disfrutado ya de tres copas y una botella de agua cortesía de la morena —le informó—. *Winrose* lleva un buen rato con su segunda copa.

—¿La segunda?

—Alguien necesitaba un empujón para decidirse, imagino.

Curvó los labios y asintió comprensivo.

Al parecer se había perdido parte del contexto, aunque conociendo a Olive y tras el mensaje de Damien, podía suponer cómo habría comenzado todo para su hermana.

—Se lo han pasado bien, ¿eh?

El barman se rio.

—En grande —admitió, le guiñó el ojo y señaló la cerveza—. Invita la casa.

—Gracias —le agradeció antes de que el hombre volviese a su trabajo.

Con la cerveza en la mano, volvió a fijarse en el reservado que ocupaban sus chicas. Ambas seguían bailando, restregándose la una con la otra con movimientos sensuales e hipnóticos. Cada una con su bebida en la mano; una copa en la de Winter y un refresco en la de Olive. Era un milagro que los líquidos no se derramasen sobre ellas.

Winter fue la primera en regresar al sofá entre risas.

Empezó a quitarse las botas para devolvérselas a su dueña, quien se dejó caer a su lado, recogiendo de sus manos con una risita y un húmedo beso en la boca de la otra mujer.

La rubita se sentó y dejó claro que ella también había perdido las bragas.

Dante sonrió para sí, sacudió la cabeza, se llevó la cerveza a los labios y bebió.

Esas dos eran tal para cual.

Dejó de nuevo la botella sobre el posavasos y, cuando volvió a mirar en su dirección, se encontró con los ojos de ambas mujeres fijos en él.

Olive tenía una felina sonrisa curvándole los labios, una que conocía bien, pero fueron sus ojos verdes, alegres y libres del peso que había visto en ellos esa última semana, lo que aligeraron su corazón. Su amiga levantó la mano y agitó los dedos en un divertido saludo. Un segundo después se había vuelto hacia Winter, haciendo que esta desviase la mirada también para prestarle atención.

Vio a la morena asentir y recibir un rocambolesco beso de Olive en los labios. Su amiga la abandonó entonces para caminar hacia él sobre esos imposibles tacones que tanto le gustaban y que le daba un aspecto de lo más sexy.

—Mi acosador favorito —ronroneó su hermana, le echó los brazos al cuello y le acarició la oreja con los labios—. Como la cagues con ella, te esterilizo.

Dante soltó una carcajada, la rodeó con los brazos y la ciñó contra él, sintiendo ese voluptuoso cuerpo contra el suyo.

—Siempre tan encantadora —le dijo mientras ladeaba la cabeza y la besaba en la base del cuello. La dejó ir y aprovechó para recorrerla con la mirada—. Estás explosiva, nena. ¿A quién quieres impresionar?

—A cualquiera que tenga ojos en la cara y sea capaz de admirar este cuerpazo —aseguró ella coqueta y con una sonrisa genuina—. Me apetecía jugar...

—No me digas —replicó irónico, recorriéndola una última vez para luego mirar más allá, al área de sofás en la que Winter esperaba.

—Y a ella también —añadió Olive viendo a dónde se dirigían sus ojos—. ¿Te unes al juego?

Había picaresca en los ojos verdes de su amiga, una perezosa y tierna sonrisa curvándole los labios. Era el vivo retrato de la inocencia, pero también de la pecaminosa perversión.

Ella sabía muy bien lo que hacía, el motivo por el que le estaba haciendo tal invitación. Olive era con toda probabilidad una de las mujeres capaces de ver a través de él, de su propia máscara. Le conocía, le quería y siempre anteponía sus necesidades a las de ella.

—Nada me gustaría más... —admitió acariciándole al mismo tiempo la mejilla con los dedos.

—En ese caso, ¿qué haces todavía aquí sentado? —Tiró de él y lo puso en pie—. Vosotros dos tenéis un jodido problema de comunicación. ¡Y ni siquiera hace falta hablar mientras follas!

Se rio, no pudo evitarlo. Olive estaba más que achispada en esos momentos.

—¿Cuánto has bebido, Oli?

—Tres copas, media botella de agua y un refresco —enumeró con los dedos, entonces se inclinó hacia él y le dijo en tono confidencial—. Y mira por dónde, ahora que me haces enumerarlas... ¡Me hago pis!

Dio un saltito hacia atrás, puso su cara más pilluela y lanzó el pulgar por encima del hombro.

—Te la encargo, Dan —le dijo señalando en dirección a su nueva compañera de juegos y en sus ojos había una seria advertencia—. No la hagas esperar más.

No tuvo tiempo a hacer otra cosa que responderle con la mirada antes de que la chica girase sobre sus botas y saliese corriendo mientras canturreaba sin pudor «*paso, pipí en camino*».

¿Por qué no le sorprendía ya nada de lo que hacía esa mujer?

Estaba claro que el que tendría que mantenerse sobrio esa noche sería él, pues Olive no estaba en condiciones de coger el coche para volver a casa. No, ni loco le dejaría siquiera coger las llaves.

Sacudió la cabeza, le dio un último trago a su cerveza sin alcohol y dejó la botella para cruzar la sala donde esperaba la pequeña morena.

CAPÍTULO 23

Horas más tarde...

—Sabes que puedo caminar yo sola, ¿no?

Olive sonrió ante la mirada poco convencida de Dante cuando la acompañó desde el coche al portal de su casa. La noche había pasado volando, envuelta en un ambiente candente y en una compañía de lo más sensual. Si era honesta consigo misma, tenía que admitir que había disfrutado de lo lindo.

—Vuelve con ella, no la dejes sola.

—Win no va a irse a ningún lado y lo sabes —chasqueó su amigo, le quitó las llaves de las manos y abrió con ellas la puerta del portal—. Vamos, entra. Voy a asegurarme de que llegues a la puerta de casa y entres en ella.

—No estoy tan borracha como crees, Dan —resopló ella.

—Sé que no lo estás, amor, pero eso no quita que me preocupe por ti —afirmó con su habitual sinceridad—. No estás siendo tú misma últimamente, Olive.

Dejó escapar un suspiro ante su comentario, se volvió para saludar con la mano a Winter, que ahora ocupaba el asiento del copiloto, y pasó delante de su amigo de camino al ascensor.

—Ninguno estamos siendo nosotros mismos, Dante —admitió con sencillez—. Es lo que suele pasar cuando pierdes a alguien importante en tu vida. Ya no funcionas de la misma manera, aun cuando lo intentas con todas tus fuerzas. Y lo estoy intentando, hermanito, te lo juro.

Llamó al ascensor y se volvió hacia el hombre que la miraba con esos bonitos y comprensivos ojos azules.

—Creo que he dado un gran paso —admitió con una perezosa y pícara sonrisa—. Ahora Win me gusta mucho más.

No sonrió, ni siquiera hizo una mueca, lo que le dijo que su amigo no iba a comprar la manera en la que estaba intentando escurrir el bulto.

—Damien me pidió que te «vigilara». —No podía decir que le sorprendiesen sus palabras, aunque sí el hecho de que saliesen de boca de Dante—. Está preocupado por ti, como todos nosotros.

—Mentira —replicó y empujó un dedo en su pecho—. Tú estás preocupado por mí. Matt, Noah... ellos también lo están, pero Damien... Él tiene otras preocupaciones en la cabeza, unas que nada tienen que ver conmigo.

Dante ladeó la cabeza y entrecerró los ojos sobre ella.

—Ha venido a verte... —No era una pregunta, sino más bien una confirmación a sus propios pensamientos.

—Estuvo aquí hace unos días. Se enteró de lo de Kathy —replicó encogiéndose de hombros—. Y volvió a irse. Está metido en algo... otra vez.

—Lo sé —admitió él llevándose ahora las manos a los bolsillos—. Noah también. Parece

que solicitó su colaboración para algún trabajo de vigilancia.

Y una vez más, no le sorprendía lo más mínimo.

Asintió y se giró para entrar en el ascensor en cuanto este abrió sus puertas.

—En ese caso, espero que esta vez no vuelvan ambos con un puto tiro en el cuerpo —siseó oprimiendo el botón de su piso—, o seré yo la que les meta otro.

Su amigo dejó escapar un resoplido y entró con ella en el ascensor. Al parecer se había tomado a pecho lo de acompañarla hasta la puerta de casa para asegurarse de que entraba.

—Si mal no recuerdo, amenazaste con hacer eso mismo la última vez que estuvimos todos juntos —aceptó apoyándose en uno de los laterales del cubículo—. Acojonaste a los médicos, de hecho. Estuvieron a punto de tener que inyectarte a ti el calmante, en vez de a ellos.

Puso los ojos en blanco, pero sabía que era verdad.

Había estado histérica. Les había gritado como si no hubiese un mañana, sobre todo a Noah, para luego echarse a llorar con el mismo ímpetu. Menudo drama había protagonizado.

—Kathy les dijo que no hacía falta, que ya se encargaba ella —admitió con una pequeña sonrisa curvándole los labios—. Lo arregló todo con un lingotazo de whisky que llevaba en una petaca.

—Sí. Aún hoy sigo preguntándome cuándo se hizo con esa cosa —aseguró él con un resoplido.

Ella se rio entre dientes. Sabía que Dante no se refería al hecho de que llevase la petaca, sino que esta tuviese la imagen de un tío en bolas.

—A mí nunca me lo dijo —admitió ella pensando en cómo había intentado sonsacárselo solo para que su amiga se echase a reír y le dijese que era un secreto—. He ido a verla, al cementerio. Creí que si podía hacer eso... sería más fácil seguir adelante.

—¿Y lo es? —le preguntó él en el mismo instante en que el ascensor se detenía al llegar a su planta.

Negó con la cabeza y se adelantó tan pronto como las puertas se abrieron.

—No, pero de alguna manera sí me ha ayudado a aceptar que ya no está con nosotros —admitió volviéndose de nuevo hacia él—. Ella me pidió que no la dejara sola, a Winter. Creí que solo estaba siendo egoísta pensando en su hermana, olvidándose... de mí, pero después de lo que ha pasado en el club... de ver quién se esconde debajo de la máscara de la morenita... Tenías razón. Nos parecemos mucho más de lo que pensé que sería posible y Kathy lo sabía. Me pidió que me acercase a ella, que no la dejase sola, porque sabía que yo sí lo estaría.

—Parece algo que haría nuestra *Rosa*, sí.

Asintió con la cabeza y sonrió con cierta tristeza.

—Siempre se le ha dado bien este tipo de tejemanejes. —Prueba de eso era que al menos dos de sus *Espinas* parecían estar en el camino correcto—. Tráela a casa. Creo que si alguien puede convencer a *Winrose* de que tiene una familia esperándola, eres tú.

Dio un paso atrás y señaló el pasillo que conducía a su puerta.

—Si me abres la puerta, desapareceré y podrás volver con ella a la velocidad de la luz.

Su amigo ladeó la cabeza.

—¿Estás intentando deshacerte de mí?

Negó muy lentamente con la cabeza y le sonrió, una sonrisa real.

—No. Pero me estoy haciendo pis otra vez y preferiría hacerlo en mi baño que en medio del pasillo.

Dante puso los ojos en blanco y le lanzó las llaves que consiguió atrapar contra su pecho.

—Eres incorregible, *Rosa* —aseguró haciendo hincapié en lo que significaba para él—.

Abre y entra. Cuando cierres la puerta, me iré.

—Siempre tan mandón... —chasqueó, pero no dudó en introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta—. ¿Ves? A la primera. —Se giró y se despidió con un gesto de la mano—. Gracias por lo de esta noche, Dante. Lo necesitaba.

—Te llamaré mañana, polvorilla —le prometió él.

Olive no esperó más, entró y cerró la puerta tras de sí y se quedó apoyada de espaldas a ella durante unos segundos.

—Estoy lista... —murmuró, dejó escapar un suspiro y apretó los muslos—. Lista para hacerme *pipí* encima.

No dilató más su visita al baño y salió dando saltitos en aquella dirección.

CAPÍTULO 24

No sabía si alegrarse de no tener esta vez al cuerpo de baile irlandés zapateando en su cerebro o extrañarlo. Sin duda, el hecho de que anoche hubiese vomitado hasta la última papilla poco después de entrar en casa era el responsable de que no se sintiese hoy tan mal como otras veces. Con todo, la resaca no se la quitaba nadie.

Se había levantado temprano y se había tomado un par de pastillas para el dolor de cabeza. A estas alturas ya habían empezado a hacer efecto, pero no con tanta eficacia como le habría gustado. Por primera vez en los últimos diez días había conseguido dormir del tirón, el agotamiento físico y mental, unido a la ingesta de alcohol, la había dejado K.O. De hecho, se sentía mucho más ligera, como si anoche hubiese terminado de exorcizar sus demonios y por fin estuviese en paz consigo misma.

No era fácil desprenderse de la ira nacida del duelo, aceptar que algunas cosas sucedían de cierta manera y no podías hacer nada por cambiarlas. Que no había culpables, no en este caso, y que todo lo que te quedaba era aceptarlo y seguir adelante, aun cuando al principio costase un poco.

El timbre del teléfono empezó a sonar sobre la mesa de la cocina. Levantó la cabeza y estiró la mano para ver el nombre que salía en la pantalla.

—Por favor, dime que tienes una resaca igual de jodida que la mía, Win.

Las palabras salieron de su boca con suavidad, en tono amistoso, usando casi sin darse cuenta el apodo que le había puesto a la chica en su encuentro de anoche.

Tenía que admitir que el haber tenido la oportunidad de verse cara a cara, como eran realmente y sin el encorsetamiento propio de la sociedad en la que se movían, le permitió conocer de verdad a la mujer. El alcohol había tenido mucho que ver en su encuentro, pero las risas compartidas, los chascarrillos, el erotismo y la complicidad habían sido genuinos, algo que había extrañado más de lo que se había atrevido a pensar.

—Buenos días, a ti también —la escuchó responder en voz baja—. Y no. Lamento tener que comunicarte que no tengo ni pizca de resaca. Al menos ninguna que tenga que ver con el alcohol.

No pudo evitar reír ante sus palabras y lo que sugerían.

—Tu tipo de resaca me gusta más que la mía —aseguró, entonces frunció el ceño y preguntó—. ¿Por qué estamos hablando en susurros? ¿Nuestro chico se ha quedado a dormir contigo y todavía sigue por ahí?

Esperaba que su amigo hubiese sido lo bastante inteligente para hacerlo.

—No. Él ha dormido en su propio dormitorio.

A la mierda la inteligencia.

—Será idiota... —resopló y puso los ojos en blanco. Tendría que hablar con Dante y explicarle un par de cosillas que puede le resultasen útiles.

—En realidad... —continuó Winter al otro lado del teléfono—. Te llamaba para decirte que estoy en la *Garden Rose*. Me preguntaba si podrías venir a buscarme y acercarme a recoger

mi coche al club.

Olive cambió de idea al escuchar las palabras de su nueva amiga.

—Uy. Retiro lo dicho. No es idiota. Es un puto genio —afirmó e inquirió curiosa—. ¿Cómo ha conseguido convencerte para que vengas a casa?

—En realidad, no es tanto que me haya convencido, como que no me haya dado otra salida —admitió ella—. Anoche hubo una serie de robos en mi barrio. Dante me acompañó a casa y nos encontramos a la policía. Hirieron a uno de mis vecinos cuando entraron a robar en su domicilio, creen que fue el último de los que desvalijaron.

—¿El último? —La piel se le puso de gallina mientras su mente analizaba las implicaciones de lo que le estaba diciendo—. ¿Han entrado en tu casa?

—Forzaron la puerta y se llevaron todo lo que encontraron de valor —su respuesta la heló—. El televisor que acababa de comprar, mi ordenador... Se metieron en mi dormitorio y revolvieron todas mis cosas, vaciaron mi joyero... Se llevaron incluso la bisutería.—Hubo un momento de vacilación y acto seguido escuchó la vulnerabilidad en su voz—. No... Yo no tengo nada que merezca la pena robar...

—Hijos de la gran puta —siseó al tiempo que dejaba su asiento y empezaba a pasearse de un lado a otro de la cocina soltando juramentos. Entonces se giró de nuevo hacia la mesa en la que tenía el teléfono y le dijo—. Bien. No te preocupes. Salgo para ahí y hablamos con más calma. ¿Has presentado ya una denuncia?

—Sí. El detective Cooper nos acompañó a la comisaría para formalizar la denuncia.

—¿Logan? —Conocía al hombre, era un colega de Noah y también de Damien, un tío divertido y que se tomaba su trabajo muy en serio—. Bien. Fantástico. Te ha tocado alguien competente. Hablaré con él para ver cómo va la cosa.

—El detective Cooper ha quedado en llamarme si aparecían mis cosas o daban con los responsables —comentó la chica con cierto tono esperanzado.

Dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza a sabiendas de que ella no la podía ver.

—Siento decirte esto, Win, pero lo más seguro es que tus cosas no aparezcan en la vida —aseguró con su habitual franqueza—. ¿Se han llevado algo más que...?

No terminó la frase. No quería ni empezar a pensar que podrían haberle robado también las cosas que le había dejado Kathy; era lo único que tenía de su hermana.

—No se han llevado ni el libro ni el broche —escuchó el susurro en respuesta y no pudo evitar sentir un profundo alivio—. Parece que no tuvieron valor para mirar dentro de la caja de los artículos de higiene femenina.

—Chorizos de mierda —siseó—. Como descubra quienes han sido y les ponga las manos encima... —Se haría una tortilla con sus huevos y luego se la daría de comer a los perros. Adoptaría un perro si era necesario para que se la comiese—. Necesito un puto café. —Añadió acto seguido—. Dile a Dante que mueva el culo de la cama, que no son horas de seguir sobando y que prepare el desayuno para las dos. Estaré ahí en... quince minutos.

—No es necesario que...

Olive resopló y fue contundente con sus próximas palabras.

—Winter. Lo que dije anoche, todo lo que te dije, lo mantengo esta mañana —le aseguró—. Así que acostúmbrate a tener una hermana mayor, *mocosa*, porque no te vas a librar de mí.

Winter Rose era uno de ellos, pertenecía a su familia, solo necesitaba tiempo para darse cuenta de ello, para ver que era una de sus rosas.

—Gracias, Olive —escuchó la calidez y el agradecimiento en su voz.

—No me des las gracias, *hermanita* —chasqueó con mucha más soltura—. Ahora eres

parte de la familia. Acostúmbrate. Nos vemos ahora.

Con ese último comentario se inclinó sobre el teléfono y finalizó la llamada.

Tenía quince minutos para adecentarse, coger un taxi, recoger su propio coche en el aparcamiento del club y conducir hasta Silver Lake, pensó con un mohín.

—Para que luego digan que las mujeres tardamos horas en salir de casa... —chasqueó.

Cinco minutos después ya estaba saliendo por la puerta y subiéndose al taxi que la esperaba frente al portal.

Por fortuna, esa mañana el tráfico parecía mucho más fluido que de costumbre, así que no le llevó tanto tiempo como esperaba cruzar la ciudad; el hecho de que se le escapase de vez en cuando el pie sobre el acelerador también podía tener mucho que ver.

Cuando al fin aparcó en la explanada de la mansión, sonrió al ver la camioneta de Matt al lado del coche de Dante. Ahora entendía por qué Winter había hablado en voz baja cuando la llamó por teléfono. Si conocía bien a esos dos, lo más probable es que hubiesen estado ideando la manera de mantener a su nueva hermana en casa, sobre todo tras el robo de anoche.

Olive bajó del coche y se quedó mirando la enorme casa que se alzaba delante de ella. Algunos de sus mejores recuerdos habían surgido aquí y a pesar de la tristeza que ahora los envolvía, tenía la esperanza de crear nuevos que le permitiesen hacerla a un lado.

Dejó atrás el vehículo y avanzó con paso decidido hacia la entrada principal. Usó sus llaves para abrir la puerta y nada más poner un pie dentro sintió que se le hacía la boca agua ante el aroma del café recién hecho y el beicon.

—¡Buenos días a todos! —Saludó con efusividad, encontrándoselos en el comedor del desayuno. Se detuvo lo justo para plantarle un beso en los labios a Dante, luego a Winter y por fin cogerle a Matt la cara y darle tal morreo que lo hizo reír.

—Buenos días a ti también, princesa —respondió risueño.

—Ya te vale con el mensaje, capullo —chasqueó ella nada más separarse—. Tienes suerte de que se me haya pasado lo bastante la resaca de ayer como para poder hilar dos pensamientos coherentes.

—¿Un mensaje? —Se interesó Dante mirándolos a ambos.

—*Rastrillo. Centro Comunitario. Hoy. Le dije a Sienna que tú y yo iríamos a echarle una mano. Mueve el culo y ven a casa.* —canturreó ella al tiempo que clavaba los ojos en él—. No lo vi hasta después de colgarle a Winter. La madre que te parió, Matt, la madre que te parió.

—Así que Sienna. —La mirada que le lanzó Dante a su hermano era de lo más elocuente.

—La he invitado a la barbacoa de mañana —mencionó este.

—¿La invitaste o le dijiste que iba a venir contigo y punto? —preguntó ella mirándole de lado, pero antes de que pudiese obtener una respuesta encontró algo de lo más interesante sobre el respaldo de la silla—. Tengo que encargar uno de estos para Noah, pero en color chocolate —mencionó estirando sobre la mesa el divertido delantal que había comprado por internet para los chicos—. Y con una polla grande y gorda, con un lacito naranja...

—Olive, córtate un poco, anda —resopló Matt dándole un sorbo a su café—. Sabes lo mucho que le emocionan a Noah tus regalos.

—Sí, casi tanto como a mí —repuso Dante bebiendo de su propia taza—. El último acabó alimentando el fuego de la barbacoa.

—Y el de Noah como trapo para limpiar la grasa del motor de su *Harley Davison* —le recordó su hermano con una pequeña sonrisa.

—Es que el eslogan se las traía...

—*La tengo grande y la meto que es un primor* —apuntó Matt poniendo los ojos en blanco.

—Y es la verdad... —le susurró ella a Winter, quién no sabía si mirarla como si estuviese loca o reírse por lo absurdo de la conversación—. Noah la tiene grande y la mete que es un primor.

Los dos hombres se rieron entre dientes. Las conversaciones como aquella eran comunes entre ellos, sobre todo cuando necesitaban despejarse, pues hablar de tonterías les ayudaba a relajarse y no pensar en el trabajo.

—¿No puedes hacer como el resto de las mujeres y comprarnos una jodida corbata? —sugirió Dante acariciando la que llevaba puesta esa mañana.

—Te regalé una estas últimas navidades y no te la has puesto —le recordó.

—Una corbata con penes diminutos.

—Pero era una corbata —repuso ella con una angelical sonrisa—. Y no te la has puesto... más que una vez.

—Y disfruté mucho de esa vez —admitió él pensando sin duda la manera en la que había utilizado dicha corbata... en ella. El muy cabrón le había atado las manos con ella al cabecero de la cama.

—Yo también —admitió Matt dedicándole un guiño.

Les echó la lengua a ambos, pero no pudo evitar sonrojarse al recordar dicho episodio y cómo había terminado gritando de placer.

—Espera a probar a estos dos juntos, Win, son como el ángel y el demonio de tu conciencia —chasqueó Olive sin pudor alguno—. Al demonio ya lo conoces y el ángel... Bueno, solo te diré que Matthew no es tan... inofensivo como parece.

—¿Soy inofensivo?

—¿Es inofensivo?

Winter y Matt hicieron la pregunta al mismo tiempo, lo que hizo que Dante soltase una carcajada.

—No, ni de lejos —contestó él entre risas.

—Estás sacándole los colores a la pobre Win, Olive.

—Mejor sacárselos ahora y que sepa de qué pie cojeáis, señores míos —aseguró con gesto ufano. Entonces se inclinó sobre la chica y le susurró al oído de modo que solo ella lo escuchase—. No has probado una *señora polla* hasta no haber tenido la de estos dos. Juntos o por separado, ¿qué opinas?

—¡Serás zorra! —exclamó Winter de repente.

Olive estalló en carcajadas mientras la chica se sonrojaba hasta la punta del pelo.

—Perdón —musitó ella.

—No te disculpes, Winter, Olive puede llegar a ser muy zorra cuando quiere —aseguró Matt.

—O cuando me dejáis serlo —canturreó agitando las pestañas con fingida coquetería. Echaba de menos esto, poder hablar así, sin tapujos, sabiendo que ninguno se ofendería.

—Una conversación de lo más interesante para el desayuno, ¿eh? —mencionó Dante volviéndose hacia Winter, quien no sabía si entrar al trapo o quedarse callada—. Sobre todo cuando después tienes que irte a trabajar.

—¿Te hacen esto muy a menudo? —le preguntó ella en voz baja.

—Siempre que podemos. —Matt y ella replicaron al mismo tiempo y se chocaron las manos por encima de la mesa.

—Ya lo has oído.

—Qué crueles. —Si no pensase que era imposible, juraría que Winter estaba intentando

contener la risa.

—Yo no soy la que te pone y te irrita al mismo tiempo en el puesto de trabajo, Dan —canturreó al tiempo que se aferraba a su brazo—. Aunque ahora ya sabes cómo desquitarte.

—No le des ideas —se burló Matt.

Winter fue la única que no dijo nada, se conformó con mirarle.

—El horario laboral es sagrado —fue tajante y ella pareció suspirar de alivio al escuchar aquello—. Pero... puedes intentar persuadirme fuera de él.

—Intentar, dice... —se burló Matt.

—Tendrá morro el tío —chasqueó Olive. Los miró a todos y cada uno y añadió en voz alta—. Pensé que... Que no volveríamos a disfrutar así. Lo echaba de menos. Ojalá que Noah estuviese aquí ahora... y también Kathy. —Se volvió hacia Winter y le cogió la mano al tiempo que le explicaba—. Solíamos reunirnos los fines de semana, cuando librábamos. Aunque solo fuese un día para desayunar juntos y disfrutar de una barbacoa. No siempre podemos hacer algo como esto, es difícil que coincidamos todos en la ciudad o sin estar ocupados, así que... se convirtió en una tradición.

—Este sábado nos reuniremos de nuevo para recuperar esa tradición —afirmó Dante mirando a Winter, quien se volvió hacia él—. Carne a la parrilla, cerveza, un chapuzón en la piscina... Estás invitada.

—Solo estaremos nosotros, las *Rosas y Espinas* del *Night Rose* —le aseguró.

Winter se volvió hacia ella y Olive le guiñó el ojo.

—Nosotras tomaremos el sol y ellos comerán carne hasta reventar y se contarán batallitas —le dijo al tiempo que fingía abanicarse con la mano como si le hubiese dado un golpe de calor—. ¿No es lo más caliente que has imaginado en tu vida?

—Recuérdame que te zurre —señaló Matt apuntándola con un dedo.

Olive se llevó la mano al pecho y jadeó.

—¿Tu mano en mi culito? —chasqueó la lengua y replicó mimosa—. Pero mira que eres golfo.

—¿Qué tal se te da cocinar, Win? —inquirió Dante.

La chica parpadeó ante su pregunta, alzó la cabeza y lo miró.

—No demasiado mal.

—¿En serio? —Olive parecía interesada.

Se encogió de hombros y asintió.

—Solo hay que intentar no quemar la carne, ¿no?

—Ese sería un buen comienzo, sí —admitió Matt con una sonrisita—. Dante, ya tienes ayudante en la barbacoa del sábado.

—Eso será si decide aceptar nuestra invitación.

Los ojos marrones de la chica volvieron a encontrarse con los de su jefe.

—Me lo pensaré.

—Sí, lo harás —confirmó él sin dejar de mirarla.

—Imagínate eso en otro ambiente, con menos ropa y alcohol de por medio... —le susurró a Matt—. ¿No te parece lo más bonito que has visto en tu vida?

—Así que también te has dado cuenta. —Su amigo intercambió una mirada conocedora con ella. A ninguno se le había escapado la manera en que la pareja se miraba, como se buscaban una y otra vez.

—Oh, sí. Créeme, habría sido imposible no hacerlo cuando...

Dante se volvió hacia ellos y los fulminó con la mirada, lo que provocó un coro de risas

procedente de esos dos.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Winter bastante confundida.

—Nada que debas conocer en estos momentos —zanjó él y aprovechó el momento para cambiar de tema y comentarle—. He hablado con Noah. Enviará a alguien esta misma mañana para comprobar la casa e instalar la alarma de seguridad. También arreglarán la puerta y cambiarán la cerradura. Traerán el nuevo juego de llaves a la casa de subastas y te explicarán cómo funciona la alarma.

Las noticias supusieron un alivio para la morenita.

—Gracias —le dijo—. Acabas de quitarme un enorme peso de encima.

—Con todo, puedes quedarte aquí durante estos días si lo prefieres —Dante no perdía la oportunidad, pensó divertida.

—Te lo agradezco, pero prefiero volver a mi casa...

—¿Estás segura?

Asintió sin dudar.

—En ese caso, ¿qué te parece si paso a buscarte después del trabajo y nos vamos juntas?

—Le sugirió ahora ella—. Mañana no tengo que madrugar y no me importaría tener una noche de chicas. Peli, alitas de pollo, con helado y...

No iba a dejarla sola en una casa a la que habían entrado a robar, pensó. Si Winter no quería quedarse en la *Garden Rose*, entonces la acompañaría, al menos hasta que volviese a sentirse segura en su propio hogar.

—Dime por favor que no te comes las alitas de pollo con el helado —pidió Winter con un gesto de asco.

Olive se echó a reír.

—Win, necesitas una noche de chicas con urgencia. —Y ella también, se dio cuenta. Necesitaba de nuevo esa camaradería.

—Solo si no incluyen alitas de pollo con helado —aceptó su nueva amiga.

—Hecho —asintió y se volvió hacia Dante para guiñarle el ojo. Sabía que su amigo estaría mucho más tranquilo si el objeto de sus deseos no se quedaba sola esa noche.

—Bueno. Tú todavía tienes que recoger tu coche y yo ya debería estar en la oficina... —mencionó Dante mirando a su asistente—. Nos vamos.

—Puedo llevarla yo, Dante —mencionó echándole un vistazo a la hora—. Me queda de camino. No tienes que desviarte. Además, no es como si no fueses a verla en unos pocos minutos pululando por la casa de subastas.

—¿No te importa? —Winter se volvió hacia ella con gesto agradecido.

—Para nada. Ya te lo dije. Te llevo y me voy a la comisaría a ver cómo está el tema del robo y si han encontrado a esos chorizos —confirmó y miró a Dante para corroborarlo con él—. ¿Todo arreglado, entonces?

—¿Winter?

La chica asintió.

—Vete —confirmó—. Tan pronto llegue me pondré con la organización del evento.

—Cuento contigo —afirmó, cogió la chaqueta del traje y se la puso con rapidez—. Matt, ¿te encargas tú de avisar a Noah de lo de la barbacoa?

—Dalo por hecho —asintió y chocó su mano a modo de despedida.

—Chicas... —La besó a ella de manera fugaz en los labios y cuando se volvió hacia Winter, le acarició el rostro y le pellizcó la barbilla—. A ti te veré después. —Su beso no fue fugaz, la saboreó a conciencia, recorrió su boca y enlazó su lengua hasta escucharla jadear—. A

trabajar, señorita Davies.

Sin una palabra más, dio media vuelta y salió por la puerta.

—Y eso también ha sido caliente —canturreó Olive guiñándole un ojo a su compañera de mesa.

—Ambas sabemos cuánto, ¿no? —mencionó Winter en voz baja, solo para ella.

Olive asintió y le guiñó el ojo.

—Oh, sí, nena, ambas lo sabemos.

Hablaron un poco mientras se terminaba el desayuno que había preparado Matt y siguieron haciéndolo en el coche, hasta que dejó a Winter en el aparcamiento del club para recoger el suyo con la promesa de volver a verse esa noche.

CAPÍTULO 25

Esa misma noche...

—Damien, ¿los imbéciles que llevan ya dos horas aparcados al otro lado de la calle y que destacan más que un unicornio en medio del *Blackish* son colegas tuyos?

Levantó la cabeza para encontrarse con los ojos claros de Horus y su obvia curiosidad.

—Sí, y no.

—¿Me lo explicas? —bufó el hombre señalando con un gesto hacia la entrada.

—Sí, pertenecen a mi agencia, pero no son colegas míos. —Señaló con un ligero encogimiento de hombros—. Al parecer, me he convertido en un grano en el culo para algunos de los de arriba.

—¿No lo eras ya? —resopló Lucien.

Se encogió de hombros con despreocupación.

—No puedo caerle bien a todo el mundo, es agotador —afirmó irónico.

—Supongo que te siguen la pista para ver si puedes conducirles a la *joyita* —chasqueó su amigo—. ¿Desde cuándo los tienes pegados al culo?

—Desde hace unos días. —O más concretamente, desde el momento en que la señorita Jerson abandonó el hospital por propia voluntad, versión que les habían dado en el hospital y que estaba autenticada. Nadie se había tragado esa explicación, menos aun cuando sabían que Lucien había estado también custodiando a la chica a raíz del intento de asesinato sufrido en su propia habitación. Dos de los agentes habían aparecido entonces a la mañana siguiente en las inmediaciones de su casa y solían seguirle la pista mientras se trasladaba de un lado a otro. Tenía que admitir que al principio resultaba divertido verlos seguirle la pista, más aún cuando les dio esquinazo y apareció media hora después con un par de cafés para ellos—. Y seguirán pegándose a mi culo hasta que les ordenen que se retiren. Al menos esta vez no han puesto a dos niños a cargo, al menos uno de ellos es un hueso duro de roer.

—¿Le conoces?

—Hemos coincidido en alguna que otra misión. Es duro, experimentado y tiene buen olfato —admitió pensando en el tipo en cuestión—. Y no se fía un pelo de mí.

—Entonces sí que es inteligente —resopló Lucien.

—¿Y te supone un problema?

Miró a Horus y esbozó una sonrisa ante el comentario del propietario del club al que había llegado hacía ya un par de horas.

—¿Quieres pincharles las ruedas?

—Sé de alguien que podría hacerlo sin que se diesen cuenta.

Enarcó una ceja y bufó.

—No la puse en tu regazo para que la dejes volver a las andadas —chasqueó. Ambos sabían de quién estaban hablando, una de sus pandilleras favoritas y exmujer de Horus.

—Se está portando bien, por la cuenta que le tiene —aseguró el hombre con visible diversión.

—¿Estamos hablando de la misma sumisa? —se carcajeó Lucien.

Desde luego, Sophie no era un modelo de conducta a seguir. La chica se había criado en las calles, en un barrio conflictivo, y conocía de primera mano lo que se cocinaba ahí fuera. Con todo, la muchacha tenía un buen corazón y era leal hasta la médula, así que no le sorprendía el comentario de sus compañeros.

—No serán un problema mientras se mantengan a esa distancia y su interés esté en seguirme a mí la pista —dio respuesta a la pregunta de Horus y señaló con un gesto el club. El ambiente era de una noche temática, con lo que había todo tipo de disfraces y sobre todo máscaras que ocultaban la identidad de casi todos los presentes—. Mi jefe se ha encargado de dejar claro que yo tengo algo que ver con la desaparición de la señorita Jerson y que me hace responsable de su paradero...

—Una inquietante verdad...

—Inquietante o no sirve a nuestros propósitos —aseguró volviendo la cabeza en dirección a las puertas de la entrada a través de la que ingresaban un par de personas.

Damien sonrió y señaló con un gesto de la barbilla a uno de los recién llegados.

—No hay nada como darles un par de carnazas en las que picar para que no vean que el verdadero responsable se pasea por delante de sus narices —declaró al tiempo que levantaba el brazo para señalar su posición.

—Si necesitáis hablar en privado, usad mi despacho —le dijo Horus palmeándole el hombro antes de volverse al recién llegado y saludarle para luego desaparecer entre la gente—. Bienvenidos.

Noah correspondió al saludo del propietario del local con familiaridad y avanzó directo hacia él.

—Interesante par de garrapatas las que te has agenciado —mencionó deteniéndose a su lado—. ¿Todavía no las has fumigado?

—Les llevé café. Ya sabes, tanto tiempo de vigilancia suele ser muy aburrido cuando no te dan nada interesante que ver —replicó divertido—. Y eso que los he paseado de un lado a otro, solo para darles algo que hacer.

—Me lo puedo imaginar —afirmó volviéndose entonces hacia Lucien, quien permanecía junto a él—. ¿También te han puesto escolta?

—Yo no soy tan interesante como nuestro amigo —aseguró señalándole con un gesto, entonces lo miró y añadió—, aunque sí que han estado haciendo preguntas, por lo que he podido averiguar.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Del tipo que cabrean —admitió Lucien con una sonrisa que lo decía todo—. Y no a mí, precisamente. Les he dado material para pasar el rato, así estarán entretenidos.

—¿Amari? —Damien sabía que lo más importante en todo esto era la chica.

—Sigue viva.

La manera en la que respondió su amigo le hizo ahogar una risa.

—¿Ha podido recordar algo nuevo?

—Nada más de lo que ya te conté —negó Noah y añadió—. Pero está convencida, Dam, muy convencida de que eso fue lo que vio.

Asintió en silenciosa respuesta y echó un vistazo en torno a él.

Si bien el club era el lugar perfecto para reunirse, sobre todo esa noche, no estaba cómodo

hablando de según qué cosas en medio de la gente.

—Pongámonos al día en un lugar menos concurrido —mencionó Lucien levantándose del reservado en el que se habían reunido hacía unas horas—. La oficina de Horus está insonorizada y nadie nos molestará.

Miró a Noah, quien asintió y juntos dejaron atrás la parte escénica del club.

Los tres pasaron los siguientes veinte minutos intercambiando información, poniéndose al día de los avances hechos y de la manera en la que debían proceder a partir de ahora. No podían arriesgarse ni dar un paso en falso, no sin poner en peligro a la única persona inocente en todo aquel asunto.

Tras concluir la reunión, Lucien volvió al local y los dejó a ambos solos en la pequeña oficina.

—Cuanto antes podamos cerrar este asunto, mejor para todos —admitió con un resoplido. Se pasó la mano por el pelo y sacudió la cabeza—. Estoy hasta las narices de toda esta mierda, en serio. Drogas, corrupción... La humanidad se está yendo a la mierda, te lo digo en serio.

—Y seguirá haciéndolo, tío, seguirá haciéndolo —afirmó su amigo—. Podemos encerrar a todos los hijos de puta del mundo, pero siempre aparecerá alguien nuevo. Y los que no, seguirán ahí como si no hubiese pasado nada, tan solo por el cargo que ostentan. Siempre ha habido y habrá corruptos, Damien, da igual la organización en la que mires, siempre hay una manzana podrida.

—Y tanta podredumbre hace que te plantees si merece la pena seguir hurgando en ella —mencionó. Levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Noah fija en él, sabía que su tono de voz había alertado a su hermano—. Me estoy planteando dejar el FBI después de este caso.

El hombre frente a él no se alteró lo más mínimo, de hecho se limitó a ladear la cabeza y pronunciar una única palabra.

—Olive.

Asintió. A Noah no podía engañarle y tampoco podía seguir negándose a sí mismo lo evidente, no después de lo que ocurrió noches atrás.

—Olive —corroboró pronunciando el nombre de su mujer—. No te negaré que también es en parte cansancio y hartazgo de todo esto, pero ella... La he visto. He ido a verla hace unos días...

—Ya era hora.

—Fue verla de nuevo y... —Sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo—. Joder, hermano, metí la pata hasta el fondo, lo sé...

—Sí, la metiste hasta la cintura —corroboró sin darle tregua.

—Quiero recuperarla, Noah.

El hombre frente a él dejó escapar un profundo suspiro, entonces chasqueó la lengua y acto seguido se llevó la mano al interior de la chaqueta de la que sacó un sobre.

—Si no la quisieras, como sé que la quieres, no te dejaría ni acercarte a ella para darle los buenos días, Damien —afirmó con rotundidad, entonces añadió—. Eres uno de nosotros, así que vuelve a casa y reclama lo que es tuyo... —Le tendió el sobre, uno cuyo lacre conocía muy bien, pues no era la primera vez que lo veía—. Y esta vez, hermanito, no la dejes sola en el jardín.

Sus dedos se cerraron en torno al papel, vio su nombre escrito con delicada caligrafía en el centro y el sello del *Night Rose* en el reverso.

—Kathy la dejó lista para ti —le informó—. Es tu decisión si la aceptas o la dejas pasar.

Asintió y se llevó el sobre al bolsillo interior de la americana.

—Gracias, Noah.

Él negó con la cabeza.

—Dámelas arreglando las cosas con tu Rosa, Dam —le dijo dándole una palmada en el brazo—, dámelas así.

Sin otra palabra más que añadir al respecto, su amigo y hermano señaló la puerta con un gesto de la cabeza.

—Tengo que volver con la *joya de la corona* —le dijo no sin cierto sarcasmo—. Encuentra esa maldita prueba y después vuelve a casa.

Con un último gesto en su dirección, el hombre abandonó la oficina, dejándole con sus palabras colgando todavía en la habitación.

Lo haría, encontraría lo que necesitaban para cerrar el caso, para llevar a los responsables a la justicia y entonces, le daría una nueva oportunidad al futuro.

CAPÍTULO 26

Al día siguiente...

—Esto es una locura.

Olive siguió la dirección de la mirada de Winter y contempló las cajas que había ayudado a meter en casa de la chica. Matt acababa de dejar una más sobre la encimera de la cocina y le dio unas palmaditas a la caja de cartón.

—No. Se llaman excedentes —la corrigió él—. No te haces una idea de las veces que se rechaza un electrodoméstico porque no se tomaron bien las medidas o lo envían en el color equivocado. Eso sin contar aquellos clientes que, para ahorrar costes, prefieren comprarlos ellos mismos y terminan con algo que no encaja, que es demasiado grande o muy pequeño o no les gusta. Sin ir más lejos, hace una semana un cliente me envió un microondas de color amarillo para una cocina negra como el carbón.

—Atrevido, sin duda —afirmó la chica con una mueca.

—El caso es que no lo quisieron, compraron otro mucho más caro de acero inoxidable y el limoncito se lo regalaron a Matt. O lo que es lo mismo, terminó en el almacén —añadió ella continuando con el relato de su amigo—. Y de ahí yo lo rescaté para mi casa. Y funciona a las mil maravillas. Bueno, bonito y barato. Ese lugar es como un centro comercial para el hogar. Lo adoro.

—Como que pasas más tiempo en él que yo —replicó el aludido terminando de desembalar el nuevo microondas, este de un suave color verdoso—. ¿Dónde lo quieres, Win?

—En la encimera —señaló con un gesto—. Ahí es donde estaba el otro.

—El manejo es muy sencillo, tienes el manual en la caja, pero si necesitas que te lo explique... —sugirió él dejando el aparato en el lugar correspondiente.

—No es necesario.

—Lo que tendrás que explicarle es cómo funciona la nave espacial que has dejado en el salón —chasqueó señalando hacia allí—. He cogido el mando a distancia y he vuelto a dejarlo en su sitio. Esa cosa tiene más botones que mi ordenador. ¿No había nada más normalito?

—Eso díselo a Dante —contestó y se volvió a mirar a la morena por encima del hombro—. Te la envía él.

Olive no sabía qué había ocurrido durante la subasta entre ellos, pero tenía claro que había ocurrido algo. Y a juzgar por los comentarios que habían surgido entre ellas la noche anterior, mientras disfrutaban de una cena de picoteo y una película, tenía claro que debía ser importante.

Le había sorprendido que Dante decidiese declinar su invitación en la *Garden Rose* y se hubiese marchado a casa. Entendía que quisiera darles a ambas esa noche de chicas, pero no era la primera vez que Kathy y ella disfrutaban de una velada en el salón y los chicos estaban en sus habitaciones o en cualquier otro lugar de la casa.

—Lo hizo ella, ¿verdad?

Las siguientes palabras de Winter la descolocaron por completo.

—¿A quién te refieres?

Se volvió hacia ella y concretó.

—Mi hermana. Kathy fue la que orquestó todo esto, la que os pidió que me acogieseis en vuestro círculo, ¿no es así?

Y ahí estaba la primera pregunta, pensó dejando a un lado la caja en la que había estado hurgando. Intercambió una mirada con Matt y se acercó a ella.

Winter no preguntaba por Kathy, no directamente. Cada vez que hacía alguna referencia lo hacía refiriéndose a la mujer como «ella» o «Katherine», muy pocas veces lo hacía aludiendo a su parentesco, como si no quisiera reconocerlo o no pudiese hacerlo.

Empezaba a pensar que lo que había ocurrido entre Dante y ella la tarde anterior tenía que ver con lo que acababa de hacer alusión.

—Somos una comunidad, una familia, nos protegemos los unos a los otros. ¿Y sabes por qué? Porque somos unos jodidos inadaptados —admitió con total sinceridad, entonces añadió con toda la sinceridad de la que fue capaz—. Y tú, Win, eres uno de nosotros. Kathy lo sabía e intentó por todos los medios traerte a casa. Sabía quién eras, *mocosa*, lo sabía muy bien y no quería que siguieses sola cuando podías apoyarte en alguien que podía entenderte mejor que nadie.

Porque ella era también una Rosa. Su manera de ver el mundo, de entender la vida y amar era como la suya, como la de cualquiera de ellos. Existían muchas formas de amor y la que compartían solo era una de ellas.

—¿Cómo es posible que todos supieseis de mi existencia? ¿Cómo es posible que me recordase siquiera?

Matt dejó lo que estaba haciendo y se acercó a la encimera, quedándose lo bastante cerca de la chica como para poder mirarla a la cara.

—Desde el instante en que descubrió lo que el desgraciado que os engendró había hecho con su hija menor, se volcó en encontrarte. Movié cielo y tierra para encontrarte. Contrató un investigador privado, viajó de aquí para allá buscando pistas... Kathy no pensaba darse por vencida hasta que se reuniese contigo. —Su amigo no se anduvo por las ramas y fue directo al grano—. Supimos de tu existencia a través de ella, de todo lo que hizo hasta encontrarte... Y a partir de ahí, creo que tú ya lo sabes.

Olive asintió dando veracidad a las palabras de Matt y añadió a su vez.

—Fueron los años más largos de su vida. Se frustraba cuando no conseguía obtener una sola pista, se cabreaba como una mona. Dante y ella solían pelear mucho por eso. —Recordaba esas discusiones con total claridad, lo acaloradas que se volvían, sobre todo en los últimos tiempos, pero sin duda lo que jamás olvidaría fue la tarde en la que la encontró—. Hará cosa de dos años, a media tarde, Kathy se presentó en la puerta de mi casa. Estaba sin aire. Te juro que pensé que le pasaba algo grave, sobre todo porque se echó a llorar sin más, a lágrima viva, como una niña pequeña. Pero lo que ocurría era que el detective que había contratado acababa de informarle que te había encontrado y que estabas viva.

Sacudió la cabeza y acortó la distancia entre ambas para cogerle la mano entre las de ella.

—Kathy tenía miedo de acercarse a ti, miedo de que la rechazaras, que no la quisieras en su vida —afirmó. Nunca la había visto tan insegura y frágil como entonces, ni siquiera cuando la enfermedad empezó a cobrarse su salud—. En aquellos días se enteró también de que habías perdido a tu familia adoptiva, los que te criaron y todo por lo que tuviste que pasar...

Sus palabras parecieron impactarla, ya que intentó retirar la mano, pero no se lo permitió.

—Si no estuviesen muertos, los habría matado ella misma, Winter —admitió con dureza—. Te lo puedo jurar.

—Dos años. Me estás hablando de cosas que ocurrieron hace dos años y ella... —La chica parecía tener problemas para aceptar sus palabras—. Ella se presentó en mi puerta no hace ni uno...

Olive vio en sus ojos todo lo que le estaba pasando por la cabeza. Sus dudas, sus miedos, la lucha interna que estaba teniendo consigo misma.

—Ella nunca dejó de vigilarte, se conformó con verte desde la distancia, con saber que estabas bien, que salías adelante y rehacías tu vida —añadió con más suavidad, ofreciéndole una información que no obtendría de otro modo—. Lo último que quería era volver a romper tu mundo en pedazos, pero entonces... —Hizo una pausa para evitar que le temblase la voz y solo cuando se recompuso, pudo seguir—. Hace poco más de un año le encontraron ese tumor.

Matt, quien había permanecido a su lado en silencio, añadió.

—Kathy cambió a partir de ese momento, empezó a vivir con más intensidad, se propuso hacer todo lo que no había hecho hasta el momento y una de esas cosas era conocerte y que tú la conocieras.

Olive asintió en respuesta y no se contuvo a la hora de decirle:

—Juro que te habría arrancado yo misma los ojos cuando le cerraste la puerta en las narices la primera vez —admitió con total sinceridad—. Y te habría arrancado unos cuantos pelos de la cabeza todas las veces posteriores, pero... —Se encogió de hombros y sacudió la cabeza—. Ella te quería, eras su hermana pequeña y cada poquito tiempo que podía arañar para estar en tu compañía la hacía feliz. Y su felicidad era la mía, la *nuestra*. —Señaló a Matt, quien asintió a su vez—. Kathy solo quería que tuvieses lo que ella había conseguido, quería darte lo que te arrebataron, una familia. Y dado que la única que ha tenido en mucho tiempo éramos nosotros, unos...

—*Unos jodidos inadaptados en una sociedad que no acepta a quienes son o piensan de manera diferente...* —se le adelantó Matt, dando voz a una de las frases más escuchadas en la voz de su difunta amiga—. Eso es lo que solía decir ella.

—Sí, eso mismo —asintió esbozando una pequeña sonrisa mientras lo miraba, entonces se volvió de nuevo hacia ella—. Quería que nos encontrásemos. Siempre quiso presentarnos a su hermana pequeña, que te conociéramos y que tú tuvieses la oportunidad de conocernos, pero... Eras un pequeño erizo metido en su caparazón pinchando a todo el que estaba a su alrededor y no tuvo tiempo de hacer las presentaciones en condiciones.

—Y por eso se sacó lo del testamento de la manga... —Winter las cazaba al vuelo.

—Así es —asintió con la cabeza—. Un empujoncito por ambos lados para que todos pudiésemos encontrarnos en el mismo punto.

—Siempre se le dieron de lujo los tejemanejes —admitió Matt. El hombre se inclinó entonces sobre ella y, con cuidado, le apartó un mechón de pelo de la mejilla, volviendo a dejarlo detrás de la oreja—. Todos estamos en el mismo barco, Winter. Algunos tenemos algo más de información que otros, así que, cuando necesites respuestas, solo pídenoslas. A Dante, a Olive, a mí... Kathy también fue una hermana para nosotros y podremos hablarte de ella y de lo majadera que era algunas veces.

Él le rozó la mejilla con los dedos con gesto cariñoso y dio un paso atrás. Respetó su espacio personal, sabiendo que solo la chica podía decidir si quería acortarlo o no.

Winter asintió con la cabeza y algo en su lenguaje corporal cambió.

—Gracias.

Le dedicó una suave sonrisa y sacudió la cabeza.

—No tienes que darlas, *hermanita*, no tienes que darlas.

—Cuando estés lista para preguntarnos sobre ella, estaremos ahí para responderte —le aseguró y antes de que pudiese pensárselo dos veces, Olive la abrazó—. Ven aquí. Necesito un abrazo.

Y Winter también lo necesitaba, pensó notando como la propia chica la rodeaba a ella con los brazos.

—Ni se te ocurra llorar, mocosa —chasqueó la lengua sabiendo que no era la única que estaba a punto de hacerlo—. Si se me corre el rímel, te mato.

La morena se rio y asintió aferrándola un poco más cerca.

—Lo mismo te digo, no quiero manchurrones en mi camiseta favorita —chasqueó fingiendo hastío.

—Bueno, chicas, ¿qué tal si vais buscando los bikinis y os cambiáis de ropa? —mencionó ahora Matt al tiempo que volvía a su tarea—. En cuanto terminemos aquí, nos vamos a la barbacoa.

Winter aflojó su abrazo y la miró con cara de póker.

—¿Bikini?

—O traje de baño —asintió.

—Um... No tengo de eso. —Había cierto tono vulnerable en su voz y un inesperado sonrojo en sus mejillas al decir aquello.

—Siempre puedes hacer *topless*, Win —le soltó Matt como quien no quiere la cosa—. Estoy seguro de que nos alegrarías la vista a más de uno.

—Lo que quiero decir es que no tengo bañador, listillo —replicó ella volviéndose hacia el chico con las manos en las caderas.

Él se rio y la señaló.

—La rubita te prestará alguno, ¿no es así, *Rosa*?

Olive imitó el gesto de la chica y se llevó las manos a las caderas.

—Si es para veros babear a todos, lo haré con sumo gusto —aseguró al tiempo que le guiñaba el ojo—. Aunque te advierto que también babean cuando ven la carne en la parrilla y el olorcillo empieza a perfumar el ambiente...

Winter sonrió ante su descripción.

—Y ya que estamos hablando de la carne... —continuó volviéndose ahora hacia Matt—. ¿Quién se encarga de ello? ¿Hay que llevar alguna cosa?

—Dante —le informó—. Yo tengo las cervezas en la camioneta, las patatas de bolsa y... Vosotras podéis encargáros de lo verde.

—¿Lo verde? —preguntó su compañera mirándolos a ambos.

—Dios no permita que estos hombres coman una hoja de lechuga cuando hay carne de por medio —bufó y puso los ojos en blanco—. Y eso que cuando hago las brochetas con vegetales en la parrilla se chupan los dedos.

—Compra para hacer eso, Olive —le pidió él al tiempo que se dirigía a la pequeña morena—. Que no se le olvide, Win.

Esta se llevó la mano a la frente en un burlón saludo militar.

—Se lo recordaré puntualmente, *señor*.

—Buena chica —replicó y le guiñó el ojo.

—En ese caso, nos vamos de compras —Olive enlazó su brazo en el de ella y lo señaló—, aunque solo sea para que coman algo de verdura.

—Gracias, *mamá* —se burló Matt.

—A ver si te crees que...

Las palabras se quedaron en el aire cuando el tono de un teléfono inundó la habitación.

Matt y ella empezaron a palparse en busca del teléfono, entonces su amigo señaló la encimera más alejada.

—Es el mío —mencionó y gesticuló con la mano—. ¿Puedes ver quién es, Winter?

Ella se giró y cruzó la cocina para coger el aparato.

—Dice Noah.

—Al fin da señales de vida. —No pudo evitar el alivio en su propia voz. Hacía días que no sabía nada de él, ni siquiera le había cogido el teléfono el par de veces que llamó. Se había limitado a enviarle ese emoticono que significaba que estaba bien, pero no podía hablar. Un código que habían ideado después del susto que lo llevó al hospital—. Hola, *Romeo*. ¿Dónde coño estás que no me coges el teléfono? Sí. Está aquí con Winter y conmigo. Espera, pongo el manos libres. Ya está.

—Esta tarde tenemos barbacoa en *Garden Rose*. Si quieres seguir viviendo, más vale que no se te haya olvidado —anunció Matt levantando la voz.

—Dante amenazó con cortarme los huevos si no aparecía por allí. —La voz masculina que emergió del altavoz era dura, profunda y de lo más sexy—. Parece que soy el que falta por conocer en persona a la nueva incorporación del grupo... Hola, Winter.

La chica dio un pequeño respingo, entonces se inclinó hacia delante para responder.

—Um... Hola. *Noah*, ¿no?

—Ese mismo —afirmó con ese tono ligero y divertido que le hacía cosquillas por todo el cuerpo—. Bienvenida a casa, pequeña.

—Gracias, supongo —murmuró ella en respuesta.

—Nada de suposiciones, *Garden Rose* también es tu casa —le aseguró con un guiño cómplice—. Y ya has estrenado habitación, así que... De ahí al jardín, solo te queda un saltito.

—No dejes que Olive te atosigue, nena, puede ponerse de lo más pesada —escuchó de nuevo la voz del hombre a través del teléfono—. Ahora, si no os importa, me gustaría hablar un momento con Matt en privado.

Lo que significaba que era algo personal o que tenía que ver con lo que quisiera que estuviese metido. Le habría gustado protestar. Si estuviese sola, sin duda lo habría hecho, pero como estaban las cosas en esos momentos, se limitó a responder con un escueto:

—Todo tuyo.

—Nos vemos después —se despidió. Él la conocía bien como para saber qué significaba su tono de voz.

—Ya estoy, dime —respondió Matt unos segundos después, cambiando el modo del altavoz al tiempo que salía por la puerta de la cocina—. Sí, te escucho. Ajá. Bien...

—¿No te parece que tiene una voz de lo más sexy? —Le comentó entonces a Winter y señaló con el pulgar—. Ese es nuestro Noah. Educado, un poco serio a veces y muy salvaje... otras.

—No preguntaré que otras.

—Son buenos chicos, los tres —comentó entre risas—. Cada uno tiene su... punto y son muy buenos amigos. Los mejores. Si les necesitas, estarán ahí a pie de cañón sin importar el lugar o la hora. Bien... —La miró de la cabeza a los pies—. ¿Qué te apetece ponerte? ¿Bañador o bikini?

—Preferiría quedarme fuera de la piscina.

Olive sonrió y le guiñó el ojo.

—No tienes que mojar te para parecer sexy y hacerles perder la cabeza.

Su expresión mostraba sus dudas al respecto.

—Olive, seguimos hablando de la barbacoa, ¿verdad?

—Comida, cerveza, charla... y lo que surja —respondió mirándola a los ojos—. Y solo si es lo que te apetece.

—¿Esa es vuestra forma de disfrutar de una barbacoa?

—Esa es nuestra forma de disfrutar de la vida, de la compañía, de la amistad y del sexo —repuso con un ligero encogimiento de hombros. Para ella era algo natural, pero añadió con gesto pensativo—. Aunque no sería la primera vez que empezamos comiendo y terminamos hablando, poniendo una peli en la que unos roncan y otros llaman imbéciles a los protagonistas y critican el argumento.

Y era verdad. No siempre terminaban en la piscina, dependiendo del día y del ánimo, solían sacar el proyector y reproducir alguna película. Era otra manera de pasar tiempo juntos, de disfrutar tan solo de la compañía, del abrazo de alguien sin más pretensiones que la de buscar un poco de cariño o consuelo.

—Eso ya me gusta más —aceptó Winter y no pudo hacer más que corresponderle con una sonrisa y añadir.

—No solemos reunirnos muy a menudo y cuando lo hacemos... bueno, hay momentos en los que necesitas más un abrazo y escuchar o que te escuchen que echar un polvo. Otros... bueno, las palabras sobran y las caricias son mucho más tentadoras... —Ladeó la cabeza y volvió a encogerse de hombros—. Al final es tu decisión. Siempre. Tú eres la única que decide si quiere unirse a los juegos o prefieres sentarte y limitarte a charlar.

—¿Eso también es válido para el *Night Rose*?

El oír la mencionar el corazón del *Garden Rose*, su jardín nocturno, la llevó a pensar en lo que significaba ser una Rosa y en cómo podía explicarle lo que significaba para ella.

—En el *Night Rose* entras sabiendo que vas a jugar y que lo harás con quién desees hacerlo —admitió eligiendo con cuidado las palabras—. Entras con una máscara, un símbolo de lo que eres, de lo que todos ven y una vez dentro, te la quitas y te muestras cómo eres en realidad. En el jardín no hay filtros, no hay nada que ocultar, perteneces a la noche y a tus propios deseos.

—*El jardín*.

—Kathy solía llamarlo así —murmuró con gesto nostálgico. Entonces sacudió la cabeza y se centró en lo importante—. Es nuestro jardín particular. Un lugar para las Rosas y sus *Espinas*. Matt lo construyó, pero el diseño... Nació de la cabeza de Kathy y con el tiempo cada uno fuimos añadiendo algo nuestro. Al principio solo era para nosotros, sabíamos que una vez atravesásemos las puertas podríamos dejar todo atrás. Los convencionalismos, las reglas sociales, las etiquetas... allí no importa quién o qué has sido, ni la manera en que ves la vida, las relaciones o el sexo. Es nuestro patio de juegos privado, donde imperan nuestras propias reglas... Con el tiempo decidimos abrir el círculo invitando a alguien de nuestra completa confianza, abriéndole las puertas a nuestro selecto club... y así ha sido hasta hoy.

—Un club erótico exclusivo y privado —resumió Winter con tal aplomo que la hizo sonreír.

—Es algo más que un club, pero sí a lo de exclusivo y privado —asintió y se inclinó hacia delante—. Hay muchos que desean recibir una invitación como la que recibiste y son muy pocos los que la consiguen. Hay quien entra tan solo una vez en la vida en el jardín y también quien una vez está dentro, se convierte en parte de él, en parte de todos nosotros.

—¿Y qué implica exactamente la aceptación de esa invitación?

—Libertad, *hermanita*. Libertad —aseguró con firme convencimiento—. Desnudarte por completo en cuerpo y alma, ser única y ser de todos. Ser una *Rosa* solitaria o una con *Espinas*. — Y para concluir, añadió—Y Win, lo que pasa dentro de las puertas del *Night Rose*, se queda en el *Night Rose*. Palabras y hechos. Es como un jardín de los secretos.

Enarcó una ceja ante sus palabras y Olive se limitó a comentar.

—Pronto se abrirán las puertas y entonces tendrás que tomar una decisión —murmuró solo para sus oídos—. Formar parte del círculo o seguir como hasta ahora. Decidas lo que decidas, no cambiará lo que ya eres para mí, para todos. Un pedacito de esta inusual familia de chalados.

—Cuando dices pronto, ¿a qué fecha te refieres?

Sus labios se curvaron en una felina sonrisa, se llevó un dedo a los labios y musitó.

—Eso es un secreto que te será desvelado en el momento adecuado —le dijo con tono misterioso—. Pero no te preocupes, tendrás tiempo para prepararte y asistir... si así lo deseas.

—¿Necesitaré el coche?

Olive se rio.

—Te noto un poquito ansiosa, *hermanita*.

—No me gustan los secretos —confesó en voz alta—. Nunca me han reportado nada bueno, Olive. Nunca.

Dejó que la sonrisa que tenía en los labios se fuese diluyendo ante sus palabras. Ella entendía mejor que nadie esas palabras, ya lo creía que sí.

—El *Night Rose* dejará de ser un secreto cuando lo aceptes como lo que es, Winter, una oportunidad de encontrarte a ti misma —le aseguró con voz tranquilizadora—. Te prometo que recibirás un mensaje con el lugar y la hora a la que debes estar en el momento en que se abran las puertas. Y como ese momento no va a ser ahora ni hoy, nos vamos de compras y luego a mi casa.

Winter suspiró, miró a su alrededor como si no tuviese muchas ganas de quedarse en aquel lugar con todo patas arriba. A pesar del nuevo sistema de alarma que se había instalado y el nuevo cerrojo en la puerta, podía ver la inquietud presente en los ojos de su amiga.

—Te sigo —declaró dejando claro que prefería irse de compras a quedarse allí—. ¿Adónde vamos primero?

—Comida —levantó una mano—, trajes de baño —levantó la otra e imitó una balanza—. Me seduce más la segunda opción, pero... No les negaré el placer a esos hombretones de hacerle ojitos a una lechuga.

La morena se echó a reír y ella no pudo hacer más que acompañarla en sus risas mientras se despedían de Matt y abandonaban el hogar.

CAPÍTULO 27

Esa misma tarde...

Todo encajaba en su lugar. Olive fue consciente de ello al ver a las personas allí reunidas disfrutando de un domingo típico en la *Garden Rose*. De algún modo Kathy había previsto esto, se encargó de dejar todas las piezas del tablero listas y en las manos de los jugadores adecuados, esperando que ellos supiesen cómo moverlas.

Dante se encargaba de la barbacoa en la esquina acotada para ello. El aroma a leña quemada y carbón se mezclaba con el de la carne y las especias, logrando que se le hiciese agua la boca. Noah, quien llegó hacía poco más de una hora, la había engullido en un apretado abrazo y le había susurrado al oído que *él* seguía de una pieza. Le habría gustado no sentirse aliviada con sus palabras, decir que no le importaba una mierda lo que le pasase a ese imbécil, pero ambos sabían que la realidad era muy distinta, así que optó por no decir nada. El afroamericano se encontraba ahora en compañía de Matt, estaban disfrutando de su primera cerveza después de colocar las mesas y sacar las tumbonas que ahora estaban en torno a la piscina.

—¿Va todo bien?

Winter se detuvo a su lado. Llevaba el pelo atado en una coleta alta y, al igual que ella, iba vestida con la parte superior de un bikini y unos shorts.

—Mejor que bien —admitió y señaló con un gesto la escena que tenía ante ella—. Es todo lo que tenía que ser.

La chica asintió en silenciosa respuesta y echó un vistazo en dirección a la barbacoa. No tenía más que ver esa mirada para saber que algo le rondaba en la cabeza y no creía errar el tiro al suponer que ese algo era el hombre que estaba al mando de la parrilla.

Antes de que pudiese hacer un comentario al respecto, se encontró con la joven artista que en esos momentos cruzaba las puertas francesas. Aferraba una mochila entre sus brazos y parecía algo incómoda.

—¡Sienna! —La llamó y sonrió al ver que la chica miraba en su dirección. Olive se volvió entonces hacia Winter—. Ella es la chica de Matt, la muralista. Ven, te la presentaré.

No dudó en acortar la distancia entre ellas y engullirla en un apretado abrazo al tiempo que le acariciaba la oreja con los labios al decirle:

—Bienvenida a casa, *hermanita*. —Entonces, sin darle apenas tiempo a responder, se apartó de ella, le guiñó el ojo y se volvió hacia Winter, quién parecía tan reservada como la propia chica—. Os presento. Creo que no os conocéis, aunque es muy posible que ambas me hayáis oído hablar de la otra —admitió con gesto divertido y señaló de una a otra—. Sienna, ella es Winter, la chica de Dante...

—No soy su...

—Win, ella es Sienna, la chica de Matt —concluyó con una satisfecha sonrisa, entonces

señaló la mochila en sus brazos—. Puedes dejarla en las tumbonas, Sie. O si quieres, te la llevo dentro.

—No, es igual —respondió mirando hacia las tumbonas y luego a ellas—. Es un placer conocerte, Winter. Yo... lamento tu pérdida.

Esta acusó sus palabras con un respingo, pero asintió con la cabeza.

—Gracias, Sienna.

Olive paseó la mirada de una a la otra y se dio cuenta de que al fin se habían equilibrado las tornas.

—Al fin tengo apoyo femenino en esta familia —aseguró aliviada—. Ya era hora.

Sienna sonrió, Winter hizo lo mismo y antes de que se dieran cuenta, ambas conversaban como si se conociesen de toda la vida, lo cual sin duda era buena señal. Pasaron un buen rato charlando, conociéndose hasta que escucharon la voz de Matt saliendo de casa con un par de cajas de cervezas. Su mirada se cruzó al momento con la de su chica y le dedicó un guiño.

—Mis tres chicas favoritas juntas, esto sí que es un regalo para la vista —mencionó y añadió—. Sienna, ¿me echas una mano?

—Claro —asintió ella cogiendo una de las cajas que llevaba el hombre para luego mirarlas a ellas como pidiendo disculpas. Olive no dudó en guiñarle el ojo en modo cómplice.

—Os vemos después, chicos... —canturreó y los vio alejarse—. ¿Y bien? ¿Qué te ha parecido, Sienna?

Winter la miró de lado.

—Me cae bien. Es de esas personas con las que resulta fácil hablar y no te hace un séptimo grado nada más conocerte —respondió y juraría que vio cierta picaresca en sus ojos.

—No recuerdo haberte hecho el séptimo grado. —Se hizo la inocente.

—No eres tan mayor como para empezar a tener carencias de ese tipo, Olive.

—Serás perra...

Ambas se echaron a reír en complicidad hasta que alguien las abordó.

Noah apareció desde atrás y posó la mano sobre el hombro de la morena, la cual dio un respingo al instante.

—Necesito un favor —declaró.

—Joder, Noah, ponte un cascabel o algo cuando te acerques, así o vas a conseguir que se nos pare el corazón —chasqueó al tiempo que ladeaba la cabeza y observaba su mano monera todavía sobre el hombro de Winter—. ¿Qué clase de favor?

Su respuesta fue inclinarse sobre el oído de la chica y murmurar de modo que ambas lo escucharan.

—Dante necesita un pinche de cocina. Si aspiramos a comer unas hamburguesas decentes y que no estén calcinadas, será mejor que alguien le eche una mano, ¿no te parece?

La chica lo miró y acto seguido desvió la mirada en dirección a la barbacoa. Dante correspondió guiñándole el ojo.

—¿Quién puede ser tan torpe para quemar unas hamburguesas cuando las vigila con ojo de halcón? —murmuró Winter, cosa que hizo que tanto Noah como ella se echasen a reír.

—Creo que a quién vigila de esa manera es a ti, amor, no a las hamburguesas —afirmó su amigo.

Winter sacudió la cabeza y se volvió hacia ella.

—Supongo que no me queda otra que salvar el día, ¿no?

—Todos te lo agradeceremos en el alma —admitió risueña y señaló a Dante—. Tú puedes con él y con la carne, cariño.

Dejó escapar un suspiro y un segundo después la vio girar sobre sus sandalias y dirigirse hacia él arrastrando los pies.

—Te ha salido bien la jugada —murmuró mirando a Noah de soslayo.

—Ninguno de los dos se ha quitado los ojos de encima desde que llegué —admitió rodeándole la cintura con el brazo para atraerla contra él—. Lo que hay entre ellos es... tan inesperado como precioso. —Bajó la mirada sobre ella y la miró a los ojos—. Lo sabes, ¿no?

—¿Qué mi mejor amigo se ha enamorado de mi nueva hermana? —resumió sarcástica—. Creo que ninguno de nosotros ha pasado por alto ese detalle. Esos dos se complementan, la manera en la que se miran, cómo se buscan... Ella quizá todavía tenga alguna duda al respecto, pero si nuestro hermano es inteligente, que lo es, se encargará de despejar cada una de ellas.

—Ya veo que la has aceptado en la familia.

—La juzgué mal —admitió en un susurro, solo para sus oídos—. No la veía como Winter, como quién es, sino como la hermana de Kathy. No me gustaba la forma en la que la trataba, en cómo parecía ignorar los esfuerzos de la Rosa por acercarse a ella... No me puse en su piel, no pensé lo que podría ser para alguien como Winter, con su pasado, el encontrarse en semejante situación. —Levantó la cabeza y lo miró—. Me gusta quién es debajo de la máscara, la reconozco, porque es como verme a mí misma, a todos vosotros y además, está coladita por Dante, ¿cómo no quererla? Si él la quiere, si ella le hace feliz, esa también es mi felicidad.

—Esa es la felicidad de todos, Olive —afirmó apretándola aún más contra él, como si pretendiese fundirla contra su cuerpo—. Y parece que Matt no se va a quedar atrás, ¿eh? Sienna parece un bocadito de lo más apetitoso.

—Sienna es lo mejor que le ha podido pasar a nuestro hermano —aseguró ella rodeándole a su vez la cintura con el brazo—. Tienes que ver lo que está haciendo en el jardín. El mural es... es asombroso.

—He visto los bocetos —le dijo bajando ahora la mirada sobre ella—. Tiene talento, mucho talento.

—Es más que eso —admitió y pensó en todo el tiempo que habían pasado con ellos—. De algún modo es como si hubiese sido capaz de meterse en nuestros pensamientos y extraer lo más significativo... No sé. Es una sensación extraña, pero que al mismo tiempo encaja. ¿Sabías que es la bailarina que conocieron Kathy y Matt en el local de copas que les recomendaste?

Él asintió, entonces bajó el tono de voz y susurró en modo confidencial.

—Algo de eso he oído —mencionó al tiempo que deslizaba la mirada por el lugar. Entonces, como quién no quiere la cosa, la sorprendió al decirle:

—Damien está considerando dejar la agencia...

Sus palabras la estremecieron y alzó la mirada hasta encontrarse con la de color café de su amigo.

—Le he enviado una invitación para el *Night Rose* —añadió Noah mirándola a los ojos. Olive notó una punzada en el pecho al escucharle, al saber lo que eso significaba—. No puedes pasarte toda la vida enfadada con él, no cuando es lo que necesitas para ser feliz.

—Yo no le necesito para...

Noah le cubrió los labios con un dedo y negó con la cabeza.

—Sí, Olive, le necesitas —declaró con una convención que le provocó urticaria—. Y el *imbécil* también te necesita a ti. Sois dos jodidas caras de una misma moneda. Lo sé. Yo he estado ahí a cada paso del camino, viéndolo. Así que, hermanita, ve pensando en cómo arreglar las cosas, porque os quiero de nuevo a los dos en mi vida. He perdido una hermana, Olive, no quiero tener que decirle adiós a ninguna más.

Y tanto Damien como ella eran eso para él. Su mejor amigo y hermano y su Rosa.

—Eres peor que Kathy —resopló y se volvió en sus brazos para mirar a cualquier otro lado menos a él. Noah era una de las pocas personas que sabía cómo hacerla reaccionar, cuyas palabras siempre se colaban en su cabeza y la hacían pensar.

—Sé que ella querría lo mismo que yo, nena, verte sonreír —le susurró al oído y no dudó en darle un mordisquito en el lóbulo de la oreja, haciéndola temblar—. Venga, sé buena y preséntame a nuestra nueva hermana.

Siguió la mirada de Noah para ver ahora a Sienna rodeando la piscina sin la compañía de Matthew.

—Sienna... —la llamó y ambos se dirigieron hacia ella—. ¿Y Matt?

—Ha ido a buscar más suministros. —Señaló con un gesto hacia el interior de la casa.

—Creo que más que una pala, te traeré una cuerda, de ese modo podrás atarle en corto —le dijo lo que hizo que la chica enarcara una ceja en gesto de confusión—. Es igual. —Sacudió la cabeza y señaló a su acompañante—. Quería presentarte a Noah, el más sensato de los tres hombres de nuestra familia.

—¿Solo de los hombres? —replicó él con una voz profunda y sexy que venía con el monumento de chocolate que era su amigo—. Es un placer conocerte al fin, Sienna.

Miró la mano que le tendía y correspondió a su saludo con una tímida sonrisa, al tiempo que se la estrechaba.

—Lo mismo digo —respondió con suavidad—. Matthew y también Olive me han hablado de ti.

—Espero que solo sean cosas buenas.

Su sonrisa era cálida, invitante y asintió.

—De momento sí —admitió la chica y él rio en respuesta.

—Esperemos y se mantenga —declaró y señaló con un gesto de su cerveza hacia el otro lado de la casa—. He visto parte del mural que ya has empezado a pintar, Matt nos enseñó el boceto. Es una labor impresionante, de verdad.

—No puedo esperar a que esté terminado —admitió Olive y su voz perdió un poco de esa alegría de los últimos minutos para dejar paso a la emoción—. Sin duda es el regalo perfecto para *ella*, para todos nosotros.

—Me alegra poder contribuir de alguna manera a preservar su recuerdo —afirmó sincera—. No llegué a conocerla, más allá de verla una vez, pero... Por la manera en que todos habláis de ella, sin duda era una gran mujer.

—Lo era —asintió Noah y añadió—. De hecho, fui yo el que le sugirió el local en el que bailas para que se tomaran algo. Aunque admito que no he tenido la oportunidad de verte sobre el escenario, algo que, según Matt y la propia Kathy, es algo digno de contemplar.

El sonrojo que le cubrió el rostro era de lo más tierno y encajaba con la cálida artista. No era fingido, sino una reacción natural.

—Solo bailo un par de días a la semana, a veces solo uno —admitió un poco incómoda de hablar de esa parte de su vida con un desconocido—. Suelo actuar los viernes por la noche... Si queréis pasaros.

—Lo haremos —afirmó el hombre deslizando la mirada sobre la chica para luego volverse en su dirección—. ¿Verdad, Olive?

—¿Eso quiere decir que me vas a llevar, Noah?

Él sonrió y su tono se volvió ligero, dejando a un lado la previa conversación que habían mantenido.

—Lo cierto es que me estaba imaginando, a mí mismo, siendo arrastrado por ti hasta el club —admitió el hombre con tono divertido. Olive se rio, sacudió la cabeza y no se lo pensó, lo besó en la boca.

—Me conoces demasiado bien, Noah, demasiado bien —afirmó con tono sensual y se volvió hacia Sienna con un guiño.

Una inesperada carcajada resonó desde el otro lado de la piscina y vio cómo Dante rodeaba la cintura de su compañera y la apretaba contra él para luego comerle la boca.

—Bueno, parece que al fin han llegado a un consenso —mencionó Noah, mirando hacia la barbacoa antes de soltar un largo silbido tras llevarse los dedos a la boca.

Olive siguió su mirada y lo imitó, silbándoles a la pareja y gritándoles al mismo tiempo que ya era hora y cosas más candentes.

Matt, quien llegaba con unas bandejas, se rio al ver cómo su hermano respondía a los silbidos mientras Winter procuraba mirar hacia cualquier otro lado. Su amigo dejó las cosas sobre una de las mesas y se dirigió a ellos.

—Ya te han presentado a Noah, pequeña —le preguntó y no se lo pensó dos veces al engullirla en un abrazo nada más tenerla al alcance de la mano.

—Acabo de hacerlo, *Matthie* —le aseguró y no pudo evitar mirar a su alrededor y sonreír—. ¿No es una jodida pasada tener al fin a toda la familia reunida de nuevo? Kathy fliparía con esto.

—Estoy convencido de que lo está haciendo, que nos está viendo allá donde esté y se está riendo a morir —aseguró Noah rodeándola de nuevo con los brazos y apretándola contra él para susurrarle al oído, solo para ella—. Te quiero, polvorilla, tu felicidad es la mía.

Olive lo miró y asintió sabiendo que sus palabras eran sinceras y que al mismo tiempo eran también una especie de disculpa.

—Secundo eso —asintió Matt—. Y sí, es una jodida pasada tener a toda la familia reunida de nuevo.

—Solo por si pudiese quedarte alguna duda, dulzura, Matt se refiere también a ti. —Noah se dirigió a la compañera de su hermano con un guiño, entonces levantó la cerveza y le dijo—. Bienvenida a la familia, Sienna.

—Gracias, Noah —aceptó cediendo al abrazo de Matt, apoyándose en él como si ese fuese el lugar en el que deseaba estar.

—Bueno, ¿qué tal si comemos? —sugirió Noah—. Porque yo tengo hambre.

—Díselo al maestro de la parrilla.

—Dan, las hamburguesas primero, Win después —le gritó Noah y los señaló a todos—. Aquí tenemos hambre.

—Aquí también —respondió él tras romper el beso. Le dio una palmada en el culo a Winter y señaló la bandeja que esperaba a un lado—. Acércame eso, por favor. —Se volvió y alzó la voz para dirigirse a ella ahora—. Olive. ¿Dónde están esas cosas verdes? Te espera la parrilla.

—¡Voy! —Le respondió.

—La mesa, Matt. —Señalo Noah al tiempo que la dejaba ir, cosa que hizo también su amigo con su propia pareja.

—Esto es lo que pasa cuando hay una barbacoa —rezongó él señalándolos a Noah y a ella—, que no me dejan disfrutar...

—Ya tendrás tiempo de manosearla y todo lo demás después —le soltó su amigo al tiempo que le guiñaba a ella un ojo.

Olive se rio, cogió la bandeja con las brochetas y se las llevó al maestro de la parrilla.

—Si las quemas, te mato —lo avisó.

Él puso los ojos en blanco y señaló a Winter.

—Mi pinche se encargará de que eso no suceda, ¿verdad?

La chica paseó su mirada de ella a él y acabó poniendo los ojos en blanco.

—Tened a mano un extintor, solo por si acaso.

Tanto Dante como ella estallaron en carcajadas.

—No sé quién me da más miedo de los dos —admitió Olive entre risas, entonces se volvió y llamó a Sienna con la mano—. Ayúdame a preparar las ensaladas. Dejemos a los hombres colocando las cosas y vámonos a la cocina. Winter, cuando quieras zafarte de este tunante, nos tienes en la cocina.

Obteniendo una sonrisa y un asentimiento por parte de su nueva hermana, Olive enganchó el brazo de Sienna y ambas volvieron al interior de la casa para darle los últimos retoques a la que prometía ser una de las primeras y más especiales comidas familiares.

CAPÍTULO 28

Horas después...

—He comido tanto que de aquí salgo rodando.

Olive estaba tan cómoda en la tumbona que no tenía planes de moverse en un buen rato, a menos que le diesen una buena razón para hacerlo. A poder ser una caliente y que le fundiese las neuronas, quizá entonces pudiera dejar la mente en blanco.

Giró la cabeza y vio a Winter sonreírle en respuesta. La chica estaba sentada en el borde de la piscina, con las piernas metidas en el agua, ambas disfrutando de un poco de tranquilidad después de la intensa velada que habían disfrutado en familia.

Sí. Daba igual lo que dijese una o la otra, el tiempo que les llevase a Sienna o a ella aceptar lo inevitable; que ya eran parte del círculo de la *Garden Rose*.

—¿Y bien? ¿Qué has decidido? —le preguntó yendo directa al grano.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu nueva familia —le dijo sin andarse con rodeos.

—Me gusta —Su admisión fue sincera—. Me llevará algo de tiempo acostumbrarme a ella, pero... Por primera vez en mucho tiempo siento que al fin encajo en un lugar.

Escucharla, pronunciar aquellas, palabras la llenó de paz. Dejó la tumbona y se sentó a su lado, metiendo también los pies en el agua.

—Encajas, Win, este es tu lugar —aseguró y enlazó sus dedos en los de ella—. Lo he visto, todos lo hemos hecho. Estabas cómoda y no le has tirado los zapatos a ninguno...

—Llevo chanclas.

—Ya sabes lo que quiero decir... —chasqueó—. Estabas en *casa*. Eres parte de esta familia, este es tu sitio. A esos chalados les encantas. Se sienten tranquilos a tu alrededor y prueba de ello es que no se han cortado un pelo. Esos tres son así. —No pudo evitar reírse por lo bajo al recordar la manera en la que se metían con la pelirroja de Matt—. Pobre Sienna, pensé que se cortarían un poco con ella delante, pero ¡qué va! Dales cerveza a los hombres y conquistarán el mundo. Con el culo, pero lo conquistarán.

—No sé si compadecerla o sentir envidia por ella... —mencionó su nueva hermana con una risita—. Matt no le quitaba los ojos.

Sí, se había dado cuenta, todos lo habían hecho en realidad.

—Le gusta. Mucho. Es su tipo de chica y está claro que a Sienna se le caen las bragas cuando está cerca de él. Me dice la nariz que no va a tardar mucho en perderlas.

A juzgar por la mirada que le dedicó, Winter estaba de acuerdo con ella.

—Y hablando de perder las bragas. —Bajó la voz y se inclinó para hablarle en modo confidente—. ¿Qué vas a hacer con él?

No había necesidad de ponerle nombre a su hermano y mejor amigo.

—Él me ve... me ve de verdad y eso me hace... Me hace sentir vulnerable —confesó en un hilillo de voz—. Estoy acostumbrada a elegir lo que quiero, a estar con quién quiero y después seguir mi camino, pero con él... Con Dante creo que quiero más.

—¿Crees o lo sabes? —le preguntó con una pequeña sonrisa en los labios—. Sé sincera.

—Sé que quiero más —admitió—. Y no es solo ahora. He querido más de él desde el principio, pero nunca me atreví a... a ir a él. Es mi jefe. Es el jodido *Pollaman*.

Olive no pudo evitar abrir los ojos de par en par.

—¿Polla qué? —Se le escapó una carcajada ante el apodo—. Nena, eso tienes que explicármelo.

Winter hizo una mueca y puso los ojos en blanco.

—Cuando me irrita, me pongo a hacer dibujitos y con el tema de la subasta me ha llegado a cabrear tanto que terminé dibujando una polla con antifaz, manos y capa a la que bauticé como *Pollaman*.

Olive casi se atraganta al imaginarse aquello.

—¡Hostia puta, Win! ¡Eso quiero verlo!

—Lo tiene él —chasqueó la chica—. Al maldito le hizo gracia y se quedó con el dibujo.

—No me lo puedo creer. —No podía dejar de reírse—. Conociéndole, es capaz de colgarlo en el *Night Rose* solo para tenerlo presente cada vez que entre en el jardín.

—No puede hacer eso, ¿verdad?

Enarcó una ceja y replicó con otra pregunta.

—¿Estamos hablando de Dante?

—Tienes razón, puede hacer eso y cosas mucho peores —resopló y sacudió la cabeza—. Y lo peor de todo es que lo sé y sigo encontrándole... atractivo.

—¿Solo atractivo?

—Dante está buenísimo y ambas lo sabemos.

—No te discutiré eso jamás —admitió abanicándose con la mano—. Tiene un polvo que uff...

—Quiero más de ese polvo —la inesperada admisión la hizo reír.

—Pues date el gusto, hermana, te aseguro que él no te dirá que no. Por el contrario, te pedirá más hasta que ya no puedas ni caminar.

—No seas bruta —chasqueó Winter dándole un empujoncito juguetón.

—¡Ja! Solo espera y verás —se rio devolviéndole el gesto.

—Esta conversación se nos está desmadrando.

—¿Ellos pueden hablar de pollas, de follar y nosotras no? —chistó y puso los ojos en blanco—. ¿Qué somos ahora? ¿Damiselas?

Winter se echó a reír. Estaba claro que estaba de acuerdo en que ninguna de las dos era una damisela.

—Vosotras dos tenéis de damiselas lo que yo de paje.

Las dos se giraron al escuchar la voz de Noah a sus espaldas. Ni siquiera lo había escuchado acercarse, lo que viniendo de ese hombre no era nada raro. Se dio el lujo de recorrerle con la mirada, disfrutando de toda esa piel color chocolate que el bañador dejaba a la vista.

—*Shhh* —Olive se llevó un dedo a los labios y le advirtió en un susurro—. No descubras nuestra identidad secreta, capullo.

El aludido meneó la cabeza e indicó el borde de la piscina con un gesto.

—¿Os importa si me uno a vosotras? —La pregunta iba dirigida a Winter, por lo visto, sin duda para que la chica pudiese decidir por sí misma si quería compañía o no.

—Estamos encantadas de que lo hagas.

Se movió con su acostumbrada gracilidad y un momento después se había sentado e introducido los pies en la piscina.

—¿Has terminado ya el trabajo que tenías entre manos?

Había visto los intercambios entre los chicos y las respuestas susurradas, así que estaba claro que sabían algo que ella no y era obvio que tenía que ver con la ausencia del hombretón en esos últimos días.

—No —negó y sus ojos se encontraron con los suyos—. Y Damien tampoco.

Procuró mantener la apariencia de que le importaba un comino lo que pudiese decirle sobre él, pero sabía que el comentario significaba que lo que quisiera que tuviese Noah entre manos, también tenía que ver con el agente del FBI.

—Me preocupaba por ti, no por él.

El sonido que emitió el hombre contradecía esa afirmación, pero en vez de discutir se volvió hacia Winter.

—¿Qué tal ha resultado tu primera barbacoa?

—Interesante y las hamburguesas estaban riquísimas.

—A Dante se le da bien la parrilla.

—¿Hay algo que no se le dé bien a nuestro Dante? —resopló poniendo los ojos en blanco.

—Los videojuegos —respondió el susodicho apareciendo de la nada y señaló el lugar entre Winter y ella, lo que significa que le tocaba moverse para que el capullo pudiese estar cerca del objeto de su deseo—. Matt me pega unas soberanas palizas cada vez que coge los mandos. —Una vez sentado, dejó caer también los pies en la piscina y rodeó a Winter con un brazo y le ciñó a ella la rodilla con la otra mano—. ¿Todo bien por aquí, chicas?

—Mejor que bien —replicó dedicándole una sonrisa burlona, entonces miró hacia atrás y buscó al que faltaba—. ¿Matt todavía no ha regresado?

—Matt está ocupado —respondieron ambos hombres al mismo tiempo. Había tal complicidad entre ambos que Olive estalló en carcajadas. No era necesario que dijese nada más, podía imaginarse bien qué estaría haciendo la pareja faltante.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó Winter.

—Probablemente una fantástica sesión de sexo entre mi hermano y el objeto de su deseo —le susurró Dante al oído.

—Los vi desaparecer escaleras arriba —mencionó Noah con una perezosa sonrisa curvándole los labios—. Dudo que vuelvan a dar señales de vida en un buen rato.

—Como mínimo —confirmó Dante atrapando a la chica contra él—. ¿Has disfrutado de tu primera barbacoa familiar?

—Le estaba diciendo a Noah que ha sido... interesante y que las hamburguesas estaban muy ricas. Al igual que las brochetas de verduras.

—Esa salsa nueva ha sido todo un acierto, Olive —corroboró él volviéndose ahora en su dirección—. Buen trabajo, rubita.

—Gracias, gracias. Los autógrafos para después.

—Fue una buena idea reunirnos de nuevo —admitió Noah echándole un vistazo a su nueva hermana—. Es bueno tenerte al fin con nosotros.

Winter se sonrojó y asintió.

—Gracias.

—No se lo has puesto nada fácil a Dante, ¿sabes? —aseguró con una perezosa sonrisa mientras deslizaba la mirada de ella a su amigo—. Pero aquí estás.

—Está dónde tiene que estar —afirmó el aludido bajando la boca sobre su cuello para darle un inesperado beso que la hizo respingar—. En casa. Con nosotros. Conmigo.

—Um... ¿Sí?

—Rotundamente sí —se burló él succionándole la piel hasta el punto de hacerla gemir.

—Esto se pone interesante... —canturreó Olive y optó por poner distancia inmediata entre ellos lanzándose al agua—. Oh, Dios. Qué ganas tenía de hacer esto. Me voy a remojar un rato mientras... la introduces al resto de la familia, hermanito.

—Serás perra...

Se echó a reír ante la respuesta sofocada de Winter y se alejó nadando hasta el otro lado de la piscina.

—Recuérdame que la folle hasta hacerla suplicar —oyó que gruñía Noah.

—Será un placer —creyó escuchar la respuesta de Dante mientras cogía una toalla y se envolvía en ella antes de desaparecer por la galería y entrar en la casa.

Conocía bien a esos dos como para saber lo que tenían en mente, sobre todo Dante y aunque no le importaría nada quedarse a disfrutar del espectáculo, prefería dejar que ambos hombres le diesen la bienvenida a su nueva hermana a su manera.

Olive se dirigió entonces al piso de arriba y nada más poner un pie en el pasillo que llevaba a su dormitorio, escuchó los inequívocos sonidos de una pareja follando. Ahogó una risita, sacudió la cabeza y se alejó sin hacer ruido hacia su dormitorio; sin duda Matt había encontrado su propia manera de pasar el resto de la tarde.

Cerró tras de sí con un suspiro, dejó caer la toalla y se quitó el bikini mojado. Sobre la cama estaban todos los que había descartado, así que cogió uno cualquiera y se puso también una falda que había abandonado por los shorts que había llevado antes.

Estaba a punto de dejarse caer sobre la cama y terminar de secarse el pelo cuando su mirada cayó sobre el joyero que estaba sobre la mesilla.

Un par de minutos después, con la llave que guardaba en su interior, abandonó su dormitorio y se internó en las entrañas de la *Garden Rose*.

CAPÍTULO 29

Olive sintió que el corazón se le aceleraba en el mismo instante en que dejó atrás la modernidad del siglo veintiuno y entró en la cadencia veneciana de las cortinas de terciopelo y los muebles antiguos propios de los antiguos palacios italianos. La antesala del *Night Rose* la recibió con sus divanes y mesas y durante un breve instante se vio de nuevo allí con el resto de los chicos, viendo a Kathy por última vez en la pantalla del ordenador, escuchando su voz.

Cerró los ojos y respiró hondo para luego cruzar la sala y detenerse en el primer par de puertas francesas tras las que se encontraba el salón de baile y el propio *Night Rose*. Los pomos estaban fríos al tacto, los aferró y giró al mismo tiempo para empujar hacia dentro y penetrar en el salón de baile.

Los pesados maceteros con exuberantes plantas la recibieron como si volviese a casa. Recordaba cada sitio en el que habían sido compradas, el momento exacto en el que Kathy y ella las eligieron e indicaron el lugar en el que debían ir. Se acercó a uno de los laterales y acarició con las yemas de los dedos las hojas que se enredaban en unas altas estructuras que le permitían. La temperatura y humedad allí dentro era similar a la de un invernadero interior victoriano, solo que en vez de contar con luz natural, poseía un complejo y carísimo sistema de luces y riego que permitían que las plantas proliferaran.

Matt casi las había matado a las dos cuando le vinieron con el plan alternativo al del «jardín artificial» que tenía en mente, después de todo, las instalaciones en las que se había realizado todo el *Night Rose* eran subterráneas; el sótano de la casa.

Todavía no sabía cómo se había salido la mujer con la suya y la visión que ahora tenía del lugar era prueba de ello.

Respiró hondo y se llenó los pulmones con el aroma a rosas procedentes de los tres macizos de rosales que flanqueaban los tres pares de puertas del salón. El sistema de reciclaje de aire hacía que el aroma no resultase sofocante, ni demasiado empalagoso.

Le encantaba esta habitación, la manera en que la música llenaba el ambiente, el sonido de sus tacones sobre el pulido suelo marmóreo y la forma en la que se sentía en los brazos de sus espinas cuando abrían el baile cada noche en el que el jardín abría sus puertas.

Aquí había aprendido a bailar y les había enseñado a los chicos a hacerlo, un capricho y un símbolo de sí mismos, de lo que eran, de lo que deseaban ser. Un toque de civilización y antigüedad a la que seguía la sensualidad del contacto, el erotismo de las caricias y el disfrute sin más límites que aquellos que desearas imponerle a tu propio cuerpo.

Olive dejó atrás el umbral por el que había llegado y cruzó el salón hacia la escalinata central que presidía el lado contrario de la habitación. Esta parecía terminar en un balcón que se extendía de pared a pared y en cuyo centro tan solo había un amplio sofá.

Para cualquiera que no fuesen las Rosas y Espinas de aquel jardín no sería más que un decorado, una puesta en escena más, pero allí arriba se encontraba el secreto mejor guardado del jardín nocturno, uno del que ahora ella tenía la llave.

—Compartamos el *Night Rose* con el mundo, pero conservemos su corazón solo para

nosotros —murmuró y su voz se hizo eco en el solitario lugar, magnificándose como si hubiese sido proyectada—. Nuestro corazón.

Empezó a subir las escaleras de una en una y no pudo evitar evocar imágenes en aquel sillón de terciopelo, en cada uno de los escalones. Escuchó las risas en su mente, la música que a menudo las acompañaba y tuvo que parpadear para evitar que las lágrimas escaparan una vez más a su control.

Oculto en la pared había una puerta, una que se abría tan solo con la llave de la Rosa, la que ahora estaba bajo su custodia.

—Quién ha sido *Rosa* del *Night Rose*, lo será siempre —murmuró dirigiéndose al lugar exacto, a la ranura oculta entre la decoración y en la que encajaba la llave que tenía en las manos. La insertó y giró, escuchando cómo el cierre cedía a las vueltas. La puerta secreta se abrió, se separó unos centímetros de la pared y solo necesitó empujar para dejar a la vista la entrada que daba a una pequeña y elegante sala.

Cruzó el umbral y lo primero que vio fue el cuadro con una foto en color sepia que parecía haber sido tomada en otro siglo y que, sin embargo, apenas tenía unos pocos años. El marco presidía la pared central y en su interior estaba un retrato de las dos Rosas originales acompañadas por sus tres *Espinas*. Los cinco estaban vestidos como en un carnaval veneciano, solo que en el caso de Kathy y ella misma, con una versión de vestuario mucho más ligera.

La habitación era un pequeño salón con una mesa, con un par de amplios sofás y divanes colocados aquí y allá, una gruesa alfombra cubriendo gran parte del suelo y un pequeño mueble bar con su barra ocupando una de las esquinas.

Este era su lugar, el único espacio del *Night Rose* al que solo podías entrar si eras una *Rosa* o una *Espina*, en la que eras de todos y todos eran tuyos. Si el salón principal y las salas adyacentes eran de dominio público para los invitados al jardín, este era el patio de juegos privado en el que cualquier cosa era posible.

Una punzada de deseo la atravesó al pensar en la de veces que había entrado aquí para dar rienda suelta a sus deseos o saciar el hambre de sus compañeros, para tomarse una copa y acabar lamiendo el licor de la piel o el sexo de alguien más o lo lamiesen del suyo.

Olive se dejó caer en uno de los sofás y dejó de intentar ignorar las imágenes que le venían a la cabeza, aquellas que había luchado por mantener alejadas durante la semana y que ahora se mezclaban con las que evocaba este mismo lugar.

Damien se había convertido en su *Espina* aquí, en este mismo sofá. Noah la había compartido con él de nuevo en este lugar, la había hecho su Rosa, la de ambos, y también fue aquí donde les aseguró que sería feliz si ambos decidían pasar el resto de sus vidas como uno solo.

Cerró los ojos y dejó que los recuerdos la envolviesen una vez más.

—Quiero que seas suya y mía al mismo tiempo, quiero que lo elijas como me has elegido, *Rosa* —El aliento de Noah le acariciaba el oído mientras sus manos la acariciaban volviéndola loca—. Me ha puesto muy caliente ver cómo te follaba mientras chupabas mi polla. Quiero más, quiero estar enterrado en tu culo mientras Dam llena ese dulce y mojado coñito... Lo quiero todo, *Rosa*, lo quiero absolutamente todo...

—Noah... —gimió cuando esos codiciosos dedos que la masturbaban abandonaron su sexo y se trasladaron a la entrada de su culo.

—Aquí, Olive, lo quiero aquí —gruñó empujando el dedo a través del fruncido rosetón de su ano—. ¿Estás dispuesta a tomarlo como Espina? ¿A que Damien te reclame como su Rosa? ¿Le darás la bienvenida a nuestro jardín?

—Sí. Dios, sí.

Era lo que más deseaba, lo que quería desde que sus caminos se cruzaron. Quería ser suya de una forma que ninguna otra mujer pudiese serlo, que él le perteneciese como solo podría pertenecerle allí, en su jardín.

—¿Vas a concederme ese regalo, polvorilla? —Eran sus manos las que cayeron ahora sobre ella, sus dedos los que le ciñeron los pezones, su boca la que respiraba junto a la propia—. ¿Serás mi Rosa?

Asintió.

—Sí —gimió pues Noah seguía jugando en su entrada trasera, lubricándola—. ¿Serás tú mi Espina?

—Siempre, cariño, siempre.

Otros dedos la acariciaron ahora entre las piernas, hundiéndose en su húmedo sexo y gimió ante la sensación de la doble penetración.

—Um... caliente y mojada, justo como me gusta —ronroneó Damien retirando los dedos y volviendo a introducirlos en su canal—. Muero por enterrarme en ti.

—Ceñido y listo para mi polla, ¿no es así, cariño? —Noah le susurró al oído mientras imitaba el movimiento de los dedos de Damien en su culo—. ¿Me vas a apretar así, dulzura? —ronroneó él, sacando la falange para volver a introducirla, follándola y aumentando el enloquecido placer que no se había mitigado ni un poco al correrse.

—Eres tan caliente, tan preciosa y caliente. —Damien capturó su boca y la besó con languidez, tomándose su tiempo.

Gimió en su boca y se contoneó bajo el doble asalto que la enardecía cada vez más.

—No lo olvides, Olive, después de esta noche, tendrás una nueva Espina —ronroneó Noah en su oído al tiempo que sacaba los dedos de su trasero. Un segundo después, Damien tiró de ella hacia delante, resbaló la mano por debajo de su muslo y la obligó a levantar la pierna y enlazarla en torno a él. Al mismo tiempo, Noah se posicionó en su entrada trasera y empujó en su culo abriéndose paso poco a poco.

—Oh, Dios —jadeó enloquecida.

Disfrutaba del sexo anal y Noah era brutal en ese campo.

—Oh, sí, Rosa... —gruñó él ciñéndole las nalgas y separándole los glúteos como si quisiera meterse aún más adentro—, joder, sí.

Noah empezó a retirarse y volvió a empujar en su trasero, al tiempo que una boca caía sobre uno de sus pezones y la succionaba con fuerza. Los dedos de Damien seguían en su apretado coño y no dudó en retirarlos y volver a hundirlos mientras se amamantaba de su pecho.

—Dam...

—Déjale que disfrute, cielo, le encanta tu culo.

—Solo espera a probarlo... —gruñó Noah en respuesta y siguió follándola con movimientos lentos y profundos—. Te aprieta como si no quisiera soltarte en la vida.

—Hijos de... —jadeó ella y sacudió la cabeza enloquecida—. ¡Dejad de hablar y folladme!

—Pensé que eso era lo que estábamos haciendo —se burló Noah—. Dam, me parece que quiere tu polla también.

—¡Sí! —A estas alturas ya le daba igual lo que saliese de su boca. Eran Damien y Noah, con ellos no tenía que controlarse, ni tampoco conformarse—. Por favor, sí.

—Si me lo pides así, no puedo decir que no, amor.

Sus dedos desaparecieron y lo próximo que supo es que la estaba llenando con su miembro hasta el punto de hacerla perder la razón. Todo su cuerpo tembló ante aquella nueva intrusión,

luchando por hacerle hueco cuando Noah estaba alojado también en su culo.

—Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, Dios...

—Eres nuestra, Rosa —le dijo Noah al oído y empujó en su culo—. Ahora eres nuestra.

—Cristo, Olive... —escuchó jadear a Damien—. Eres el paraíso.

—El puto paraíso.

Olive se quedó sin habla, su cerebro colapsó y todo lo que pudo hacer a partir de ese momento fue dejarse llevar por la lujuria que esos dos hombres despertaban en ella y disfrutar del placer arrollador que recorría su cuerpo. Dejó que la montaran, alternando las penetraciones de uno con las salidas del otro, la usaron como si fuese una muñeca y por Dios que disfrutó de cada momento del proceso. Gimió y gritó todo tipo de cosas, la mayoría sin sentido, recibió los besos de uno y de otro y se dejó amar de la manera en que sabían hacerlo, una que la llenaba por completo.

Y cuando ya no pudo soportarlo más, cuando el placer se volvió demasiado para ella, su cuerpo estalló en el orgasmo más intenso que había experimentado jamás, uno que la desconectó del mundo durante varios minutos.

Cuando recuperó la conciencia, estaba en brazos de Damien, abrigada por la chaqueta de su traje de aquella noche, y él la miraba como si fuese la cosa más preciosa del mundo.

—Mi *Rosa*... —escucharle decir aquellas palabras la emocionó—. Mi dulce y lujuriosa Rosa.

—Mi *Espina* —respondió y encontró su voz ronca, sin duda por los gritos que profirió entre sus brazos—. Bienvenido a la familia, Dam.

Él se rio y bajó sobre su boca para besarla hasta dejarla sin aliento.

—No he tenido en la vida una bienvenida mejor, cariño mío.

Olive respiró hondo y dejó escapar el aire poco a poco antes de abrir los ojos y dejar que el pasado se diluyese en su mente. Su cuerpo, sin embargo, acusaba el calor de los recuerdos.

—Joder... —siseó, se puso en pie y abandonó el salón como una exhalación. Cerró de nuevo con llave y volvió a la mansión con tanta rapidez que casi resbala al llegar al salón.

Los gemidos y gruñidos procedentes de la piscina la pusieron incluso más caliente de lo que ya estaba. Se dirigió hacia la galería y contempló la escena de Dante y Noah follando a Winter. La chica era pura pasión y erotismo, se había entregado a la lujuria y disfrutaba del asalto sexual como lo estaba haciendo ella misma al contemplar aquella caliente escena.

Se deslizó hacia el borde de la piscina y se quedó allí, mirándoles a los tres hasta que la chica gritó su liberación y ellos se le unieron poco después.

Winter acabó desmayándose por el placer, algo que ella conocía bien, sobre todo cuando estos capullos se empleaban a fondo en volverla loca.

—Ten, ponle esto por encima. —Olive cogió una toalla de una de las tumbonas vacías y se la echó por encima a su nueva hermana—. Y te lo advierto, como la lastimes, te retuerzo los huevos.

Dante enarcó una ceja y después se rio entre dientes.

—Mensaje recibido, rubita.

Asintió y se volvió para encontrarse ahora con Noah sobre ella, su mirada fija en ella con una intensidad que no hizo más que avivar su hambre.

—Tú y yo tenemos algo pendiente, ¿no? —le dijo él.

Olive sonrió, se lamió los labios y se desató la parte de arriba del bikini, dejándola caer al suelo.

—Tú y yo siempre tenemos cosas pendientes, grandullón.

Un momento después Olive se encontró jadeando sobre manos y rodillas mientras Noah la poseía desde atrás. El fin de fiesta perfecto.

CAPÍTULO 30

Una semana después...

Damien echó un vistazo por encima del hombro al vehículo que había estacionado al final de la calle y sonrió. Ignoró una vez más su presencia y cruzó las puertas del edificio gubernamental como tantas otras veces. Se quitó el arma y la identificación y las metió junto con sus llaves en la bandeja del control de seguridad para poder pasar por el arco. Saludó al tipo en el control con la familiaridad de siempre y se encaminó a los ascensores.

—Eh, Knight —Lo saludó un compañero que en ese momento abandonaba uno de los cubículos—. Armadale está en modo dragón. Si vas a verle, llévate una buena armadura ignífuga.

Enarcó una ceja y levantó la bolsa que traía consigo de una cafetería cercana.

—Vengo preparado para domesticar a la bestia.

El tipo dejó escapar una carcajada, asintió con la cabeza y levantó el pulgar.

—Suerte con eso, amigo.

El hombre siguió su camino y él se metió en el ascensor. Tan pronto como se cerraron las puertas, su expresión cambió, oprimió el botón del piso al que quería subir y levantó la bolsa de papel que llevaba consigo.

—Café y Donuts. Una combinación infalible —murmuró para sí con palpable ironía. Le echó un vistazo al reloj. Pasaban tan solo unos pocos minutos de las diez, si Joe estaba de tan buen humor por la mañana temprano, solo podía significar que había empezado la jornada cruzándose con algún imbécil.

Esperó paciente hasta que el ascensor llegó a su planta y cuando las puertas se abrieron y salió al pasillo, confirmó sus sospechas con tan solo escuchar el vozarrón irritado de su jefe de fondo.

Cruzó el área principal con la misma parsimonia de siempre, le guiñó el ojo a alguna conocida y fue directo a la oficina central desde la que el hombretón que ocupaba el vano de la puerta discutía con uno de los tipos que había visto en el hospital; Osborne, si no se equivocaba.

—...salga de mi vista antes de que decida cambiar de opinión —le siseó en la cara. Sus ojos echaban chispas cuando se volvió y, como si tuviese un radar para saber cuándo andaba cerca, clavó su mirada en él y lo llamó—. Knight. En mi oficina. Ahora.

Puso los ojos en blanco y levantó la bolsa que traía.

—¿Un café y bollos? —sugirió con tono inocente, lo que arrancó algunas sofocadas risas cercanas a él.

—¡Ahora, Knight!

—Pues sí que está calentito esta mañana, ¿eh? —mencionó en voz baja al agente más cercano a él—. ¿Qué coño ha pasado?

El aludido señaló con un gesto al hombre que abandonaba ahora la oficina principal.

—Los hay que no saben cuándo callarse la boca, eso ha pasado —le dijo y señaló la bolsa de la cafetería que llevaba—. Suerte con eso.

Cambió el objeto de mano y le hizo un guiño.

—Si no salgo de ahí en... quince minutos, le dejo todo a mi perro —Le dio una palmada en la espalda y se dirigió hacia la oficina en el mismo instante en el que volvía a resonar su apellido.

—¡Mueve el culo, Knight!

Puso los ojos en blanco para su público y traspasó el umbral de la oficina.

—Cierra la puta puerta —escupió su mentor, una manera de continuar con aquella pantomima que lo había traído hasta aquí esa mañana y a esas horas para empezar.

Se tomó su tiempo en seguir sus indicaciones, algo que solía hacer siempre y por el que era conocido en la oficina. Todo el mundo pensaba que o bien era un auténtico suicida o le traía sin cuidado lo que Joe Armadale pudiese decirle a un perro viejo como él.

En el momento en que quedaron aislados del resto de la planta, Damien dejó caer su máscara y levantó la bolsa que traía.

—¿Café y bollos?

—No me jodas, Damien —siseó el hombre delante de su propio escritorio—. Dime que tienes algo, de lo contrario tendremos que ir sin...

Metió la mano en la bolsa y sacó de su interior una pequeña bolsa transparente con las etiquetas del laboratorio forense. En su interior había una bala, la misma que le habían extraído en el hospital a Amari.

—Lo tenemos —declaró y acto seguido se llevó la mano al interior de la americana y sacó un sobre—. Tenemos una orden de detención contra el agente Timothy Benson por el intento de asesinato de Amari Jerson. La señorita Jerson ha testificado, además, en una declaración jurada ante un agente de policía, que el agente Benson la encañonó con intención de matarla para que no pudiesen relacionarle con Maison Keller, con el cual llevaba meses haciendo negocios. Y que fue Benson quién estaba extorsionando al senador Kisner, el cual, según parece, se enteró por cierta señorita de compañía del provechoso negocio que se traía entre manos con el narco. Maison Keller fue además el responsable del secuestro de la señorita Jerson y de otras cuantas mierdas de las que la chica deja constancia en su declaración.

Le mostró la orden que había conseguido arrancarle al juez en su propia casa y la dejó sobre el escritorio.

—Jenkins, uno de los dos agentes del FBI que debían custodiar a la chica en el hospital, fue el que atentó contra ella. Osborne no está implicado, solo es gilipollas —declaró y se sacó ahora un pendrive del bolsillo de la americana y se lo entregó—. Aquí están todas las pruebas que hemos recabado, incluyendo una interesante grabación de una cámara de seguridad y algunas fotos que prueban la relación entre Keller y Beson.

—Hijo de la gran puta... —siseó el viejo cogiendo el pendrive y mirándole a continuación—. Lo hiciste.

—¿No se trata de eso este trabajo? —replicó con sorna—. Prepara el operativo. Es tuyo.

—Damien... —Sus palabras sin duda lo cogieron por sorpresa. Renunciar a un arresto y reconocimiento semejante no era propio de él.

Negó con la cabeza y volvió a llevarse la mano al interior de la americana una segunda vez. Cuando la sacó, tenía un nuevo sobre en la mano, lo miró y lo dejó sobre el escritorio de su jefe, el hombre que le había enseñado todo lo que sabía y que había velado por él siempre que podía.

—Esta es mi carta de renuncia —le informó y pronunciar esas palabras en voz alta fueron una verdadera liberación—. La señorita Jerson está dispuesta a testificar y ratificar lo que ha dicho en su declaración ante el juez instructor del caso.

—La tenías tú, todo este tiempo siempre la has tenido tú.

—No sé de qué me hablas, Joe, la señorita Jerson pidió el alta voluntaria y dejó el hospital por su propio pie —chasqueó.

Sacudió la cabeza y acto seguido miró el sobre que había dejado sobre la mesa.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, Damien?

Asintió y fue muy sincero.

—Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida como de esto, amigo mío.

El hombre dejó escapar un fuerte resoplido, cogió la cara y asintió.

—De acuerdo —aceptó y lo miró—. La haré efectiva en cuanto tengamos a esos cabrones entre rejas y tu señorita Jerson esté ante el juez. Hasta entonces, sigues siendo parte del FBI.

Sonrió de manera enigmática, no le sorprendían lo más mínimo sus palabras.

Damien extendió la mano y asintió.

—Admítelo, Joe, vas a echar de menos que alguien te toque las narices.

El hombre le estrechó la mano con fuerza.

—Al fin viviré tranquilo, chico, al fin viviré tranquilo —afirmó y, sin perder un instante, cogió el teléfono y marcó—. Nolan, reúne al equipo. Lo tenemos.

Nada más colgar, cogió la carta de su renuncia y la metió en uno de los cajones del escritorio, recuperó la chaqueta con el logotipo del FBI del colgador a su espalda y señaló la puerta con un gesto.

—Si esta va a ser tu última función, que sea memorable —le dijo y lo señaló—. Coge un puto chaleco y vámonos.

Abrió la puerta y empezó a dar órdenes a diestro y siniestro. Damien puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—A por el último rodeo —se dijo a sí mismo y abandonó la sala detrás de su jefe.

CAPÍTULO 31

El *Night Rose* volvía a abrir las puertas una noche más y Olive tenía una sensación agri dulce al respecto. La música llenaba el salón de baile, el sonido de los violines que emergía a través del sistema de audio aportaba ese aire antiguo que casaba a la perfección con la ilusión veneciana que envolvía el ambiente. Las lámparas vertían una luz amarilla que aportaba un halo de misterio y elegancia y el aroma de las rosas lo convertía en un jardín. Todo había sido creado para tener la sensación de haber viajado atrás en el tiempo y sumergirse en una fiesta de la alta sociedad, en la que sus invitados acudían a disfrutar de los placeres que les proporcionaba el amparo de la oscuridad.

Miró el antiguo reloj de pared colocado en un lateral del balcón sobre la escalinata, las puertas se cerrarían en poco menos de una hora y no volverían a abrirse hasta el amanecer. El sonido de las campanas anunciaría la media noche y el comienzo de una nueva velada de pecado y libertad iniciaría con el baile de apertura; uno que esta vez tendría que iniciar ella.

Esta era la primera noche en la que Kathy no bajaría la escalinata para ser recibida por sus espinas, en la que no elegiría a uno de sus hermanos para abrir el baile que tantas y tantas veces habían ensayado juntas. Era una especie de tradición, una que se repetía cada vez que se abrían las puertas del jardín a sus invitados y que muchos ya empezaban a esperar tan solo por ver el espectáculo.

Hombres y mujeres ataviados de época, con los rostros cubiertos por máscaras venecianas, una especie de carnaval sensual y erótico que incitaba a la búsqueda del placer.

—Rosa.

Olive deslizó la mirada hacia las escaleras y se encontró con los ojos azules de Dante, contemplándola a través de los huecos de la media máscara que llevaba puesta. El dorado se unía a un tono cerúleo similar al de sus iris realzando el tono de su piel. Estaba vestido como un aristócrata italiano del siglo dieciocho y la ropa no podía quedarle mejor. Sonrió en respuesta a su escrutinio y dejó el sofá en el que estaba sentada para bajar el par de peldaños que la separaban de la mano que ya se extendía hacia ella. Le dio la suya y lo besó en los labios nada más llegar a su altura. Fue solo una caricia, una manera de decir «*estoy bien*» y sosegar los nervios que no había dejado de ver en él desde que se abrieran las puertas.

Dante estaba nervioso, había perdido la cuenta de las veces que lo había visto mirar hacia las puertas del salón esperando verla entrar.

—Vendrá —le aseguró. Sabía que la elección era de Winter, pero después de lo que había visto entre ellos, del tiempo que había pasado en compañía de la morenita, no le cabía la menor duda de que encontraría el valor para dar ese paso y concederle a su hermano y a ella misma la oportunidad de formar parte de su mundo—. Solo dale tiempo. Ha recibido las indicaciones, como todos los demás, y cuando se dé cuenta dónde está el *Night Rose*... Bueno, seguramente tengas una cosa o dos que oír de sus labios.

—Nunca me he sentido tan inquieto y ansioso en mi vida —admitió su amigo y dejó claras sus palabras al rodar los hombros, buscando liberar esa tensión. Entonces señaló con un gesto al

otro lord que atravesaba el salón ataviado con un atuendo similar y desaparecía por las puertas francesas. En el caso de Matthew, iba vestido con los tonos del otoño y llevaba un particular sombrero de plumas a juego—. Y por lo que veo, no soy el único.

Sonrió y se inclinó sobre él, empujando sus pechos aprisionados en el corsé contra el brazo masculino.

—Ahora ya sabes lo que significa cuando dicen que el amor hace estragos —replicó ella con una pequeña sonrisa—. Ambos habéis caído en sus garras, unas de lo más atractivas, debo añadir. Mis dos nuevas hermanas son exquisitas y lo mejor de todo es que os quieren.

Él la miró y ladeó la cabeza.

—¿Tú crees?

Casi sintió ternura por las dudas que vio en sus ojos.

—Está claro que a los hombres hay que decíroslo todo, incluso eso —chasqueó, le dio un golpecito con la mano y entonces la vio—. Y para tu buena fortuna, parece que vas a poder sonsacárselo tú mismo... Tu dama ha llegado, mi Espina.

Dante se volvió al mismo tiempo y clavó la mirada en la mujer que acababa de traspasar en esos momentos las puertas del jardín.

—Ve, idiota —canturreó ella al ver que se había quedado ahí, mirándola embobado en la distancia.

No tuvo que repetírselo ya que empezó a bajar las escaleras sin romper el contacto visual con su presa. Sonrió para sí al ver cómo la chica empezaba a avanzar también hacia él y ambos terminaban por encontrarse en el centro del salón.

Los vio intercambiar algunas palabras y entonces, Dante se sacó la máscara ante ella, un regalo en sí mismo, pues las Espinas solo se desnudaban así ante sus Rosas. Y tan solo un momento después vio a Winter hacer lo mismo. Su amigo le tendió entonces la mano y pareció susurrarle algo más, su nueva hermana respondió posando la suya en la de él sin vacilación y Olive se sintió invadida de una genuina alegría.

—¿Lo estás viendo, hermanita? —murmuró pensando en la Rosa que faltaba esa noche en el jardín—. Al fin está en casa.

El abrazo en el que se fundió la pareja fue la confirmación definitiva a sus palabras.

Se llevó las manos al pecho y suspiró de alivio, pero también de felicidad. Esto era lo que siempre habían querido para sus seres queridos, lo que tanto Kathy como ella deseaban más que nada, que sus amigos y hermanos encontrasen el amor, uno que fuese solo de ellos.

Recorrió el salón con la mirada, barajando la idea de bajar y darse una vuelta entre los invitados o volver al sofá desde el que podía observarlo todo como una reina. Por lo general era Kathy la que se sentaba allí, la que esperaba paciente y con quien subía a cotillear hasta que las puertas se cerraban y debía dar apertura al baile.

—¿Pensando en escaparte antes del baile, pequeña Rosa?

Olive dirigió la mirada hacia el final de la escalinata y se encontró con la mirada inquisitiva de Noah a través de la máscara índigo con ribetes dorados que le cubría buena parte del rostro. Estaba imponente vestido de aquella manera, el traje le sentaba como un guante y lo convertía en una montaña de lo más sexy. Lo contempló mientras subía hasta donde estaba ella con ese andar elegante y felino y no pudo evitar reír cuando le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Pensando más bien en cómo divertirme esta noche —admitió en voz baja, solo para sus oídos—. Me alegra ver que has llegado a tiempo.

Sus ojos marrones parecían destellar a través de las aberturas de la máscara.

—¿Y perderme la oportunidad de verles actuar como temblorosos adolescentes en el baile de promoción? —mencionó con tono irónico al tiempo que se giraba de nuevo hacia el salón—. Ni de broma.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Parece que ya tenemos dos *Rosas* más en el jardín —le dijo y señaló con un discreto gesto hacia el umbral de la entrada que atravesaban en ese momento Matthew y Sienna—. Ya no estarás sola.

No, ya no lo estaría, aceptó viendo a la pareja entrando del brazo, mirándose el uno al otro de una manera que decía sin palabras lo que había entre ellos. Dos de sus *Espinas* habían encontrado a su otra mitad, las *Rosas* que los hacían fuertes, que los complementaban y enriquecían como solo ellas podían hacerlo.

—¿Crees que ella lo sabe, que puede verlo allí donde quiera que esté? —preguntó en voz baja y se volvió hacia su amigo para ver la respuesta en sus ojos.

Noah asintió y volvió a mirar a los invitados que se movían por la pista.

—Creo que ella siempre supo que este momento llegaría, ¿cómo si no habría orquestado todo para juntarlos?

Una muy buena pregunta, pensó. Pero él tenía razón, Kathy siempre había tenido una intuición especial para ciertas cosas, era como si pudiese ver el alma de la gente y saber dónde encajaba cada pieza.

—Quiero pensar que nos está viendo allí donde está, puedo imaginármela partiéndose de la risa y diciéndole a todo el mundo «*sabía qué sucedería*» —añadió Noah con una particular sonrisa—. Sí, puedo imaginármela de ese modo. Esa mujer nunca dio puntada sin hilo.

—Ojalá sea como dices.

—Lo es, mi Rosa, lo es —afirmó con voz queda, entonces se volvió hacia ella una vez más y la miró a los ojos—. Damien presentó esta mañana su renuncia. —Sus palabras fueron como un inesperado bofetón—. No se la harán efectiva hasta después del juicio, pero es lo que desea.

—¿Por qué me dices eso?

Su amigo puso los ojos en blanco.

—Porque ya va siendo hora de que tú también elijas dejar atrás el pasado y tengas el futuro en tus manos —replicó con un bufido—. Te quiero, Olive, eres mi hermana, mi mejor amiga, eres una de las personas más especiales que hay en mi vida, pero joder, nena, también eres la criatura más cabezota que he conocido. Acéptalo, las rosas no están completas si no tienen sus espinas. Deja de huir de lo inevitable y corre hacia él.

Noah ilustró sus palabras con un gesto y, cuando miró en aquella dirección, Olive se quedó sin respiración.

Atravesando las puertas francesas, ataviado como el resto de sus hermanos, la última de las *Espinas* del *Night Rose* hizo su aparición.

—Kathy le dejó una invitación —escuchó la voz de Noah en su oído—. Nadie puede elegir por los invitados, amor, solo ellos pueden decidir dar ese paso.

Con esas últimas palabras, Noah empezó a bajar de nuevo las escaleras mientras el viejo reloj de pared empezaba a marcar el inicio de la medianoche con sus campanadas.

Olive se quedó allí, mirando al hombre que acababa de atravesar las puertas francesas y cuyos ojos se habían clavado en los suyos. Le sostuvo la mirada mientras cruzaba el lugar, esquivando a los invitados que se habían girado hacia la escalinata, esperando que iniciase la apertura de la noche en el *Night Rose*, hasta detenerse ante el último peldaño.

Damien estaba allí.

Kathy le había dejado una invitación.

Había presentado una carta de renuncia.

El corazón empezó a latirle más y más rápido con cada pensamiento, con cada cosa que había mencionado Noah, pero sobre todo por la presencia de ese hombre.

—*Mi Rosa* —pronunció él y le dedicó una elaborada y arcaica reverencia. Levantó el rostro y vio esos ojos marrones brillando a través de los huecos de la máscara—. ¿Me concedes este baile en nuestro jardín?

Las palabras bajaron sobre ella como una caricia, pero sus pies seguían clavados al suelo, era incapaz de moverse, de decir una sola palabra.

—No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿verdad? —Damien sonrió y en vez de esperar a que ella bajara, subió los escalones que los separaban hasta que quedaron frente a frente—. Me lo merezco. —Le dijo en el instante en que estuvieron cara a cara—. Te hice daño cuando todo lo que deseaba era protegerte del mundo. Te abandoné, cuando todo gritaba en mi interior por quedarse a tu lado. Me mantuve alejado a sabiendas de que solo me siento vivo cuando estoy cerca de ti. Tenía miedo, Olive, miedo de lo que me hacías sentir, miedo de que pudieses cambiarme la vida, de desear lo mismo que desearas... Incluso ahora lo tengo, porque quiero pedirte una segunda oportunidad y me tiemblan las piernas ante la posibilidad de que me rechaces. —Le cogió las manos en las suyas y buscó sus ojos al decirle—. Te quiero, polvorilla, nunca he querido tanto ni con tanta desesperación en mi vida como te quiero a ti. Si desearas que me vaya, lo haré, pero si quieres que me quede...

—¿Lo harás más allá del amanecer? —Lo interrumpió ella buscando la respuesta en sus ojos, en su voz, en cada pequeño gesto—. ¿Incluso cuando se abran las puertas y la noche llegue a su fin? ¿Serías capaz de quedarte...?

—¿Para siempre? —sugirió él y asintió dando respuesta a su propia pregunta—. Pídemelo, Rosa, pídemelo y no volveré a dejarte.

El silencio cayó entre ellos y duró varios insoportables latidos, pero necesitaba asegurarse de que esto era real, que no era un sueño, que no se desvanecería con la llegada del mañana.

—Quédate... —Susurró y ya no luchó contra las lágrimas, las dejó correr sobre la máscara—. Por favor, quédate y no vuelvas a marcharte.

—Para siempre, mi amor, para siempre —asintió cogiéndole el rostro entre las manos y besándola como si no estuviesen en medio de la escalera, como si no hubiese docenas de invitados mirándoles, como si no importase nada más que ellos dos en ese nocturno jardín—. Y ahora, ¿abrimos el baile, mi Rosa?

Olive sonrió y sintió que al fin lo hacía de verdad, que no tenía que fingir ni esconderse detrás de la máscara. Se la quitó y lo miró con el rostro desnudo, sin que hubiese nada entre ellos que pusiese de nuevo trabas.

—Si es contigo, siempre, mi Espina.

Damien se quitó su propia máscara y le tendió la mano. No vaciló, dejó sus dedos con suavidad sobre la de él y juntos bajaron los escalones y se abrieron paso hacia el centro del salón donde el resto de su familia los recibió con reverencias antes de ocupar sus respectivos lugares.

Y el baile en ese jardín de las rosas nocturnas dio comienzo.

EPÍLOGO

Un año después...

Olive terminó de limpiar la lápida con una sonrisa. Las rosas que habían brotado ya de los dos pequeños arbustos perfumaban el aire cada vez que el viento las movía. A veces le gustaba pensar que era Kathy quién lo hacía, diciéndoles sin palabras que estaba con ellos, alegrándose con sus alegrías y consolándoles en sus tristezas.

Dio un paso atrás y comprobó que todo estaba en su lugar, que la fotografía de la familia, con todos sus nuevos integrantes, ocupaba el hueco que habían puesto para ella. A lo largo de ese año la habían cambiado ya dos veces, primero para añadir a sus dos hermanas y después a la tercera. Y pronto tendrían que cambiarla otra vez, pensó con una pícara sonrisa curvándole los labios.

—Díselo, no te hagas de rogar.

La voz de Damien sonó a su espalda, sus labios le acariciaron la oreja y se sintió arropada al momento por sus brazos, que la envolvieron desde atrás y se cruzaron delante de su estómago.

—Hermanita, Dam y yo tenemos una noticia que darte —aseguró pegándose al pecho de su marido, disfrutando del calor de esos brazos y de la felicidad que la embargaba. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un trozo de papel, lo besó y le dio la vuelta para que su hermana pudiese verlo allí donde estuviese—. Vas a ser tía, Kathy. Vas a tener un sobrinito o sobrinita, todavía no lo sabemos. Queríamos que fueses la primera en saberlo.

—La familia sigue creciendo, Rosa —añadió Damien ciñéndola contra él—. Tu familia sigue creciendo.

Y seguiría haciéndolo, pensó Olive llena de felicidad. Mientras se tuviesen los unos a los otros, la familia seguiría creciendo y Kathy estaría allí para cuidar de todos ellos.

—Te quiero, Damien —murmuró y se giró para mirar a su marido—. ¿Te lo había dicho ya hoy?

—No las veces suficientes, amor mío, no las veces suficientes.

Ella se echó a reír y le echó los brazos al cuello.

—Gracias por hacerme feliz, amor —le dijo mirándole a los ojos, agradeciendo en silencio a quién quiera que lo hubiese puesto en su camino para empezar y se lo hubiese devuelto cuando más le necesitaba—. Gracias por permanecer a mi lado.

—Para siempre, mi dulce Rosa, para siempre.

^[1] Siglas de la *agencia de inmigración y control de aduanas*.